SUCIAS VERDADES

Reflexiones sobre política, medios de información, ideología, etnia, conspiración y poder de clase

Michael Parenti

La libertad de expresión, el aumento del neofascismo, la relación entre salud y pobreza, la promoción de la idea de "terrorismo", las mixtificaciones sobre el asesinato de Kennedy, la confusión de determinados intelectuales de izquierda... Estos son algunos de los temas abordados por Parenti en este libro, escrito con la misma frescura y sencillez de siempre



19 €
HIRU

kata krak
liburuak
(+34) 948 225 520
Iruñea - Pamplona

SUCIAS VERDADES

Reflexiones sobre política, medios de información, ideología, conspiración, etnia y poder de clase

Michael Parenti

Editorial Hiru
Hondarribia
2011

Título original: *Dirty Truths: Reflections on politics, Media, Ideology, Conspiracy, Ethnic Life and Class Power*

Reservados todos los derechos.
Queda prohibido reproducir
total o parcialmente esta obra
por cualquier medio, sin permiso
previo de esta Editorial.

© 1996 by Michael Parenti
© de la traducción: José Sastre
© de esta edición: Argitaletxe HIRU, S.L.
Apartado de Correos 184
20280 Hondarribia (Guipúzcoa)
e-mail: hiru@euskalnet.net
www.hiru-ed.com

Diseño de la colección: Eva Forest

Impresión: Gráficas Lizarra, S.L. (Estella-Navarra)
ISBN: 978-84-96584-42-6
Depósito Legal: NA-1454-2011

SUCIAS VERDADES

Reflexiones sobre política, medios de información, ideología, conspiración, etnia y poder de clase

Michael Parenti

Traducción:
José Sastre

Agradecimientos

Muchas gracias a mi valiosa amiga Sally Soriano por la ayuda y el inquebrantable apoyo que me han dado para la escritura de este libro. También expreso mi aprecio a Jane Scantlebury por sugerir útiles cambios en el manuscrito.

Tengo una deuda especial con Peggy Norton, que me animó a embarcarme en este proyecto y me ayudó a organizar la tarea inicial. También editó de forma concienzuda el manuscrito, aportándole mejoras necesarias. Adicionalmente es coautora de uno de los artículos.

Durante años, Kathleen Lipscomb ha ofrecido comentarios críticos sobre las primeras versiones de un cierto número de las selecciones incluidas aquí y por ello tiene mi gratitud.

Una vez más he tenido la suerte de trabajar con Nancy J. Peters, editora de City Lights Books. Le doy las gracias a ella y a otros miembros del personal de City Lights que me ayudaron a producir el trabajo final.

INTRODUCCIÓN

Llamo a estos escritos *Sucias verdades* porque tienen que ver con la información y las ideas que siempre se excluyen de nuestros medios –dominados por las corporaciones–, de nuestras escuelas y de la vida política oficial; puntos de vista que son ignorados de forma premeditada o denunciados enérgicamente para que parezcan algo impropio. No son simplemente disidentes, sino "sucios", pues carecen del análisis y de la aureola de respetabilidad que se otorgan a las opiniones más convencionales.

Algunas verdades se consideran tan sucias como para afectar a aquellos que las profieren. Los propagadores de pensamientos iconoclastas se arriesgan a ser rehuidos por las personas de derechas y de centro e incluso por muchos de los que dicen profesar las ideas de la izquierda igualitaria, que proclaman ser críticos con los explotadores ricos y con el poder antidemocrático.

Así prevenido, el lector debería proceder con precaución, aunque sin miedo a resultar ofendido, porque las verdades, no importa lo poco confortables que sean, son mejor que la sarta de mentiras que soportamos siempre que nuestros líderes y entendidos abren la boca. Una exposición a las ideas y la información que aquí se incluyen supondrá, eso espero, un alejamiento refrescante de la papilla ideológica predominan-

te con la que se nos alimenta una y otra vez sobre asuntos como la pobreza y la riqueza, el fascismo y los mercados libres, los medios y la cultura o la conciencia y el poder de clase.

Muchas de estas selecciones están escritas expresamente para este libro y se presentan aquí por primera vez. La mayoría de los artículos que aparecen al principio han estado sujetos a una reconsideración y revisión tales que pueden ser considerados versiones nuevas. Estas selecciones cubren una amplia gama de ideas y experiencias, moviéndose desde lo político a lo personal en un intento de mostrar la relación entre las fuerzas sociales y la experiencia individual. Con tal motivo he incluido dos narraciones autobiográficas publicadas previamente. También he incluido tres poemas, una satisfacción que el editor no ha tenido el valor de negarme.

Michael Parenti

1

POLÍTICA Y ASUNTOS CONFLICTIVOS

EEUU, EL HOLOCAUSTO ESCONDIDO

"He visto hombres hechos y derechos humedeciendo este suelo con sus lágrimas, suplicando un trabajo. Hemos tenido que evitar que algunos se mataran. Muchos dicen que lo único que quieren es morir", dice Charlie Tarrance, director de una agencia social privada. Su trabajo es tratar con el creciente número de gente desesperada que busca trabajo, casa y comida. El lugar es Gadsden, Alabama, pero podría ser cualquier parte de los Estados Unidos.

Podría ser Washington D.C., en un supermercado cercano a la Casa Blanca, donde un anciano llora mientras coge un bote de comida para perros. Cuando le preguntan qué le ocurre, dice: "Tengo hambre. Tengo hambre".

Podría ser la ciudad de Nueva York, donde una mujer gime ante el casero que la desahucia a ella y a sus hijos. La Oficina de Bienestar

Infantil recoge a sus hijos, lo que la desespera aún más. A ella la trasladan a un hospital mental de Nueva York mientras llora con cólera, sólo para que esos psiquiatras que lo saben todo le diagnostiquen una "esquizofrenia paranoica".

Hay miseria y crueldad en la tierra. Cuando los líderes norteamericanos se encaminan con determinación hacia su Solución Final del mercado libre, abundan las historias de hambre, dolor y desesperación. Tales cosas han existido durante mucho tiempo. La patología social forma parte de esta sociedad tanto como el crimen y el capitalismo. Pero para muchos, la vida es cada vez más difícil.

Algunas terribles estadísticas

Los conservadores suelen decirnos lo maravillosa, próspera y feliz que es esta nación. La única cosa que iguala su amor al país es la notable indiferencia que muestran hacia la gente que vive en él. Los gritos angustiados de los desposeídos suenan a sus oídos como las quejas sin sentido de los descontentos. Acusan de "quejicas" a aquellos que critican las condiciones existentes, que muestran alguna preocupación por sus conciudadanos. Pero la sucia verdad es que hay una asombrosa cantidad de infortunio, abusos, aflicción, enfermedad, violencia y patología en este país. Los números revelan una lista de víctimas que afecta a muchos millones. Consideremos las siguientes estimaciones, en un año cualquiera:

-27.000 americanos se suicidan.
-5.000 intentan suicidarse; algunas estimaciones son más altas.
-26.000 mueren de accidentes fatales en sus casas.
-23.000 son asesinados.

-85.000 son heridos por armas de fuego.

-38.000 de éstos mueren, incluidos 2.600 niños.

-13.000.000 son víctimas de crímenes que incluyen el asalto, la violación, el robo a mano armada, el allanamiento de morada y el incendio.

-135.000 niños llevan pistolas a la escuela.

-5.500.000 son arrestados por todo tipo de delitos (sin incluir las infracciones de tráfico).

-125.000 mueren prematuramente por abuso de alcohol.

-473.000 mueren prematuramente por enfermedades debidas al tabaco.

-53.000 de ellos son no fumadores, víctimas de inhalación pasiva.

-6.500.000 consumen heroína, crack, speed, PCP, cocaína o alguna otra droga dura de forma regular.

-Más de 5.000 mueren por el consumo de drogas. Miles sufren serios daños.

-Más de 1.000 mueren por inhalación de sustancias que se pueden encontrar bajo el fregadero de su cocina. Aproximadamente el 20% de los estudiantes de octavo grado han inhalado sustancias tóxicas. Miles sufren daños neurológicos permanentes.

-31.450.000 consumen marihuana. 3.000.000 de ellos son grandes consumidores.

-37.000.000, o uno de cada seis americanos, consumen *regularmente* medicamentos para el control emocional. La mayoría son mujeres. Los impulsores son médicos; los suministradores son compañías farmacéuticas; los beneficios son magníficos.

-2.000.000 de personas no hospitalizadas reciben poderosos medicamentos para el control mental, descritos a veces como "camisas de fuerza químicas".

-5.000 mueren a causa de medicación psicoactiva.

-200.000 están sujetos a tratamiento de *shocks* eléctricos que son dañinos para el cerebro y el sistema nervioso.

-De 600 a 1.000, la mayoría mujeres, son lobotomizados.

-25.000.000, o uno de cada diez americanos, requieren ayuda psiquiátrica, psicoterapéutica o ayuda médica para problemas mentales y emocionales, con un coste anual de 4.000 millones de dólares.

-6.800.000 utilizan servicios no médicos, como pastores religiosos, agencias de bienestar y consejeros sociales para que les ayuden en sus problemas emocionales. En total, 80.000.000 han buscado alguna vez en su vida consejo psicológico.

-1.300.000 sufren alguna clase de daño relativo al tratamiento hospitalario.

-2.000.000 padecen operaciones quirúrgicas innecesarias; 10.000 de ellos mueren a causa de la cirugía.

-180.000 mueren debido a reacciones adversas a los tratamientos médicos, más de los que lo hacen por el conjunto de accidentes aéreos y de automóvil.

-Más de 14.000 mueren por sobredosis de medicamentos prescritos legalmente.

-45.000 mueren en accidentes de automóvil. Sin embargo se construyen más coches y autopistas mientras los fondos para formas más seguras de transporte colectivo se reducen.

-1.800.000 sufren daños no fatales por accidentes de automóvil, pero 150.000 de ellos padecen lesiones permanentes.

-126.000 niños nacen con defectos importantes, la mayoría debido a cuidado prenatal insuficiente, deficiencias nutricionales, toxicidad medioambiental o adicción materna a las drogas.

-2.900.000 niños sufren abusos o malos tratos serios, incluyendo tortura física y privación de alimentos deliberada.

-5.000 son asesinados por sus padres o abuelos.

-30.000 niños o más quedan disminuidos físicamente debido a violencias o descuidos.

-El abuso infantil en los Estados Unidos afecta cada año a más niños que la leucemia, los accidentes de coche y las enfermedades infecciosas combinados. Con el desempleo creciente los abusos por parte de padres sin trabajo han crecido de forma dramática.

-1.000.000 de niños se van de sus casas, la mayoría a causa de los maltratos, incluido el abuso sexual por parte de sus padres u otros adultos. De los muchos que padecen este tipo de abuso, el 83% es de familia blanca.

-150.000 niños son considerados desaparecidos.

-50.000 de ellos simplemente se desvanecen. Sus edades van de uno a quince años.

-De acuerdo con el *New York Times*, "algunos de ellos están muertos, quizá la mitad de los que son enterrados anualmente en este país son chicos desaparecidos".

-900.000 niños, algunos tan pequeños como de siete años, están envueltos en algún tipo de trabajo infantil en los Estados Unidos, sirviendo de mano de obra barata en granjas, lavanderías y trabajos domésticos durante diez horas al día, violando las leyes sobre trabajo infantil.

-De 2 a 4.000.000 de mujeres son maltratadas. La violencia doméstica es la primera causa de lesiones y la segunda de muertes de mujeres en los Estados Unidos.

-700.000 mujeres son violadas, una cada 45 segundos.

-5.000.000 de trabajadores sufren accidentes laborales, 150.000 de los cuales quedan con minusvalías permanentes, incluyendo mutilaciones, parálisis, defectos de visión y audición y esterilidad.

-100.000 quedan seriamente enfermos por causas laborales, incluyendo cáncer y tuberculosis.

-14.000 mueren en el trabajo; el 90% hombres.

-100.000 mueren prematuramente de enfermedades laborales.

-60.000 mueren debido a la toxicidad medioambiental o a la contaminación de la comida, el agua o el aire.

-4.000 mueren por comer carne contaminada.

-Otros 20.000 sufren envenenamiento por *E. Coli 0157-H7*, la bacteria mutante encontrada en la carne contaminada que generalmente produce problemas de salud físicos o mentales. Una inspección más a fondo de la carne con nuevas tecnologías podría eliminar la mayoría de los casos de contaminación. La otra solución es hacernos vegetarianos.

En el momento presente:

-5.100.000 personas están entre rejas o en libertad condicional o bajo palabra; 2.700.000 de ellas están encerradas en prisiones del condado, del estado o federales o bajo supervisión legal. Cada semana hay 1.600 personas más que entran en la cárcel que las que la abandonan. La población reclusa se ha disparado un 200% desde 1980. Alrededor del 40% de internos está encarcelado por delitos no violentos relacionados con las drogas. Los afroamericanos suponen el 13% de los consumidores de drogas y sin embargo son el 35% de los arrestados, el 55% de los convictos y el 74% de los condenados a prisión. Por delitos no relativos a las drogas los afroamericanos van a prisión por plazos un 10% más largos que los caucasianos por delitos similares.

-Más de 15.000 padecen tuberculosis, un número que crece rápidamente; más de 10.000.000 portan el bacilo de la tuberculosis, la mayoría personas débiles económicamente o adictos.

-10.000.000 de personas tienen problemas serios con la bebida; el alcoholismo está en alza.

-16.000.000 tienen diabetes –en 1983 eran 11.000.000–, debido a que los americanos se han ido haciendo más sedentarios y adictos al azúcar. Sin tratamiento, la diabetes conduce a la ceguera, a daños en el riñón y a problemas nerviosos.

-160.000 mueren de diabetes cada año.

-280.000 están considerados enfermos o retrasados mentales. Muchos de ellos son forzados a tomar altas dosis de medicamentos para el control mental.

-255.000 mentalmente enfermos o retrasados han sido soltados a la calle en años recientes. Muchos de estos "desinstitucionalizados" habitan ahora en casas de ínfima categoría o simplemente vagabundean por las calles.

-3.000.000 o más sufren minusvalías físicas y cerebrales, incluyendo parálisis, sordera, ceguera y otros daños menores. Un número desproporcionado de ellos son pobres. Muchas de estas incapacidades podrían haber sido corregidas con un tratamiento a tiempo o prevenidas con mejores condiciones de vida.

-2.400.000 sufren alguna variedad seria de síndrome crónico de fatiga.

-10.000.000 o más sufren asma sintomática, un incremento del 145% entre 1990 y 1995, debido principalmente al incremento de la polución en el aire que respiramos.

-40.000.000 o más están sin seguro sanitario o protección ante una enfermedad grave.

-1.800.000 mayores que viven con sus familias están sujetos a abusos serios tales como confinamiento forzoso, subalimentación y malos tratos físicos. El maltrato a los mayores por parte de sus hijos y otros familiares crece dramáticamente cuando las condiciones económicas empeoran.

-1.126.000 personas mayores viven en residencias. Un gran número sufre condiciones de abandono extremo, suciedad y abusos en esas entidades, que sólo buscan obtener los beneficios más altos posibles.

-1.000.000 o más de niños permanecen en orfanatos, reformatorios y prisiones para adultos. La mayor parte han sido arrestados por infracciones menores o no han cometido ningún delito y están encerrados sin el debido proceso. La mayoría proceden de entornos pobres. Muchos están sujetos a palizas, ataques sexuales, confinamiento aislado prolongado, medicación de control mental y, en algunos casos, psicocirugía.

-1.000.000 se estima que tienen SIDA. Unos 250.000 han muerto de esta enfermedad.

-950.000 niños escolarizados tienen tratamiento con medicamentos fuertes de control mental cada año debido a su "hiperactividad", con efectos colaterales como pérdida de peso, retraso en el crecimiento y psicosis aguda.

-4.000.000 de niños crecen con problemas de aprendizaje sin tratar.

-4.500.000 de niños, o más de la mitad de los 9.000.000 que tienen asistencia social sufren de malnutrición. Muchos de ellos tienen daños cerebrales debido a la malnutrición prenatal o infantil.

-40.000.000 de personas, o una de cada cuatro mujeres y más de uno de cada diez hombres, se estima que han sido molestados sexualmente en su niñez, en su mayoría entre los nueve y doce años, generalmente por familiares cercanos o amigos íntimos de la familia. Tales abusos forman parte casi siempre de sus recuerdos habituales y no son producto de una recuperación de memoria debida a una terapia.

-De 7.000.000 a 12.000.000 están sin empleo; los números varían según la estacionalidad en los negocios. El número creciente de los desempleados crónicos supone más tensión y depresión emocional.

-6.000.000 están en trabajos "de obra" o temporales. Un 60% preferiría un trabajo permanente.

-15.000.000 o más son trabajadores con "contrato" a tiempo parcial o reducido, que necesitarían trabajar a jornada completa y que no tienen beneficios sociales.

-3.000.000 de trabajadores adicionales están sin empleo pero no cuentan, porque sus beneficios por desempleo han caducado o nunca los tuvieron, y se han alistado a las fuerzas armadas porque han sido incapaces de encontrar trabajo.

-80.000.000 viven con ingresos considerados por el Departamento de Trabajo de los Estados Unidos como por debajo de lo "adecuadamente confortable"; 35.000.000 de ellos viven por debajo del nivel de la pobreza.

-12.000.000 de estos últimos sufren hambre y malnutrición crónicas. La mayoría de los que viven a ese nivel experimentan hambre durante alguna parte del año.

-2.000.000 o más no tienen casa y se ven forzados a vivir en la calle o en chabolas.

-160.000.000 o más son miembros de familias que están endeudadas, un incremento enorme desde los menos de 100.000.000 de hace una década. Una mayoría indica que deben dinero no por lujo, sino por necesidad. La acumulación de deudas amenaza con la bancarrota financiera en cada vez más y más familias.[1]

1. Todas las cifras están recogidas de la Oficina del Censo de los Estados Unidos (*Extracto Estadístico de los Estados Unidos*, 1975, 1992, 1994), Informes de Delitos del FBI, Departamento de Justicia de los Estados Unidos, Oficina de Estadísticas de la Justicia, Oficina de >

¿Una nación feliz?

Obviamente todas estas estimaciones incluyen múltiples duplicaciones. Muchos de los 20 millones de desempleados están entre los 35 millones que se encuentran por debajo del nivel de pobreza. Muchos de los niños mal nutridos están entre los que crecen con problemas de aprendizaje que no ha recibido tratamiento y casi todos están entre los 35 millones de pobres. Muchos de los que utilizan regularmente medicamentos para el control mental también están entre los 25 millones que requieren ayuda psiquiátrica.

Algunas de estas privaciones y padecimientos no son tan serios como otros. Los 80 millones que viven por debajo del nivel de renta "confortablemente adecuado" pueden suponer una categoría demasiado vaga para algunos observadores (que desde luego están a gran distancia de la línea de la pobreza). Los 40 millones que no poseen seguro sanitario no están afectados por una catástrofe inmediata, pero sí se enfrentan a una catástrofe potencial (la ausencia de seguro sanitario a menudo conduce a una carencia de atención médica y por tanto a una crisis de salud grave). Podemos considerar que los 5,5 millones de arrestados no tienen

> Estadísticas sobre la Mortalidad en los Estados Unidos, *World Almanac*, SCAN/INFO de abril de 1995 y *Journal of the American Medical Association*; también de los informes suministrados por el Instituto Nacional de Estadísticas de la Sanidad, el Comité sobre la Vejez, el Centro de Control de las Enfermedades de los Estados Unidos, el Servicio de Sanidad Pública de los Estados Unidos, la Universidad de California, Berkeley, Escuela de Sanidad Pública y estudios resumidos en la revista *Science*, el *Washington Post*, *Los Angeles Times*, *New York Times*, *San Francisco Examiner* y numerosas monografías y libros sobre pobreza, suicidios, crímenes, abusos a niños y mayores y estudios de instituciones médicas y mentales y de seguridad ocupacional. Para muchas de estas citas específicas ver mi *Democracia para unos pocos*, 6ª edición (Nueva York: St. Martin's Press, 1995), pp. 24-32, 106-111, 130-132.

un problema serio, pero, ¿qué pasa con los 1,5 millones que cumplen condena y con sus víctimas? Podemos querer contar sólo los 150.000 que sufren discapacidades serias por accidentes laborales en vez de los cinco millones que padecen lesiones por ese motivo; contar sólo la mitad de los veinte millones de desempleados y subempleados para no duplicar las cifras de pobreza; contar como maltratadas tan sólo el 10% de los 1,1 millones de personas mayores que viven en instituciones (aunque el número es probablemente mayor), y sólo el 10% de los 37 millones de los consumidores usuales de medicamentos psicogénicos prescritos médicamente como gente con problemas serios; y también que de los 160 millones que viven en familias endeudadas sólo el 5% lo están seriamente (aunque el número sea probablemente mayor).

Si consideramos tan sólo a aquellos que han padecido abusos físicos o sexuales, a los que han sufrido discapacidades importantes, privaciones serias como la malnutrición y la falta de vivienda, a los que mueren prematuramente debido a suicidios, asesinatos, palizas, abuso de drogas y alcohol, accidentes industriales y de tráfico, tratamientos médicos erróneos, enfermedades laborales y enfermedades de transmisión sexual, todavía llegamos a la asombrosa cifra de 19.000.000 de víctimas. Para situar el asunto en una cierta perspectiva, en los doce años que vieron morir a 58.000 americanos en Vietnam, varios millones murieron prematuramente dentro de los Estados Unidos por causas no naturales y a menudo violentas.

Aunque la trivialidad oficial diga lo contrario, hacemos frente a un holocausto escondido, una patología social de dimensiones asombrosas. Es más, las cifras anteriores no cuentan la historia completa. En casi todas las categorías hay un número desconocido de personas que no aparecen. Por ejemplo, la cifra oficial de 35 millones de personas que viven

en la pobreza está basada en los datos del censo, que no incluyen transeúntes, gente sin hogar y aquellos que viven en áreas rurales remotas o zonas superpobladas del interior de las ciudades. También la línea marcada para la pobreza está colocada en un nivel de renta nada realista y no tiene suficientemente en cuenta lo especialmente que afecta la inflación a los alimentos básicos, el combustible, la vivienda y la atención sanitaria, conceptos que absorben una parte desproporcionada de las rentas bajas. Algunos economistas estiman que actualmente 46 millones de personas viven en condiciones de carencia económica aguda.

Tampoco se ha tenido en cuenta que hay más de dos mil muertes anuales en el ejército debidas a la instrucción o a accidentes de transporte, o que muchos asesinatos y suicidios en la vida civil son juzgados incorrectamente como muertes por causas naturales, junto con las muertes prematuras por cáncer causado por materiales radioactivos y cancerígenos del medio ambiente. Casi todas las muertes por cáncer se piensa que hoy día se deben a causas provocadas por los humanos.

Las cifras de víctimas no incluyen a la gente incapacitada o enferma por culpa de los 1.000 productos potencialmente tóxicos que la industria vierte al medio ambiente cada año, y que mueren años más tarde, en cualquier caso de forma prematura. En el presente hay al menos 51.000 zonas de vertidos tóxicos en todo el país que suponen problemas potenciales serios para las comunidades, las granjas, los acuíferos y el ganado. Un estudio del gobierno ha llegado a la conclusión de que el aire que respiramos, el agua que bebemos y la comida que comemos son quizá la causa principal de las muertes en los Estados Unidos.

Ninguna de estas cifras incluye la infelicidad, la aflicción y los problemas emocionales a largo plazo infligidos a muchos millones de seres queridos, amigos y familiares cercanos a las víctimas.

Política pública, dolor personal

Si las cosas son tan malas, ¿por qué entonces las cifras de mortalidad en los Estados Unidos están declinando? En el último medio siglo esto se ha debido fundamentalmente a la importante reducción de la mortalidad infantil y a la contención de muchas enfermedades contagiosas gracias a una mejora de la sanidad pública. Años de lucha por parte de la masa trabajadora, especialmente en el siglo XX, han llevado a una mejora palpable de ciertas condiciones. En otras palabras, siendo las cosas tan malas como lo son ahora, en tiempos anteriores eran todavía peores. Por ejemplo, unas 14.000 personas mueren en el trabajo anualmente, pero en 1916 la cifra era de 35.000, con una fuerza laboral que era menos de la mitad de la actual.

El incremento de la conciencia sanitaria que ha llevado a millones de personas a dejar de fumar, a hacer ejercicio de forma regular y a llevar dietas más saludables también ha reducido los niveles de mortalidad, especialmente entre los que están por encima de los 40 años. El límite de velocidad a 55 millas por hora y la reducción de los niveles de alcoholemia para conducir han contribuido a la reducción de las muertes en carretera. Pero el porcentaje de muertes por cáncer y otras patologías y el deterioro de las condiciones de vida continúan en dirección ascendente. El pequeño ascenso en la esperanza de vida se ha ralentizado en los años recientes.

Cuando nos comparamos con otras naciones, descubrimos que no somos el Número Uno que pensábamos. El porcentaje de mortalidad infantil en los Estados Unidos es más alto que el de otros trece países. Y la esperanza de vida para hombres de veinte años sitúa a los Estados Unidos en el puesto treinta y seis entre las naciones del mundo y para

mujeres de veinte años en el puesto veintiuno. La tragedia adicional de estas estadísticas es que la mayoría de esas muertes no son un producto inevitable de la condición humana, sino que son debidas a las condiciones sociales y materiales creadas por nuestro sistema corporativo de el-beneficio-antes-que-las-personas. Consideremos unos cuantos ejemplos.

Primero, puede ser que la producción industrial acarree siempre un cierto riesgo laboral, pero el porcentaje actual de bajas puede asociarse principalmente a los niveles inadecuados de seguridad, las prisas y la relajación de las leyes sobre seguridad en el trabajo. Una política mejor *puede* suponer la diferencia. Sólo en la industria química, las regulaciones implantadas por la Administración de Seguridad y Salud Ocupacionales (OSHA) –con un coste anual para la industria de 140 dólares por trabajador– supusieron una reducción del 23% en los accidentes y enfermedades, evitando unas 90.000 enfermedades y lesiones.

Los recursos de la OSHA son abiertamente irrisorios. Sólo tiene inspectores suficientes para visitar cada centro de trabajo una vez cada ocho años, y el modelo para controlar las decenas de miles de sustancias tóxicas que hay en los centros de trabajo prevé hacer menos de tres por año. Pero incluso estos esfuerzos mínimos han sido más de lo que el negocio podía tolerar. Bajo las administraciones de Reagan y Bush la OSHA empezó a eliminar protecciones, eximiendo a la mayoría de las empresas de la rutina de las inspecciones de seguridad, reduciendo los niveles de la misma y también el derecho del trabajador a ver los archivos médicos de las compañías.

Segundo, en cualquier sociedad pueden enfermar y morir algunos niños. Pero la cantidad depende de si existen o no una buena nutrición y una buena atención sanitaria. El programa de nutrición de mujeres,

bebés y niños (WIC) actuó sobre la malnutrición y el hambre. Pero respecto a la atención sanitaria, años después de que se aprobara una ley que hacía que trece millones de niños fueran elegibles para su examen y tratamiento, el Congreso descubrió que casi el 85% habían quedado sin examinar, causando, en palabras de un informe del subcomité da la Cámara, "daños y retrasos innecesarios e incluso la muerte de miles de niños".

Tercero, puede ser que el tratamiento médico conlleve siempre unos riesgos, pero dada la forma en que está organizada la atención sanitaria en los Estados Unidos, el dinero supone a menudo la diferencia entre la vida y la muerte. Mucha gente enferma muere simplemente porque no recibe la atención adecuada o porque es tratada demasiado tarde. Los precios de los seguros sanitarios han subido de forma astronómica y las facturas hospitalarias han crecido cinco veces más rápido que el coste de vida. Sin embargo todo el mundo reconoce que la gente no recibe una atención mejor por más cara y que en algunas áreas esa atención se ha deteriorado.

Algunos médicos han defraudado cientos de millones de dólares sobrecargando de forma regular servicios y análisis, facturando de forma fraudulenta a pacientes que no existen o por servicios que no se han realizado, cargando tratamientos innecesarios, análisis y admisiones hospitalarias y –lo más imperdonable de todo– llevando a cabo operaciones quirúrgicas innecesarias. Mientras tanto las compañías privadas de seguros sanitarios obtienen beneficios subiendo los precios sin incrementar por ello el nivel de atención. Algunas personas están pagando por esos seguros más que nunca y recibiendo menos aún.

Cuarto, puede ser que los accidentes de automóvil sean inevitables en cualquier sociedad con millones de vehículos a motor, pero, ¿por qué

nos hemos convertido en cada vez más dependientes de esa costosa, peligrosa y ecológicamente desastrosa forma de transporte? Para transportar gente, un ferrocarril o un suburbano pueden hacer el trabajo de cincuenta automóviles. Los trenes consumen la sexta parte de energía que los camiones para transportar mercancías.

Esas eficiencias son las que hacen de los ferrocarriles algo tan indeseable para las compañías petrolíferas y las fábricas de coches. Durante medio siglo las gigantescas corporaciones como General Motors, Standard Oil de California y Firestone han comprado la mayoría de las redes de vehículos eléctricos limpios y seguros de la nación, desmantelándolas –afectando con ello al transporte público– y obligando a la gente a utilizar más y más los coches privados. El monorraíl de Japón, un tren que viaja más rápido que cualquier otro, ha transportado a unos tres mil millones de pasajeros sin ningún tipo de accidente. Las grandes compañías petroleras y de automóviles en los Estados Unidos han bloqueado con éxito la construcción de monorraíles en nuestro país.

Aunque de manera oculta, las políticas públicas y de las corporaciones afectan gravemente a las vidas privadas. Las malformaciones de nacimiento, por ejemplo, no son simplemente un capricho de la naturaleza, como los angustiados padres de los niños de la talidomida pueden testificar. Muchos de esos defectos los causan las compañías que van al beneficio rápido y que tratan nuestro entorno como un tanque séptico. Otra causa son los productos inseguros; hay cientos de productos para el pelo, aditivos para los alimentos, cosméticos y medicinas que se comercializan para obtener beneficios rápidos y que están ligados al cáncer, a los defectos de nacimiento y a otras enfermedades.

La industria alimenticia, buscando maximizar sus beneficios, ofrece cada vez más cantidad de comidas procesadas, tratadas químicamente,

bajas en calorías. Bombardeados por la publicidad de la comida basura durante los últimos treinta años, los telespectadores, especialmente los más jóvenes, han cambiado sus hábitos alimenticios de forma dramática. El consumo per capita de frutas y verduras ha bajado entre el 20 y el 25% mientras que el consumo de pasteles, bollos, bebidas refrescantes y similares ha crecido entre el 70 y el 80%. De acuerdo con un informe del Senado de los Estados Unidos el consumo creciente de comida basura "puede ser tan dañino para la nación como todo el conjunto de las enfermedades contagiosas lo fueron en la primera parte del siglo". Todo esto puede ocurrir cuando los actuales jóvenes de la comida basura lleguen a la madurez.

En 1995/96 un Congreso controlado por los republicanos hizo varios recortes más a los niveles mínimos de seguridad medioambiental y del consumidor y, en su regulación de las industrias, también redujo diversos programas de salud pública y de nutrición para los niños y las mujeres embarazadas. Los gobiernos estatales y locales también redujeron los programas de protección pública y servicios sociales para poder pagar las enormes sumas adeudadas a los bancos y compensar las reducciones en la ayuda federal. Así, la ciudad de Nueva York tomó "medidas económicas" tales como cerrar sus clínicas de enfermedades venéreas y la mayoría de sus centros de salud y de rehabilitación de drogadicciones.

Se nos dice que el maltrato a las mujeres, el abuso de los niños, el alcoholismo, el consumo de drogas y otras patologías del estilo no conocen fronteras de clase y se encuentran en todos los niveles de renta. Esto es cierto pero engañoso. Parece como si estas patologías se distribuyeran de forma fortuita a través del espectro social y que fueran simplemente un asunto de patología individual. Realmente muchas de ellas afectan fuertemente a los individuos de rentas más bajas, desempleados y

pobres. Cuando las condiciones económicas empeoran, los padecimientos se incrementan. Tras muchas de estas estadísticas hay una historia de opresiones de clase, raza, sexo o edad que raras veces se discute con cierta profundidad por parte de los líderes políticos, los medios informativos o los educadores.

Además, cada vez más y más gente de rentas medias está padeciendo el tercermundismo en América, sufriendo estrés agudo, alcoholismo, inseguridad en el trabajo, ingresos insuficientes, alquileres altos, pesadas hipotecas, impuestos elevados y costes médicos y de enseñanza aplastantes. Y casi todos nosotros comemos esos alimentos apestosos, respiramos el aire viciado y tenemos el riesgo de beber agua tóxica y exponernos a los contaminantes de nuestro cada vez más putrefacto entorno. Digo "casi todos nosotros" porque hay unos pocos favorecidos que pueden vivir en el campo, en ranchos, casas en la playa y escondites de verano donde el aire es relativamente limpio. Y que, como el presidente Reagan, sólo comen alimentos frescos y carne proveniente de ganado alimentado orgánicamente y libre de hormonas químicas, mientras al resto nos dicen que no nos pongamos tan histéricos con los pesticidas, los herbicidas y los aditivos químicos.

Todo esto explica por qué muchos de nosotros encontramos pocos motivos de alegría en esta América la Bella. No es que no amemos a nuestro país, sino todo lo contrario. Amamos no sólo una abstracción llamada "Estados Unidos", sino a la gente que vive en él. Y creemos que el orgullo de una nación no debe usarse para esconder el desorden social y económico que es su vergüenza. El sueño americano es una pesadilla para muchos. La preocupación por la mejora colectiva, por el fin de los abusos y el saqueo del libre mercado, es de la mayor importancia. "La gente antes que los beneficios" no es sólo un slogan, es nuestra única esperanza.

CREANDO LA POBREZA

Se nos ha enseñado a pensar en la pobreza como en una condición desafortunada pero inevitable que padece una parte de la población. Y tendemos a pensar en los pobres como en una casta aparte que, si bien no se merece del todo su situación, es un componente desafortunadamente previsible del panorama social. Este punto de vista es tan viejo como la antigüedad. En Mateo 26:11 (y de forma parecida en Marcos 14:7), cuando una mujer unge la cabeza de Jesús los apóstoles protestan, "porque ese ungüento podría haberse vendido por mucho dinero para dárselo luego a los pobres". Pero Jesús alaba a la mujer por su "buena acción" al atenderle y asegura a los apóstoles que "los pobres siempre estarán con nosotros", sugiriendo que ya que la pobreza es algo tan persistente, no hay necesidad de que nos preocupemos por ella.

La indiferencia ante los indigentes ha provocado la ira de la gente compasiva que, como los apóstoles, cree que la pobreza es algo que requiere un tratamiento urgente. Recuerdo cómo Martin Luther King Jr. arremetió sonoramente contra los ricos y poderosos por su despreocupación por los necesitados. Más recientemente he llegado a la conclusión de que los ricos y poderosos son cualquier cosa excepto indiferentes. Siempre "consideran a los pobres" tanto un grupo molesto como un accesorio esencial para la acumulación de riqueza. Y tienen una verdadera –aunque raras veces articulada– preocupación por que la masa

trabajadora de los pobres no tenga demasiado éxito o eleve colectivamente su condición de clase. Realmente la clase propietaria contempla ese tipo de evolución como una amenaza para sus propios intereses vitales.

Culpando a los pobres

A través de todas las épocas los ricos han argumentado que los pobres son los culpables de su propia pobreza y que la indigencia tiene su origen en los hábitos disolutos y desmoralizadores de los indigentes. En la Inglaterra del siglo XVII se pensaba que la gente pobre no era víctima de las circunstancias sino de sus propias "maneras holgazanas, irregulares e inicuas". Desde entonces poco ha cambiado. En 1995, fiel al modo de pensar de las élites reaccionarias, el líder republicano de derechas Newt Gingrich redujo la pobreza a un asunto de inclinación personal: "Estoy preparado para decirles a los pobres: 'tenéis que aprender nuevos hábitos. El hábito de ser pobre no funciona'".

Mientras tanto, Gingrich apostaba incansablemente por una política que engrosaba las filas de los pobres. Como portavoz de la Cámara luchó por incrementar la pesada carga de los impuestos sobre la gente de rentas medias y bajas, por eliminar los mínimos exentos, por recortar el gasto en vivienda pública y por abolir la comida en las escuelas, los cupones de comida y la ayuda a las familias con niños dependientes. Apoyó enormes recortes en los impuestos para las corporaciones, desregulando las actividades comerciales, reduciendo la categoría de los puestos de trabajo y las plantillas de trabajadores y eliminando sindicatos, todas ellas políticas que han conducido a una pobreza más extensa y más profunda y a una mayor acumulación y concentración de la riqueza.

Para las personas ricas los pobres son menos que humanos; son criaturas desmoralizadas que parecen preferir la suciedad y la miseria, que viven por libre separados del resto de nosotros. Cuando trabajan, quieren que se les pague demasiado por su pequeño esfuerzo. Y cuando se organizan en sindicatos se convierten en un problema para la productividad y la prosperidad. Todo esto es lo que oímos una y otra vez.

Algunas personas de clase media detentan la opinión denigrante sobre los pobres que hacen circular los líderes políticos y los creadores de opinión. Sin embargo, durante el debate de los presupuestos de 1995 no hubo un apoyo masivo a los recortes impuestos por el Congreso republicano. Una encuesta del Centro de Estudios sobre las Actitudes Políticas (Washington D.C., diciembre de 1994) dio como resultado que el 80% de los encuestados pensaban que la sociedad y el gobierno tenían la obligación moral de aliviar la pobreza. Aproximadamente el mismo número rechazaba el argumento de la derecha de que la pobreza es el resultado de una cultura inferior de los pobres más que un resultado de las condiciones económicas y materiales. Pero gracias a los desinformadores conservadores como Rush Limbaugh, que proclaman que el 90% de los fondos para aliviar la pobreza no llegan a los pobres, los encuestados pensaban que los programas estaban mal administrados y tenían un gran coste. De hecho, como señala el economista Doug Henwood, es exactamente lo contrario. Sólo el 10% de los fondos se gasta en costes administrativos y el resto llega a los receptores.

Otro punto de desinformación conservadora, frecuentemente expandido por los miembros de derechas del Congreso y otros comentaristas, es que "en los últimos treinta años se han gastado 5,3 billones de dólares en bienestar", una ficción que raras veces discuten los medios mal informados o los adversarios liberales. Pero de hecho la cifra actual es

menor que el 10% de esa cantidad, unos 400.000 millones (o lo que el Pentágono gasta en año y medio).

En contraste con el ala derecha republicana, los liberales ven la pobreza como un problema generado por la dureza de los tiempos, el mercado de trabajo escaso, los bajos niveles escolares y de vivienda, los entornos deteriorados, la carencia de programas públicos necesarios, las familias rotas, el crimen y las drogas. Aunque bienintencionado, este punto de vista a veces confunde el efecto con la causa, porque la mayoría de las condiciones mencionadas son realmente síntomas. El bajo nivel de las viviendas, el crimen, las drogas y los entornos deteriorados no son la causa de la pobreza, sino parte de sus resultados. (Con esto no se niega que tales efectos puedan en sí mismos tener un impacto desmoralizador sobre la gente que sufre privaciones.) La cuestión permanece: ¿Qué hay en el sistema que conduce a tales resultados?

Los puntos de vista liberales tienden a tratar la pobreza como un resultado de fuerzas impersonales. Las diferencias entre ricos y pobres se aceptan como algo que se da de forma natural, el reflejo de la casualidad y las circunstancias. Este punto de vista falla desde el momento en que no considera que la riqueza y la pobreza no sólo coexisten sino que están enlazadas la una con la otra causalmente. La idea propagada por los conservadores y algunos liberales es que cuanto más riqueza se acumula en la sociedad, mejor es para todos nosotros. Que cuando el pastel es más grande todos tocamos a más. Supuestamente no es un sistema de suma-cero, pero de hecho para la mayoría de la gente trabajadora sí que lo es. Generalmente lo que es más para uno supone menos para otro. El asunto no es sólo el tamaño del pastel, sino cómo se corta.

La riqueza es la causa de la pobreza

¿La riqueza causa la pobreza? Ciertamente. A lo largo de la historia, en las sociedades donde no se acumulaba gran cantidad de riqueza en manos de unos pocos, no había una gran pobreza. La mayoría de las sociedades que vivían de la caza y la recolección, y en las comunidades antiguas de cultura hortícola, se vivía modestamente en algo parecido a una igualdad social. Cuando los rebaños desaparecían y los cultivos se estropeban, todo el mundo tenía que aguantar la carga de las privaciones.

Durante las épocas tranquilas la mayoría de estas sociedades disfrutaban de ciertos niveles de consumo y de salud y los porcentajes de longevidad podían compararse favorablemente con los de sus descendientes en la época actual. Las enfermedades de las sociedades "avanzadas", tales como el cáncer, el tifus, las patologías cardiacas, la peste bubónica, la tuberculosis, la viruela, la diabetes, la difteria, la sífilis y la gonorrea no existían o eran relativamente raras, como rara era la combinación de pobreza, niveles sanitarios inadecuados y hacinamiento que las provocaban. La gente no trabajaba desde el amanecer hasta el anochecer como se cree popularmente. La investigación moderna ha revelado que había gran cantidad de tiempo libre para la diversión y las reuniones comunitarias.

La pobreza de gran parte del Tercer Mundo no es una condición histórica original. Fue creada por los colonizadores europeos y norteamericanos que expropiaron las tierras a la gente y convirtieron su trabajo en trabajo de esclavos, llevándoles a la indigencia. Así, bajo el imperio británico la renta per capita de la India se desplomó un 65% entre 1830

y 1900. Mientras los colonizadores se hacían cada vez más ricos, los colonizados eran cada vez más pobres.

Si la tierra y los recursos se hubieran utilizado para intereses sociales en vez de para la codicia privada hubiera habido bastante para todos en casi todas las sociedades. Todos los países del mundo tienen suficiente tierra para alimentar a su población. Muchos países pobres exportan más productos agrícolas de los que importan. En la India el número de gente que pasa hambre se calcula –tirando por lo bajo– en 300 millones, más que cualquier otra nación. Sin embargo los excedentes de trigo y arroz de la India se estima que sobrepasaron los catorce millones de toneladas en 1991, la mayoría en manos de los grandes productores y exportadores. Una parte modesta de este excedente hubiera sido suficiente para complementar la alimentación de los millones de mal nutridos. El problema no es el suministro, sino la distribución.

La sucia verdad es que los ricos son la gran causa de la pobreza. Cuando unos pocos acumulaban grandes excedentes, la carencia y las privaciones caían sobre la mayoría, que era la que había creado esos excedentes. Los esclavistas vivían en el lujo y la opulencia porque los esclavos trabajaban de la mañana a la noche creando esa riqueza y consumiendo una mínima parte para subsistir. Los señores que vivían en grandes castillos rodeados de adornos espléndidos y sentados a mesas repletas de comida podían hacerlo porque sus criados y siervos trabajaban sin descanso para mantener ese estilo de vida al que aquéllos estaban acostumbrados.

Hoy día, donde hay grandes terratenientes y latifundistas también hay campesinos pobres hacinados en tierras infértiles, forzados a trabajar en los campos por salarios de hambre. Y eso, cuando hay trabajo. Donde hay ricos propietarios de fábricas y banqueros que obtienen

beneficios enormes de la producción y la inversión, hay trabajadores afanándose largas horas que son pagados con una fracción mínima del valor de lo que producen.

La correlación no es una mera coincidencia. ¿Cómo podría acumularse riqueza en manos de unos pocos si no hubiera quien produce mucho más de lo que se le permite consumir? ¿Podían los esclavistas y señores feudales, que pasaban el tiempo cazando, cabalgando, luchando, en fiestas y bebiendo, crear la abundancia de la que disfrutaban? ¿Pueden los grandes accionistas, que pasan el tiempo en sus barcos, viajando, en fiestas, asistiendo a bailes de caridad o persiguiendo algún cargo público, crear las fortunas que acumulan con sus inversiones? En realidad los sistemas de clase de acumulación son sistemas de suma cero.

Los que trabajan en los peldaños más bajos de la escala social no son "negligentes" o "dejados". Están enganchados al más duro, más humilde y menos remunerado de los trabajos. A principios de los años 1960 oímos que los habitantes de los Apalaches, una de las regiones más pobres de los Estados Unidos, eran gente olvidada por la historia. De hecho los Apalaches son una región rica, que ha producido enormes fortunas para los Mellon, los Morgan y los Rockefeller. Sólo sus gentes son pobres. Pero su pobreza no es una condición accidental. Está directamente relacionada con la riqueza extraída de sus tierras y su trabajo. La gente de los Apalaches ha sufrido a las compañías de carbón. Mucho trabajo mal pagado. Miles murieron, terminaron lisiados o con la salud deteriorada debido a las condiciones de trabajo. Sus sindicatos fueron amenazados o atacados y arriesgaron la vida ante los pistoleros pagados por las compañías, los Pinkerton, la milicia estatal, la policía y el ejército. Sus comunidades fueron traicionadas de forma regular por los polí-

ticos locales, estatales y federales, así como por los tribunales al servicio de las compañías del carbón.

Los pobres de los Apalaches no están "olvidados" por la historia. Han sido durante largo tiempo el foco de las atenciones de la clase dirigente, que les ha reprimido y explotado. Su pobreza no es una condición natural o inevitable, ni el reflejo de su falta de esfuerzo. Cuando una masa de gente trabaja tan duro y obtiene tan poco a costa de su propio bienestar mientras que unos pocos privilegiados acumulan tanto, entonces es el momento de dejar de culpar a los pobres y dirigir nuestra atención crítica a los poderes político-económicos que sistemáticamente les empobrecen.

Riqueza y trabajo

Cuando hablemos de riqueza también deberíamos hablar de trabajo, porque ambos están interrelacionados. ¿De dónde viene la riqueza? En primer lugar de los recursos naturales de nuestro planeta: la tierra, los minerales, los bosques y los mares, que nos ofrecen los materiales para el sostenimiento de la vida. La otra fuente de riqueza es el trabajo humano, que extrae y transforma esos materiales en productos comercializables. Lo que transforma un árbol en un producto vendible como la madera es el trabajo. El trabajo humano también transforma la madera en otro producto, tablas, y a éstas en muebles.

Por sí mismo, el capital no puede crear nada. Es el trabajo, el valor añadido por el proceso vivo del trabajo quien lo hace. Que sólo puede incrementarse con más trabajo. Eso es lo que la gente quiere decir cuando habla de "poner su dinero a trabajar". El valor acumulado se preserva en forma de dinero, oro, acciones y bonos. Por sí mismas todas estas

cosas no podrían producir el libro que tú ahora estás leyendo; sólo el trabajo humano puede hacerlo. ¿Pero qué hay de las máquinas y la tecnología? ¿No producen valor? Marx argumentaría que las máquinas sólo transfieren el valor que crea el trabajo vivo. Es el trabajo humano el que crea, mantiene y opera la maquinaria y otros capitales productivos semejantes. Los poderes dirigentes se presentan a sí mismos como los creadores de la riqueza, a quienes debemos adorar. Nos quieren hacer creer que producen la leche cuando lo que hacen es sacarle la nata.

El trabajo es el verdadero origen de todo producto de valor. Adam Smith, uno de los primeros teóricos del capitalismo, escribió en 1776: "El trabajo es el único y verdadero estándar con el que se puede estimar y comparar en todo tiempo y lugar el valor de todas las mercancías. Ése es su precio real, el dinero es sólo su precio nominal". El primer presidente republicano, Abraham Lincoln, dijo: "El trabajo es previo e independiente del capital. El capital es sólo el fruto del trabajo y no podría existir si no existiera antes el trabajo. El trabajo es el superior del capital y merece su más alta consideración".

Toda la humanidad puede clasificarse en tres grupos. El grupo A consiste en una mínima porción de gente que generalmente no trabaja porque no tiene que hacerlo. La gente del grupo A recibe el grueso de su dinero de dividendos de sus inversiones, intereses de bonos, ventas de propiedades con plusvalías, rentas de bienes, intereses de préstamos e hipotecas, subsidios del estado y demás. Algunos magnates prominentes que presiden vastos imperios financieros pueden trabajar, pero lo hacen por elección personal, no por necesidad económica. Y su jornada de trabajo no explica la fuente de su inmensa riqueza ni la forma en que ésta se acumula. La proporción más grande de su fortuna viene de la pro-

piedad de inversiones que directa o indirectamente implican el trabajo de otros.

La mayoría de la humanidad, el grupo B, lo forman aquellos que viven principalmente de sus salarios, bonos, comisiones o pensiones. Este grupo B incluye una gama amplia de volumen de ingresos, desde los profesionales ricos, que trabajan porque no pueden vivir exclusivamente de las ganancias de sus inversiones, hasta los trabajadores pobres que no tienen bienes y suelen pasar verdaderas privaciones. Generalmente lo que la gente de los grupos A y B tienen en común es que ambos viven principalmente del trabajo de los del grupo B.

El grupo C está formado por los millones de personas desesperadas que hay en todo el mundo, que se encuentran fuera del mercado de trabajo y que viven en la más absoluta indigencia. Su función política es ser castigados y tratados como parásitos sociales. Su función económica es suministrar un excedente de trabajadores necesitados que ayudan a abarrotar el mercado de trabajo y a presionarl os salarios a la baja. Constituyen lo que Marx llamó "el ejército de reserva del trabajo".

Dos estudios llevados a cabo en 1995 por la Corporación Rand y la Institución Brookings respectivamente contribuyeron en gran manera a confundir nuestra idea sobre la riqueza en los Estados Unidos. Llegaron a la conclusión de que normalmente los individuos conseguían su riqueza no por herencia, sino manteniendo su salud y trabajando duro. La mayoría de sus ahorros venían de sus propias ganancias y no tenían nada que ver con riquezas heredadas, según su conclusión.

Con el típico estilo de la ciencia ficción social los investigadores llegaron a sus conclusiones limitando el ámbito de sus datos. Ambos estudios resultaban fallidos, pues no tuvieron en cuenta que la capacidad de conseguir ingresos altos se debe en gran parte a ventajas heredadas,

determinadas por el nivel de renta de los padres. El estatus socioeconómico de la familia de una persona es el mayor determinante de sus posibilidades en la vida. Los que proceden de los estratos superiores tienen mejores oportunidades para mantener buena salud y desarrollar sus capacidades, asistir a la escuela superior y alcanzar un alto grado de formación profesional, contactos y la influencia necesaria para llegar a las posiciones más elevadas.

Para ser aún más precisos, los estudios de Rand y de Brookings realmente no incluían a los ricos, la gente del grupo A, el uno o el dos por ciento que controlan la parte del león de la riqueza de la nación a través de sus herencias. En vez de eso ambos estudios se concentraban en los profesionales y dirigentes de las clases medias-altas, a los que consideran "ricos", lo que quiere decir que los investigadores no tienen ni idea de lo ricos que son realmente los ricos. Los investigadores argumentaron que hay datos insuficientes sobre los americanos más ricos. Siendo un porcentaje tan pequeño, "son una parte de la población extremadamente difícil de investigar", admite James P. Smith, un economista de Rand. Que sean difíciles de investigar no puede soslayar el hecho de que su existencia niega las conclusiones de sus estudios. Smith también parece admitirlo, cuando dice: "Este [estudio] no supone la afirmación de que los Rockefeller o los Kennedy no les hayan dejado nada a sus hijos" (*New York Times*, 25/7/95). Realmente, la mayoría del "gran dinero" es heredado, y lo es por una porción de la población tan minúscula que pasa a ser considerada por algunos economistas como estadísticamente insignificante.

La diferencia creciente

Mientras afirman que los pobres generan su propia pobreza, las élites dirigentes siguen políticas para quitar a los necesitados y darles a los codiciosos. Así, tenemos los salarios más bajos para la gente del grupo B y los más elevados para los altos ejecutivos de las corporaciones, los accionistas, los poseedores de bonos y demás personas del grupo A; una creciente y más agresiva carga de impuestos para el grupo B y reducciones impositivas multimillonarias para el grupo A; reducciones draconianas en los servicios sociales para los grupos B y C y crecientes servicios gubernamentales, protecciones y contratos para los grandes hombres de negocios del grupo A.

En los Estados Unidos la mayoría de la gente vive bajo el umbral de la pobreza, incluyendo mucha gente sin hogar que realmente trabaja. Si son pobres no es porque sean estúpidos, sino porque se les pagan salarios pobres mientras hacen frente a alquileres exorbitantes, impuestos regresivos y otras elevadas cargas. En nuestra sociedad, la línea entre los pobres y la clase trabajadora se está haciendo cada vez más borrosa. Los empleos con altos sueldos han desaparecido. En su lugar hay millones de nuevos trabajos con bajos salarios. A menudo la mujer de la familia trae a casa un segundo sueldo para compensar la reducción de los ingresos del cabeza de familia.

Adicionalmente, numerosos empleos de sueldo medio han sido degradados o eliminados, incluyendo personal médico, mandos intermedios, técnicos y otros profesionales. Cuando a los empleados se les descualifica también se les empobrece, se les hace más reemplazables y menos capaces de negociar sus condiciones de empleo.

Desde 1990 hasta 1995, cuando los beneficios conseguían niveles récord y los valores de las acciones subían, la gran masa trabajadora veía cómo se estancaban o disminuían sus ingresos y muchos de sus beneficios sociales se reducían o eliminaban. En los últimos veinte años la renta real del trabajador americano con diploma de escuela superior se ha reducido un 30%. Muchos han perdido su seguro sanitario, su casa y sus ahorros. La cuarta parte de los trabajadores tiene ahora contratos laborales sobre una base diaria, se les paga por horas, sin ningún tipo de beneficio social ni seguridad en el trabajo o posibilidad de negociación colectiva.

Sólo las diez empresas más grandes han eliminado más de 500.000 empleos entre 1991 y 1994. Cerca de un tercio de los trabajadores están ahora empleados a tiempo parcial. Más de 4,5 millones de ellos desearían un trabajo a tiempo completo. Alrededor de un 75% ha experimentado una congelación o reducción de sus sueldos desde 1989. Cientos de miles de puestos de trabajo han sido degradados de forma que sólo uno de cada cinco está pagado con el dinero suficiente para mantener una familia de cuatro personas (*U.S. News & World Report,* 3/4/95).

Mientras tanto, la distancia entre los que tienen y los que no tienen se hace cada vez más grande. En los Estados Unidos, entre 1973 y 1994, los beneficios de las empresas se han disparado un 389%, mientras que los salarios reales han caído el 21%. Desde 1977 hasta 1993 el 1% que está en lo alto de la pirámide ha disfrutado de un incremento de renta del 100%. Los salarios de los directores-consejeros delegados saltaron de ser 35 veces más elevados que los del promedio de los trabajadores a ser casi 150 veces más altos. Hoy los ingresos del 1% más rico equivalen en total a los del 40% que está en la parte más baja.

Cuanto más alto se está en la escala, más grande es proporcionalmente la acumulación de capital. El economista Paul Krugman señala que no sólo el 20% de los que están más arriba se ha hecho más rico comparado con el resto, sino que de ese 20% el 5% se ha hecho más rico que el otro 15%. Y el 1% se ha hecho más rico que el otro 4%. Y el 0,25% más alto se ha hecho más rico que el otro 0,75%.

La riqueza se ha disparado más que nunca. La relación causal entre la acumulación en la parte alta y el declive en los estratos más bajos se demuestra claramente cuando varios ejecutivos de las corporaciones despiden a miles de trabajadores, imponen recortes salariales para los que permanecen y después –con el incremento de la productividad y de los beneficios– se ponen a sí mismos sueldos record, bonos y opciones sobre acciones. El enorme salto en la riqueza de los ejecutivos y los accionistas se produce directamente a expensas de los trabajadores.

Manteniendo al pobre en su sitio

Cuando el pobre intenta luchar por un trozo más grande del pastel se le viene encima la gigantesca fuerza del estado capitalista. A lo largo de este país y durante décadas, los afroamericanos, latinos y otros que han ejercido cualquier tipo de protesta en sus comunidades han sido encarcelados con cargos inventados, han sido asesinados por la policía o se les ha sometido a linchamiento legal.

Junto a la vigilancia y la represión de los organismos locales, estatales o federales, el control social se ejerce a través del tráfico masivo de drogas, en el cual la policía y otros organismos juegan un papel activo. La investigación de la Comisión Knapp averiguó que al menos la mitad de la policía de Nueva York aceptaba sobornos, muchos de ellos relacio-

nados con la droga. En las calles de la ciudad es de domino público que los agentes de policía se encuentran entre los distribuidores de droga más importantes. Las administraciones de Reagan y de Bush hablaron de mano dura contra las drogas, pero recortaron drásticamente el personal de la Agencia Antidrogas y frenaron el desarrollo de las leyes para mantener los narcóticos fuera de los Estados Unidos. Las cosas no cambiaron mucho con la administración Clinton.

Además, como han revelado varias investigaciones del Congreso, la CIA ha estado envuelta en el tráfico de heroína desde el sudeste asiático y el contrabando de cocaína desde Latinoamérica. La legislación para prohibir a las compañías americanas la venta de componentes químicos necesarios para la producción de cocaína sigue sin estar en vigor, así como las leyes diseñadas para evitar el lavado de dinero procedente de la droga a través de instituciones financieras establecidas. En 1993 Richard Held renunció a la dirección de la oficina del FBI de San Francisco, comentando: "Nunca ha habido una guerra contra las drogas", sólo unas apariencias manipuladas, "para darle a la gente la impresión de que se estaba haciendo algo" (*San Francisco Examiner*, 24/5/93).

La guerra contra las drogas es principalmente una guerra contra las víctimas de las drogas, e incluso más intensamente una guerra contra los que en las comunidades ciudadanas intentan resistirse a los traficantes. Líderes afroamericanos como Martin Sostre, Frank Shuford, Hurricane Carter y miembros de Hombres Negros contra el Crack fueron encarcelados con acusaciones inventadas por intentar resistirse, entre otras cosas, a la afluencia de drogas en sus comunidades.

Presidiendo toda esta represión y este tráfico de drogas están las agencias locales, estatales y federales cuya tarea es destruir las organizaciones de protesta que surgen en las comunidades pobres. Con sueldos

bajos, precios y alquileres altos y otras fuerzas "impersonales" del mercado, los pobres se mantienen pobres, no importa lo duro que trabajen. El gobierno impone las cargas adicionales de unos servicios deficientes y unos impuestos regresivos que recaen sobre la gente con ingresos más bajos. Las corporaciones del sector privado tienden a dar la espalda a las comunidades pobres, con la excepción del negocio de depuración de aguas, que hace su descarga tóxica cerca de estas comunidades, sacando ventaja de su vulnerabilidad y su carencia de recursos organizativos. Y si la gente pobre intenta movilizar sus fuerzas suele recibir la aplicación directa de la fuerza y la violencia de las agencias del estado. Los individuos que acusan a los pobres más persistentemente por no lograr cambiar su suerte son los primeros que actúan contra ellos cuando intentan cambiarla.

La pobreza se acentúa cuando el trabajo sufre un receso por parte del capital. Y cuando el poder del capital crece sin trabas, todos nosotros estamos en riesgo: el entorno, los bosques sagrados, las bellas y misteriosas criaturas del mar y la gente corriente que con su fuerza, su mente y su inventiva crea la comunidad y le da a la vida todo lo que merece respeto.

El objetivo de la clase dirigente es mantener esta sociedad y el mundo entero abiertos a los máximos beneficios, independientemente de los costes humanos o medioambientales. La verdadera carga de la sociedad no son los pobres, sino los ricos corporativos. Simplemente no podemos seguir consintiéndolo.

FASCISMO EN UNA TELA A RAYAS

Si el fascismo llegara a América algún día, sería una pesadilla insoportable que rompería el modelo de nuestra vida diaria. Y como nuestra vida parece que mantiene su modelo normal, debemos concluir que el fascismo no ha entrado en ella. En la actualidad, sin embargo, el estado fascista, como todos los estados, no necesita hacer intrusiones de pesadilla en la vida normal y diaria de sus ciudadanos.

La imagen orwelliana del Gran Hermano mandando hacer los ejercicios matutinos a un oscuro ciudadano vía televisión nos deja una caricatura exagerada del estado autoritario. En vez de avisarnos sobre peligros más realistas, novelas como *1984* nublan nuestra visión con fantásticos horrores del futuro, haciendo que en comparación el presente no nos parezca tan malo y dejándonos convencidos de que no hay motivos de alarma.

La sucia verdad es que mucha gente piensa que el fascismo no es algo especialmente horrible. Una vez les pregunté a algunos hombres de negocios iraníes sobre cómo era la vida bajo el estado policial del Sha. "Fue perfecta", respondieron. Los trabajadores y los sirvientes se podían encontrar baratos, los beneficios eran altos y se vivía muy bien. Lo cierto es que el fascismo no es perfecto para todos. La Italia de Mussolini y la Alemania de Hitler infligieron un gran daño a los trabajadores,

incluida la destrucción de los sindicatos, la pérdida de beneficios sociales y el deslizamiento de la renta nacional de las clases medias y bajas hacia las clases altas. Gran parte de la pequeña burguesía alemana, que generalmente apoyó al partido nazi, sufrió la pérdida de sus pequeños negocios y se vio arrastrada hacia las filas de la clase trabajadora, con empleos en las fábricas de armamento, si es que tenía la suerte de encontrar trabajo. El número de alemanes que pasó a vivir en la pobreza se incrementó sustancialmente mientras los salarios se recortaban hasta un 40%.

El campo de concentración nunca formó parte de la normalidad para los alemanes no judíos. A menos que uno fuera judío, o pobre y sin empleo, o activamente de izquierdas, o abiertamente anti-nazi, la Alemania desde 1933 hasta bien entrada la guerra no fue un lugar de pesadilla. Todo lo que los "buenos alemanes" tenían que hacer era obedecer la ley, pagar sus impuestos, entregar a sus hijos al ejército, evitar cualquier signo de heterodoxia política y mirar hacia otro lado cuando los sindicatos eran eliminados y la gente molesta desaparecía.

Como muchos "americanos medios" ya obedecen la ley, pagan sus impuestos, entregan sus hijos al ejército, odian la heterodoxia política y aplauden cuando se rompen los sindicatos y el sistema se deshace de la gente molesta, probablemente podrían vivir sin demasiado sufrimiento personal en un estado fascista, y algunos de ellos ciertamente parecen deseosos de hacerlo así. Al contrario que la historia imaginaria de Orwell, lo que es terrorífico acerca del fascismo es su "normalidad", su compatibilidad con los sentimientos colectivos de un número sustancial de personas "normales", aunque probablemente nunca fueran una mayoría.

Haríamos bien en dejar de pensar en el fascismo como una condición simple de algo "que es o no es". El sistema político de cualquier país abarca una variedad de prácticas institucionales desiguales y aparentemente incongruentes. Insistir en que al fascismo no se llega hasta alcanzar una réplica de la abominación del estado nazi y hasta que desaparezca cualquier vestigio de gobierno constitucional es pasar por alto, con el consiguiente peligro, las manifestaciones autoritarias y turbadoramente antidemocráticas de muchos estados que se llaman a sí mismos democráticos.[2]

Represión selectiva

Los que niegan la inminencia del fascismo americano a veces argumentan que hoy día somos más libres que nunca. La posibilidad de aceptar tal afirmación depende parcialmente de la condición de clase y las posibilidades a las que uno se enfrenta. Los individuos ricos cuyos puntos de vista caen dentro del espectro político americano conocido como *The main stream* "la corriente principal" (desde los republicanos de derechas hasta los demócratas centristas) y cuya acción política se limita a las formas estándar de participación –discusiones informales, ver la televisión, leer los periódicos y votar– están dispuestos a rechazar la afirmación de que América es fascista. Pero aquellos que se oponen a

2. En 1971 Bertrand Gross y yo tuvimos un debate sobre este punto. Gross argumentó que el fascismo era algo posible en un futuro en los Estados Unidos; podría ocurrir aquí. Yo dije que las características fascistas ya estaban presentes en la estructura de la mayoría de las democracias capitalistas, incluida la nuestra. Cada uno escribimos un artículo explicando nuestras posiciones, él en *Social Policy* y yo en *Transactions*. Años más tarde él escribió *Fascismo amistoso*, un libro en el que adoptó mi argumentación. En una ocasión posterior reconoció que mi artículo le había convencido, aunque busqué en vano una cita en su libro al respecto.

la ortodoxia política existente, que se encuentran bajo vigilancia y sujetos a intimidaciones, hostigamientos y sanciones por parte de la seguridad nacional del estado tienen un punto de vista menos optimista.

Durante las últimas décadas todos los líderes afroamericanos que han protestado y han conseguido cierta relevancia local o nacional han terminado procesados, en la cárcel, escondidos, en el exilio o asesinados por las fuerzas de "la ley y el orden". La mayoría de las muertes han sido silenciadas por la prensa nacional y pocos –si es que ha habido alguno– funcionarios de la ley implicados en ellas han sido declarados convictos de asesinato por los jurados, predominantemente blancos de clase media, que juzgaron estas causas.[3]

La última década ha contemplado un crecimiento de los grupos reaccionarios y racistas. Sin embargo el gobierno hace poco respecto a ellos. Sólo en la primera mitad de 1995 ocurrieron hechos como estos: un empleado del condado en California que se negó a aceptar una demanda de activistas de derechas para eliminar el derecho de retención impuesto a uno de ellos, fue golpeado por dos hombres y apuñalado con un cuchillo. Una juez de Montana fue aterrorizada, amenazada de secuestro y de muerte por parte de un grupo paramilitar que proclamaba que carecía de jurisdicción. Un trabajador forestal federal recibió la amenaza de que su mujer y sus hijos serían envueltos en alambre de espino y arrojados a un pozo. Durante un foro en Capitol Hill trabajadores del gobierno, defensores del medio ambiente y activistas pro derecho al aborto describieron incidentes de hostigamiento, intimidación y violencia perpetrados por grupos paramilitares (*Washington Post*,

3. Para una discusión detallada y documentada sobre este punto, ver mi *Democracy for the Few*, 6ª edición (Nueva York, St. Martin's Press, 1995), cap. 9.

13/7/1995). Cierto número de estos grupos están financiados por individuos con grandes medios económicos que permanecen en la sombra. En 1995 el Congreso controlado por los republicanos se negó a oír declaraciones sobre estos grupos paramilitares. Mientras tanto el Departamento de Justicia ha hecho lo más parecido a nada sobre las armas escondidas y las amenazas y las acciones abiertamente violentas que han perpetrado estas organizaciones.

Sin embargo, el mecanismo represivo del gobierno sí está dispuesto a actuar contra los disidentes de izquierdas. El FBI y los escuadrones Rojos de la policía local están, una vez más, espiando, acosando y molestando de todas las formas posibles a las diversas organizaciones que trabajan por la justicia social, la paz, el desarme o el medio ambiente. Durante la década de 1980 casi doscientas organizaciones fueron tachadas, no de comunistas como en la época represiva de McCarthy en los años 50, sino de "frentes terroristas", incluyendo la Conferencia para el Liderazgo del Sur del mismo Martin Luther King Jr. y diversas iglesias y organizaciones estudiantiles. El presidente Clinton no movió un dedo para eliminar esta lista y en 1995 apoyó una ley represiva antiterrorista que daba al presidente el poder de arrestar y detener sin necesidad de ninguna evidencia, e incluso sin ningún cargo formal, a los individuos que apoyaran a cualquier grupo designado como "terrorista" por parte del presidente. (La ley fue aprobada por el Senado por amplia mayoría, pero fue rechazada en la Cámara.)

Ley política

Uno de los mercados de crecimiento más rápido de las últimas dos décadas ha sido el de las pistolas, porras, cascos, chalecos antibalas y otros objetos de guerra doméstica vendidos a quienes deben hacer cum-

plir la ley; y el área de empleo público que más ha crecido es la de la policía y guardias de prisiones. La población de las cárceles ha experimentado, en la mayoría de los estados, un crecimiento exponencial, principalmente debido a las condenas cortas impuestas a los drogadictos. En 1995/96 California gastó más en prisiones que en educación.

Esto no quiere decir que la policía esté ocupada luchando contra el crimen. A pesar de su nuevo equipamiento y personal hacen muy poco, si es que hacen algo, para detener a los grandes traficantes de drogas, pandilleros, explotadores, salteadores, políticos corruptos, maltratadores de mujeres, violadores, abusadores infantiles y otros que se alimentan de los más vulnerables.

La verdadera función de la policía es el control social. Su trabajo es mantener a raya a los elementos que potencialmente puedan crear problemas a los poderes establecidos. Echemos una mirada a los documentales sobre policías que la televisión nos suministra de forma tan abundante. Lo que repetidamente se nos muestra es cómo la policía actúa, no contra los perpetradores de los delitos, sino contra sus víctimas: actuaciones contra mendigos, gente sin techo, pobres y desempleados, prostitutas, inmigrantes ilegales, alcohólicos y drogadictos, víctimas que se presentan como criminales ante la audiencia.

La función de control social para hacer cumplir la ley opera en tres niveles dentro de las comunidades ciudadanas y entre las personas potencialmente "preocupantes". Primero, hay un nivel de represión en la calle provocado y perpetrado por muchos oficiales de policía, que utilizan su chapa y su pistola como cobertura para dar rienda suelta a sus animosidades racistas y desviaciones personales. Todo esto es de dominio público, pues se da un caso tras otro de brutalidad policial. Y por

cada víctima de esa brutalidad que gana un juicio por daños hay muchos otros que nunca van a los tribunales.

Segundo, está la masa de traficantes de narcóticos, en la que la policía tiene un papel activo como distribuidora, junto con las agencias federales, tales como la CIA, que está en contacto directo con los traficantes del exterior. Esto también es algo del dominio público, según las pruebas de tres comités diferentes del Congreso y el testimonio efectuado bajo juramento de pilotos que han hecho embarques de narcóticos y armas para la CIA.

En el tercer nivel están los esfuerzos sistemáticamente coordinados de las autoridades locales, estatales y federales para socavar las organizaciones comunitarias de protesta, porque los poderes establecidos quieren desmoralizar, dividir, desorganizar y conducir a la droga a las gentes politizadas que movilizan la acción colectiva por el cambio radical.

Miembros de varios grupos afroamericanos y latinos, tales como los Young Lords, Black Panthers, Brown Berets, Black Men Against Crack y los Cripps and Bloods (después de que se politizaran), pueden testificar que cuando estaban envueltos en el crimen tenían menos problemas con la policía que cuando se movilizaron políticamente contra las drogas, la brutalidad policial y las relaciones de explotación dentro de las comunidades ciudadanas. En ataques dirigidos conjuntamente por agentes da la autoridad local y federal las oficinas de los Black Panthers de todo el país fueron asaltadas y destruidas, sus fondos confiscados y sus ocupantes arrestados o tiroteados. Al menos treinta y cuatro Panthers perecieron en la represión de los años 70. Otros cientos fueron encarcelados, muchos de ellos con acusaciones inventadas. Algunos, como Geronimo Pratt, todavía están en prisión después de veinte años.

Estos tres niveles de represión política operan simbióticamente uno con otro. Los policías racistas y los traficantes de drogas tienen luz verde implícita de arriba, y los funcionarios estatales o federales se sirven de ellos. Además, a menudo los propios policías están politizados y tienen una visión de derechas en cuanto a la aplicación de la ley, valiéndose de las declaraciones de los funcionarios, que alimentan el temor popular respecto al crimen.

La familiaridad y el centro "moderado"

Parece que la habilidad de la mayoría de los blancos de clase media para percibir características fascistas en la sociedad americana está seriamente adormecida, no sólo por sus experiencias de clase, sino por la aureola de familiaridad y legitimación que envuelve a la cultura política establecida. Haciendo comparaciones entre su sociedad y las de otros, tienden a emplear un doble rasero. Así, las formas de violencia policial organizada en América se ven como algo aislado, como hechos aberrantes –las raras ocasiones en que se publican– más que como manifestaciones inherentes a nuestro orden social. Pero las mismas prácticas en otras tierras se consideran componentes propios de sistemas totalitarios.

La invasión nazi de Polonia es fascismo en acción; la invasión americana de Vietnam es una "patochada" o como mucho una "aplicación inmoral" del poder. El adoctrinamiento de los niños en la Alemania nazi sobre los mitos y rituales de la nación-estado se considera como algo característico del fascismo, pero nuestro adoctrinamiento en las escuelas, repletas de saludos a la bandera, himnos nacionales y libros de historia exponiendo los mitos de la superioridad americana son "educación para la ciudadanía". Muchas convenciones sociales y acontecimientos, que nos evocarían sentimientos fuertemente negativos si se les

definiera como productos de un estado totalitario, se convierten, por su proximidad y su familiaridad cultural, en algo que no causa alarma cuando se practica en casa.

La corriente política principal se disfraza frecuentemente –por quienes están dentro de ella– de fuerza democrática que lucha en dos frentes contra los extremismos de derecha y de izquierda. Sin embargo, una lectura más profunda de la historia nos dice que el centro siempre ha estado más inclinado a hacer causa común con la derecha para ir contra la izquierda que a oponerse a ambas con el mismo fervor. Cuando el fascismo emerge triunfante, lejos de ser una víctima inocente el centro es un cómplice. En Alemania, ya en 1918, el líder socialdemócrata Ebert se alió con el mariscal de campo von Hindenburg "para luchar contra el bolchevismo". Durante la República de Weimar, como Franz Neumann señala en su libro *Behemoth,* "todas las leyes dictadas supuestamente contra los comunistas y los nacional-socialistas (nazis) invariablemente se aplicaban contra el partido socialista y contra toda la izquierda, pero raramente contra la derecha". Los izquierdistas que criticaban el rearme ilegal de Alemania eran acusados y juzgados por traición, mientras los asesinos de derechas y los golpistas "no eran perseguidos o como mucho eran tratados con benevolencia".

La connivencia entre el centro y la derecha es comprensible. A pesar de sus diferencias en el énfasis y en los métodos (diferencias que no siempre deben ser consideradas insignificantes), el centro y la derecha comparten el objetivo común de apoyar la estructura corporativa de clase y la autoridad institucional conservadora.

Siendo capaces de grandes acciones represivas en casa y en el exterior, los centristas continúan pensando de sí mismos que son incapaces de los extremismos de la derecha y de la izquierda. Realmente el mode-

lo lineal que aplican a la política (extrema izquierda/izquierda/centro/derecha/extrema derecha), como cualquier línea o espectro puede extenderse por sus dos lados, pero no hace una previsión espacial para un extremo centro. El extremo, de acuerdo con *Webster's*, es "la parte máxima, el límite máximo, no hay más allá". Por tanto, la propia noción de un centro extremo es una contradicción en sus términos. Los extremos del centro en un espectro político lineal, hasta donde pueden imaginarse, no son más que los comienzos de una izquierda y una derecha moderadas.

Pero el extremo tiene otro significado, citando el *Webster's*, "un grado, condición o medida excesivos o inmoderados". En esta segunda definición está implícita la imagen del extremismo intransigente, dogmático y violento; y en un lenguaje político corriente este segundo significado a menudo se combina con el primero de forma que la relación lineal, el espectro, adquiere una calificación moral en sí mismo. Por virtud de un juego de palabras el centro es incapaz de extremismos políticos.

Sin embargo eso no significa que los que ocupan los extremos en un modelo lineal (un lugar conforme con sus creencias sobre el cambio del orden social establecido), deban ser por fuerza extremistas en un sentido peyorativo. Aquellos de nosotros a los que se nos cataloga como "extremistas de izquierdas" realmente queremos cosas bastante moderadas y civilizadas: un medio ambiente limpio, una estructura de impuestos adecuada, el uso de la producción social para las necesidades sociales, la expansión del sector productivo público, recortes serios en el abultado presupuesto militar, viviendas accesibles, trabajos decentemente pagados, justicia igual para todos y cosas así. No hay nada moralmente extremo en tales cosas. Son "extremas" sólo en el sentido de estar

extremadamente en contra de los intereses dominantes del status quo. Ante injusticias y privilegios de clase tan grandes, las consideraciones sobre justicia social y mejora de la situación tienen apariencia de "extremas".

Tampoco queremos decir que los que ocupan el centro de cualquier espectro político sean incapaces de cualquier acción brutal, represiva o destructiva asociada con los extremismos fascistas. No fue la Sociedad John Birch la que bombardeó Indochina ni fue el partido nazi americano el que utilizó el napalm y puso talidomida en los defoliantes que se arrojaron allí. Y hoy en día no son los cabezas rapadas ni el Klan los que mantienen los escuadrones de la muerte y otras operaciones homicidas en gran parte del Tercer Mundo. Es el mejor y más brillante centro político quien lo hace (con mucha ayuda de los de derechas).

Buscando víctimas propiciatorias

La forma en que la corriente principal se desliza hacia la derecha fascista se puede ver claramente en el partido republicano. Su programa socio-económico no es muy diferente del que tenían Mussolini y Hitler: eliminar los sindicatos, bajar los salarios, imponer el monopolio de la ideología de derechas en los medios, abolir los impuestos para las grandes corporaciones y los ricos, eliminar las regulaciones del gobierno sobre seguridad para los consumidores y protección medioambiental, saquear los terrenos públicos, privatizar las empresas públicas, eliminar los servicios sociales y borrar del mapa a todos los que se opongan a esas medidas.

Respecto a este último punto, una de las principales tácticas del fascismo es dirigir las quejas legítimas de la población hacia enemigos irre-

levantes: judíos, comunistas, gitanos, sindicatos. Por eso hoy en los Estados Unidos podemos ver a los americanos de clase media agobiados por verdaderas dificultades económicas y frustraciones sociales, pero bien adoctrinados y comprometidos con el orden social convencional como para no acusar de ello al sistema corporativo multinacional. Se les dice que el ejército y las grandes corporaciones son el sustento principal del americanismo. Y se les invita a dirigir su rabia hacia enemigos irrelevantes y a veces imaginarios, tales como afroamericanos, latinos, judíos, pobres, inmigrantes, feministas, gays, defensores del aborto legal, ateos, medios supuestamente "liberales" y otras "élites culturales" (quienes quiera que sean), "el ejército escondido de las Naciones Unidas que está ocupando secretamente los Estados Unidos" y varios otros violadores de la ley y el orden reales o imaginarios.

Mientras que los dirigentes americanos y los medios propiedad de las corporaciones ignoran de forma regular las quejas legítimas de los grupos socialmente deprimidos, parecen no limitar sus simpatías hacia los enfadados miembros del Klan, los preocupados nazis y los angustiados militares, casi todos ellos de derechas, racistas y armados hasta los dientes. Y raramente invitan a la gente a considerar si realmente son los inmigrantes ilegales los que nos traen el déficit récord, los elevados impuestos, la inflación, el crimen, el desempleo y la devastación del medio ambiente.

Como cuando el fascismo emergió en Italia y Alemania, el centro muestra tolerancia con la ultraderecha mientras ejerce la intimidación y el control represivo sobre la izquierda. No es de extrañar que muchos de los mismos que apoyan estas medidas antidemocráticas contra los disidentes sean los primeros en negar que el fascismo sea una amenaza para los Estados Unidos. Pero muchos de nosotros hemos perdido nuestro

escepticismo. Lo que tememos no es el cataclismo, sino la tendencia. De hecho más que una tendencia hacia el fascismo es un esfuerzo concentrado de los proveedores del poder del estado. Los altos estamentos no sólo atacan el nivel de vida del pueblo, sino también los derechos democráticos que nos capacitan para lanzar cualquier clase de contraataque que intente evitar que nos sumerjan en el Tercer Mundo. Finalmente decir que el peligro del fascismo no viene de un puñado de cabezas rapadas o de militares, sino de los diversos organismos de la seguridad del estado, que nos despojan de lo que nos queda de nuestro medio de vida y nuestros derechos democráticos bajo el pretexto de "hacer lo que es mejor para América".

LA CAÍDA

Los líderes políticos y económicos de los Estados Unidos se enzarzaron durante años en un combate mortal con las naciones comunistas por la lealtad de la gente, en su país y en el extranjero. Una y otra vez el argumento era que los trabajadores americanos disfrutaban de un nivel de vida más alto que el de sus semejantes que vivían bajo el comunismo. Las estadísticas se preparaban para mostrar que los trabajadores soviéticos tenían que trabajar muchas más horas que los nuestros para poder comprar ciertos bienes de consumo. (No se ofrecían comparaciones respecto a la atención médica, los alquileres, la vivienda, la educación, el transporte y otros servicios financiados fuertemente por los gobiernos comunistas.) La presión de esa competencia respecto a un sistema económico alternativo limitaba el maltrato ejercido sobre la población trabajadora por parte de los líderes político-económicos occidentales.

Para mantener una apariencia de "capitalismo con rostro humano", los líderes empresariales ocasionalmente se veían obligados a hacer sustanciales concesiones. Se consiguieron toda clase de victorias importantes en los sectores mejor organizados de los trabajadores: la jornada de ocho horas, el salario mínimo, la seguridad social, el seguro de desempleo e invalidez, las vacaciones, los servicios sanitarios, la baja por maternidad y otros conceptos similares.

La preocupación por el comunismo también ayudó a la lucha por los derechos civiles. Como supuestamente competíamos con Moscú por los corazones y las mentes de los no blancos de Asia, África y Latinoamérica, se consideraba algo imperativo que nos desembarazáramos de Jim Crow[1] en nuestro país y garantizáramos la igualdad para nuestra gente de color. Muchos de los argumentos contra la segregación se expresaron precisamente con esa retórica amoral oportunista: no a la igualdad racial por sí misma, sino porque mejoraba la imagen de América durante la guerra fría.

El Tercer Mundo viene a casa

La caída del comunismo en la Unión Soviética y en otras naciones de Europa Oriental causó gran regocijo en las altas esferas de este país. Excepto en algún pequeño núcleo como Cuba y Corea del Norte, el capitalismo corporativo multinacional parece tener en sus manos a todo el globo. Sin embargo, pronto podría observarse una queja impaciente en las publicaciones conservadoras. Fue algo así como: "Si en todas partes el socialismo está siendo arrollado por el mercado libre, ¿por qué no aquí, en los Estados Unidos? ¿Por qué tenemos que seguir tolerando toda clase de regulaciones colectivistas y servicios liberales?"

En 1992 quedó claro para muchos conservadores que ahora era el momento de eliminar todas las restricciones e ir a por la clase trabajadora. Para sus corazones y sus mentes la competencia había terminado. No había sistema alternativo ni lugar en el que pudiera desarrollarse. El

1. Personaje imaginario surgido de una canción en la década de 1830, que a partir del año 1900 se convirtió en uno de los diversos estereotipos de la inferioridad de los negros en los Estados Unidos. (N. del T.)

gran capital había conseguido una victoria total y ahora sería capaz de imponer su ley en casa y en el extranjero. La tolerancia hacia intereses opuestos no iba a incrementarse con la sensación creciente de poder. No habría más posturas acomodaticias, ni trabajadores de primera, ni siquiera profesionales y mandos intermedios.

A través de la historia sólo ha habido una cosa que los intereses de los dirigentes han deseado siempre, y esa cosa es *todo:* todas las mejores tierras, los bosques, los rebaños, las cosechas, las minas y los metales preciosos de la tierra, toda la riqueza, todo lo productivo, la inventiva rentable y las tecnologías, todos los puestos de control del estado y otras instituciones, todos los apoyos y subsidios públicos, los privilegios y la inmunidad, todas las protecciones de la ley sin ninguna de sus obligaciones, todos los servicios, lujos y ventajas de la sociedad civil sin ninguno de sus impuestos y costes, todas las recompensas y ninguna carga. El código operativo es: tenemos mucho, podemos tener más, queremos tenerlo todo.

Con la caída del comunismo los círculos político-económicos no sintieron la necesidad de seguir tolerando el *modus vivendi* de los que trabajan para vivir. En vez de preocuparse por reducir el desempleo, como durante la guerra fría, las élites corporativas ahora quieren mantener un nivel de desempleo relativamente alto para debilitar a los sindicatos, doblegar a los trabajadores y mantener el crecimiento sin inflación.

El crecimiento sin inflación suena muy bonito. Pero mientras tanto somos testigos de la marcha hacia el tercermundismo de los Estados Unidos y de la degradación económica de una población relativamente próspera. Los círculos corporativos no ven razón para que millones de trabajadores sean capaces de disfrutar de un nivel de vida de clase media, sean propietarios de una casa, tengan ingresos suficientes y un

empleo seguro a largo plazo. Tampoco ven razón para que la misma clase media sea tan grande como es.

La gente debe rebajar sus expectativas, trabajar más duro y satisfacerse con menos. Cuanto más tengan más esperarán y más serán capaces de pedir, hasta que terminemos en una democracia social, o en algo peor. Mejor mantenerles abajo y hambrientos golpeando el yunque. Para los intereses de los dirigentes es el momento de volver a los niveles del siglo XIX: a una situación tercermundista en la que, específicamente, la población trabajadora desorganizada trabaje por sueldos de mera subsistencia; una masa de desempleados y pobres desesperados que ayuden a mantener bajos los salarios y por tanto sean objeto de resentimiento por parte de quienes están por encima de ellos, una clase media pequeña prendida por hilos y una clase reducidísima y obscenamente rica que lo tiene todo.

"Los que tienen" han eliminado las barreras. Para ellos es el momento de recortar drásticamente lujos tales como la educación, la atención médica, las bibliotecas, el transporte colectivo y otros servicios sociales financiados con capital público, de forma que la gente tendrá la oportunidad de aprender a cuidarse por sí misma. Es el momento de eliminar los sindicatos, las regulaciones, el salario mínimo, la seguridad en el trabajo, la seguridad al consumidor, las protecciones medioambientales y los impuestos sobre la renta de las inversiones. Todas estas cosas se traducen en beneficios. Cada dólar que va al sector público es un dólar menos que va al sector privado. Y los que tienen, lo quieren todo.

La ofensiva reaccionaria en los Estados Unidos está teniendo su réplica en la mayor parte de Europa Occidental, Canadá, Australia y Nueva Zelanda, donde somos testigos de repetidos movimientos hacia la desregulación y la privatización y a una redistribución de la renta

hacia los estratos altos. Mientras que la caída del comunismo en Europa Oriental y el declinar de los partidos social-demócratas y comunistas en los países industrializados occidentales han sido jaleados por algunos comentaristas como "el fin de la lucha de clases" e incluso "el fin de la historia", las élites corporativas globales están inmersas en la lucha de clases con más determinación que nunca.

El Cuarto Mundo viene al Tercer Mundo

Junto al declinar de las condiciones de vida y de trabajo en los Estados Unidos y otras naciones occidentales, ha habido un colapso económico en muchos países del Tercer Mundo. Esta situación se ha acelerado debido a la caída del comunismo.

Durante la época de la guerra fría los políticos americanos buscaban contener el comunismo asegurando el crecimiento económico y la estabilidad de los regímenes anticomunistas. Pero el desarrollo del Tercer Mundo empezó a amenazar la rentabilidad de las corporaciones americanas. A finales de los años 1970 los gobiernos de Brasil, México, Taiwan, Corea del Sur y otras naciones cerraban a la inversión de los Estados Unidos los sectores clave de sus economías. Adicionalmente las exportaciones de estos países competían en el mercado exterior con las firmas americanas, incluido el propio mercado interior de los Estados Unidos. Al mismo tiempo un número creciente de líderes del Tercer Mundo llamaban a un esfuerzo más coordinado para controlar sus sistemas de comunicaciones y medios, sus propios recursos, sus mercados, su espacio aéreo y sus caladeros marinos.

En los años 1980 los políticos americanos rechazaban la idea de que un Tercer Mundo más próspero y económicamente independiente tra-

bajara por los intereses del capitalismo de los Estados Unidos. En su lugar querían subordinar las economías de las naciones del Tercer Mundo eliminando programas de desarrollo y debilitando la eficacia política de sus gobiernos. El objetivo era crear un mundo libre para maximizar beneficios independientemente de los costes humanos y medioambientales. Y ya no hay un mundo comunista que compita y al cual los dirigentes del Tercer Mundo puedan amenazar con recurrir.

Un arma potente es la deuda. Los gobiernos del Tercer Mundo soportan enormes deudas y necesitan desesperadamente fondos para poder cumplir con sus pagos y recibir nuevos créditos del Banco Mundial y del Fondo Monetario Internacional (FMI), controlados por los Estados Unidos. Estos gobiernos tienen que avenirse a "ajustes estructurales" inhumanos, incluyendo reducciones de los programas sociales, eliminación de restricciones a la inversión extranjera y privatización de empresas del estado.

Tales medidas están diseñadas ostensiblemente para frenar la inflación, estimular las exportaciones y reforzar la condición fiscal de las naciones deudoras. Consumiendo menos y produciendo más los deudores supuestamente estarán en mejores condiciones para pagar sus deudas. De hecho estos ajustes estructurales funcionan de maravilla para las corporaciones transnacionales, incrementando el nivel de explotación y elevando los porcentajes de beneficios. También dejan a las economías y las gentes de esos países en una situación cada vez peor. Las industrias domésticas pasan a manos de los inversores extranjeros. Cuando las empresas del estado se quedan por el camino o pasan a manos de propietarios privados que sólo buscan beneficios se produce una desindustrialización general. Muchos granjeros pierden sus protecciones a la exportación y subsidios y se ven empujados fuera de sus tie-

rras. El desempleo y la pobreza crecen junto con el hambre, la malnutrición y las epidemias y enfermedades que les acompañan.

Países del Tercer Mundo, como Filipinas, Brasil y México, caen en una pobreza absoluta y desesperada hacia lo que se ha llamado el "Cuarto Mundo", ya formado por países como Haití y Zaire. Así la malnutrición en la ciudad de México en los primeros diez meses de 1995 se multiplicó por seis. La quinta parte de los noventa millones de habitantes de México se considera ahora "severamente subalimentada", mientras que la incidencia del cólera, el dengue y otras enfermedades relacionadas con la malnutrición es en 1995 diez veces más alta que en el año anterior. El sistema público mexicano de salud, que había empezado a mejorar sensiblemente en los últimos años, ahora está al borde del colapso completo, con hospitales que carecen de fondos y del personal necesario, donde hay hacinamiento y no se pueden suministrar las medicinas necesarias. Gran parte de ello debido a la "reestructuración" financiera.

Como golpe adicional, las naciones industrializadas más ricas, siguiendo el ejemplo de los Estados Unidos, han hecho recortes sustanciales en sus programas de ayuda exterior no militar a los países pobres. Esto incluye reducciones drásticas de los fondos para educación, protección medioambiental, planificación familiar y programas sanitarios. Como señaló *Los Angeles Times* (13/6/95): "Con la desaparición de la amenaza soviética los niveles de ayuda han caído..." Medida como porcentaje del producto nacional bruto, los Estados Unidos dan la ayuda menor de todas las naciones industrializadas, menos de un 0,02%.

Los gobiernos reformistas que intentan proteger sus recursos, desarrollar sus economías y subir sus salarios mínimos, ven dificultados sus esfuerzos por el Acuerdo General de Tarifas y Comercio (GATT), cuya

última ronda de acuerdos remodeló la estructura del comercio internacional para dejar manos libres a las corporaciones transnacionales y soslayar la soberanía de las naciones en muchos temas esenciales. Ahora las economías del Tercer Mundo no sólo están siendo penetradas con más éxito, sino que los propios gobiernos están siendo marginados por el GATT y por el proceso de globalización económica. Por eso los intentos de los gobiernos del Tercer Mundo por establecer protecciones ante la importación, servicios públicos de salud, protecciones a los consumidores y regulaciones medioambientales se ven frenados por el brazo ejecutivo del GATT, la Organización Mundial del Comercio, por ser considerados "restricciones al comercio" y "competencia desleal".

Los gobiernos reformistas no sólo son atacados económicamente sino, si es necesario, también militarmente, como Libia, Panamá, Irak y una docena de naciones revolucionarias como Granada, Mozambique y Nicaragua. En algunos casos han sufrido la desmembración, como Yugoslavia, o la destrucción, como Yemen del Sur. El avance industrial de Yugoslavia no podía permitirse que compitiera con Alemania o Francia. La secesión y la guerra cumplieron el objetivo de romper esa nación-estado en pequeños estados clientes de derechas que han caído bajo la soberanía económica de las corporaciones occidentales.

El camino al desarrollo es el camino del nacionalismo económico, y el nacionalismo económico no se puede tolerar en el Nuevo Orden Mundial. Las naciones del mundo hacen frente a una estrategia cohesionada seguida por las élites político-económicas de los Estados Unidos, cuyo objetivo ha sido crear un mundo libre para maximizar sus beneficios sin tener en cuenta los costes humanos y medioambientales.

¿Quién queda para comprar?

Esta pregunta es muy frecuente. Si la fuerza del trabajo del mundo está siendo reducida y los salarios congelados, ¿de dónde vendrá el poder de compra? ¿Quién comprará todos los productos y servicios que producen los empleados sobrecargados de trabajo y mal pagados? Las élites están cortando su propio cuello, continúa el argumento, y más pronto o más tarde, cuando el consumo disminuya, tendrán que invertir su política. Pero hay varios factores que mitigan esta situación.

Primero, aunque en los Estados Unidos la gente trabaje por menos dinero, hay más gente trabajando. A pesar de la disminución de plantillas se están creando cada año millones de nuevos puestos de trabajo mal pagados. En muchos lugares el hombre que ganaba el pan se ve acompañado en el mercado de trabajo por su mujer e incluso por sus hijos mayores, que aportan nuevos sueldos a la casa.

Segundo, la gente trabaja más horas. Los economistas dicen que la jornada semanal está cerca de niveles récord. No sólo tenemos familias con dos o tres trabajadores, sino trabajadores con dos o tres empleos. Los trabajadores siguen comprando artículos y servicios, pero tienen que trabajar más duro y más horas para poder hacerlo.

Tercero, para los productos de alto precio, como coches, frigoríficos y viviendas, está la compra a plazos. La deuda de los consumidores se está incrementando de forma sustancial. Los que tienen cantidad de dinero extra necesitan hacer algo con él, así que se lo prestan a los que lo necesitan, a un precio. Entre los que lo necesitan está el propio gobierno. El déficit convierte los ahorros en consumo y el consumo en beneficios a la inversión. Y así funciona.

Cuarto, la demanda está creciendo entre los ricos y los muy ricos. Incluso durante los recientes años de recesión, las ventas de joyas, antigüedades, obras de arte, apartamentos de lujo, mansiones, casas de vacaciones, yates, coches de lujo y viajes fabulosos al extranjero se dispararon entre los clientes de las clases más altas.

Quinto, siempre hay algún tipo de clase media que compra una amplia gama de productos y servicios. En los Estados Unidos hay unos diez millones de profesionales, mandos medios y altos, burócratas del gobierno, pequeños inversores y pequeños patronos con éxito a los que les va bastante bien. Incluso en un país empobrecido como la India, con 900 millones de habitantes, hay más de 80 millones a los que se puede considerar clase media y que constituyen un mercado de consumo numéricamente más grande que el de la mayoría de los demás países.

Sexto, debemos considerar que el actual declive forzado de la economía en los Estados Unidos comenzó con un nivel excepcional de prosperidad. Con la reducción de plantillas el pastel puede llegar a un porcentaje menor o incluso hacerse un poco más pequeño, pero si la gente de los estratos superiores obtiene cada vez un trozo más grande, no les preocupa demasiado la ralentización de la demanda.

Aconsejar desde arriba

Mientras saquean el planeta y empobrecen a la población del mundo, los que están arriba dan gran cantidad de severos consejos a los que luchan. Pongamos sólo un ejemplo: en abril de 1995 una de las principales figuras de la clase dirigente, el papa Juan Pablo II, resplandeciente dentro de su túnica blanca y con su mitra incrustada con oro, utilizó el domingo de pascua para hacer una denuncia del "egoísmo y el

deseo de poder" y de "todos aquellos que depositan sus esperanzas en las armas" (*New York Times*, 17/4/95). ¿Se refería a los brutales plutócratas y militaristas de derechas que rigen y arruinan tantas naciones? ¿O a las fuerzas sanguinarias apoyadas por la CIA que han masacrado a cientos de miles de personas en Mozambique, Angola, Nicaragua, Afganistán, Guatemala y gran cantidad de otros países? ¿O a las élites corporativas que saquean y polucionan de forma regular el planeta?

No, no había ni una palabra de condena para ninguno de ellos. En su lugar el papa señaló con su dedo acusador a los kurdos, palestinos y poblaciones indígenas de Latinoamérica, a aquellos que se encuentran entre la gente más pobre y más desposeída del mundo. Si hemos de creer a Juan Pablo, son ellos quienes debían de renunciar al uso de la fuerza, olvidar su "egoísmo" y utilizar el "diálogo como única forma de promover... la aceptación recíproca". Sin sufrir las miserias materiales en sus carnes, el papa es capaz de aconsejar dotarse de una admirable paciencia a los que sí las sufren. A este respecto difiere poco de otros miembros prominentes de su clase aventajada, una clase que no está muy preocupada por los que en su propia casa y en el extranjero padecen la ruina y el infortunio.

Los que pretenden ser nuestros líderes están cometiendo la mayor deshonestidad de la historia. Habrá esperanza para el mundo sólo cuando la gente empiece a ver que las condiciones a las que hacen frente no son producto de la casualidad o de los "tiempos difíciles", sino el resultado de una rapacidad intencionada, la creación de la pobreza por parte de los ricos, la creación de la impotencia por parte de los poderosos.

CONSTRUYENDO UN MUNDO SEGURO PARA LA HIPOCRESÍA

¿Por qué ha apoyado el gobierno de los Estados Unidos a la contrainsurgencia en Colombia, Guatemala, El Salvador y muchos otros lugares del mundo, con grandes pérdidas de vidas humanas en esas naciones? ¿Por qué invadió la pequeña Granada y después Panamá? ¿Por qué apoyó las guerras mercenarias contra los gobiernos progresistas en Nicaragua, Mozambique, Angola, Etiopía, Afganistán, Indonesia, Timor Oriental, Sahara Occidental, Yemen del Sur y en todas partes? ¿Es porque nuestros líderes quieren salvar la democracia? ¿Están preocupados por el bienestar de esos pueblos indefensos? ¿Está amenazada nuestra seguridad nacional? Intentaré demostrar que los argumentos dados para justificar la política de los Estados Unidos son falsos. Pero eso no significa que esa política, en sí misma, no tenga sentido. La intervención americana puede parecer "obstinadamente equivocada", pero de hecho es totalmente consistente y terriblemente exitosa.

La historia de los Estados Unidos ha sido la de un expansionismo territorial y económico de los que se ha beneficiado principalmente la clase de los negociantes, en forma de inversiones y mercados crecientes, acceso a los ricos recursos naturales, a la mano de obra barata y a la acumulación de enormes beneficios. El pueblo estadounidense ha tenido

que pagar los costes del imperio, soportando los abultados presupuestos militares con sus impuestos, mientras sufría la perdida de sus empleos, el abandono de los servicios sociales y la pérdida de decenas de miles de vidas en las aventuras militares exteriores.

El coste más grande, por supuesto, lo han pagado las gentes del Tercer Mundo, que han padecido la pobreza, el pillaje, las enfermedades, la explotación, el analfabetismo y la total destrucción de sus tierras, sus culturas y sus vidas.

Con un acceso relativamente tardío a la práctica del colonialismo, los Estados Unidos no podían igualar a los antiguos poderes europeos en la posesión de territorios en el exterior. Pero los Estados Unidos han sido los primeros y más consumados practicantes del neoimperialismo o neocolonialismo, el proceso de dominar la vida político-económica de una nación sin tener su posesión directa. Casi medio siglo antes de que los británicos pensaran en conceder a una tierra colonizada como la India su independencia nominal –aunque continuaran explotando su trabajo y sus recursos y dominando sus mercados y su comercio– los Estados Unidos habían perfeccionado esta práctica en Cuba y en otros lugares.

En países como Filipinas, Haití y Nicaragua, así como cuando actuaron contra los pueblos nativos americanos, el imperialismo de los Estados Unidos demostró ser tan brutal como el francés en Indochina, el belga en el Congo, el español en América del Sur, el portugués en Angola, el italiano en Libia, el alemán en África del Sudoeste y el británico en casi el resto de lugares. No hace mucho tiempo, las fuerzas militares estadounidenses llevaron una destrucción a Vietnam, Laos y Camboya que sobrepasó todo lo realizado por los antiguos colonizadores. Y hoy día el aparato estadounidense de contrainsurgencia y las fuerzas de

seguridad subrogadas en Latinoamérica y en otros lugares mantienen un sistema de asesinatos políticos, torturas y represión inigualado en cuanto a sofisticación tecnológica y crueldad.

Todo esto es comúnmente conocido entre los críticos progresistas de la política estadounidense, pero la mayoría de los estadounidenses se asombrará al oírlo. Se les ha enseñado que, al contrario que otras naciones, su país ha escapado de los pecados del imperio y ha sido el campeón de la paz y la justicia entre las naciones. Esta enorme distancia entre lo que los Estados Unidos hace en el mundo y lo que los estadounidenses piensan que hace es uno de los grandes logros de la propaganda sobre la mitología política dominante. Debería señalarse, no obstante, que a pesar de las barreras propagandísticas sin fin que surgen de las fuentes oficiales y de los principales medios propiedad de las corporaciones, grandes sectores del público han desarrollado un sentimiento anti-intervencionista, un deseo de eliminar las acciones militares en el exterior, sentimiento fácilmente etiquetado como "aislacionismo" por parte de los intervencionistas.

La función racional de los mitos políticos

Dentro de la clase dirigente estadounidense hay diferencias de opinión respecto a la política intervencionista. Hay conservadores que se quejan de que la política estadounidense está plagada de debilidades y carece de agallas y de todas esas virtudes a lo John Wayne. Y hay liberales que dicen que la política estadounidense es estúpida, descansa demasiado en soluciones militares y debería ser más flexible y receptiva cuando trata de proteger los intereses de los Estados Unidos (normalmente sin especificar cuáles son esos intereses).

Una mirada más profunda revela que la política exterior estadounidense no es débil ni estúpida, sino al contrario, racional y marcadamente efectiva en producir las condiciones para una continua expropiación de la riqueza, y que aunque ha sufrido contratiempos ocasionales, la gente que la establece en Washington sabe lo que está haciendo y por qué lo está haciendo.

Aunque la mitología que nos ofrecen como justificación para su política parezca irracional, eso no significa que esa política en sí misma sea irracional desde el punto de vista de los que la propugnan. Esto es cierto tanto en lo que se refiere a los mitos y políticas domésticas como a la política exterior. Una vez cogida esta idea podemos ver cómo las actuaciones dañinas, devastadoras y realmente destructivas para los valores sociales y humanos –e irracionales desde el punto de vista humano y social– no son irracionales para el capitalismo global, porque a éste no le preocupan los valores humanos y sociales. El capitalismo no tiene lealtad más que consigo mismo, con la acumulación de riqueza. Una vez entendido esto podemos ver el racionalismo cruel de los mitos aparentemente irracionales que nos venden los políticos de Washington. Algunas veces lo que vemos como irracional es realmente la discrepancia entre lo que el mito nos quiere hacer creer y lo que realmente es cierto. Pero de nuevo esto no significa que los intereses a los que sirve sean estúpidos o irracionales, cosa de la que a los liberales les gusta quejarse. Hay una diferencia entre confusión y decepción y hay una diferencia entre estupidez y subterfugio. Una vez que entendamos los intereses de clase subyacentes en los círculos dirigentes, estaremos menos mitificados por sus mitos.

Un mito no es un cuento estúpido o una historia caprichosa, sino una fuerza cultural poderosa utilizada para legitimar las relaciones

sociales existentes. La mitología intervencionista hace justamente eso: pone énfasis sobre la comunidad de intereses entre los intervencionistas de Washington y el pueblo estadounidense –cuando de hecho no existe tal–, y desdibuja la cuestión de quién paga y quién se beneficia del intervencionismo global de los Estados Unidos.

La mitología ha estado con nosotros durante mucho tiempo y gran parte de ella ha sido asimilada suficientemente por la gente, tanto como para considerarla parte de la cultura política. La mitología intervencionista, como cualquier otra creencia cultural, no es algo que flota en el espacio. Debe estar introducida en la estructura social. Los media nacionales juegan un papel crucial para asegurarse de que no hay opiniones críticas respecto a las justificaciones de la política de los Estados Unidos. Un papel similar lo juegan las diversas instituciones y centros políticos relacionados con el mundo académico, y por supuesto los propios líderes políticos.

Salvando la democracia con la tiranía

Nuestros líderes querrían hacernos creer que intervinimos en Nicaragua –por ejemplo– porque el gobierno sandinista se oponía a la democracia. La invasión de mercenarios nicaragüenses de derechas apoyada por los Estados Unidos fue "un esfuerzo por conducirles a unas elecciones". Dejando aparte el hecho de que los sandinistas ya habían llevado a cabo unas elecciones limpias y abiertas en 1984, podemos preguntarnos por qué los líderes estadounidenses no pidieron de forma tan urgente elecciones libres y parlamentarismo al estilo de occidente durante los cincuenta años en los que la dictadura de Somoza –colocado y apoyado por los Estados Unidos– saqueó y maltrató a la nación nicaragüense. Tampoco hoy Washington muestra gran preocupación

por la democracia en ninguna de las dictaduras respaldadas por los Estados Unidos alrededor del mundo (a menos que creamos que la charada electoral en un país como El Salvador lo cualifica como "democracia").

Más bien, las sucesivas administraciones americanas han trabajado duro para subvertir el orden constitucional y los gobiernos aceptados popularmente que llevaban a cabo políticas de reforma social favorables a los oprimidos y a los trabajadores pobres. Así, la seguridad nacional de los Estados Unidos ha tenido un papel crucial en la caída de líderes reformistas populares como Arbenz en Guatemala, Jagan en Guayana, Mossadeg en Irán, Bosch en la República Dominicana, Sukarno en Indonesia, Goulart en Brasil y Allende en Chile. Y no olvidemos que los Estados Unidos ayudaron a los militaristas en la caída de los gobiernos democráticos de Grecia, Uruguay, Bolivia, Pakistán, Tailandia y Turquía. Con todo esto, es difícil creer que la CIA entrenara, financiara y armara a una fuerza expedicionaria de desalmados y mercenarios somocistas para que hubiera en Nicaragua elecciones al estilo occidental.

Para defender sus formas antidemocráticas los líderes americanos hablan de "salvar la democracia" y nos ofrecen esta clase de sofismas: "No siempre podemos escoger a nuestros aliados. A veces debemos apoyar regímenes autoritarios de derechas para evitar la expansión de otros más totalitarios y represivos comunistas". Seguramente el grado de represión no es un criterio que guíe a la Casa Blanca, porque los Estados Unidos han apoyado a los peores carniceros del mundo: Batista en Cuba, Somoza en Nicaragua, el Sha en Irán, Salazar en Portugal, Marcos en Filipinas, Pinochet en Chile, Zia en Pakistán, Evren en Turquía e incluso Pol Pot en Camboya. En el golpe indonesio de 1965 los militares masacraron a 500.000 personas, de acuerdo con el jefe de seguri-

dad indonesio (*New York Times*, 21/12/77; algunas estimaciones doblan esta cifra), pero esto no disuadió a los líderes estadounidenses de ayudar la acción o de mantener relaciones amistosas con el mismo régimen de Yakarta que después llevó a cabo una campaña de represión y exterminio masivo en Timor Oriental.[4]

Los líderes estadounidenses y la prensa de la corriente principal en manos de las corporaciones hablaron de los "rebeldes marxistas" que en países como El Salvador estaban guiados por su ansia de conquista. Nuestros líderes quieren hacernos creer que los revolucionarios no buscan el poder para eliminar el hambre, sino que simplemente tienen hambre de poder. Pero incluso si esto fuera cierto, ¿por qué debe ser un motivo para oponerse a ellos? Los políticos de Washington nunca se han preocupado por el hambre de poder de los "moderados" de derechas, autoritarios, ejecutores, torturadores y militaristas.

En cualquier caso no es cierto que los gobiernos de izquierdas sean más represivos que los fascistas. La represión política de los sandinistas en Nicaragua fue mucho menor que la de Somoza. La represión política en la Cuba de Castro es nada comparada con la carnicería realizada por el régimen de mercado libre de Batista. Y el gobierno revolucionario de Angola trata a su pueblo con mucha más suavidad que los colonizadores portugueses.

Además, en ciertos países los movimientos revolucionarios exitosos han supuesto un incremento de la libertad y el bienestar, avanzando en servicios sanitarios y sociales, suministrando puestos de trabajo y educación para los desempleados y analfabetos, utilizando los recursos económicos para el desarrollo social más que para el beneficio de las

4. Para más detalles sobre Indonesia y Timor Oriental, ver *The Invisible Bloodbaths*.

empresas, derribando regímenes reaccionarios brutales, terminando con la explotación extranjera e involucrando a grandes sectores del pueblo en la tarea de reconstruir sus países. Las revoluciones pueden extender verdaderas libertades sin destruir las que nunca existieron bajo los regímenes reaccionarios.

¿Quién amenaza a quién?

Nuestros políticos también argumentan que los gobiernos de derechas, con todas sus deficiencias, se muestran amistosos con los Estados Unidos, mientras que los comunistas son beligerantes y por tanto amenazan la seguridad de nuestro país. Pero en verdad todos los países marxistas o de izquierdas, desde la poderosa Unión Soviética hasta algunos pequeños como Vietnam o Nicaragua, o insignificantes como Granada bajo el Movimiento de la Nueva Joya, intentaron tener relaciones diplomáticas amistosas y relaciones económicas con los Estados Unidos. Estos gobiernos no lo hicieron precisamente por amor o afecto a los Estados Unidos, sino por algo más firme: sus propios intereses. Como ellos mismos admitieron, su desarrollo económico y su seguridad política habrían sido más sólidos si hubieran podido disfrutar de unas buenas relaciones con Washington.

Si los líderes estadounidenses justifican su hostilidad hacia los gobiernos de izquierdas sobre la base de que tales naciones son hostiles con nosotros, ¿cuál es su justificación cuando estos países intentan ser amistosos? Cuando un régimen revolucionario recién establecido –o simplemente un régimen disidente– amenaza el globalismo hegemónico de los Estados Unidos con relaciones amistosas, se convierte en un problema. La solución es (1) lanzar una campaña bien orquestada de desinformación que haga llover las críticas sobre el nuevo gobierno por

encarcelar a los carniceros, asesinos y torturadores del régimen anterior y por no instaurar partidos políticos y elecciones al estilo occidental, (2) denunciar al nuevo gobierno como una amenaza para nuestra paz y seguridad, (3) hostigarlo y desestabilizarlo e imponerle sanciones económicas, (4) atacarlo con fuerzas contrarrevolucionarias o, si es necesario, con tropas estadounidenses. Mucho antes de la invasión, el país en cuestión responde denunciando fuertemente la política de los Estados Unidos. Se acerca más a otros países que están "fuera de la ley" e intenta desarrollar sus defensas militares antes del ataque patrocinado por los Estados Unidos. Estos movimientos son denunciados por los funcionarios y los medios estadounidenses como evidencia del antagonismo de ese país hacia los Estados Unidos y como justificación de la política que originó tales respuestas.

Sin embargo es difícil demostrar que pequeños países como Granada y Nicaragua son una amenaza para nuestra seguridad. Recordemos el grito del halcón durante la guerra de Vietnam: "Si no luchamos contra el Vietcong en las junglas de Indochina tendremos que luchar contra él en las playas de California". La imagen de los vietnamitas en sus lanchas cruzando el Pacifico para invadir California fue, como señaló en aquel momento Walter Lippmann, un penoso insulto para la armada americana. La imagen de un ejército insignificante y mal equipado como el nicaragüense atravesando México y cruzando el río Grande para invadir nuestra tierra es igualmente ridícula. La verdad es que los vietnamitas, cubanos, granadinos y nicaragüenses nunca han invadido los Estados Unidos; son los Estados Unidos quienes han invadido Vietnam, Cuba, Granada y Nicaragua y es nuestro gobierno el que continúa intentando aislar, desestabilizar y amenazar de todas las formas posibles a cualquier país que intente ir contra el sistema de capitalismo global o incluso instaure un nacionalismo económico en su interior.

Recordemos la Amenaza Roja

Durante muchas décadas de guerra fría, cuando todos los demás argumentos fallaban, siempre quedaba el oso ruso. De acuerdo con nuestros guerreros, los pequeños países de izquierdas o insurgentes amenazaban nuestra seguridad porque eran extensiones del poder soviético. Tras los pequeños rojos supuestamente estaba la gigantesca Amenaza Roja. La evidencia para apoyar la tesis de esta amenaza global era a veces inverosímil. El presidente Carter y el consejero de seguridad nacional Brezinsky descubrieron de repente una "brigada de combate soviética en Cuba en 1979, que resultó ser una unidad no combatiente que estaba allí desde 1962. Esto no impidió que el presidente Reagan anunciara en una sesión conjunta del Congreso varios años más tarde: "Cuba mantiene una brigada soviética de combate..."

En 1983, en un discurso televisado Reagan señaló fotos de satélite que revelaban la amenaza de tres helicópteros soviéticos en Nicaragua. Los funcionarios sandinistas señalaron que cualquiera que llegase al aeropuerto de Managua podía ver los helicópteros y que, en cualquier caso, no eran una amenaza militar para los Estados Unidos. Igualmente ingenua fue la forma en que Reagan transformó el aeropuerto de Granada, construido para vuelos turísticos, en una base para mortíferos ataques soviéticos, y una ensenada granadina de veinte pies de profundidad, en una potencial base soviética para submarinos.

En 1967 el secretario de estado Dean Rusk argumentó que la seguridad nacional del país estaba en riesgo en Vietnam porque los vietnamitas eran muñecos de la "China Roja", y si China ganaba en Vietnam ocuparía toda Asia y esto supuestamente era el principio del fin para todos nosotros. Más tarde se nos dijo que los rebeldes salvadoreños eran

muñecos de los sandinistas de Nicaragua, que a su vez eran muñecos de los cubanos, que a su vez eran muñecos de los rusos. Realmente no había evidencias de que la gente del Tercer Mundo pudiera alzarse en armas y embarcarse en costosas luchas revolucionarias porque algún siniestro dirigente de Moscú o de Pekín hiciera restallar su látigo. Las revoluciones no son una cuestión de apretar un botón; sólo se desarrollan si existe una brizna de esperanza y motivos de queja que puedan galvanizar la acción popular. Las revoluciones surgen cuando grandes segmentos de la población se dan valor unos a otros para alzarse contra un orden social insufrible. La gente está dispuesta a padecer grandes abusos antes de arriesgar su vida en confrontaciones con fuerzas armadas sensiblemente superiores. No existe ninguna revolución frívola, ninguna revolución iniciada y orquestada por un capital extranjero manipulador.

Tampoco hay evidencias de que una vez que la revolución tiene éxito los nuevos líderes pongan los intereses de su país a disposición de Pekín o Moscú. En vez de convertirse en muñeco de la "China Roja", como nuestros políticos predijeron, Vietnam se vio envuelto en combates contra su vecino del norte. Y, como se dijo antes, casi todos los países revolucionarios del Tercer Mundo han intentado mantener sus opciones abiertas y han buscado relaciones diplomáticas amistosas y relaciones económicas con los Estados Unidos.

¿Por qué entonces los líderes de los Estados Unidos intervienen en todas las regiones del mundo y casi en todos los países, bien sea abiertamente con su fuerza militar o veladamente con fuerzas mercenarias, escuadrones de la muerte, ayudas, sobornos, medios manipulados y elecciones amañadas? ¿Es todo este intervencionismo sólo la extensión de una ideología condicionada por su profundo anticomunismo? ¿Los

líderes americanos responden así a la eterna fobia de la gente respecto a la Amenaza Roja? Ciertamente, muchos americanos son anticomunistas, pero este sentimiento no se traduce en la petición del intervencionismo en el extranjero. Muy al contrario. Las encuestas de opinión durante el último medio siglo han mostrado repetidamente que el público americano no apoya las actuaciones de sus fuerzas en el extranjero y prefiere las relaciones amistosas con los demás países, incluidos los comunistas. Lejos de apoyar a nuestros líderes en sus acciones intervencionistas, la opinión popular ha sido una de las pocas influencias contrarias.

No se puede negar, sin embargo, que la opinión puede a veces manipularse exitosamente con aventuras patrioteras. La invasión de Granada y la masacre perpetrada contra Irak son ejemplos de ello. Las victorias rápidas, fáciles y de bajo coste reafirman a algunos americanos en el sentimiento de que no somos débiles e indecisos, que no nos quedamos quietos ante el peligro exterior. Pero incluso en esos casos eso conlleva una propaganda extensa e intensa, llena de medias verdades y mentiras por parte de la seguridad del estado y de sus leales lacayos, los medios de información; ésa fue la forma de conseguir algún apoyo de la gente para las acciones contra Granada e Irak.

En suma, varios países de izquierdas no suponen una amenaza militar para la seguridad de los Estados Unidos; en vez de eso quieren comerciar y vivir en paz con nosotros, y son mucho más correctos con sus gentes que los regímenes reaccionarios a los que han reemplazado. Además los líderes estadounidenses han demostrado poca preocupación por la libertad en el Tercer Mundo y han ayudado a subvertir la democracia en gran número de naciones. Por otro lado, la opinión popular se opone mayoritariamente al intervencionismo. ¿Qué motiva entonces la

política estadounidense y cómo podemos pensar que no es confusa y contradictoria?

La respuesta es que los estados marxistas, revolucionarios o de izquierdas *sí* suponen una amenaza real, pero no para los Estados Unidos como entidad nacional, ni tampoco para el pueblo estadounidense como tal, sino para los intereses corporativos y financieros de nuestro país, para Exxon y Mobil, para el Chase Manhattan y el First National, para Ford y General Motors, Anaconda y U.S. Steel y para el capitalismo como sistema mundial.

El problema no es que los revolucionarios acumulen poder, sino que usen ese poder para llevar a cabo políticas inaceptables para los círculos dirigentes estadounidenses. Lo que preocupa a nuestros líderes políticos (y generales, inversores, banqueros y jefes de las corporaciones) no es la supuesta carencia de democracia *política* en esos países, sino su intento de construir una democracia *económica*, salir de los rigores del mercado libre internacional y utilizar el capital y el trabajo de un modo que perjudique a los intereses del corporativismo internacional.

Un editorial del *New York Times* (30/3/83) se refería a "el régimen indeseable y ofensivo de Managua" y al "peligro de ver un poder marxista asentado en Managua". ¿Pero qué es específicamente tan peligroso del "poder marxista"? ¿Qué era tan indeseable y ofensivo en el gobierno sandinista de Nicaragua? ¿Qué nos hizo a nosotros? ¿Qué le hizo a su propio pueblo? ¿Fue la campaña de alfabetización? ¿Los programas de vivienda y atención sanitaria? ¿La reforma de la tierra y las cooperativas del campo? ¿El intento de reconstruir Managua, incrementar la producción o conseguir una distribución más equitativa de los impuestos, los servicios y los alimentos? En gran parte, sí. Tales reformas, aun no siendo denunciadas abiertamente por nuestro gobier-

no, hacían sospechoso al país porque eran síntomas de un esfuerzo por implantar un nuevo orden económico competitivo, en el cual las prerrogativas de los ricos y las inversiones de las corporaciones ya no eran seguras, y la tierra, el trabajo y los recursos ya no iban a utilizarse principalmente para que las corporaciones acumularan beneficios.

Los líderes estadounidenses y la prensa en manos de las empresas quisieron hacernos creer que se oponían a los gobiernos revolucionarios porque éstos no tenían prensa opositora o porque no realizaban en su país elecciones al estilo occidental (ni tampoco eran financiadas con ese mismo estilo). Los líderes estadounidenses se aproximan más a la verdad cuando condenan a estos gobiernos por interferir en las prerrogativas del "mercado libre". De modo parecido, Kissinger se aproximó más a la verdad cuando defendió el golpe fascista contra el gobierno democrático de Chile señalando que cuando nos vemos obligados a elegir entre salvar la economía y salvar la democracia, debemos salvar la economía. Si Kissinger hubiera dicho salvar la economía *capitalista*, eso hubiera sido la verdad completa. Porque con Allende el peligro no era que la economía estuviese colapsada (aunque los Estados Unidos estaban haciendo lo posible por desestabilizarla); el peligro verdadero era que la economía se movía fuera del capitalismo de mercado libre y hacia una democracia social más igualitaria, aunque de manera limitada.

Los funcionarios estadounidenses dicen que no se oponen al cambio mientras éste sea pacífico y no se imponga la violencia. Realmente las élites económicas a veces pueden tolerar reformas –mientras sean muy limitadas–, dando un poco a cambio de obtener un mucho. Pero a juzgar por Chile, Guatemala, Indonesia y gran número de otros países, toleran muy poco el cambio, aunque sea pacífico, si éste se entromete en

la estructura de clase existente y amenaza los intereses de las corporaciones.

Para los ricos y poderosos hay poca diferencia entre si esos intereses se ven afectados por una transformación pacífica o si lo son por un levantamiento violento. Los medios les preocupan mucho menos que los resultados finales. No es la "violencia" lo que odian en una revolución violenta, sino la propia "revolución". (Las élites del Tercer Mundo raras veces perecen en las revoluciones, lo más que les puede ocurrir es tener que irse a Miami, Madrid, París o Nueva York.) Temen el socialismo del mismo modo que nosotros podemos temer la pobreza y el hambre. Así que cuando llega la ocasión, las élites de los países del Tercer Mundo, con la inestimable ayuda de las élites corporativas-militares-políticas de nuestro país, utilizarán el fascismo para preservar el capitalismo, mientras proclaman que están salvando a la democracia del comunismo.

Una Cuba socialista o una Corea del Norte socialista, como tales, no son una amenaza para la supervivencia del capitalismo. El peligro no es el socialismo en un país cualquiera, sino un socialismo que pueda extenderse a otros muchos países. Las corporaciones multinacionales, como su nombre indica, necesitan el mundo entero, o una gran parte de él, para explotarlo, invertir y expandirse. No puede haber tal cosa como "capitalismo en un país". La teoría del dominó –la idea de que si un país cae en manos revolucionarias, otros le seguirán rápidamente– no puede funcionar de forma tan automática como sus más fervientes defensores proclaman, sino que generalmente es un contagio, un poder de ejemplo e inspiración, y a veces incluso un apoyo directo de una revolución a otra.

¿Apoyar a los buenos chicos?

Si las revoluciones surgen de las aspiraciones sinceras del pueblo, entonces es el momento de que los Estados Unidos se identifiquen con estas aspiraciones, como dicen los críticos liberales. Ellos preguntan: "¿Por qué en el Tercer Mundo siempre estamos en el lado equivocado? ¿Por qué estamos siempre en el lado del opresor? Es malo considerar ésta como una pregunta retórica, porque necesita una respuesta. La respuesta es que a los opresores de derechas, tan nefandos como son, no les molesta– sino que le dan su pleno apoyo– la inversión privada y los beneficios, mientras que los izquierdistas van contra ese sistema.

Están los que suelen decir que teníamos que aprender de los comunistas, copiar sus técnicas, y así ganarse los corazones y las mentes del pueblo. ¿Pero puede alguien imaginarse a los rectores de los Estados Unidos apoyando esta idea? El objetivo no es copiar las reformas comunistas sino evitarlas. ¿Cómo podrían intentar aprender los intervencionistas americanos de los revolucionarios? ¿Eliminando a los latifundistas y a los explotadores? ¿Terminando con las corporaciones saqueadoras y nacionalizando sus bienes? ¿Encarcelando a los militaristas y torturadores? ¿Redistribuyendo la tierra, utilizando las inversiones de capital para el consumo interno o endureciendo el cambio de moneda en vez de favorecer las exportaciones que benefician a unos pocos ricos? ¿Movilizando al pueblo con campañas de alfabetización y trabajos en empresas de propiedad pública? Si los dirigentes americanos hicieran todo esto habrían hecho más por derrotar al comunismo que todas sus campañas anticomunistas. Evitarían la revolución implantando sus efectos y por tanto derrotando sus propios objetivos.

Los políticos de los Estados Unidos dicen que no pueden escoger los gobiernos a los que apoyan, pero eso es exactamente lo que hacen. Y el motivo de la elección es consistente en cada sucesiva administración, independientemente del partido o las personas en el cargo. Los líderes políticos estadounidenses apoyan a aquellos gobiernos que, sean autocráticos o democráticos en sus formas, son amistosos con el capitalismo y se oponen a aquellos gobiernos que, sean autocráticos o democráticos, quieren desarrollar un orden social no capitalista.

De forma ocasional se cultivan las relaciones amistosas con naciones no capitalistas, como China, si esas naciones demuestran ejercer una oposición útil a otras naciones socialistas y están lo suficientemente abiertas a la explotación del capital privado. En el caso de China la oportunidad económica es tan alta que es difícil resistirse, la mano de obra es cuantiosa y barata y las oportunidades de beneficio grandes.

En cualquier caso las políticas intervencionistas pueden estar menos motivadas por inversiones específicas que por proteger el sistema global de inversiones. Los Estados Unidos tienen pocas inversiones directas en Cuba, Vietnam y Granada, por mencionar tres países que Washington ha invadido en años recientes. Lo que estaba en juego en Granada, como dijo Reagan, era algo más que nuez moscada; era si dejaríamos que un país desarrollara un orden económico competidor, una forma diferente de utilizar su tierra, su trabajo, su capital y sus recursos naturales. Una revolución social en cualquier parte del mundo puede o no dañar a corporaciones estadounidenses específicas, pero siempre forma parte de una amenaza acumulativa al capital privado en general.

Los Estados Unidos apoyarán a gobiernos que quieran suprimir movimientos guerrilleros, como El Salvador, y a movimientos guerrilleros que quieran derrocar al gobierno, como Nicaragua. Pero no hay nin-

guna confusión ni estupidez en ello. Es incorrecto decir: "No tenemos política exterior" o "Tenemos una política exterior estúpida y confusa". De nuevo es necesario no confundir subterfugio con estupidez. La política es marcadamente racional. Su idea principal es hacer un mundo seguro para las corporaciones multinacionales y el sistema de acumulación de capital del mercado libre. Sin embargo nuestros dirigentes no pueden pedirle al público estadounidense que sacrifique los dólares de sus impuestos y las vidas de sus hijos por Exxon y el Chase Manhattan, por el sistema de beneficios como tal, así que nos dicen que el intervencionismo es por la libertad, la seguridad nacional y los "intereses de los Estados Unidos", sin especificar.

Si los políticos creen o no sus propios argumentos no es la cuestión clave. A veces lo hacen, a veces no. A veces los presidentes Richard Nixon, Ronald Reagan, George Bush y Bill Clinton pusieron en práctica su mejor hipocresía cuando sus voces temblaban con estudiada compasión por este o aquel pueblo oprimido que tenía que ser rescatado de los comunistas o los terroristas por los misiles y las tropas estadounidenses; y a veces fueron sinceros, como cuando hablaron de su temor y aversión por el comunismo y la revolución y su deseo de proteger las inversiones de los Estados Unidos en el extranjero. No necesitamos ponderar la cuestión de si nuestros líderes están motivados por sus intereses de clase o por su compromiso ideológico anticomunista como si estas dos cosas estuvieran en competencia la una con la otra en vez de reforzarse mutuamente. Es la congruencia del credo con el propio interés material lo que a menudo resulta tan convincente.

En cualquier caso, la política tiene mucho de uso racional de los símbolos irracionales. Los argumentos a favor del intervencionismo pueden sonar –y realmente ser– irracionales y sin sentido, pero sirven a

un propósito racional. Una vez que captemos la consistencia principal de la política exterior americana podemos pasar de una queja liberal a un análisis radical, de criticar la "estupidez" del comportamiento de nuestro gobierno a entender por qué esa "estupidez" no es fortuita, sino que persiste en el tiempo contra todos los argumentos y evidencias en su contra, siempre moviéndose en la misma dirección elitista y represiva.

Tras la caída de la Unión Soviética y otros gobiernos comunistas de Europa Oriental, los líderes estadounidenses tienen las manos libres para sus intervenciones. Algunos gobiernos reformistas que habían confiado en la ayuda económica y protección política de los soviéticos contra las interferencias de los Estados Unidos no tienen ya a nadie a quien recurrir. Y la voluntad de los líderes estadounidenses para tolerar desviaciones económicas no ha aumentado, bien al contrario. Ahora incluso el más ligero nacionalismo económico, como el desplegado por Sadam Hussein en Irak respecto a los precios del petróleo, invita al poder destructivo del ejército americano. El objetivo ahora es, como siempre, borrar cualquier traza de sistema alternativo y dejar claro que no hay otro camino a tomar excepto el del mercado libre. Y así, asegurar un mundo en el que la mayoría –en nuestro país y en el extranjero– tenga que trabajar más duro y por menos que nunca para que unos pocos favorecidos puedan seguir acumulando más y más riqueza.

Ésa es la visión del futuro a la cual están dedicados implícitamente la mayoría de los líderes estadounidenses. Es una visión tomada del pasado y nunca olvidada por ellos: poner a la gran masa de nuevo en su lugar, despojada de cualquier aspiración a un mundo mejor porque tienen que trabajar demasiado duro para sobrevivir en éste.

EL CONCEPTO ENGAÑOSO DE TERRORISMO

La seguridad del estado de los Estados Unidos y sus fieles lacayos de los medios de información designan como "terrorista" al disidente político o grupo nacionalista que opera contra los gobiernos occidentales o contra los intereses establecidos de las corporaciones globales. Mientras que se aplica a un solo hombre armado o a un pequeño grupo de conspiradores que ponen una bomba, la palabra "terrorismo" nunca se utiliza para describir actos de represión masiva y destrucción perpetrados contra poblaciones enteras por las fuerzas de los Estados Unidos o por los ejércitos de estados clientes apoyados por la CIA. Una bomba colocada en un "pub" por un miembro del Ejército Republicano Irlandés (IRA) es un acto terrorista, pero no lo es el bombardeo aéreo de barrios enteros en la ciudad de Panamá por parte de los Estados Unidos, o el bombardeo sobre la población civil en Bagdad, o la quema de 660 pueblos en Guatemala por fuerzas apoyadas por los Estados Unidos, o las redadas y ejecuciones masivas de defensores de la democracia en Chile, Indonesia, Afganistán, Yemen del Sur y otros países.

El terrorismo de derechas apoyado por el estado, como el que se practica en los estados clientes de los Estados Unidos, nunca se define como terrorismo, aunque se practica a escala mucho más grande que el de la bomba aislada colocada por cualquier grupo vasco, árabe o el IRA. También se silencia el terrorismo masivo perpetrado por la "guerrilla"

mercenaria apoyada por los Estados Unidos, como en Angola, Mozambique, Nicaragua y varias naciones más, que devasta zonas enteras del país y masacra gente de forma masiva.

El terrorismo más grande

Como han señalado los críticos al intervencionismo estadounidense, lo que se reporta como "terrorismo" en la prensa es "terrorismo al por menor". De lo que no se informa es del "terrorismo total", el terrorismo masivo de estado respaldado por los Estados Unidos. Desde cualquier punto de vista que no sea el peculiar de los políticos y propagandistas de Washington, los Estados Unidos son hoy día el mayor productor de terrorismo del mundo, y lo han sido durante algún tiempo.

Enumerando sólo las muertes infligidas por las fuerzas armadas estadounidenses y las fuerzas apoyadas por ellas, las estimaciones son: 3.000.000 en Vietnam, 1.000.000 en Camboya, 1.000.000 en Mozambique, de 500.000 a 1.000.000 en Indonesia, 600.000 en Angola, 300.000 en Laos, 250.000 en Timor Oriental, 200.000 en Irak, 200.000 en Afganistán, 150.000 en Guatemala, 100.000 en Nicaragua, 90.000 en El Salvador y decenas de miles en Chile, Argentina, Zaire, Irán (bajo el Sha), Colombia, Bolivia, Brasil, Panamá, Somalia, Yemen del Sur, Sahara Occidental y otros países.[5]

5. Para más detalles y documentación sobre el holocausto impuesto por los Estados Unidos en el Tercer Mundo, ver mi *The Sword and the Dollar* (Nueva York: St. Martin's Press, 1989); Edward Herman, *The Real Terror Network* (Boston: South End Press, 1982); William Blum, Killing Hope: *U.S. Military and CIA Interventions Since World War II* (Monroe, Maine: Common Courage Press, 1995).

Respecto a la voladura de un edificio o de un avión, ¿cómo podemos medir el terrorismo patrocinado por los Estados Unidos? Desde luego no debemos menospreciar o tratar a la ligera los actos individuales de terror. Sin embargo podemos preguntarnos por qué son los únicos que merecen publicidad y condena. El terrorismo total de las masacres por bombardeos aéreos, los escuadrones de la muerte, las ejecuciones masivas, la tortura y la intimidación llevados a cabo por los Estados Unidos, o se silencia o se presenta como la legítima actividad del gobierno en defensa de su seguridad contra insurgentes y terroristas.

Incluso en las raras ocasiones en que se informa de tales atrocidades, los medios propiedad de las corporaciones nunca relacionan esos hechos terribles con la política de intervención y represión llevada a cabo por Washington. La pregunta que nunca se hace es: "¿Por qué los sucesivos gobiernos estadounidenses apoyan a esa clase de elementos capaces de cometer tales actos? ¿Qué intereses se alientan y qué intereses se ocultan cuando pueblos enteros de hombres, mujeres y niños son aplastados por ejércitos equipados y entrenados por el gobierno estadounidense?"

Los actos aislados de violencia que la prensa define como terroristas están sujetos a un estilo de información muy parcial. Consideremos cuando la Casa Blanca acusó a Libia de orquestar la destrucción en 1988 del vuelo 103 de la Pan-Am sobre Lockerbie, Escocia, un incidente en el que murieron 270 personas. Había fuertes indicios que señalaban como autores a grupos terroristas de Siria e Irán, pero no importaba, Washington tenía a Libia en su punto de mira. Dos "agentes de la inteligencia" libia fueron señalados por los medios estadounidenses como autores del acto de terrorismo. Todo lo que sabíamos de ellos es que eran empleados de las líneas aéreas libias, y sin embargo fueron identificados repetidamente como "agentes secretos". El *New York*

Times publicó un editorial pidiendo que fueran llevados ante la justicia y que el gobierno libio, particularmente su líder Muammar el-Gaddafi, fuera hecho responsable. Los libios, comprensiblemente, se negaron a detener a los dos hombres porque no se presentó ninguna evidencia que relacionara a ningún libio con la bomba en el avión de la Pan-Am.

¡Atención, aquí están los asesinos!

Libia ha estado en el punto de mira en otras ocasiones. En 1981 aviones estadounidenses atacaron ese país y derribaron dos cazas libios de entrenamiento. En 1985 los aviones estadounidenses bombardearon dos ciudades matando a cierto número de personas, entre ellas una hija del propio Gaddafi. (Iban a por Gaddafi.) Ninguno de estos ataques terroristas fue condenado por la prensa de los Estados Unidos.

Un incidente de fantasía terrorista que tuvo en solfa y muy ocupada a la prensa estadounidense durante casi dos meses ocurrió a finales de 1981, cuando el gobierno estadounidense anunció que un equipo libio de asesinos, ayudado por "expertos terroristas de Alemania Oriental", y bajo las órdenes del coronel Gaddafi, había entrado en los Estados Unidos. Supuestamente armados con misiles tierra-aire, estaban intentando matar al presidente Reagan y a unos diez altos funcionarios, incluidos el secretario de estado y el secretario de defensa.

La respuesta que los medios dieron a este cuento fantástico fue tratarlo como un hecho sólido. En las noticias de la noche de la *ABC-TV* (26/11/1981) Frank Reynolds afirmó que era "conocido" que los agentes libios estaban "en este país con el propósito de asesinar a altos funcionarios del gobierno de los Estados Unidos". El locutor de la *CBS* Dan Rather anunció el 4 de diciembre que "un escuadrón de terroristas se ha

infiltrado en los Estados Unidos con la misión de matar al presidente y a sus más altos colaboradores. Suena como el argumento de una novela de suspense... pero los funcionarios de la seguridad estadounidense han obtenido esta noche la información a través de un informante serio".

Esa misma noche la *NBC* comenzó su informe preguntando: "¿Es cierto?", e inmediatamente trató el asunto como si lo fuera. Un corresponsal de la *NBC* preguntó al presidente Reagan si estaba "preocupado por el complot asesino". "Sí, por supuesto", dijo Reagan. La cámara pasó a enfocar a unos hombres del servicio secreto saltando de sus coches y rodeando la limusina del presidente, una imagen que sugería en sí misma que el presidente estaba bajo la amenaza de un ataque inminente.

El programa "Nightline" de la *ABC* (4/12/1981) realizó un especial sobre el "complot asesino libio", presentando a Ray Cline, un antiguo director de la CIA, que proclamó que los grupos terroristas libios estaban organizados "básica e inicialmente por la Unión Soviética", y que nuestra "sociedad abierta" hacía de nuestros funcionarios "blancos fáciles" porque "nos hemos ocupado de maniatar a la CIA y al FBI durante muchos años y sólo el presidente Reagan está intentando ahora volver a dejarles las manos libres para que se ocupen de estas amenazas".

Por aquello del equilibrio, al derechista Cline le acompañaba el periodista de derechas Arnaud de Borchgrave, presentado como "experto en terrorismo". Él también aseguró a los espectadores que los libios estaban trabajando para la Unión Soviética y que Gaddafi, a quien Borchgrave dijo haber entrevistado "cinco veces en mi vida" era un "mentiroso patológico".

Para añadir diversidad política el grupo incluía al ultraderechista Marvin Zonis, un entusiasta del Likud, descrito como "experto en

Oriente Medio", quien dijo que "el coronel Gaddafi tuvo una conversación con otro líder de un país de Oriente Medio en la cual discutió fríamente y de forma racional cómo intentaba asesinar al presidente Reagan". Nadie preguntó a Zonis sobre su fuente de información, o cómo era posible que el líder de una nación discutiera abiertamente sus planes para asesinar al presidente estadounidense con el líder de otra nación que podía compartir esa información con otros. No apareció nadie en el programa que planteara una mínima duda o pregunta sobre las notables declaraciones hechas por esos tres luchadores de la guerra fría.

Las emisoras contribuyeron a mantener viva la fantasía de la Casa Blanca respecto a la conspiración, dedicando al tema no menos de veinticuatro horas en un mes en sus informativos de la noche. A los espectadores se les dijo que eran tres, cinco, diez, doce o trece hombres, dependiendo de la emisora y de la noche en que uno la viera. Los asesinos habían entrado en los Estados Unidos desde Canadá (*ABC, CBS*), desde México (*CBS*) y desde México no (*ABC*). El grupo de asalto estaba compuesto por tres libios (*ABC, NBC*), tres iraníes (*CBS, NBC*), dos iraníes (*ABC*) y tres sirios (*NBC*). Las tres cadenas estaban de acuerdo en que había un palestino, un libanés y un alemán oriental. En la tercera semana se dijo que había *dos* comandos. Nunca antes los asesinos habían tenido tal publicidad anticipándose a sus planes. Eso debería haber sido suficiente para disuadirles.

Los medios nacionales se llenaron de historias sobre agentes del FBI rastreando el país para cazar a los asesinos y equipos de seguridad que pasaban la noche sobre los tejados de la Casa Blanca. Adicionalmente se difundió un reportaje filmado de soldados libios disparando "lanzamisiles soviéticos" para derribar helicópteros "como el que usaba el presi-

dente". La policía compuso retratos robot de seis hombres que podrían ser los asesinos, con apariencia siniestra, como personajes de tebeo del Tercer Mundo, que publicaron los periódicos de todo el país, incluyendo el *Washington Post* y el *New York Times*, y que aparecieron repetidamente en todas las pantallas de televisión.

Los retratos robot estaban compuestos supuestamente a partir de descripciones suministradas por un informante sin identificar, que de algún modo se había enterado del complot y que estaba dotado de una memoria excepcional para los detalles faciales. Fueron distribuidos a los medios por el columnista Jack Anderson, que más tarde lamentó haberlo hecho y escribió que había sido inducido por una "agencia de la inteligencia" sin nombre.

No es necesario decir que el grupo terrorista inexistente nunca se materializó. La *TV Guide* (12/6/1986) tuvo que admitir en un artículo de primera página titulado: "Por qué la TV americana es tan vulnerable a la propaganda extranjera", que el "complot asesino" no fue nada más que conjeturas. Después *TV Guide* desinformaba a sus millones de lectores asegurando que todo el incidente fue la probable evidencia de una campaña de la KGB para difundir rumores alarmistas "que desestabilizaran a la opinión pública occidental". O quizá la historia fue planificada por el propio Gaddafi, que "no es un loco", sino un "beduino astuto" "que está sentado riéndose de todo esto". Así *TV Guide* acusaba a Gaddafi de planear deliberadamente historias que le implicaban en complots asesinos contra el presidente de los Estados Unidos, presumiblemente para poder dar a los líderes estadounidenses una excusa para desarrollar otra acción militar sanguinaria contra él y su país.

En nuestra "sociedad abierta", continuaba *TV Guide*, donde "se puede informar de todo", la prensa debería ser más cautelosa respecto a

las falsas historias lanzadas por "la inteligencia soviética". Esta observación era tan extravagante como la propia historia original. Ignoraba el hecho de que el cuento del grupo asesino había salido de la Casa Blanca y no de ninguna fuente exterior. De nuevo la prensa había sido engañada, pero no por Moscú, sino por Washington.

La Casa Blanca aprendió algunas cosas después de difundir la historia sobre el "complot asesino" de 1981. Cuando la bomba en el avión de la Pan-Am dio los nombres de dos "agentes" libios concretos, Abdel Basset Ali al-Megrahi y Lamen Califa Fhimah, y no tuvo que sufrir la más mínima zozobra por el hecho de que esos dos asesinos no se materializaran nunca. La Casa Blanca también aprendió que en vez de castigarlos con incursiones aéreas, podía infligir un daño y un castigo más duraderos aplicando sanciones económicas. Así que Libia pasó a ser repetidamente castigada con sanciones comerciales.

Los verdaderos pecados de Gaddafi

Podemos preguntarnos qué es lo que motiva toda esta hostilidad contra Libia. ¿Por qué un país de tres millones de habitantes, con un ejército mal equipado de 55.000 hombres, ha sido señalado por los líderes y los medios estadounidenses como la mayor amenaza para la seguridad nacional de los Estados Unidos? ¿Y por qué Libia todavía es hoy objeto de embargo comercial y de petróleo? ¿Es porque la política estadounidense es estúpida y sin sentido? Más bien los ataques los ha motivado la preocupación de Washington porque Libia sea uno de esos países renegados que rechazan el estatus de estado cliente, al igual que Nicaragua (con los sandinistas), el Irán islámico y la Cuba y la Corea del Norte comunistas.

Hay países que no quieren ser parte integrante del sistema de libre mercado global. No quieren abrir sus tierras, sus trabajadores, sus mercados y sus recursos naturales a los inversores estadounidenses. No quieren decir, "vamos, entrad, todo es vuestro. Aquí no hay leyes de seguridad en el trabajo, no hay impuestos para las empresas, ni medidas para proteger el medio ambiente, ni límites para lo que podáis sacar de nuestra tierra a precios francamente bajos, ni salario mínimo, ni verdaderos sindicatos. Y si los trabajadores o los campesinos se salen de la línea establecida, nuestra policía y nuestro ejército, que han sido entrenados y equipados por el vuestro, se ocuparán de ellos, porque no hay leyes que los protejan. Dadnos a los oligarcas una buena tajada y todo el resto es vuestro. Vosotros hacéis esta sociedad más segura para nosotros y nosotros la abrimos totalmente para vosotros". Las naciones que se niegan a este tipo de acuerdo con los Estados Unidos corren el riesgo de ser tachadas de "estados terroristas".

Después de que Gaddafi tomara el poder tras la rebelión de los coroneles en 1969, nacionalizó la industria libia del petróleo y comenzó a transformar un país que se asemejaba a Arabia Saudí en una sociedad más igualitaria, utilizando gran parte de su capital y su mano de obra para las necesidades populares y no para los beneficios corporativos, construyendo clínicas, escuelas y viviendas públicas e implantando programas de reformas masivas.

Los líderes independientes del Tercer Mundo, con mentalidad reformista como Gaddafi, tienen un futuro incierto en el Nuevo Orden Mundial. No llevan a cabo la política correcta. No representan los intereses de la derecha. Por esa razón nosotros, el pueblo estadounidense, debemos saber más sobre lo que están haciendo e intentar encontrar líderes que no adoren el altar del capitalismo corporativo de libre mer-

cado global, líderes "peligrosos" que antepongan las necesidades públicas a la codicia privada.

Mientras tanto, seguiremos sin ver el fin del engaño terrorista. En 1995, el presidente Clinton defendió la "Ley General Antiterrorista", que el Senado aprobó por una votación de noventa y uno a ocho. Entre otras cosas la ley autorizaba al presidente a designar unilateralmente como "terrorista" a cualquier grupo en cualquier parte del mundo, sin necesidad de la más mínima evidencia. Cualquier oposición a la declaración del presidente sería considerada una ofensa criminal. Cualquier donación de dinero, ayuda u otra clase de apoyo al "grupo terrorista" se castigaría con diez años de cárcel y 50.000 dólares de multa. La ley permitiría al FBI infiltrarse, pinchar teléfonos e investigar a grupos e individuos sin pruebas previas de una actividad criminal.[6]

Con la caída de la mayoría de los estados comunistas, los líderes estadounidenses carecen de los adversarios suficientes para justificar el intervencionismo global de los Estados Unidos. La "lucha contra el terrorismo" ha ocupado el lugar de la "lucha contra el comunismo" como razón para el elevado presupuesto militar y el aparato represivo de seguridad nacional tanto en el país como en el exterior, cuya verdadera función es mantener un mundo seguro para aquellos que lo poseen. El verdadero peligro al que hacemos frente no es el terrorismo, sino lo que se hace bajo el pretexto de luchar contra él.

6. La ley fue rechazada en la Cámara de Representantes en diciembre de 1995 por una coalición por las libertades civiles formada por demócratas y republicanos, estos últimos preocupados porque la ley podía infringir los derechos de los grupos ultraderechistas y el lobby de las armas.

LIBERTAD DE EXPRESIÓN, A UN PRECIO

¿Qué significa decir que tenemos libertad de expresión? Muchos de nosotros pensamos que la libertad de expresión es un derecho del que disfruta todo el mundo en nuestra sociedad. Pero no existe como un derecho abstracto ni es una libertad separada de la realidad socioeconómica.

La expresión es una forma de comportamiento interpersonal. Esto significa que ocurre en un contexto social, en los hogares, en los centros de trabajo, en las escuelas, ante audiencias presentes o ante un público mucho más numeroso a través de los medios escritos o electrónicos. Intentamos que lo que decimos alcance las mentes de otros. Esto es cierto en cuanto a la expresión política. Pero hay tipos de expresión política que se propagan activamente para que tengan audiencias masivas y otros que son sistemáticamente excluidos.

Distribución ideológica

En la esfera política, cuanto más a la izquierda se mueven tus opiniones más difícil es exponerlas y acceder a grandes audiencias. La gente de izquierdas que va más allá de la ortodoxia conservadora-liberal y habla abiertamente de los aspectos negativos del gran capital y de lo que éste le hace a la gente dentro del país y en el exterior, es excluida

sistemáticamente de los medios, en los que hay una concentración cada vez mayor de propiedad por parte de las corporaciones. La gente progresista, designada como "la izquierda", cree que los pobres son víctimas de los ricos y que las prerrogativas de los pudientes y poderosos deben ser eliminadas. Cree que los sindicatos deberían reforzarse y los derechos de los trabajadores extenderse, que el medio ambiente debe protegerse de forma rigurosa, que hay que luchar hasta la extenuación contra el racismo, el sexismo y la homofobia y que los servicios sociales tienen que contar con los fondos adecuados.

Los progresistas también argumentan que los gobiernos revolucionarios que emprenden reformas sociales para su pueblo tienen que ser apoyados y no derrocados por nuestro país, que las guerras de desgaste patrocinadas por los Estados Unidos contra los gobiernos reformistas de Vietnam, Nicaragua, Angola y otra docena de países no son "errores", sino crímenes perpetrados por los que quieren mantener a toda costa sus privilegios globales.

Pero mantener tales opiniones es verse privado de cualquier acceso regular a los medios principales. En una palabra, algunos tienen más libertad de expresión que otros. La gente que toma posiciones contrarias a las expuestas más arriba es conocida como conservadores o de derechas. Y los intelectuales conservadores tienen una notable libertad de expresión. Están a favor de las corporaciones y de los grandes beneficios por encima del medio ambiente y de las necesidades humanas, no ven nada malo en amasar grandes fortunas mientras otros muchos viven en la pobreza, culpan a los pobres de la pobreza que se les ha impuesto, consideran las regulaciones hacia los negocios como un pecado burocrático y adoran el altar del mercado libre. Apoyan las intervenciones

represivas de los Estados Unidos en el extranjero y siguen políticas opuestas a la igualdad de clase, género y raza.

Estas gentes de derechas, como Rush Limbaugh, William F. Buckley Jr., John McLaughlin, George Hill y Robert Novak, disfrutan de mucha más difusión ante audiencias masivas que liberales de izquierdas y populistas como Jim Hightower, Jerry Brown o Ralph Nader. Y todos ellos, conservadores y liberales, tienen muchas más posibilidades de difundir sus ideas que cualquiera de los más "radicales" o de la izquierda marxista.

Quien "suministra" a la gente de derechas su difusión masiva no es la inteligencia y sabiduría de éstos, sino el poder económico de los ricos propietarios de los medios y de sus anunciantes. Son los propietarios de las corporaciones y sus patrocinadores quienes hacen que sean difundidos, no la demanda del público. Y no les escucha tanta gente porque sean atractivos, sino porque están disponibles. La disponibilidad es la primera y necesaria condición para el consumo. En este caso el suministro no simplemente satisface la demanda, el suministro *crea* demanda. Los que se alinean con los intereses de la América corporativa tienen más libertad de expresión que los que permanecen abiertamente críticos.[7]

Las gentes de la izquierda tienen libertad para hablar unos con otros, aunque a veces también están preocupados por si sus teléfonos están pinchados o en sus reuniones hay infiltrados agentes del gobierno o provocadores, como ha ocurrido a menudo durante años. A veces se les permite enseñar en las universidades, pero generalmente tienen dificultades respecto a lo que dicen y escriben y se arriesgan a ser expulsa-

7. Para una mayor discusión sobre este tema, ver "El mito de los medios liberales", en páginas posteriores.

dos de sus puestos.[8] Los de izquierdas son libres de trabajar para los sindicatos, pero siempre tienen que enmascarar sus ideas políticas, especialmente si son comunistas. La gente de la izquierda puede incluso hablar en público, pero sus audiencias raras veces sobrepasan unos cientos de personas. Y son libres de escribir para publicaciones progresistas, las cuales carecen de fondos de promoción para llegar a los lectores masivamente, publicaciones que están permanentemente bailando en la cuerda floja de la insolvencia por carecer de ricos patrones y de anunciantes de las corporaciones.

En suma, la libertad de expresión pertenece más a aquellos que pueden permitírsela. Es una mercancía que necesita ser comercializada como cualquier otra. Y se necesitan enormes sumas de dinero para alcanzar audiencias masivas. Así que cuando llega la libertad de expresión, algunos ven sus voces amplificadas decenas de millones de veces, mientras que otros tienen las manos atadas y los caminos cerrados.

La libertad del poder

Se nos enseña a pensar que la libertad es algo antitético con el poder. Y hay algo de eso. Es cierto que los derechos democráticos –que tanto han costado conseguir– a veces actúan como un freno al poder arbitrario de los dirigentes. Pero para asegurar nuestra libertad tenemos que movilizar el poder popular suficiente como para poder frenar el poder del estado. En otras palabras, la libertad y el poder no siempre son antitéticos; frecuentemente son simbióticos. Si uno no tiene poder tiene poca libertad para proteger sus intereses contra los que lo detentan.

8. Para una narración de mis propias experiencias con la represión en el mundo académico, ver "Luchas académicas" en páginas posteriores.

Nuestras libertades son realidades sólo hasta donde nosotros tengamos el poder democrático de hacerlas realidad.

La gente de izquierdas sólo tiene libertad cuando ha reunido sus fuerzas, ha agitado, enseñado, organizado huelgas, boicots y manifestaciones y ha luchado contra las altas instancias. No tiene la libertad de alcanzar audiencias masivas porque el poder popular y la opinión iconoclasta no han penetrado en las fortalezas corporativas que controlan la comunicación universal de masas.

Las libertades que tenemos nunca nos las han "dado", y desde luego no nos las dieron los que redactaron la Constitución. Recordemos que la Carta de Derechos no fue parte de la Constitución original. Fue añadida después de su ratificación, al igual que diez enmiendas. Cuando el coronel Mason de Virginia propuso la Carta de Derechos en la Convención Constitucional de Filadelfia en el año 1787, fue rechazada casi unánimemente (Massachussets se abstuvo). Las protestas populares, la apropiación de la tierra por parte de los pobres, los disturbios y otras manifestaciones, hicieron que los hombres ricos que estaban reunidos en Filadelfia se dieran cuenta de la necesidad de una autoridad central que pudiera proteger suficientemente los intereses de las clases propietarias. Pero la agitación popular también puso un límite a lo que estos hombres podían atreverse a hacer. Tardíamente y con desgana acordaron durante la ratificación incluir la Carta de Derechos, una concesión hecha bajo la amenaza de la agitación democrática y con la esperanza de que tal añadido asegurara la ratificación de la nueva Constitución.

Por eso la Carta de Derechos no fue un regalo de ese ilustre grupo parlanchín de ricos comerciantes, especuladores de dinero y tierras y esclavistas conocido como nuestros "Padres Fundadores". Fue un producto de la lucha de clases. Lo mismo que el sufragio universal. Fue

necesaria la agitación de las masas desde los años 1820 a los años 1840 para que los trabajadores y granjeros pudieran abolir la calificación según las propiedades y ganar el sufragio universal para los hombres blancos. Fue necesario casi un siglo de agitación y luchas para conseguir el voto de las mujeres. Y una guerra civil sangrienta y décadas de luchas antes de conseguir derechos políticos para los afroamericanos, una lucha que todavía está lejos de ganarse.

Durante la primera parte del siglo XX, un movimiento nacional y unitario llamado Trabajadores Industriales del Mundo (los "Wobblies"), luchó por la mejora de las condiciones de los trabajadores en todos los empleos. Para conseguir algo, los Wobblies tuvieron que organizarse, esto es, ser capaces de dejarse oír y llegar al pueblo. Para dejarse oír tuvieron que enfrentarse a las tácticas represivas de la policía, que golpeó, arrestó y encarceló a sus organizadores. Pero los Wobblies descubrieron que si entraban en una ciudad con quinientas personas en vez de con cinco, el sheriff y sus ayudantes poco podían hacer por detener sus reuniones públicas.

El derecho a la libertad de expresión se estableció *de facto* durante el transcurso de la lucha de clases. La lucha de los Wobblies por la libertad de expresión fue a la vez una lucha por la democracia en los procedimientos y una lucha por una democracia económica sustantiva. Su lucha continuó durante la Gran Depresión, cuando la organización y la agitación de masas llevaron la libertad de expresión a cientos de comunidades locales donde la policía había practicado previamente el asalto físico y el encarcelamiento de organizadores sindicales, anarquistas, socialistas y comunistas.

Lo mismo ocurrió con otras libertades y victorias democráticas, como la jornada de ocho horas, la seguridad social, el seguro de desem-

pleo e incapacidad y el derecho a la negociación colectiva. Todos estos derechos económicos democráticos, aunque puedan estar seriamente limitados e insuficientemente desarrollados, existen porque ha habido una lucha popular contra el privilegio y el poder de clase.

¿Libertad para las agencias de inteligencia criminal?

Como otras libertades, la libertad de expresión es situacional. Existe en un contexto social y de clase, como la propia democracia. Una vez que entendamos eso, podremos evitar la lógica equivocada de un columnista de noticias como Nat Hentoff, que ataca repetidamente a los activistas de izquierdas que cometen desobediencia civil cuando protestan contra los reclutadores del ejército y la CIA en los campus universitarios. Hentoff dice que interfieren la libertad de expresión de los estudiantes que quieren hablar con los reclutadores (como si los estudiantes no tuvieran otra oportunidad de hacerlo). Hentoff también está preocupado porque la CIA está viendo coartados sus derechos.

Este punto de vista sobre la libertad de expresión no tiene nada que ver con las realidades del sufrimiento humano y la justicia social, ni con las realidades del poder del estado y de clase, ni con la lucha democrática contra la fuerza homicida de la CIA, ni con darse cuenta de que la CIA suprime sistemáticamente los derechos básicos de la gente en todo el mundo de la forma más brutal. Con 25.000 millones de dólares de presupuesto anual, con sus decenas de miles de agentes desatando escuadrones de la muerte y guerras de desgaste contra fuerzas democráticas y pueblos empobrecidos en todo el mundo, con su control de cientos de publicaciones, editoriales, servicios de comunicaciones, con miles de agentes sembrando la desinformación, la CIA tiene más "libertad de

expresión" que todos los que protestan por sus crímenes, porque está respaldada por más dinero y más poder.

Con su tendencia a tratar los derechos como algo aparte de las realidades socio-económicas, Hentoff quiere hacernos pensar que la CIA no es más que otro participante en el diálogo democrático de los campus. De hecho la CIA es uno de los más grandes violadores de la libertad en nuestro país y en el extranjero. Los que adoptan el punto de vista unidimensional de Hentoff no dicen nada sobre la libertad de expresión que millones de personas podrían disfrutar si eliminásemos a la CIA y a todas sus agencias de violencia y represión, ni tampoco sobre las vidas que se salvarían y la libertad que se alcanzaría en los países del Tercer Mundo que soportan el peso de la violencia de la CIA.

Limitando de forma coercitiva el reclutamiento de la CIA, los manifestantes de los campus hacen una declaración que va más allá del discurso y se convierte en parte de la lucha democrática. Cuestionando –a través de la acción directa– la legitimidad de la CIA en los campus universitarios, y por tanto desafiando (incluso en una forma leve) su posibilidad de promover ordenes políticos represivos en todo el mundo, los manifestantes están extendiendo el campo de la libertad, no disminuyéndolo.

Por supuesto, hay que considerar que esos mismos manifestantes violan también el derecho de expresión, especialmente el de algunos estudiantes de clases medias y altas que no quisieran tener que salir del campus para pedirle a la CIA participar en una carrera de crímenes políticos. Este último derecho parece pesar más para Hentoff que todas las fechorías perpetradas por la CIA.

Si tomamos la postura de Hentoff, no puede haber acciones directas ni desobediencia civil de los pobres contra el poder establecido, porque

eso sería infringir los esfuerzos de los reclutadores de la CIA. El fallo de Hentoff en su tratamiento del contexto del poder y la riqueza en la libertad de expresión le deja en la postura ridícula de defender la libertad de expresión de la CIA y, lo que es peor, su libertad de acción. Es la misma postura que hizo que se echara abajo la Doctrina de la Igualdad (Fairness Doctrine): los jefes de los medios corporativos estaban siendo limitados en su libertad de expresión porque tenían que garantizársela a otros.

La lucha por una mayor democracia

Si los años de Reagan-Bush-Clinton nos han enseñado algo es que nuestras libertades nunca están garantizadas ni seguras, a menos que nos movamos y mostremos nuestra fuerza. Si la lucha democrática nos ha enseñado algo es que nuestros derechos no son algo que debe ser "preservado", sino más bien que deben ser utilizados y expandidos vigorosamente. El cuerpo político es como el cuerpo físico: nuestras capacidades crecerán más si lo ejercitamos y lo desarrollamos. La libertad de expresión necesita menos admiración abstracta y más ejercicio militante y aplicación. Usarla o perderla.

La democracia no es un "regalo frágil y precario" que nos han dado como si fuera un ánfora griega. Es un proceso de desarrollo dinámico que surge de la lucha entre los intereses populares y la naturaleza inherentemente antidemocrática de los intereses de los ricos.

Más que temer un "exceso de democracia"[9], como hacen algunos de los sabios de los medios y mandarines del mundo académico, debemos

9. Un término utilizado, entre otros, por el experto en ciencias políticas de Harvard y apologista de la guerra fría Samuel P. Huntington.

luchar por que haya más poder popular, más victorias para los trabajadores, más victorias contra el racismo, el sexismo y el militarismo y contra la aparente voluntad del capitalismo de destruir nuestro entorno. Y necesitamos concitar más oposición a las intervenciones estadounidenses en todo el mundo.[10]

Debemos perseguir un desarrollo económico que no busque el beneficio, sino un uso más democrático de las fuerzas y servicios productivos, más variedad ideológica y disidencia en los medios de la corriente principal, más acceso al control por parte de los oyentes de las emisoras de radio y televisión. En cada campo debemos aprender a ver las dimensiones de la lucha que haga avanzar los intereses de la mayoría y se oponga a los intereses de los pocos arrogantes y privilegiados; en otras palabras, una lucha por una mayor *democracia* que lleve al avance en las condiciones sociales de todos, a la distribución de los recursos de la comunidad para la comunidad y no para la codicia de los inversores privados y a una igualdad y mejora del nivel de vida que realmente suponga menos libertad para la CIA y los intereses a los que sirve y más libertad para el resto de nosotros. Lo esencial de tal programa es una libertad de expresión que no esté limitada a los magnates de los medios y sus acólitos, sino que esté disponible para las personas de todas las tendencias ideológicas.

10. Sobre el intervencionismo estadounidense, ver "Haciendo un mundo más seguro para la hipocresía" en páginas anteriores.

EL LÍMITE EN EL CARGO: ¿TRUCO O TRATO?

Hay una gran discusión sobre la necesidad de limitar el tiempo de los cargos en el Congreso de los Estados Unidos, un debate mayoritariamente propiciado por la derecha. En California y otros estados las cosas han ido más allá de las palabras. El líder liberal en la legislatura de este estado fue obligado a dejar el cargo después de que se aprobara una proposición limitando la pertenencia a la Asamblea a seis años y al Senado a ocho años. Durante la campaña de 1990 el presidente Bush y el vicepresidente Quayle viajaron a California para apoyar la limitación de tiempo en los cargos.

Desgraciadamente existen personas con ideas progresistas que en este tema se han posicionado hombro con hombro junto a la derecha. Aunque esta petición de limitación resulta incomprensible. El límite *supuestamente* libraría al Congreso de los oligarcas atrincherados en él que hace tiempo vendieron sus almas a los intereses del dinero. La competencia mejoraría la calidad de los candidatos y limitaría la influencia de los partidos. La inyección de sangre nueva también conllevaría frescura e ideas creativamente progresistas y una actuación más democrática.

Un esquema conservador

Pero si todo esto fuera cierto, ¿por qué la gente de derechas como George Bush, Dan Quayle y George Hill habrían de favorecer los límites de tiempo en el cargo y una renovación más rápida de los ocupantes del Congreso? ¿Es porque quieren que desaparezcan de él los intereses del dinero y propiciar el surgimiento de un Congreso más democrático y progresista? Sospecho que tienen una idea diferente.

Los conservadores no tienen nada contra el tiempo de permanencia en el cargo si es su propia gente la que ocupa los escaños. Algunos conservadores, como el presidente Nixon y más vehementemente el presidente Reagan, durante su periodo presidencial quisieron abolir la 22ª Enmienda, que limita a dos los periodos de presidencia. Y ello por varias razones: Primero, el deslizamiento del Sur hacia las filas de los republicanos les ha dado a éstos una ventaja de salida en el colegio electoral, la misma de la que disfrutaba el partido demócrata cuando el Sur era sólidamente demócrata. Segundo, el colegio electoral da dos votos extra a cada estado independientemente de su población, elevando por tanto el número de electores pertenecientes a numerosos estados más pequeños y más conservadores. Tercero, y lo más importante de todo, cuesta cientos de millones de dólares conseguir la nominación presidencial y ganar las elecciones. La presidencia tiene un precio fuera del alcance de cualquier progresista. La disminución de las organizaciones de base de los partidos y la importancia de las campañas nacionales de televisión sólo ha hecho que se incremente la necesidad de mayores cantidades de dinero y que decrezca la influencia popular. No es raro que a los republicanos les gustara eliminar los límites de tiempo en el cargo respecto a la presidencia.

Que yo sepa, ningún conservador ha dicho tampoco una palabra a favor de una enmienda constitucional que limite el tiempo en el cargo en el Tribunal Supremo o los jueces federales. Los jueces deben ser "independientes" a cualquier presión política partidaria, argumentan, así que deben seguir siendo juiciosamente objetivos en sus decisiones. La sucia verdad es que durante las administraciones de Reagan y Bush la judicatura se llenó de cientos de ideólogos conservadores, relativamente jóvenes, que seguirán tomando decisiones en la tercera década del siglo XXI. Y los nombrados por Clinton para los tribunales federales son gente generalmente sin adscripción política, que se siente más o menos cómoda junto a los conservadores en la mayoría de los temas.

¿Entonces por qué tantos conservadores, que no ven nada malo en ilimitar los periodos presidenciales y en que los cargos de los jueces sean vitalicios, quieren poner límites a la permanencia en el Congreso?[11] Ronald Reagan nos dio la respuesta. Justo antes de dejar el cargo comentó que el poder ejecutivo y el judicial "están bien", pero el legislativo sigue siendo "un problema". Quería decir que en el Congreso todavía sobrevivía una formación política liberal muy sustancial. Esos liberales ocasionalmente favorecen los intereses democráticos frente a los del dinero. Defienden, aunque débilmente, el impuesto para los ricos. Han aprobado (aunque diluidas) leyes para la seguridad en el trabajo, la vivienda y el transporte públicos, el medio ambiente, así como recortes en el presupuesto militar. Apoyan al menos unos niveles mínimos de servicios sociales para los indigentes y regulaciones más estrictas para los sectores de la banca, la madera y otras explotaciones. Y

11. Hasta donde yo sé sólo un conservador prominente, Pat Buchanan, ha salido en defensa del límite de tiempo en el cargo para los jueces federales. Fue en octubre de 1995 y no lo hizo con mucha fuerza.

muchos de ellos son reelegidos. Aunque todo esto sea dolorosamente insuficiente para lo que sería necesario, es suficiente para inquietar a las derechas.

Durante décadas los expertos en ciencias políticas señalaron que el sistema de antigüedad en el Congreso permitía el arraigo de los conservadores de ambos partidos. Presidían como pequeños tiranos las satrapías de sus comités y acumulaban poder sobre el proceso legislativo en base a ser reelegidos repetidamente. Durante décadas estas críticas se ignoraron. Hoy el sistema de antigüedad no es lo que solía ser, pero todavía es operativo. Y por primera vez, cuando los liberales e incluso algún progresista de izquierdas como Ron Dellums y John Conyers ocupan los asientos de algún comité, de repente el tema de la permanencia en el cargo se convierte en objetivo de los conservadores y se publicita en los medios nacionales. Se convierte en un problema para los medios de la corriente principal porque se ha convertido en una cruzada conservadora.

Un Congreso amateur

Con las limitaciones temporales para los cargos nos encontraremos con un Congreso rotativo y amateur, perpetuamente formado por novatos que deberán dejar el cargo después de su segundo o tercer mandato frente a una bien atrincherada seguridad nacional del estado, una gran burocracia profesional y unas camarillas corporativas que no son elegidas por nadie y con más experiencia y más larga vida en sus puestos que los legisladores limitados por el tiempo.

Los legisladores amateurs seguirán necesitando grandes sumas de dinero para ser elegidos y serán más vulnerables que antes ante las

poderosas camarillas profesionales. También serán cada vez más dependientes de los funcionarios del Congreso, que no han sido elegidos por nadie. Y cuando uno recuerda que hacen falta muchos años y a veces décadas de luchas para conseguir que se apruebe una ley importante que pueda proteger los intereses públicos, debemos preguntarnos quién en el Congreso será capaz de permanecer el tiempo suficiente como para ver las cosas terminadas.

Sospecho que ésa es la razón por la que los conservadores se han vuelto repentinamente entusiastas de la rotación de los cargos *legislativos*. Las rotaciones eliminarían cualquier antigüedad potencial de los demócratas liberales en el Congreso, y la oposición acabaría formada por legisladores recientes y pasajeros que se enfrentarían a un poder conservador del estado cada vez más enraizado. Al contrario que algunos liberales, gentes como Reagan y Bush no consideran que el proceso signifique un vacío social. Saben muy bien que los arreglos institucionales pueden hacer avanzar o retrasar sus intereses políticos. Entienden de poder, porque tienen mucho y muchas posibilidades de protegerlo.

En 1994 los republicanos obtuvieron –por primera vez en décadas– la mayoría en ambas cámaras del Congreso. La mayor parte de los ideólogos conservadores que las conformaban estaban comprometidos con el tema del límite de tiempo en el cargo, si bien una ley que proponía tal cosa fue derrotada en votación secreta. En los años siguientes, dándose cuenta de que tienen otras muchas posibilidades de mantener el control del Congreso, los conservadores abandonaron el asunto.

En cualquier caso, antes de que los progresistas se apunten a un caballo ganador para "echar a los malos", sería mejor que comprobaran quién más se apunta a ese viaje.

2

LOS MEDIOS Y LA CULTURA

EL MITO DE LOS "MEDIOS LIBERALES"

Una creencia ampliamente aceptada en este país es que la prensa padece un acusado sesgo liberal. Los sabios de la televisión, los conductores de los coloquios radiofónicos y los líderes políticos, incluidos los presidentes de ambos partidos, ayudan a propagar esta creencia. Y sus opiniones se difunden ampliamente en los medios. Como contraste, los críticos disidentes, que mantienen que la prensa –en manos de las corporaciones– ejerce un control conservador sobre las noticias y los comentarios, casi no tienen espacio en esos medios supuestamente liberales.

Consideremos el caso de David Horowitz. Cuando Horowitz era un autor radical y editor de *Ramparts*, la prensa de la corriente principal ignoró su existencia. Pero después de que él y su antiguo colega de *Ramparts* Peter Colliers emergieran como conservadores de nuevo cuño, el *Washington Post Magazine* dio un tratamiento prominente a su pronun-

ciamiento "Las izquierdas por Reagan". Horowitz y Colliers conectaron en seguida con la Fundación Foro Nacional, que en manos conservadoras y con cientos de miles de dólares disponibles capacitó a los dos ex radicales a dar batalla ideológica contra la izquierda. Hoy Horowitz es un crítico de derechas presente en los medios, que tiene su propio programa de radio y que aparece con patética frecuencia en la radio y en la televisión para quejarse de que la radio y la televisión no permiten que se difundan las ideas conservadoras.

Después está la multitud de conductores de programas-coloquio –entre quienes Rush Limbaugh es sólo el más conocido–, que protestan amargamente en cientos de emisoras locales de televisión y miles de emisoras de radio propiedad de los ricos conservadores –y que cuentan con el apoyo de las grandes firmas comerciales– contra la "prensa rojiza". Para quejarse de cómo los medios están dominados por los liberales, Limbaugh tiene una hora diaria en una cadena de televisión, una hora en televisión por cable y un programa de radio sindicado con 600 emisoras.

Hay organizaciones de derechas bien financiadas dedicadas al control de los medios, como Accuracy in Media (AIM) de Reed Irvine. En una columna sindicada que aparece en cien periódicos y unas doscientas emisoras, Irvine y sus asociados se quejan de que las opiniones conservadoras son silenciadas por los medios. A muchos críticos de izquierdas les gustaría que silenciaran sus opiniones de la misma forma que se hace con las de la AIM, Limbaugh y Horowitz.

Y no olvidemos la National Empowerment Television (NET), una nueva emisora por cable disponible en los cincuenta estados, que ofrece durante todo el día comentarios políticos conservadores. En palabras de su fundador, Paul Weyrich, NET se dedica a ser la contrapartida a los

medios informativos que "están plagados de ideas políticas de izquierdas" y comentarios sobre "pautas de género, cuotas raciales, calentamiento global y gays en el ejército".

Los líderes políticos también contribuyen a reforzar la imagen de "una prensa liberal". Durante el escándalo Irán-contra, el presidente Reagan comparó a los medios "liberales" con una "bandada de tiburones". Más recientemente, el presidente Clinton se quejaba de que "no había gozado del más mínimo crédito por parte de la prensa liberal". Clinton estaba confundido. Casi todas las críticas que emite la prensa liberal provienen de los conservadores.

El que paga

No hay prensa libre e independiente en los Estados Unidos. El concepto de un "mercado libre de las ideas" es tan mítico como el de un mercado libre de las mercancías. Ambos sugieren la imagen de un bazar en el que muchos pequeños productores venden sus productos en más o menos igualdad de condiciones. De hecho –sean mercancías o comentarios– para alcanzar un mercado masivo se necesitan enormes sumas de dinero con las que comprar publicidad y distribución. Los que no tienen esas sumas terminan con una clientela decididamente pequeña, asumiendo que sean capaces de sobrevivir de algún modo.

¿Quién posee los grandes medios? Los señores de la prensa que nos vienen a la mente son Hearst, Luce, Murdoch, Sulzberger, Annenberg y algún otro, personajes de tendencia marcadamente conservadora que normalmente dejan su impronta ideológica tanto en las noticias como en los comentarios editoriales. Los consejos de dirección de muchas organizaciones de medios impresos o emisoras están llenos de represen-

tantes de Ford, General Motors, General Electric, Alcoa, Coca-Cola, Philip Morris, ITT, IBM y otras corporaciones, en un sistema de entrelazado de directores que se asemeja al de los consejos de cualquier otra corporación. Entre los mayores accionistas de las tres grandes cadenas están el Chase Manhattan, J.P. Morgan y Citibank. La NBC es propiedad total de General Electric, una corporación que frecuentemente respalda a causas y candidatos conservadores. En 1995 Westinghouse compró la CBS por 5.000 millones de dólares y Time Warner preparó la compra de la CNN de Ted Turner. ABC es propiedad de Disney, otra firma multinacional políticamente conservadora, que está entre las primeras 500 de *Fortune*.

No es sorprendente que este tema de la propiedad afecte a la forma en que se confeccionan y comentan las noticias. Virtualmente todos los jefes ejecutivos de las organizaciones de noticias de la corriente principal pertenecen al estrato social de rentas elevadas y en sus preferencias políticas tienden decididamente a la derecha. Al magnate de los medios Rupert Murdoch le preguntaron una vez en una entrevista: "Usted está considerado como políticamente conservador. ¿Hasta qué punto ejerce su influencia en el contenido editorial de sus periódicos?" Él respondió candorosamente: "Considerablemente... mis editorialistas ponen la idea, pero yo tomo las decisiones finales". En 1995 Disney compró la ABC y otros medios de Capital Cities por 19.000 millones de dólares y no perdió tiempo para deslizar sus políticas editoriales todavía más a la derecha, despidiendo al comentarista y editorialista liberal que quedaba, Jim Hightower, y obligando a la ABC a retractarse de sus exposiciones sobre cómo los fabricantes de cigarrillos manipulaban los contenidos de nicotina para crear más adicción.

Los anunciantes de las corporaciones ejercen una influencia conservadora adicional en los medios. Cancelan sus cuentas no sólo cuando los anuncios no son buenos para sus productos, sino cuando perciben tendencias liberales en las noticias y los comentarios.

Como cabe esperarse de unos medios dominados por los negocios, las preocupaciones por los trabajadores son mínimas. Jonathan Tasini, jefe de la Unión Nacional de Escritores, estudió todos los informes que tenían que ver con problemas de los trabajadores emitidos por ABC, CBS y NBC en las noticias de la noche durante 1989, incluyendo la atención infantil y el salario mínimo. Alcanzaban un 2,3% de la cobertura total. No es raro que una encuesta entre los líderes de las empresas mostrara que sólo el 6% encontraba que el tratamiento que les daban los medios era "pobre", mientras que el 66% lo encontraba "bueno" o "excelente".

Los medios religiosos manifiestan la misma desproporción de la derecha sobre la izquierda. Los medios fundamentalistas –representados por gentes homófobas, sexistas y reaccionarias como el tele-evangelista Pat Robertson– suponen una industria de 2.000 millones de dólares anuales que controla el 10% de las emisoras de radio y el 14% de las de televisión del país. Por el contrario, la izquierda cristiana carece del respaldo financiero necesario para acceder a los medios principales.

El sistema de radiodifusión del petróleo

Una de las alucinaciones favoritas de los conservadores es que el Sistema Público de Radiodifusión (Public Broadcasting System) es una fortaleza de la izquierda. De hecho más del 70% de los programas del PBS en hora punta están financiados total o parcialmente por las cua-

tro compañías gigantes del petróleo, por lo que se ha ganado el sobrenombre de Sistema de Radiodifusión del Petróleo (Petroleum Broadcasting System). Los programas sobre temas públicos de la PBS están patrocinados por General Electric, General Motors, Metropolitan Life, Pepsico, Mobil, Paine Webber y otros. Un grupo de control de medios encontró que los representantes de las corporaciones constituían el 44% de las fuentes de información sobre economía, los activistas un 3%, y los representantes de los trabajadores quedaban virtualmente fuera de toda consideración. Los anfitriones de la Radio Pública Nacional (NPR) y de la PBS generalmente son tan conservadores ideológicamente como los de cualquier emisora comercial. Incluso "Frontline" ("Primera Línea") y "Listening America" ("Escuchando a América"), de Bill Moyer, –objetivos favoritos de los conservadores– recurren a los republicanos más frecuentemente que a los demócratas.

Los conservadores como Horowitz hacen mucho uso de la documentación de archivo que se emite en la televisión pública. Pero la mayoría de los documentales de la PBS son políticamente centristas o sin adscripción definida. Los trabajos progresistas raras veces ven la luz. A documentales como *Caras de la guerra* (que revela la brutalidad de la contrainsurgencia apoyada por los Estados Unidos en El Salvador), *Coverup* (sobre la conspiración Irán-contra), *Decepción mortal* (una crítica de General Electric y de la industria armamentista nuclear, ganador de un premio de la Academia) y *La decepción de Panamá* (una narración sobre la invasión de Panamá por parte de los Estados Unidos, ganador también de un premio de la Academia), se les negó el derecho a ser emitidos en las televisiones públicas y comerciales, con alguna excepción a nivel local.

Las perspectivas de derechas dominan los programas de comentarios como "McLaughlin Group" de la NBC, "One on One" de la PBS (con

McLaughlin como anfitrión), "McLaughlin Show" (con imaginemos quién), "Firing Line" de la PBS con William F. Buckley, "Evans and Novak" y "Capital Gang" de la CNN y "This Week with David Brinkley" de la ABC. El espectro de opinión de todos estos programas, como el de las páginas de la mayoría de los periódicos, va desde la extrema derecha a la derecha moderada o el centro, en una demostración de falso equilibrio. Respecto a Pat Buchanan, en "Crossfire" ("Fuego cruzado") de la CNN, Michel Kinsley lo resumió correctamente: "Buchanan está mucho más a la derecha que yo a la izquierda".

Sobre temas del extranjero, el papel de la prensa como líder entusiasta de la seguridad nacional y del capitalismo de libre mercado no parece tener límites. Virtualmente no ha habido ningún comentario favorable sobre las luchas revolucionarias o reformistas de los pueblos del Tercer Mundo o sobre las protestas internas o exteriores por el intervencionismo americano. El punto de vista de los medios sobre el mundo es el mismo que el del Departamento de Estado o el Pentágono. La terrible devastación infligida sobre los presumibles beneficiarios del poder americano generalmente ni se menciona ni se explica, al igual que ocurre con las violaciones masivas de los derechos humanos perpetradas por las fuerzas apoyadas por los Estados Unidos en docenas de países clientes del mercado libre.

¿Por qué se quejan los conservadores?

Si las noticias y comentarios son tan preponderantemente conservadores, ¿por qué la gente de derechas critica duramente a la prensa por su supuesto sesgo izquierdista? Porque tales ataques ayudan a crear un clima de opinión favorable a la derecha. Protestar contra el "liberalismo" de la prensa es una forma de poner a la prensa a la defensiva, man-

teniéndola preocupada por su respetabilidad, de modo que las opiniones liberales en este país siempre tienen que esforzarse por ser creíbles dentro de un marco decididamente conservador.

El control ideológico no es formal y abierto como el de un estado censor, sino informal y generalmente implícito. Funciona con un efecto imperfecto. Los editores a veces son incapaces de ver las implicaciones molestas de una u otra historia. Y la gente de derechas gana mucho con esta situación, pues su objetivo no es el control parcial, sino el control perfecto; no una ventaja admisible (que ya tienen), sino el dominio total del universo de las comunicaciones. Cualquier clase de apoyo no unánime a un programa de derechas se considera como evidencia de un sesgo liberal. Esperando siempre que el cuerpo de la prensa sea un coro unánime, el ideólogo conservador, como un maestro arrogante, reacciona con fuerza ante cualquier ocasional nota discordante.

Las notas discordantes pueden ser reales. Pues si bien los medios informativos nunca cuestionan la ideología del mercado libre, ocasionalmente informan de cosas que pueden incomodar al mundo de los negocios y a la seguridad del estado: vertidos tóxicos de las firmas industriales, precios abusivos en los contratos con el ejército, cadáveres que se amontonan en Haití, latrocinio financiero en Wall Street y cosas así. Estas noticias sobrepasan lo que las derechas pueden escuchar y por tanto las perciben como una vendetta liberal.

El problema al que se enfrentan los conservadores es que la realidad misma es radical. El Tercer Mundo realmente es pobre y está oprimido. Los Estados Unidos generalmente están al lado de los oligarcas. Nuestro sistema impositivo es realmente regresivo. Millones de estadounidenses viven en la pobreza. Los servicios públicos se ven recortados de forma implacable. Nuestros hijos hacen frente a un futuro económico

peor de lo que fue el nuestro. Las corporaciones saquean y polucionan el entorno. Los salarios reales de los trabajadores han bajado. Y los ricos han incrementado de forma espectacular su parte del pastel. De modo que a pesar de todos sus esfuerzos por tratar con sutileza estas realidades, la prensa tiene ciertos límites a la hora de hacerlo.

Los límites de la realidad a veces imponen límites a la propaganda, como descubrió el Dr. Goebbels cuando intentaba explicar a los alemanes lo invencibles que eran los ejércitos nazis obteniendo una victoria tras otra mientras se batían en retirada en ambos frentes en 1944 y 1945. Y la prensa, aunque ve el mundo a través de las mismas lentes que las élites corporativas y gubernamentales, ocasionalmente debe informar de algunas de las cosas desagradables de la vida, aunque sólo sea para mantener su credibilidad. En tales ocasiones las derechas se quejan amargamente de su desviación a la izquierda.

Los ideólogos de derechas se quejan no sólo de lo que dice la prensa, sino de lo que omite. La denostan por no contarle al pueblo estadounidense que la burocracia federal, las "élites culturales", los gays, las lesbianas, las feministas y los abortistas están destruyendo la nación; que el ejército estadounidense y las corporaciones son nuestra salvación, que no hay problema de atención sanitaria, que los eco-terroristas dañan la tierra, que nuestro entorno es ideal y otros cuentos sin sentido.

Autocensura

Los reporteros a veces actúan con autocensura y pensando anticipadamente en la respuesta. Con frecuencia se preguntan cómo se tomarán sus jefes las cosas. Recuerdan las veces que sus superiores les han advertido que no vayan contra los anunciantes y otros poderosos intereses.

Saben los nombres de los periodistas que han sido despedidos por adoptar la postura equivocada. Sin embargo la mayoría de la gente de la prensa considera estos incidentes como hechos aberrantes de un sistema de noticias básicamente profesional, e insisten en que ellos no le venden su alma a nadie. Proclaman que son libres de decir lo que quieren, sin darse cuenta de que eso es porque a sus superiores les gusta lo que dicen. Como raras veces cruzan la línea prohibida ignoran que están atados por una cuerda ideológica.

Mientras estaba encarcelado en las mazmorras de Mussolini (desde 1928 hasta 1937), Antonio Gramsci escribió sobre política y cultura. Pero tenía que tener cuidado de disfrazar sus referencias al capitalismo, al poder de clase y a los conflictos de clase para no provocar a los censores fascistas. (Los fascistas sabían para qué clase trabajaban.) Hoy día la mayoría de nuestros periodistas y comentaristas sociales tienen una precaución similar. Sin embargo, al contrario que Gramsci, ellos no están en prisión. No necesitan un censor fascista echándoles el aliento en la nuca porque ya tienen implantada en sus cerebros la línea oficial.

Estas formas internas de autocensura son más efectivas para preservar la ideología dominante de lo que cualquier estado censor podría esperar. Gramsci sabía que estaba siendo controlado por la censura. Muchos de nuestros periodistas y eruditos piensan que son libres como pájaros, y lo son, mientras vuelen dentro del círculo correcto.

Para los críticos conservadores, sin embargo, el círculo correcto no es lo suficientemente cerrado ni lo suficientemente de derechas. Todo lo que quede a su izquierda, incluyendo la derecha moderada y el centro, es definido como "izquierdista". Su campaña contra los medios ayuda a deslizar el centro de gravedad político en su dirección. Dando una difusión tan generosa a los pronunciamientos conservadores, y cerrando el

paso a todo lo que sea de izquierda, la prensa limita el debate público a una pugna entre la derecha y el centro, incluido el debate sobre el sesgo ideológico de los medios.

En la escena política estadounidense el centro está ocupado por demócratas conservadores como Bill Clinton, que es feliz al ser considerado la única alternativa a la ultraderecha. Pero incluso ese centro es considerado como "liberal". Mientras tanto, el verdadero liberalismo y todo el progresismo permanecen fuera del cuadro, que es lo que los eruditos de la línea oficial, los editores, los políticos y los plutócratas quieren.

FABRICANDO UNA "DEMOCRACIA CULTURAL"

En los Estados Unidos y la mayoría de otros países la industria del entretenimiento del cine y la televisión está controlada por las corporaciones transnacionales. Estas corporaciones son formaciones de alta concentración de capital cuyas principales funciones son: (a) conseguir beneficios para sus inversores y (b) apoyar un clima de opinión favorable al dominio económico corporativo. Las grandes compañías y los bancos han metido mano en la industria del cine desde sus primeros tiempos. En 1936 los principales estudios estaban bajo el dominio de los imperios financieros de Morgan o de Rockefeller.

Hoy en día, no son sólo los grandes estudios quienes producen películas. Han proliferado los productores independientes y algunos han realizado películas de contenido político y de calidad como *Missing, Executive Action, Sounder, Silkwood, Reds* y *The Milagro Beanfield War.* Sin embargo la producción independiente no garantiza el apoyo a ideas independientes. La realización de películas sigue siendo una empresa abierta únicamente a un grupo pequeño relativamente selecto. En 1995 el coste medio de producir una película era superior a 35 millones de dólares, sin contar los gastos de promoción, que a veces son iguales a los de producción. El apoyo inversor, incluso para las películas más independientes, viene todavía de los grandes estudios y de las corporaciones

que los poseen y de los bancos que financian a estas corporaciones. Nada ha cambiado mucho desde los días de los magnates de Hollywood.

Los principales estudios todavía financian la producción y distribución de películas. Un independiente generalmente no tiene manera de acceder a una audiencia nacional sin contar con los grandes. Se han hecho cientos de películas que nunca han visto la luz porque los principales estudios decidieron que carecían de "viabilidad comercial" o porque tenían un contenido político controvertido. A veces es una combinación de ambos, ya que los peces gordos de la industria equiparan la controversia política con la carencia de atractivo comercial.

Lo que es cierto para las películas también lo es para la televisión. La CBS, la ABC y la NBC disfrutan de una posición dominante, vendiendo el 86% de la publicidad que se emite por TV para una audiencia nacional. Si alguien puede disputar su hegemonía son otras cadenas con gran respaldo financiero, como la Fox, propiedad del multimillonario reaccionario Rupert Murdoch. Las gigantescas fusiones del año 1995 aún dejaron más claro que nuestros medios de entretenimiento "libres e independientes" están en manos de intereses conservadores con un capital aún más concentrado. Los medios de masas son medios de clase.

Nada demasiado crítico

¿Determinan los grandes propietarios y anunciantes el contenido ideológico de los medios? ¿Lo hacen los directores políticamente liberales, los guionistas, los actores y ustedes, los espectadores? Una investigación sobre cientos de películas y programas de televisión que se emiten anualmente sugiere que una película o telefilme verdaderamente

izquierdista, que ofrezca un análisis de clase del poder y la riqueza, es algo verdaderamente raro de ver en los medios principales.

Aunque hayan existido personas con ideas de izquierdas trabajando en la industria cinematográfica, raramente han sido capaces de reflejar esas ideas en las películas que han realizado. Los filmes que se desvían del credo político oficial generalmente tienen que suavizarse, rescribirse y adornarse con estrellas para ser financiados. Y una vez hechas las películas, su publicidad y distribución son limitadas, como ocurrió con *Reds*, *Matewan* y *1900*, de Bertolucci. Al filme disidente *Romero*, la historia del arzobispo salvadoreño que fue asesinado por escuadrones de la muerte, se le negó la financiación por parte de los principales estudios y cadenas. Vio la luz del día sólo porque obtuvo fondos de algunas organizaciones católicas, e incluso así, contó con una distribución muy escasa.

A los guiones de televisión que presentan una perspectiva crítica no les va mejor. Durante años el mayor anunciante de televisión, Procter and Gamble, impuso su política editorial en sus programas, que en parte decía:

> No habrá ningún material que pueda ofender directa o indirectamente a una organización comercial de cualquier clase. No habrá ningún material en ninguno de nuestros programas que pueda reflejar el mundo de los negocios como algo frío, despiadado o carente de sentimientos y motivación espiritual... Los miembros de las fuerzas armadas no podrán ser tachados de villanos. Si hay cualquier ataque a las costumbres americanas, debe ser completamente rebatido en el mismo programa.

Los programas de televisión son a menudo previamente revisados por los anunciantes. Eastman Kodak señaló: "En los programas que nosotros patrocinemos de forma regular, revisaremos previamente todos

los guiones antes de que salgan al aire. Si pensamos que un guión es ofensivo, retiraremos nuestros anuncios del programa".

El telefilme *Shootdown*, que mostraba que el avión coreano de pasajeros derribado sobre la Unión Soviética había sido enviado intencionadamente para comprobar las defensas soviéticas, estuvo sujeto a drásticos cortes. De acuerdo con el productor del programa, Leonard Hill, los censores de la NBC "jugaron el papel de gran inquisidor. Fueron implacables y el asunto se convirtió en una guerra de desgaste". Y el telefilme *Roe vs. Wade*, que trataba de la lucha por el aborto legal y seguro, hubo de ser reescrito diecisiete veces, porque los censores de la cadena no querían que el producto final pareciera demasiado favorable a la elección libre.

Saneamiento ideológico

En una de las raras ocasiones en que salió a la luz la existencia de censura en los medios, el *New York Times* (27/11/88) señaló que mientras que los departamentos de "producción y normas" habían reducido sus requerimientos sobre temas sexuales y otros tabúes culturales, "los censores de la cadena continuaban vigilantes cuando se trataba de telefilmes con temas de contenido político".

La censura es más amplia de lo que sugieren los pocos incidentes que llegan a conocerse. De acuerdo con una encuesta de la Asociación de Escritores de América, el 86% de los escritores que respondieron sabían por experiencia personal que la censura en televisión existe. Muchos decían que todos los guiones que habían escrito, no importaba lo aparentemente inocuos que fueran, habían sido censurados. El 81%

cree que "la televisión presenta un retrato distorsionado de lo que ocurre hoy día en este país en cuestiones políticas, económicas y raciales."

Aún más común es la autocensura previa. Al principio de los años 1980 era de dominio público que las películas y guiones de televisión políticamente controvertidos no eran bienvenidos en Hollywood. Los jefes de los estudios y las cadenas y los anunciantes corporativos son casi todos políticamente conservadores, como los banqueros que les financian. Definiendo de antemano cuáles son los temas vendibles, los jefes de los medios predeterminan la clase de guiones que tendrán. Y los escritores y productores entierran las historias con ideas disidentes antes de que lleguen al papel.

Hay otros censores: los militare, que revisan todos los espectáculos y películas que utilizan en sus campamentos y bases; el FBI, que ha censurado guiones y series de TV sobre el FBI; y los censores ultra-conservadores, como la Coalición para una Mejor Televisión, que han ejercido su influencia mucho más allá de lo que podría parecer por el número de sus miembros, y que tienen el apoyo de los anunciantes conservadores y los jefes de las cadenas.

Los puntos de vista disidentes que, de una u otra forma, se las arreglan para sobrevivir a los destrozos perpetrados por los inversores, los magnates de los estudios, los aseguradores de riesgos, los funcionarios del gobierno, los perros guardianes de la derecha, los anunciantes de las corporaciones y los jefes de las cadenas, tienen que hacer frente a otro grupo de guardianes ideológicos: los críticos de TV y de cine que hacen las reseñas de las películas. Si tratan demasiado favorablemente a las historias con una línea progresista, sus jefes pueden acusarles de salirse de su papel de evaluadores culturales objetivos. Generalmente hay poca

necesidad de refrenarles, ya que han sido preseleccionados ideológicamente y no están dispuestos a adoptar posiciones inaceptables.

La definición de filme político que hace la industria del entretenimiento es en sí misma política. La oferta políticamente disidente está ya identificada de forma despreciativa como "agitadora" y "sermoneante". En contraste, las películas y telefilmes cargados de imágenes y valores políticos que entran dentro de los parámetros aceptables tienen menos posibilidad de considerarse inspirados ideológicamente. Por eso los diversos filmes que glorifican el terrorismo de estado y el militarismo se ven como puro entretenimiento.

Creando audiencias masivas

Los representantes de la industria del entretenimiento mantienen que la oferta de los medios es determinada democráticamente por la soberanía del consumidor. En su búsqueda de beneficios, las corporaciones de radiotelevisión y los productores de películas se afanan por conseguir las mayores audiencias posibles dándole al público lo que quiere. Si los medios del entretenimiento están llenos de violencia, autoritarismo, superpatriotismo, materialismo, militarismo, sexismo y racismo es porque eso es lo que el público prefiere. Por eso hubo millones que vieron las películas de *Rambo* y sólo unos cuantos miles que vieron un filme como *Salvador*, un drama sobre la represión contrarrevolucionaria apoyada por los Estados Unidos en El Salvador. En efecto, lo que tenemos es una "democracia cultural" de libre mercado.

Salvador fue rechazada por todos los estudios principales de Hollywood. Uno de ellos la describió como "un trabajo odioso". Un rechazo tan vehemente tiene menos que ver con las consideraciones del merca-

do que con las convicciones políticas. La película fue financiada finalmente por inversores británicos y mexicanos y sólo consiguió una distribución limitada en un puñado de cines del país. En cambio, cada entrega de *Rambo* se estrenó en 2.000 cines.

Salvador era emocionante y tenía acción, justo las cosas que el público supuestamente quiere. ¿Es realmente el público el que no está interesado en ver películas como *Salvador*, o *Romero*, *Burn*, *1900*, *Gaijin* y otras políticamente disidentes? ¿O es que, dada su inclinación ideológica conservadora, los jefes de los estudios y quienes les financian no están interesados en producirlas y distribuirlas?

La industria del entretenimiento no le da a la gente simplemente lo que ésta quiere: se encarga de formar sus gustos. Si una película de Rambo tuviera una vasta audiencia de forma natural, no sería necesario gastarse 20 millones de dólares en la publicidad previa. A la inversa, es erróneo decir que los filmes disidentes no atraen grandes audiencias, cuando si no llegan al público en general es debido a su pobre distribución, a su escasa publicidad y a sus críticos políticamente hostiles.

En suma, no es que la demanda cree el suministro. A menudo es justo al revés: el suministro crea la demanda. La primera condición para todo consumo es la accesibilidad del producto. Toda la industria de la publicidad está basada en la idea de que al público se le puede enseñar o al menos influir a querer ciertas cosas y que –sean películas, coches o bebidas refrescantes– el consumo dependerá en gran parte de lo disponible y bien publicitado que esté el producto. Los programas de TV en hora punta, junto con las películas que se estrenan en todos los cines de EEUU, tienen grandes audiencias no porque haya un impulso popular que las encumbre, sino porque tienen un apoyo enorme desde arriba.

"Dar a la gente lo que quiere" es una explicación demasiado simple para lo que hacen los medios. Los programas ideológicamente conservadores a veces cuentan con una fuerte publicidad y distribución sin importar su éxito en taquilla. La producción de John Wayne/el Pentágono *The Green Berets*, una película militarista y superpatriota, apareció en el momento álgido de las protestas contra la guerra de Vietnam, cuando el gran público no demandaba un filme de ese tipo. Aunque fracasó, tuvo una amplia distribución, exhibiéndose en los cines de todas las cadenas principales de EEUU. De igual modo, películas como *Cobra, Rambo 3* y *The Dead Pool* fueron fracasos de taquilla a pesar de las campañas multimillonarias de publicidad. Esto sugiere que incluso la gente que está condicionada a consumir basura se cansa de esa misma vieja basura.

¿Qué quiere el público?

La producción de los medios incluye algo más que simplemente satisfacer al público. La primera audiencia a la que un productor debe agradar es a sus financiadores, a sus patrocinadores corporativos y a los jefes de los estudios y las cadenas. Como las películas y las series de televisión están terminadas antes de ser mostradas al público, no pueden alterarse para reflejar las respuestas de la audiencia. Las cartas de espectadores individuales generalmente no se consideran representativas del público en general. La investigación de mercado y los servicios de control de audiencia tampoco son una ayuda, ya que raras veces dicen algo sobre las reacciones a un contenido específico. La única respuesta directa es la de la gente que participa en el proceso de producción, que no es una muestra representativa del público.

Los que proclaman que nos dan lo que queremos hacen todo lo que pueden para hacer que nos guste lo que nos dan. A principios de los años 1980, los jefazos de las cadenas, habiendo decidido que el público tenía un talante conservador, produjeron varias series de televisión sobre la-ley-y-el-orden, como "Walking Tall", "Today's FBI" y "Strike Force", las cuales sufrieron, sin excepción, unos porcentajes de audiencia mínimos y tuvieron una muerte prematura.

Generalmente los productores nos dan lo que *ellos* quieren. Les Brown señala que, desafiando los criterios usuales del mercado, el golf recibe un tratamiento más extenso en televisión que otros deportes más populares. Como el golf es la afición favorita de los ejecutivos de los medios y los patrocinadores corporativos, ellos asumen que "todo el mundo" quiere que ese juego se televise regularmente.

Cuando los jefes de los medios realmente quieren asegurarse de saber lo que quiere el público, el resultado puede ser sorprendente. Varias encuestas, incluyendo una llevada a cabo por la Asociación Nacional de Radiotelevisión y silenciada durante muchos años, revelan que aunque la gente ve mucha televisión la valora pobremente. Una encuesta Roper informó que sólo el 8% de los espectadores se sentía "muy satisfecho" con los programas de entretenimiento de la televisión y una mayoría quería programas "más relevantes". Otra encuesta obtuvo datos similares en Gran Bretaña. La cobertura de la familia real –aunque muy cercana a los corazones de los espectadores británicos– atrajo sólo al 22%. Más del 55% del público británico quería noticias serias y documentales, mientras que el 35% prefería programas-concurso.

Los programas que tienen audiencias sustanciales también pueden ser cancelados por causas ideológicas. En 1982 la serie "Lou Grant" fue objeto del ataque de la derecha porque presentaba temas liberales así

como por las actividades políticas abiertamente progresistas de su estrella, Ed Asner. Aunque "Lou Grant" estaba en el sexto lugar de una lista de noventa programas y sus seguidores lanzaron campañas de cartas y encuentros públicos, la cadena la reemplazó con un programa que tuvo una audiencia muy pobre.

Los jefes de los medios nos dicen que la mayoría de la gente desea escapar de la realidad, no enfrentarse a ella. De hecho hay un gran público interesado que responde positivamente ante dramas de calidad sobre la vida real. La miniserie de televisión *Roots* careció de todo el aparato promocional habitual y sin embargo alcanzó audiencias récord, incluyendo a mucha gente que generalmente no veía televisión. Otras películas de calidad hechas para televisión son *The Autobiography of Miss Jane Pittman*, *A Matter of Sex*, *The Burning Bed, Shootdown* y *Roe vs. Wade*. Las películas de calidad con contenidos políticamente progresistas han sido éxitos de taquilla, tales como *Julia* (ganadora de tres Oscar), *Reds* (ganadora de un Oscar), *Norma Rae*, *Missing, JFK* y *Malcolm X*. Al contrario de lo que piensan los jefes de las cadenas y los estudios, la audiencia no rechaza los temas controvertidos.

¿Democracia de libre mercado?

Mucho de lo que se ha dicho respecto al entretenimiento también es cierto en cuanto a la política. La conciencia política no se desenvuelve en un vacío social. A menudo está formada por un universo de comunicaciones que regularmente desinforma al público sobre temas cruciales, ofreciendo una gama extremadamente limitada de candidatos y políticas. El suministro conforma tan fuertemente la demanda que la gente a menudo es incapaz de articular la naturaleza de sus quejas. La vida

pública se desarrolla en unos niveles de discurso cada vez más irrelevantes, sensacionalistas y manifiestamente reaccionarios.

Sea la "democracia cultural" o la "democracia política", sea la producción mental o la producción de mercancías, en el monopolio del libre mercado del capital las ofertas consisten en productos fuertemente procesados y seleccionados. Lo que conseguimos con eso es la ilusión de elegir con algo de sustancia. Cuando no se expone nada mejor, la gente va a buscar la diversión de la forma en que se le ofrece. Como ya se ha dicho, este consumo pre-condicionado se considera la evidencia de que el público tiene lo que quiere.

Lo notable es que, a pesar de toda esa exposición a la basura, millones de personas siguen interesadas en producciones de calidad que vayan más allá de la ideología apolítica o las ortodoxias oficiales. Como sugiere el éxito de las películas orientadas a temas conflictivos, gran parte del público responde muy bien a los temas políticamente iconoclastas, algo que los buhoneros del mercado masivo nunca esperan. Tanto en el mundo del entretenimiento como en el de la lucha política, hay un gran público interesado que quiere algo mejor que lo que se le ofrece. Muchos se organizan y se mueven en torno a asuntos vitales que en sí mismos pueden ser fuente de ideas y elecciones creativas. Ahí hay una base de esperanza.

En cuanto a hoy día, la sucia verdad es que estamos siendo algo más que entretenidos. Los medios del entretenimiento no están menos libres de la inclinación política conservadora que los medios de noticias. Debemos darnos cuenta de esto para luchar de una forma organizada. Sí, debemos luchar. La lucha contra la hegemonía cultural es una parte importante de la lucha por la propia democracia política.

DANDO TRABAJO A LOS NEGOCIOS

¿Por qué tanta gente tiene una opinión negativa de los trabajadores y de los sindicatos? En parte porque quienes les informan son los medios que están manos de las corporaciones. Un estudio del año 1990 de City University of New York descubrió que los programas dedicados a los personajes de "élite" ocupaban "diez veces más tiempo en la PBS en hora punta que los dedicados a los trabajadores". Menos del 0,5% de la programación tenía que ver con los trabajadores –y la mayoría británicos, en vez de estadounidenses. Una encuesta de *Los Angeles Times* demostró que los editores de periódicos favorecían al mundo de los negocios más que al del trabajo en una proporción del 54% contra el 7%. Aunque mi propia lectura de los periódicos nacionales hizo que me preguntara dónde estaba ese 7%.

La inclinación de los medios hacia el mundo de los negocios es lo bastante pronunciada como para que todo el mundo la vea. Los principales periódicos y semanarios carecen de una sección laboral mientras que sí tienen una dedicada a los negocios. Todo su personal informa de noticias sobre los negocios, pero apenas un reportero, si es que lo tienen, lo hace sobre el trabajo. Y generalmente los reporteros "laborales", a juzgar por algunos que he conocido, no muestran especial interés por las luchas laborales o sensibilidad hacia los problemas de los trabajado-

res. Si lo hicieran no durarían en su puesto y se les juzgaría como "demasiado cercanos" a su tema.

La devoción de los medios hacia la América corporativa se manifiesta en muchos programas de opinión de radio y TV, que están abarrotados de conservadores. Los programas de asuntos públicos los constituyen ofertas como "Wall Street Week", "American Enterprise", "Adam Smith's Money World", "Nightly Business Report" y "Marketplace".

Las noticias de la noche informan regularmente de la cotización del Dow Jones pero no dicen nada de despidos, accidentes industriales o enfermedades profesionales. Cuando la Bolsa tiene un buen día, por alguna razón parece que es una buena noticia para todos nosotros. La prensa raras veces menciona el poder político-económico de las corporaciones. Y la propia economía es presentada como algo de lo que se encargan el gobierno y los hombres de negocios, mientras que el trabajador es un señor que está verde en esos temas y a menudo da problemas.

Huelguistas egoístas

Las noticias laborales raras veces aparecen en los medios, excepto cuando hay una huelga importante. Pero incluso entonces la cobertura es mínima y generalmente favorece a los directivos. La prensa presenta muchas veces a los trabajadores como gente sin voluntad para negociar de buena fe, cuando de hecho es normalmente la dirección –que persigue los beneficios más altos– la parte que se niega al acuerdo y fuerza a la huelga. A menudo los trabajadores van a la huelga, no porque no les guste la oferta de la dirección, sino porque es la dirección la que se niega a negociar un acuerdo aceptable y quiere eliminar el sindicato y el pro-

ceso de negociación colectiva, un hecho que raras veces se refleja en la prensa. Y aún más, el sindicato es objeto de críticas por realizar "demandas" mientras que la dirección... hace "ofertas".

El sesgo anti-trabajador de los medios se agudiza durante la discusión de un convenio. Ofrezcamos un ejemplo entre muchos. En 1989, los miembros de la Unión de Trabajadores de Minas tomaron una planta de procesado de carbón propiedad de Pittston, al suroeste de Virginia. Era el primer acto importante de este tipo desde Flint, Michigan, cuando la huelga de trabajadores del automóvil de 1937. "El acontecimiento tenía todos los componentes de una buena historia periodística: conflicto, drama, personajes interesantes y la duración adecuada para televisión", comentó Jonathan Tasini. "Sin embargo, en lo que se refiere a los medios nacionales, esta acción histórica nunca ocurrió".

Mientras que la larga y amarga huelga contra Pittston recibía escasa atención, las cadenas y los periódicos dieron una buena cobertura a la huelga de los mineros de carbón de la Unión Soviética. Durante un periodo de nueve días, los mineros soviéticos ocuparon 37 minutos del tiempo de noticias en hora punta en las principales cadenas. Se hicieron comparaciones entre el nivel de vida de los jefazos soviéticos y el de los mineros del carbón, algo que los medios nunca pensaron en hacer respecto a los propietarios de Pittston y los mineros. A los huelguistas soviéticos también se les mostró como brillantes luchadores por sus mejoras laborales y por la justicia social, un tipo de tratamiento que nunca se dio a los trabajadores estadounidenses.

Finalmente, en julio de 1989, el programa semanal de noticias de la CBS "48 Hours" dedicó una hora entera a la huelga de Pittston. Los reporteros entrevistaron a ejecutivos de la compañía que dijeron que querían reducir la producción, pero que no podían conseguir que el sin-

dicato cooperara. Los esquiroles dijeron que querían trabajar y que no necesitaban que los sindicatos les dijeran lo que tenían que hacer; hablaron largo rato de las amenazas y maltratos por parte de los huelguistas. A las fuerzas del estado se las pintó como pacificadores neutrales que sólo hacían su trabajo, facilitando el camino a los "trabajadores de reemplazo" (esquiroles y rompehuelgas) y arrestando a los que querían impedirles la entrada a las minas.

Para darle un aire de "reportaje ecuánime", la CBS también entrevistó a los huelguistas, que dijeron que luchaban por lograr un acuerdo y que permanecerían juntos hasta alcanzar la victoria. A los huelguistas se les mostró en sus casas, en sus reuniones y formando piquetes. Nunca se les presentó diciendo el por qué de la huelga, qué era realmente lo que se discutía. Tampoco hubo ninguna referencia en todo el programa a los problemas, al *contenido* del conflicto. ¿Por qué estaban en huelga los mineros? La CBS no mencionó ni una sola vez que Pittston quería hacer profundos recortes en los salarios y los beneficios sociales. Tampoco mencionó que Pittston estaba haciendo frente a acusaciones serias por prácticas laborales deshonestas.

Mostrar estos hechos hubieran situado al conflicto en su justa medida. Porque según fue presentada por la cadena, la huelga parecía una confrontación sin sentido entre mineros tercos, chillones y estúpidos, y una dirección suave y paciente que sólo quería reducir la producción, una policía "neutral" que sólo deseaba mantener la paz, y unos trabajadores de reemplazo (esquiroles) que sólo pedían libertad para trabajar sin interferencias de los sindicatos.

De igual modo, la cobertura nacional de la huelga de los autobuses Greyhound en 1990 le dio pocas oportunidades a la gente de enterarse de qué es lo que pensaban los huelguistas. A los funcionarios de la com-

pañía se les dieron amplias oportunidades para hacer comentarios, pero los líderes sindicales y los conductores casi no aparecieron. La oferta de la dirección consistía en un incremento salarial moderado y drásticos recortes en los beneficios sociales, lo que tomado en su conjunto suponía una reducción del sueldo real. Sin embargo, la prensa presentó la propuesta de la dirección –cribada por una aritmética selectiva– como algo muy generoso. Las propuestas de los sindicatos casi no recibieron atención mediática. De la dirección se dijo que quería utilizar "trabajadores de reemplazo" para "reestructurar su flota" y mantener los servicios al público, cuando de hecho estaba intentando romper la huelga y destruir el sindicato. A través de toda la huelga las imágenes fueron de una dirección acosada y responsable contra unos huelguistas airados y violentos, que mostraban una indiferencia egoísta ante los efectos destructivos que su huelga estaba teniendo en la economía y en el público.

El sesgo anti-laboral de los medios no debería ser una sorpresa. Sus mismos propietarios se encuentran entre los empleadores más explotadores, anti-sindicales y rompehuelgas. Durante años el *Washington Post*, *Los Angeles Herald-Examiner*, el *New York Daily News*, la CBS, la NBC y otras numerosas organizaciones mediáticas de noticias han estado envueltas en amargas huelgas que acabaron con los sindicatos seriamente debilitados o totalmente destruidos. Como dijo la propietaria del *Washington Post*, Katharine Graham: "Los sindicatos interfieren la libertad de prensa".

Cuando no están en huelga, los sindicatos y los trabajadores prácticamente se desvanecen de los medios nacionales. Los problemas que les afectan –la seguridad en el trabajo, la reducción de los salarios reales, la seguridad en el empleo, el subempleo, los beneficios sanitarios, el racismo y el sexismo, la seguridad del consumidor, la vivienda sostenible, la

reforma de los impuestos y los servicios sociales– se ignoran de forma rutinaria o se les da una atención mínima.

Temas tabú

Los medios tratan las disputas entre trabajadores y empresarios como incidentes aislados que no tienen nada que ver con otras fuerzas económicas mayores. A las huelgas se las considera interrupciones aberrantes de la vida normal, y no conflictos endémicos del capitalismo industrial. El apoyo que los huelguistas se dan unos a otros y la ayuda que los sindicatos ofrecen a veces a otros sindicatos generalmente se ignoran en los medios. Durante las pasadas huelgas del carbón no se dijo casi nada de cómo los granjeros llevaban comida a los mineros. Ignorando los ejemplos de solidaridad y ayuda mutua entre los trabajadores, la prensa niega la dimensión de clase que tiene la huelga y subestima el apoyo que los huelguistas tienen entre otros sectores del público.

Aunque los medios hablan de la "dirección", tienen poco que decir sobre el *capital* y sobre la enorme riqueza que acumulan los propietarios. Los miles de millones pagados en dividendos por acciones e intereses por bonos representan una distribución enormemente desigual de las ganancias productivas del trabajo, una transferencia de riqueza de los que trabajan a los que viven de quienes trabajan. Esta situación de explotación permanece oculta o implícitamente se acepta como el orden natural de las cosas.

Tampoco los medios se preocupan mucho por el daño que se hace a los trabajadores y a las oportunidades de empleo en general cuando las grandes compañías exportan empleos a los mercados laborales más

baratos del Tercer Mundo, donde el margen de beneficio es varias veces más alto que en nuestro país.

También se queda sin mencionar el sesgo anti-sindical que incluyen nuestras leyes. Con el Acta Nacional de Relaciones Laborales de 1935 los trabajadores ganaron su derecho a organizarse y a negociar colectivamente. Los afiliados sindicales crecieron fuertemente. Pero la aprobación de la Ley Taft-Hartley en 1947 y varias leyes sobre derecho-al-trabajo aprobadas por los estados impusieron restricciones drásticas a las huelgas y boicots a la organización laboral, lo que provocó una reducción de la afiliación sindical desde un 35% en 1950 a un 15% en nuestros días. Romper la labor sindical se ha convertido en una empresa rentable, con más de mil firmas consultoras que enseñan a las compañías cómo evitar que los trabajadores se organicen y cómo eliminar los sindicatos existentes. La ley que hubiera protegido a los huelguistas de ser permanentemente reemplazados por esquiroles fue rechazada en el Congreso, al carecer del apoyo necesario por parte de la administración Clinton. La mayoría de estos hechos no se mencionan en los medios, que son pro-empresariales.

El Consejo Nacional de Relaciones Laborales (NLRB), una agencia federal que intentaba proteger el derecho de los trabajadores a organizarse y a dirigir sus quejas a la dirección, fue anulada durante los años de Reagan-Bush mediante funcionarios pro-empresa que, ante las quejas y las prácticas anti-laborales, se negaron a actuar, dilatando sus decisiones durante años. La NLRB fracasó en su intento de proteger a los empleados ante los despidos ilegales por actividades sindicales y sólo dio unos ligeros avisos a los directivos ante algunas serias violaciones de la ley. Los medios apenas tuvieron nada que decir sobre estas cosas.

En lugar de ello, la prensa trató al gobierno como un árbitro neutral que, frente al conflicto entre dirección y trabajadores, actuaba en nombre del "interés nacional". Parece bien asumido que el interés público está mejor servido evitando huelgas o haciendo regresar a los huelguistas al trabajo tan pronto como sea posible, independientemente de los términos del conflicto. De modo que la policía –junto con los tribunales, el presidente y el resto del aparato del estado– son presentados como guardianes de la paz y defensores del interés público, y no como protectores de la propiedad corporativa y guardaespaldas de los rompehuelgas.

Trabajadores invisibles

También los medios dedicados al entretenimiento –películas de Hollywood y series de TV– subestiman o presentan de forma equivocada a los trabajadores. Con escasas excepciones (como la película *Norma Rae),* construyen un mundo rico de clase media-alta en el que los trabajadores de ambos géneros y de cualquier ascendencia étnica –como camareros, personal del servicio, empleados de gasolinera, etc.– juegan papeles poco importantes. Y cuando tienen papeles más sustanciales son presentados como seres emocionales, viscerales, con mentes y corazones simples incapaces de ejercer liderazgo o acciones colectivas. Dada la hostilidad que los jefes de las cadenas y estudios han mostrado hacia los trabajadores organizados de la industria del entretenimiento, no es raro que a los sindicatos se les presente siempre bajo un prisma molesto, como haciendo más mal que bien a los trabajadores.

Hablando en general, en las películas que tratan sobre trabajadores fabriles, o en las de policías y ladrones, o en las que van de invasiones de monstruos galácticos, son los héroes individuales y no la acción colectiva quienes salvan la situación. Nunca es la gente buena y corrien-

te quien consigue las soluciones y las victorias y logra mejorar su situación luchando, sino que es el héroe aislado quien desafía a los malos –y a veces incluso a las autoridades– para hacer que se desvanezca la amenaza y triunfe la justicia.

No es raro que el pueblo estadounidense (incluidas muchas personas liberales) tengan una imagen negativa de las organizaciones laborales. No es raro que algunas personas, críticas con el racismo, el sexismo y la homofobia, sigan teniendo sentimientos contra la clase trabajadora y los sindicatos, sentimientos que propagan los medios favorables a las empresas.

La situación es tan mala que incluso el Congreso de los Estados Unidos se sintió obligado a tomar nota. El Informe de la Cámara nº 102-363, que acompañaba la Carta de Telecomunicaciones Públicas de 1991, hacía un llamamiento a la comunidad de las emisoras públicas para que dejaran de ignorar "las diferencias de clase y la situación de los trabajadores americanos" e hicieran mayores esfuerzos para cumplir con su "obligación de defender la diversidad en sus espacios, incluyendo programas que tengan que ver con las vidas y preocupaciones de los trabajadores americanos y sus familias: documentales, dramas y programas de interés público". El informe también señalaba que "las emisoras públicas de televisión generalmente están dominadas por los intereses del mundo de los negocios, aun siendo los trabajadores americanos el apoyo clave de la televisión pública". Desgraciadamente el informe tenía poco que decir sobre el tratamiento mediático de los sindicatos, una omisión que en sí misma puede reflejar el sesgo antisindical que impregna la cultura política.

Con su monopolio sobre la comunicación de masas, los empresarios han podido presentar un retrato –que nadie ha discutido– del "Gran

Trabajador" como alguien avaricioso, sólo interesado en sí mismo, que eleva los precios debido a sus incesantes demandas y que crea unos costes que nos trasladan al resto de nosotros. Los trabajadores no tienen medios para contrarrestar esta imagen negativa entre el público en general. Si para los trabajadores existiera un mercado libre de las ideas, no encontraría lugar en los medios de masas propiedad de las corporaciones.

LOS BAÑOS DE SANGRE INVISIBLES

Un método habitual practicado por los líderes estadounidenses y los medios de noticias para engañar al pueblo es la omisión. Además de mentir abiertamente y tergiversar la verdad, los líderes y sus fieles acólitos de los medios suelen ignorar o minusvalorar acontecimientos que podrían ser preocupantes para los burócratas y excesivamente edificantes para el público.

Esto es especialmente cierto cuando hablamos de asuntos referidos a la seguridad del estado. Alguna que otra vez pueden aparecer en las noticias informaciones sobre una empresa irresponsable, sobre un vertido de petróleo demasiado grande como para ser mantenido oculto, sobre un banquero corrupto o un incidente de sexismo en las fuerzas armadas y cosas así. Pero las cuestiones fundamentales sobre el uso del poder del estado al servicio de las corporaciones en EEUU y en el extranjero exceden los límites. Las discusiones críticas sobre el capitalismo global y lo que éste le está haciendo al mundo son intolerables para los líderes estadounidenses y los medios propiedad de las empresas.

Los diversos métodos de intervencionismo estadounidense en otros países incluyen tanto las formas abiertas de invasión militar directa como las acciones encubiertas de la CIA y otras agencias contrainsur-

gentes; incluyen todo, desde saqueos y elecciones amañadas a escuadrones de la muerte y aniquilaciones masivas. El propósito de estas acciones es eliminar a los líderes individuales, a los partidos políticos, a los movimientos sociales y a los gobiernos que puedan estorbar el arreglo político-económico global existente, que quieran defender un cambio social igualitario, que se encaminen hacia una democracia social, un socialismo e incluso hacia un nacionalismo económico conservador que busque algún tipo de desarrollo independiente.

El holocausto aceptable

Consideremos el caso de Indonesia. En el periodo siguiente a la Segunda Guerra Mundial, después de una guerra de independencia victoriosa contra los holandeses, Indonesia adoptó una postura anti-imperialista en política exterior y llevó a cabo programas internos progresistas. Entre los que apoyaban al presidente Achmed Sukarno estaba el partido comunista indonesio (PKI). El PKI –uno de los partidos comunistas más grandes del mundo, con una amplia organización política que llegaba a nivel de pueblo–, construyó escuelas, bibliotecas, clínicas, cooperativas y centros de atención diurnos. Apoyó programas de alfabetización y sanidad y defendió la participación democrática de los campesinos. Cuando el ejército indonesio derribó a Sukarno en 1965 inició una campaña para erradicar al PKI y a toda la izquierda, masacrando a cerca de medio millón de personas (algunas estimaciones llegan a doblar esta cifra) en lo que fue el genocidio más grande desde el holocausto nazi.

La masacre continuó durante semanas, pero los líderes estadounidenses no dijeron una sola palabra de protesta, aunque sabían muy bien lo que estaba ocurriendo e incluso jugaron un papel estratégico en los

acontecimientos, suministrando a los generales armas, asistencia táctica y dinero. Eso fue unos dos meses antes de que la historia llegara a la prensa de los Estados Unidos a través de *Time* (17/12/65), que dio cuenta de las masacres describiendo los ríos plagados de cadáveres. Un mes más tarde el *New York Times* publicó un reportaje más bien breve. Algunas otras noticias aparecieron en algunos medios en las semanas siguientes.

Al igual que ha ocurrido con el derrocamiento de la democracia en Guatemala, Chile y otros países –alimentado y abastecido por el gobierno estadounidense–, esta atrocidad masiva de la derecha fascista contra la izquierda progresista fue tratada, cuando lo fue, en un tono fantástico y con una sorprendente carencia de indignación oficial en Washington o de comentarios editoriales críticos en la prensa. Fue como si las víctimas fueran personajes de un incidente perdido marcado por el destino. Así el *New York Times* (6/7/66) citó, sin ninguna referencia al horror moral de todo ello, las palabras del último primer ministro de Australia, Harold Holt, que en el River Club de Nueva York dijo alegremente que "con entre 500.000 y 1.000.000 simpatizantes comunistas eliminados, pienso que habrá que asumir que se producirá una reorientación". Ni una mención a que esos "simpatizantes comunistas" eran seres humanos intentando construir una vida democrática más igualitaria para la gran masa del pueblo.

Algunos comentarios de prensa fueron descaradamente enfáticos. James Reston –*New York Times* (19/6/66)– vio la "transformación salvaje" del gobierno de izquierdas de Sukarno en una "política decididamente anticomunista bajo el general Suharto" como uno "de los acontecimientos políticos más esperanzadores... en Asia". La columna de Reston, titulada "Un rayo de luz en Asia", alababa al gobierno estadou-

nidense por su ayuda y apoyo al golpe. Excepto por una o dos referencias pasajeras, la prensa, como es habitual, no tuvo casi nada que decir sobre el papel decisivo jugado por la CIA y el ejército estadounidense al ayudar a los generales indonesios antes, durante y después del sangriento hecho. Las declaraciones del funcionario del Departamento de Estado George Aldrich diciendo que "alrededor del 90%" del equipo y los suministros militares indonesios fueron suministrados por los Estados Unidos, no se consideraron de suficiente importancia como para realizar ningún comentario oficial o dedicarle algún editorial condenatorio.

También se consideró demasiado trivial como para mencionarla la situación de los varios cientos de miles de presos políticos apresados durante el golpe, muchos de los cuales se suicidaron o enfermaron y murieron bajo unas condiciones de cautividad infrahumanas. Y las pocas referencias que hubo en las noticias tergiversaron la verdad tachando a los comunistas de instigadores de la masacre. Así, *Los Angeles Times* (15/11/78) informó retrospectivamente de que en 1965 los indonesios habían roto sus relaciones con China, "cuando el partido comunista inspirado en Mao, ahora ilegal, intentó dividir el país y someterlo a un baño de sangre".

La prensa tampoco tuvo nada que decir sobre los acontecimientos en Indonesia después del golpe militar: abolición del programa de la tierra de Sukarno, expropiación masiva a los campesinos, incremento de la distancia entre ricos y pobres y vuelta de las corporaciones holandesas y japonesas. Ni una palabra sobre la reentrada de Indonesia en el Fondo Monetario Internacional o el incremento del poder de los financieros del "Club de Tokio", que reestructuraron la deuda de Indonesia a cam-

bio de condiciones de inversión más leoninas y cesión de los recursos minerales a empresas estadounidenses y de otros países occidentales.

Lo que ocurrió en Indonesia no fue diferente de lo que había ocurrido en otros países: un gobierno populista y reformista derribado por un ejército reaccionario armado y abastecido por EEUU, acompañado de ejecuciones masivas, asesinatos, torturas y prisión para los declarados culpables de tener inclinaciones reformistas, corrupción masiva de los nuevos autócratas militares, privatización de las propiedades públicas, saqueo de los recursos naturales y las reservas ecológicas, supresión de beneficios salariales, resurgimiento del desempleo, reintroducción de préstamos y financiación extranjera y explosión de la deuda nacional debido a los apaños del Fondo Monetario Internacional e instituciones afines.

Repetición de los hechos

La matanza perpetrada por los militares indonesios en Timor Oriental desde 1976 es otra terrible historia silenciada por la voz oficial de Washington y subestimada por la prensa estadounidense. Cuando Timor Oriental –una colonia insular portuguesa al borde del archipiélago indonesio– obtuvo su independencia de Lisboa en 1975, hubo una breve lucha entre las élites timoresas y la organización de izquierda populista llamada Fretilin, triunfando esta última, que obtuvo el respaldo popular. Los observadores occidentales, incluidos periodistas australianos y parlamentarios y miembros de la misión de ayuda australiana, informaron de que el gobierno reformista del Fretilin disfrutaba de fuerte apoyo por parte de la población.

Esta fue razón suficiente para que los militares indonesios, apoyados por la CIA, invadieran Timor Oriental, organizando una campaña de

contrainsurgencia que incluyó destrucción de cultivos y defoliación y aniquilación sistemática de pueblos enteros. Miles de timoreses murieron de hambre o enfermedades en campos de concentración.

En 1977, el periodista australiano James Dunn testificó que cuando el ejército indonesio capturó los pueblos de Remexic y Aileu, todos los habitantes, excepto los niños menores de tres años, fueron masacrados, porque se consideraba que estaban "infectados con la semilla del Fretilin". Después de investigar exhaustivamente las pruebas, el experto australiano en ciencias políticas Pat Flanagan concluyó que "es incuestionable que si se aplicaran los artículos de la Convención de las Naciones Unidas de Ginebra de 1948 definiendo lo que es 'genocidio', lo que tenemos en Timor Oriental es precisamente eso" (*Monthly Review*, mayo 1980).

La intervención indonesia destruyó la mitad de la población timoresa. En 1974 la diócesis de Dili, capital de Timor Oriental, tenía una población de 690.000 personas. En 1978 el jefe de seguridad de Yakarta en Timor Oriental informó de que la población superviviente era de 330.000 personas.

¿Cómo respondieron los líderes estadounidenses y sus lacayos mediáticos al genocidio en Timor Oriental? De ninguna manera. Los informes sobre la campaña militar indonesia fueron saliendo poco a poco de esa infeliz tierra, la mayoría a través de periodistas australianos y refugiados timoreses y fueron ignorados o subvalorados por la Casa Blanca y el Departamento de Estado. El *New York Times* había dedicado seis columnas completas a citas sobre Timor durante el año 1975, cuando el destino de la colonia portuguesa era una gran preocupación para el Departamento de Estado y para la CIA y el izquierdista Fretilin estaba saliendo victorioso. (Por izquierdista quiero decir que el Fretilin

organizó programas de reforma de la tierra y programas públicos dirigidos a las necesidades de la gente y no a la inversión privada.) Pero en todo 1977, cuando la guerra de aniquilación del ejército indonesio había alcanzado proporciones pavorosas, el *Times* sólo le dedicó a Timor cinco líneas.

Normalmente incansable en su búsqueda de informes de refugiados que denunciaran atrocidades en países que no estuvieran bajo el dominio capitalista occidental, la prensa estadounidense no entrevistó a ningún refugiado timorés ni en Portugal ni en ningún otro lugar. El *New York Times* (19/4/78) informó de que el Fretilin tan sólo estaba formado por "grupos dispersos" que habían perdido su influencia sobre un pueblo timorés que se había visto forzado a vivir "bajo su control", y que muchos timoreses se estaban trasladando a zonas controladas por los invasores indonesios. La imagen era familiar. El tratamiento de la prensa era el mismo que cuando el conflicto de Vietnam: los timoreses no abandonaban los campos arrasados a sangre y fuego por los invasores indonesios, ni se veían forzados a la evacuación por culpa de los militares. El *Times* nos quería hacer creer que preferían dejar sus tierras –y los ancestrales lugares donde habían nacido, para vivir en campos de internamiento indonesios– porque rechazaban las "guerrillas totalitarias" y amaban la libertad.

El *Times* informó de que el único apoyo exterior del Fretilin se "limitaba a unos grupos de estudiantes australianos de izquierdas". No es cierto. Como el *Times* debería haber sabido, la Asamblea General de las Naciones Unidas y el grupo de países no alineados adoptaron durante varios años resoluciones que apoyaban la autodeterminación de Timor Oriental, e igualmente, organizaciones anti-imperialistas de varios continentes apoyaron la lucha timoresa por la independencia.

No es sorprendente que el gobierno estadounidense, uno de los perpetradores e impulsores de los hechos, se mostrara decidido a mantenerlos silenciados. Y como era predecible, los medios estadounidenses siguieron la línea oficial: Timor Oriental no era asunto nuestro; los indonesios habían "estabilizado" la situación; y nada más –y desde luego nada terrible– estaba ocurriendo allí.

Mantener el silencio sobre una sucia verdad es otra forma de mentir, una práctica común en las altas esferas. Mientras tanto, el horror, la tortura, el sacrificio, el desastre y la miseria infligidos al pueblo en Indonesia y Timor Oriental en los últimos treinta años sigue siendo una de las mayores atrocidades de la historia. Y no es menos horrenda en cuanto a sufrimiento humano por el hecho de que haya sido silenciada por sus promotores, que nos quieren hacer creer que están defendiendo la democracia dentro y fuera de nuestro país.

EL GOLPE DE YELTSIN Y LA ALQUIMIA DE LOS MEDIOS

En los medios de información capitalistas raras veces se oye hablar de capitalismo. Durante décadas se nos ha dicho que la guerra fría era una confrontación entre la libertad y el comunismo. Pero con la caída del comunismo en la Unión Soviética y en la Europa oriental, los líderes estadounidenses empezaron a darse cuenta de que había algo más allá del hecho de que las antiguas "naciones cautivas" tuvieran elecciones libres, y ese algo más se llamaba mercados libres. ¿Qué utilidad tenía la democracia política –se dijeron– si ésta permitía la pervivencia de una economía socialista o incluso socialdemócrata? Así que reconocieron públicamente que el objetivo de la política de los Estados Unidos era instaurar el *capitalismo* en las antiguas naciones comunistas.

La tarea propagandística fue hablar del capitalismo como algo inseparable de la democracia (ignorando mientras tanto muchos regímenes capitalistas antidemocráticos como Guatemala, Indonesia o Zaire). Sin embargo, "capitalismo" todavía sonaba a algo... demasiado capitalista, así que prefirieron usar términos como "mercado libre" y "economía de mercado", conceptos que parecían incluir más cosas que simplemente el *Fortune 500*. Así, el 27 de septiembre de 1993 el presidente Clinton anunció ante las Naciones Unidas: "Nuestro propósito principal es

extender y reforzar la comunidad mundial de democracias basadas en el mercado". En una línea similar el *New York Times* (5/10/93) señaló que "[el presidente Boris] Yeltsin sigue siendo la mejor esperanza para la democracia y la economía de mercado en Rusia".

Pero el capitalismo y la democracia no están muy bien avenidos, y a menudo entran en fatal colisión, como demostraron los terribles acontecimientos en Rusia durante el otoño de 1993. La democracia electoral multipartidista es útil cuando se puede usar para desestabilizar el socialismo de un solo partido. Pero cuando se convierte en una barrera para un capitalismo sin trabas, la democracia es un problema. La primera señal se había producido en 1992, cuando los presidentes de Polonia, Checoslovaquia y Rusia pidieron que se suspendieran sus parlamentos y que se les permitiera gobernar por decreto. De entrada, los medios estadounidenses mostraron simpatía por los legisladores obstruccionistas, haciéndonos saber que la democracia parlamentaria estaba haciendo "reformas de mercado democráticas". Washington puso toda su energía para apoyar a líderes represores como Boris Yeltsin, un campeón del mercado libre.

Orwell vive

Los que nos hemos manifestado repetidamente en contra de las escandalosas tergiversaciones perpetradas por esa panda de concubinas que componen "nuestra prensa libre e independiente", todavía nos maravillamos ante el nuevo lenguaje y el tratamiento de doble rasero usado por los medios respecto al golpe sangriento de Yeltsin en Rusia en 1993. Yo había pensado que el modelo de propaganda de Orwell de realidad-a-la-inversa ya no tenía lugar y que la propaganda era más efectiva cuando estaba formada por énfasis, tonos y sutiles montajes que

cuando trastocaba abiertamente la realidad. Pero el tratamiento de los medios estadounidenses respecto al sangriento golpe de Yeltsin fue una aplicación en la vida real del modelo de Orwell: "tiranía es libertad". La inversión más flagrante de la realidad, la propagación descarada de las mentiras más grandes. Ahí teníamos a un líder ejecutivo que acababa con la constitución del país, disolvía el parlamento, eliminaba el Tribunal Constitucional, lanzaba un ataque armado contra el edificio del Parlamento, mataba a cientos de resistentes y manifestantes, encarcelaba a los líderes de la oposición, arrestaba y detenía a decenas de miles de personas, ponía bajo vigilancia a cientos de funcionarios elegidos, expulsaba a miles de personas no rusas de Moscú, prohibía que los sindicatos tuvieran actividades políticas, ejercía el control monopolístico sobre los medios de radiotelevisión, suprimía docenas de publicaciones y programas televisivos y declaraba fuera de la ley a quince partidos políticos... y sin embargo era ensalzado por los líderes estadounidenses como salvador de la democracia.

Como acto de autoafirmación, los medios de noticias ya no simplemente excusan la represión como un mal necesario, sino que la celebran como si fuera un paso adelante. Esta transformación de un golpe de estado violento en una heroica salvación de la democracia fue ciertamente una de las maravillas de la propaganda moderna. Aquí contamos cómo se hizo.

La Constitución anticonstitucional

Es rara la democracia en la que no surgen conflictos entre el poder ejecutivo y el legislativo. Lo que ocurre a menudo es que se llega a una solución de compromiso. Pero el compromiso es justo en lo que Yeltsin y sus aliados occidentales no estaban interesados: "No estoy de acuerdo

con ningún compromiso con ningún organismo. Categóricamente, no" (*New York Times*, 28/9/93). Sin embargo desde el principio se le presentó como un negociador moderado y comprometido mientras que sus adversarios eran descritos (*Times*, 22/9/93) como "comunistas y nacionalistas que habían bloqueado sus leyes una tras otra".

Una vez que Yeltsin anuló la Constitución, a ese documento se le consideró seriamente defectuoso. En su aparición en "One on One" (3/10/93), Zbigniew Brzezinski denigró la Constitución tachándola de ser "la antigua de Brezhnev". Al día siguiente, en el programa "All Things Considered" de la NPR entrevistaron a un miembro del partido de Yeltsin en el Parlamento, que la llamó "la Constitución de Stalin", otra afirmación falsa que no fue discutida por el anfitrión de la NPR.

El *New York Times* (22/9/93) repitió aprobatoriamente la acusación falsa de Alexander Solzhenitsyn de que "esto, más que un parlamento en el sentido occidental, era una banda de mercenarios, más nombrados que elegidos cuando en 1989 existía la Unión Soviética y mandaba el partido comunista". Un titular de primera página en *Los Angeles Times* (3/10/93) anunciaba: "La ley de los errores. El lío de la Constitución en Rusia". El artículo que lo acompañaba afirmaba: "El punto más débil de la estructura legal es la propia Constitución, elaborada en 1978, bajo el poder soviético".

La verdad entró se abrió tímido paso y sólo una vez en el *New York Times*. En una columna del 2/10/93, el historiador Robert Daniels señaló que todos los miembros del Parlamento habían sido elegidos libremente en 1990. El Parlamento ruso *no* operaba bajo la Constitución de Brezhnev o Stalin, sino bajo las reformas completamente democráticas de 1989. No había que confundirlo con el anterior Parlamento soviéti-

co, que tenía algunos miembros no elegidos, pero que había dejado de existir dos años antes.

Cuando no se metía con la Constitución, el *Times* censuraba al propio pueblo ruso: "No hay nada en la educación de esa gente que les haga comprender la idea de que por encima de las leyes están los principios, y que si sólo sirve a una pequeña camarilla, la propia Constitución podría ser 'inconstitucional'" (26/9/93). Las instituciones democráticas de Rusia fueron eliminadas porque "se habían creado... antes de que los inexpertos hombres de negocios aprendieran a defender sus intereses a través de la política" (10/10/93). Rusia está poblada de "gente influida por la propaganda socialista y que tiene el aspecto vulgar del nuevo rico" (5/10/93), lo que ciertamente no es la actitud correcta para construir el capitalismo.

Legisladores ilegales

La mayoría de los legisladores rusos eran antiguos aliados no comunistas de Yeltsin. Sin embargo, la prensa los etiquetó de "comunistas y ultranacionalistas", "comunistas irredentos", "rebeldes armados fascistas-comunistas", "viejas élites" y "comunistas de mano dura". En contraste, la afiliación de Yeltsin al antiguo partido comunista se mencionó raras veces. Para ser exactos, algunos de los legisladores fueron comunistas, e indiscutiblemente, fueron elegidos libremente para el cargo; sin embargo se les consideraba antidemocráticos por el mero hecho de ser comunistas.

A los legisladores se les achacó no sólo oponerse a las reformas, sino a las reformas *democráticas* y por tanto a la propia democracia. El *Times* (22/9/93) nos dijo que "esto sigue siendo una batalla entre los que han

roto con el estado totalitario y centralizado y los que están intentando mantener su esencia". De hecho la centralización represiva estaban llevándola a cabo Yeltsin y su administración, no sus oponentes en el Parlamento.

La formación más importante del Parlamento ruso, la Unión Cívica, favorecía una privatización pausada, manteniendo en manos públicas aquellas fábricas y entidades que daban beneficios. En esto se comportaban de modo muy diferente a la política capitalista, que normalmente nacionaliza las industrias enfermas a expensas públicas y pasa las rentables a las manos privadas de las corporaciones, también a costa de lo público. Lejos de formar una "línea dura", los legisladores rusos estaban trazando el derrotero hacia una economía mixta entre la colectivización total y la política dura de libre mercado de Yeltsin. Su verdadero pecado era que no estaban desmantelando el sector público lo bastante rápidamente, ni poniendo los intereses de los inversores capitalistas por encima de cualquier otra consideración.

Minimizando la matanza

A Yeltsin se le dio un trato generoso cuando abolió no sólo el Parlamento, sino todos los organismos formados por gente elegida democráticamente, incluyendo muchos ayuntamientos y consejos regionales o soviets. El *New York Times* (10/10/93) denigró a los soviets tachándolos de "criaturas de la primera época bolchevique". No mencionó que esos consejos habían sido elegidos recientemente de forma democrática y que el presidente no tenía autoridad para abolirlos o reestructurarlos.

El ataque armado lanzado por el presidente Yeltsin contra el Parlamento tuvo un tratamiento completamente aséptico por parte de la

prensa estadounidense. En lo que sonaba a una repetición del asalto de Waco contra la secta de los davidianos, los comentaristas de la CNN (4/10/93) se refirieron incansablemente al "gran armamento que había en el interior de la Casa Blanca (el edificio del Parlamento ruso)", incluyendo quizá "granadas impulsadas por cohetes y artillería antitanque", e incluso "misiles tierra-aire". No se vio nada de todo eso. Lo único que pudo verse es que los que ocupaban la Casa Blanca mostraban tan sólo una colección de armas ligeras.

Supuestamente hubo "un gran intercambio de fuego entre ambas partes". Ese "intercambio" fue realmente la masacre de un solo lado provocada por el bombardeo sobre el edificio del Parlamento por las fuerzas de Yeltsin, que utilizaron artillería de 75 y 125 mm, bombas de fragmentación y armas de grueso calibre.

La prensa estadounidense aceptó la versión oficial de 144 muertos. Pero el presidente de la República de Kalmykia, que estuvo el 4 de octubre en el edificio del Parlamento, informó haber visto cientos de cuerpos e hizo una estimación final de unos mil. De sus observaciones informó el corresponsal en Moscú Mike Davidow en el *People's Weekly World* (30/10/93), pero no se mencionaron en ninguna otra prensa estadounidense. Davidow señaló que cierto número de publicaciones rusas, incluido el pro Yeltsin *Komsomolskaya Pravda* (15/10/93), informaron de mil muertos y cremaciones masivas. El *New York Times* (11/11/93) finalmente reconoció que "muchos rusos" creían que habían sido 1.052 los muertos, pero aseguraba a sus lectores que los informes estaban sin confirmar.

Los violentos renegados contra Boris el gentil

El día 4 de octubre, durante la cobertura en directo del asalto transmitido por la CNN, los legisladores antigolpistas fueron descritos como "comunistas de la línea dura" que "no tenían nada que perder" y "legisladores renegados". La periodista de la CNN Ailene O'Conner se convirtió de repente en psiquiatra, señalando que muchos de los rebeldes eran "inadaptados sociales" y algunos estaban "totalmente enfermos mentalmente". Un artículo del *New York Times* (5/10/93) nos informó de que "el complot parlamentario había salido de los libros de texto comunistas sobre la revolución". Ese mismo número describía con admiración el ataque al Parlamento como "un ejemplo de libro sobre la aplicación decisiva del poder militar".

El autor del golpe, Boris Yeltsin, fue descrito como un líder que "parece confiar en la popularidad y no en la fuerza bruta" (*Times*, 26/9/93) y que muestra un "loable control" (*Times*, 5/10/93). Cuando el edificio del Parlamento estaba en llamas y estaban siendo sacados los muertos y heridos, Bob Cain, de la CNN, concluyó sin pestañear que estábamos siendo testigos de "una acción mesurada de las fuerzas de Yeltsin, no de un asalto total". Cain y otros comentaristas de la CNN nos aseguraron que Yeltsin "realmente no quiere abrir fuego contra sus conciudadanos". Remarcaron la "respuesta relativamente mesurada del gobierno" y mintieron al decir que "Yeltsin había hecho un intento de acuerdo negociado, pero que había sido rechazado".

Solución final

La prensa estadounidense ha omitido que las "reformas de mercado" han llevado a Rusia el desastre. La carencia de control de precios ha supuesto una inflación que ha destruido los salarios reales y ha llevado a la mayoría de la población a una penuria total. Desde 1993 el sistema de salud ruso se está derrumbando, el sistema educativo deteriorándose, se están extendiendo el cólera, la difteria y la tuberculosis, así como la pobreza, el hambre y la falta de vivienda; y el crimen, la corrupción y la prostitución florecen. Lo que la democracia económica de los comunistas había conseguido –la garantía del derecho al trabajo, la atención médica, la educación, la comida subvencionada y la vivienda– se está yendo a pique. Rusia se ha convertido en una parte jugosa del Tercer Mundo, con sus inmensas reservas de mano de obra barata, su vasto tesoro de recursos naturales y sus asentamientos industriales listos para ser vendidos a precios de ganga.

Yeltsin hizo lo que habían hecho otros defensores desesperados del capitalismo-en-crisis: suprimir toda oposición. A esta tiranía se la ha disfrazado con una constitución amañada y un sistema electoral que no supone peligro real para el poder ejecutivo del estado. La Duma se ha reducido a un grupo de debate, mientras Yeltsin puede gobernar por decreto ejecutivo. Una cosa es cierta, los líderes estadounidenses y sus portavoces en los medios de la corriente principal siempre estarán ahí, celebrando a todos los Yeltsines del mundo.

AHORA, A POR EL TIEMPO

El método más común usado por los medios para distorsionar la información es la omisión. Se nos confunde no sólo con lo que se nos dice, sino con lo que no se menciona. Esto es cierto incluso con la información del tiempo.

Desastre inminente

Hay cosas catastróficas que ocurren con el clima, entre ellas la reducción de la capa de ozono. El daño a la capa de ozono que protege la tierra causa cáncer de piel, cataratas, daños en los cultivos y aberraciones climáticas. Unos seis millones de toneladas de productos químicos dañinos para el ozono se emiten cada año a la atmósfera. Entre los contaminadores más importantes están los contratistas de la industria militar, que también se encuentran entre los anunciantes más importantes de la televisión. Uno de los peores es General Electric, dueño de la NBC.

Otro hecho potencialmente calamitoso es el calentamiento global. Los escapes de los automóviles, la polución industrial y otras emisiones de combustible fósil actúan como una capa que crea y encierra el calor en la superficie de la tierra, causando el calentamiento. Todos los días el

número de vehículos que lanzan sus emisiones a la atmósfera se incrementa. En 1950 los Estados Unidos tenían el 75% de los automóviles del mundo. Hoy tienen sólo el 25%, aunque el número de vehículos del país se ha doblado e incluso más en este periodo. Ahora los coches están en todas partes en Asia, África y Latinoamérica provocando la devastación de la tierra, el agua y el aire.

Los nueve años más calurosos que se recuerdan en el último siglo (promedio de temperatura global) son los últimos quince. Todos los años, en varias ciudades y distintos lugares "se anuncian temperaturas récord". Hemos descubierto que la capacidad de la tierra para absorber el calor del consumo de energía es limitada. Hacemos frente a una crisis ecológica cuyas dimensiones estamos empezando a vislumbrar. Un efecto del calentamiento global es la sequía: desde California a Vermont, desde Inglaterra a Rusia y Nueva Zelanda. Y a menos que se invierta la tendencia, la sequía nos conducirá al hambre, como muy bien sabe ya África.

Cuando en las noticias de la noche se nos dice "lo que está ocurriendo con el tiempo", estos hechos potencialmente desastrosos no se mencionan. "El tiempo" se define de una forma limitada: nuboso o claro, frío o calor. Del tiempo se informa de la misma manera que de la política: hechos aislados del día a día, desconectados de las fuerzas estructurales más importantes que ayudan a generarlos.

Desinformación soleada

Lo peor de todo es que los efectos del calentamiento global y la destrucción de la capa de ozono son celebrados por los informadores del tiempo en TV –que operan bajo un código no escrito: "soleado" y "cáli-

do" son buenos, "lluvioso" y "frío" son malos–, y los que hacen la previsión del tiempo se sienten totalmente entusiasmados con los inviernos extrañamente cálidos que hemos tenido en los años recientes. Están exultantes con el "hermoso tiempo primaveral" que ahora parece hacer en diciembre y enero. Se nos dice que "salgamos hoy a tomar esos estupendos rayos de sol". Ni una palabra sobre el cuidado que hay que tener con los posibles daños en la piel debido a la destrucción del ozono. Ni una palabra sobre la sequía, ni una palabra sobre el calentamiento global que la provoca y ni una palabra sobre las industrias y los vehículos que originan ese calentamiento.

Por el contrario, los informadores del tiempo fruncen el ceño cuando "el tiempo es malo", con temperaturas que hacen que enero empiece a parecerse a enero. Se nos dice que "la previsión no es buena" porque "amenaza" lluvia. ¿Otro invierno con poca nieve? "Eso son buenas noticias", dijo un locutor; buenas para todos excepto "para los aficionados a la nieve". Olvidando que la nieve es una de las principales fuentes de suministro de agua, que protege la capa del suelo del sol ayudando a mantener su esponjosidad. Olvidando que la escasez de nieve está haciendo cada vez más difícil a los bosques del norte poder renovarse.

En California, donde seis años de sequía amenazaron con devastar la agricultura, hubo al menos algún aviso velado de los informadores del tiempo respecto a que los días soleados continuados no eran una buena noticia. Pero incluso allí la información tuvo un tratamiento engañoso. La lluvia que finalmente cayó en el norte de California a principios de 1991 fue recibida con grandes muestras de contento porque había elevado nuestras reservas de agua, pero no se mencionó lo peligrosamente insuficientes que eran todavía tales reservas, ni que la infraestructura para embalsar el agua, aun a plena capacidad, era insuficiente para la

población y la industria crecientes. En otras palabras, la emergencia no había desaparecido.

En raras ocasiones se toca –o sólo tangencialmente– la amenaza de una catástrofe medioambiental, y sólo para ser negada. Así, los informadores del tiempo en TV, que generalmente nunca mencionan el calentamiento global, se apresuran a afirmar que el récord de altas temperaturas en la capital de nuestra nación en mayo de 1991 no es un índice del calentamiento global, ya que otros lugares del país han tenido más frío de lo usual en ese mismo mes y "hay que promediar". Lo que la gente del tiempo no parece entender es que el incremento de temperatura es sólo una parte del problema del calentamiento global. Aún más peligrosa es la producción de dióxido de carbono que causa esas aberraciones en el tiempo: récord de tormentas, inundaciones, huracanes y sequía, días cálidos y soleados en invierno en Seattle y San Francisco, nieve en Los Ángeles un día y máximos de frío en Florida al día siguiente.

Durante una información del tiempo en Washington D.C. (5/10/91), un locutor preguntó si el número de días con temperaturas por encima de los 90 grados Fahrenheit era un indicativo de calentamiento global. El hombre del tiempo replicó: "El dato es demasiado insuficiente. Tendríamos que estudiar cientos de años para tener una perspectiva". En efecto, estaba tratando la cuestión del calentamiento global como algo no comprobable en la vida de uno o en una época cualquiera, dejándonos con la sensación tranquilizadora de que teníamos por delante "cientos de años" para estudiar el problema. La sucia verdad es que todos los organismos científicos del mundo reconocen ahora que el calentamiento global es un hecho peligroso para la vida en este planeta y que las causas humanas son su origen principal.

Durante la Guerra del Golfo el sesgo en la información del tiempo mostró un descarado tono político, cuando en las noticias de la noche empezaban mostrando mapas del tiempo sobre la región del Golfo. Cuando el cielo estaba claro sobre Irak, los locutores parecían contentos. Cuando estaba nuboso parecían preocupados; como dijo uno de ellos: "Eso va a interferir en nuestras incursiones aéreas".

Los conservadores dicen que los críticos de izquierdas negamos la "autonomía de la cultura". No es cierto. La mayoría de nosotros sabemos que la cultura no opera en perfecta armonía con el orden socioeconómico dominante. Entendemos que pueden surgir fuerzas culturales disidentes y tener un impacto de auto-generación. Pero cuando hablamos de la clase de cultura de masas fabricada por los medios, debo confesarme culpable de esa acusación. Hay poca autonomía de la que hablar. Sea entretenimiento, noticias, anuncios, deportes o el tiempo, todo está sujeto a diversos grados de sesgo político. Y nadie es más político que aquel que sabe instintivamente cómo evitar las realidades políticamente más inquietantes.

ALGUNOS LO LLAMAN CENSURA

Nuestros medios informativos "libres e independientes" realmente están controlados por los editores y jefes de las cadenas que vigilan si las cosas están de acuerdo con sus puntos de vista preferidos. Rechazarán todas las cartas, columnas e incluso espacios sindicados y tiras cómicas si el material no se ajusta a sus inclinaciones políticas. Castigarán a los redactores-jefes y periodistas no promocionándoles, trasladándoles a puestos remotos e incluso despidiéndoles si no aprenden rápidamente qué es y qué no es ideológicamente adecuado para imprimir o emitir. Tales acciones hay que llamarlas por su nombre: *censura*. Y las organizaciones de noticias son, naturalemente, las últimas en hablar de sus propias prohibiciones. Los ejemplos de censura simplemente se consideran algo que no merece la pena mencionar.

La clase de censura más difícil de detectar es la censura preventiva. En una profesión que está literalmente inundada por eruditos de derechas, hay pocos progresistas –si es que hay alguno– que aparezcan regularmente como comentaristas de TV o como columnistas de los principales diarios. La izquierda no tiene que ser censurada, es excluída desde el principio. No hay que frenarla, nunca se la permite empezar a andar.

Quisiera contar aquí dos incidentes de "supresión" por parte de los medios extraidos de mi propia experiencia. Estos acontecimientos no

agotan mis encuentros con la censura política, pero son ilustrativos de la clase de supresión que raras veces llega a saberse.

Rechazado

Hace algunos años, cuando yo vivía en Washington D.C., un conocido me animó a que llamara al redactor-jefe de *City Paper* y le sugiriera que yo podría escribir una columna semanal para su publicación. *City Paper* es una publicación semanal "alternativa" que se parece a *Village Voice* en estilo y liberalismo cultural. Trata diversos temas tabú con más sinceridad de la que se permiten los medios de la corriente principal y ofrece –o solía ofrecer en aquellos tiempos– artículos ocasionalmente liberales. Dice tener unos 50.000 lectores y la compra mucha gente tanto de la administración local como de Capitol Hill.

El redactor-jefe me recibió calurosamente en su despacho. Dijo ser un admirador de mis escritos y respondió positivamente a mi oferta de hacer una columna. Estaba agradablemente sorprendido de que alguien con mis "credenciales" quisiera hacer una colaboración regular para una publicación local como *City Paper*. ¿Podría considerar hacer una columna sobre vigilancia de los medios, que pudiera sindicarse con otras publicaciones semanales alternativas? Yo dije sí. Me llamaría en una semana para el arreglo final.

Tres semanas más tarde, no sabiendo nada de él, telefoneé a su oficina. Parecía una persona diferente. Quien antes había sido efusivo y entusiasta, ahora era átono, lejano. Sólo dijo: "Ah, no, no vamos a hacerlo". Ninguna explicación, ninguna disculpa. Más tarde oí de alguien que solía escribir para *City Paper* que el asunto había sido rechazado por los editores.

¿Cokie, Kevin y Michael?

El segundo incidente implica a una organización mediática nacional. En febrero de 1990 recibí una llamada telefónica de la redactora-jefe del programa "Morning Edition" de la Radio Nacional Pública (NPR). Me dijo algo parecido a esto: "Hemos estado pensando ampliar nuestra gama de comentaristas en "Morning Edition" y ha salido su nombre. ¿Estaría interesado en convertirse en comentarista habitual junto con Cokie Roberts y Kevin Philips?". Continuó diciéndome que junto con los comentarios podría participar en un retiro ocasional de fin de semana junto con Kevin, Cokie y otro personal de la cadena para intercambiar ideas e impresiones. Pasar todo un fin de semana escuchando a Cokie Roberts hacer sus análisis torcidos era la idea que yo tenía del purgatorio. Sin embargo dije que de acuerdo. La redactora-jefe dijo que volvería a contactar conmigo pronto.

Los amigos me preguntaban por qué no estaba más entusiasmado con la oferta de la NPR, y yo repliqué: "Porque nunca se va a concretar". Nuestros medios "libres e independientes" pueden dar cobijo como comentarista habitual a toda clase de conservadores y reaccionarios, pero nunca a un progresista como yo. Realmente la redactora-jefe de "Morning Edition" nunca volvió a llamarme. Más tarde supe que ya no estaba en ese puesto.

Siete meses más tarde recibí otra llamada de otra redactora-jefe de "Morning Edition". "No nos hemos olvidado de usted", dijo. Me preguntó si tenía algo que pudiera utilizarse como comentario. (No hubo ninguna referencia a los retiros de fin de semana o a la posibilidad de ser el tercer miembro regular del equipo Cokie-Kevin.) Sugerí un comentario breve de un artículo que acababa de escribir sobre el asalto

armado de los Estados Unidos contra Irak, titulado "La espléndida pequeña guerra de Bush". Le envié el boceto (el máximo permitido eran 400 palabras). Después de que ella hiciera unos cuantos cambios, lo grabamos en los estudios de la NPR.

Cancelado

Mi comentario no llegaba a ser un análisis del imperialismo, pero hacía algunas críticas a la intervención de Bush en la región del Golfo, críticas que yo no había escuchado en la NPR ni en ningún otro medio de la corriente principal. Indicaba que al presidente le gustaban las espléndidas pequeñas guerras, que la invasión de Panamá había tenido unos resultados calamitosos para los panameños y que el ataque contra Irak (el fuego todavía no había comenzado) sería desastroso para el pueblo iraquí. Yo decía: "Uno se pregunta a qué se debe esa aventura militar. Sadam Hussein no es un sandinista, un Castro o un Gaddafi, ni siquiera un Noriega. Con esto quiero decir que no tiene tendencias populistas o de izquierdas. No defiende la clase de igualdad económica que los ricos conservadores como Bush encuentran odiosa. Hussein es un dictador de derechas que, como otros autócratas, ha recibido ayuda de los Estados Unidos... Entonces, ¿por qué Bush le ataca tan duramente?" Yo afirmaba que la intervención sólo servía a los propósitos del presidente. Distraía al público de la flaqueza de nuestra economía y del escándalo de los préstamos y ahorros. Aseguraba beneficios petrolíferos para las grandes corporaciones. Reforzaba la necesidad del gasto militar y hacía subir los porcentajes de opinión favorable a Bush en las encuestas.

La redactora-jefe quedo satisfecha con la grabación y me dijo que se emitiría a la mañana siguiente. Cundo me iba me preguntó si había algo

más que me gustaría hacer. Le mencioné una idea que tenía sobre el Tribunal Supremo y ella me indicó su deseo de comenzar a trabajar esa idea en los próximos días.

A la mañana siguiente escuché la "Morning Edition" de la NPR y no oí mi comentario. Más tarde llamé a la redactora-jefe. Me dijo que el productor ejecutivo Bob Ferrante había escuchado la cinta y la había cancelado porque, según dijo, "no decía nada nuevo". ¿Nada nuevo? ¿Cuándo habían abordado los comentarios de "Morning Edition" los planes escondidos de Bush respecto a la guerra del Golfo, especialmente su deseo de desigualdad económica además de querer beneficiarse del petróleo? "No", le dije, "su jefe ha vetado la cinta porque *había* algo nuevo en ella". Ella respondió: "Yo sólo trabajo aquí".

Añadió que podría volver a intentarlo con otro comentario mío, pero que temía que también fuera cancelado, lo que sería hacerme perder el tiempo. Así terminó mi carrera en la Radio Pública Nacional.

Había preguntas que yo le podría haber hecho a esa redactora-jefe, tales como: ¿Es una práctica regular que el productor ejecutivo ejerza la censura previa a los comentarios? ¿Ha cancelado otras colaboraciones? Si es así, ¿cuántas? ¿Cuáles? Y, ¿por qué razones? ¿Ha vetado alguna por ser demasiado conservadora? ¿Realmente oye algo nuevo en todos los comentarios de Kevin y Cokie? ¿Ha prohibido los numerosos comentarios que ofrecen las mismas viejas ideas, las mismas perspectivas y la misma información de siempre?

Si los incidentes anteriores revelan algo, es que los redactores y periodistas no son tan libres e independientes como para mostrar la variedad de opiniones que ellos podrían creer tener la libertad de mostrar. Son libres para decir lo que quieren sólo mientras que a sus jefes les guste lo que dicen. Son libres para producir lo que quieran sólo si

sus productos están dentro de las fronteras políticas aceptables. No tienen la sensación de tener una soga al cuello mientras se estén quietos. Sólo sienten el tirón si se mueven.

Puedo extraer una conclusión de los incidentes anteriores que me sirve de consuelo: apoyar los análisis críticos de la izquierda de que la prensa ni es libre ni es independiente, sino que está completamente controlada por sus propietarios corporativos y sus fieles ayudantes. En las historias y comentarios que emiten o se niegan a emitir y en la gente que contratan o se niegan a contratar, los medios de masas demuestran que es verdad lo que los críticos progresistas decimos de ellos.

3

CONSPIRACIÓN, FOBIA Y REALIDAD

EL ASESINATO DE JFK I: DEFENDIENDO EL ESTADO GÁNGSTER

Gran parte de la historia es una crónica de atrocidades inmensas. Siempre que en una sociedad se acumule la riqueza y haya gente viviendo en una economía cooperativa de subsistencia, habrá una parte de la población que hará todo lo posible para explotar el trabajo de esa gente de la forma más despiadada posible. Ejemplo de ello son los esclavistas en las antiguas civilizaciones de Egipto, Grecia y Roma o al sur de los EEUU de la anteguerra, o la aristocracia feudal de la Europa medieval, o los magnates financieros de la sociedad capitalista moderna. Hoy día, en gran parte del Tercer Mundo capitalista y cada vez más en los Estados Unidos y otras naciones industrializadas, la gente está siendo conducida a la desesperación y la carencia, a trabajar más duro por menos, y eso, si es capaz de encontrar trabajo.

El estado gángster

El estado es el instrumento que utilizan en todas estas sociedades unos pocos ricos para empobrecer y mantener el control sobre la mayoría. Además de llevar a cabo las funciones necesarias en todas las sociedades, el estado tiene la tarea particular de proteger el proceso de acumulación de riqueza de unos pocos. A través de la historia de nuestro país la gente ha luchado y a veces ganado un nivel limitado de derechos de autoprotección: el sufragio universal, las libertades civiles, el derecho a la negociación colectiva, la jornada de ocho horas, la educación pública, la seguridad social y otros servicios sociales. Aunque estos derechos son violados frecuentemente y han demostrado ser insuficientes como freno contra el poder del estado, no se puede negar su importancia.

Hoy día, en las tan alardeadas democracias occidentales existe un inmenso poder del estado cuya función primaria es mantener la estructura político-económica existente, utilizando la vigilancia, la infiltración, el sabotaje, el hostigamiento judicial, la desinformación, las acusaciones inventadas, los arrestos, el acoso impositivo, el chantaje e incluso la violencia y el asesinato para hacer un mundo seguro para aquellos que lo poseen.

Existe un estado dentro del estado, conocido como el "estado de la seguridad nacional", un falso gobierno compuesto por altos funcionarios de las diversas agencias de inteligencia, el Pentágono y quienes elaboran la política en la Oficina Ejecutiva de la Casa Blanca. Estos elementos han demostrado ser capaces de perpetrar terribles crímenes contra los disidentes dentro del país y en el exterior. Las agencias de la seguridad del estado como la CIA, al servicio de los intereses dominantes, han dirigido los esfuerzos de agitadores, traficantes, asesinos y tortura-

dores, teniendo como objetivo sistemático a líderes campesinos, intelectuales, periodistas, líderes estudiantiles, líderes sindicales, trabajadores y en general a la comunidad de activistas de numerosos países. Cientos de miles de personas han sido asesinadas para evitar cambios sociales y destruir cualquier gobierno o movimiento social que manifestase su falta de inclinación a reducir a su pueblo a un mero forraje económico para las corporaciones gigantes que rigen la economía del mundo.[12]

JFK, el vapuleo de los medios

Ocasionalmente ocurre algún incidente que revela de una manera inusualmente llamativa la naturaleza del estado gángster. El asesinato del presidente John Kennedy en noviembre de 1963 fue una de esas ocasiones. La sucia verdad es que Kennedy era odiado a muerte por las fuerzas de derechas de este país, incluyendo a mucha gente poderosa de las organizaciones de inteligencia. Había traicionado el interés nacional –según ellos lo definían– negándose a ir contra Cuba, haciendo gestos de aproximación a Castro y negándose a la escalada de la guerra de Vietnam. También le veían como un liberal enemigo del mundo de los negocios que estaba llevando al país por la senda equivocada. Que Ken-

12. El coronel L. Fletcher Prouty, un jefe de la inteligencia militar estrechamente relacionado con la CIA, habla de su visita a un "'pueblo especial' en el Mediterráneo donde hay un grupo de 'mecánicos' altamente seleccionados de la CIA que son matones, asesinos y otros especialistas similares. Son totalmente anónimos"; ver su introducción a *Plausible Denial*, de Mark Lane (Nueva York: Thunder's Mouth Press, 1991). Para un tratamiento más amplio sobre la represión de los Estados Unidos en el extranjero, ver "Haciendo un mundo seguro para la hipocresía", en páginas anteriores; también mis dos libros *Against Empire* (San Francisco City Lights Books, 1995) y *The Sword and the Dollar* (Nueva York: St. Martin's Press, 1989).

nedy fuese realmente tan liberal es otro asunto. Lo que contaba era lo que los de derechas veían en él.

Saber la verdad sobre el asesinato de John Kennedy es cuestionar al sistema de seguridad del estado y al orden político-económico que protege. Por eso durante treinta años la prensa propiedad de las corporaciones y numerosos líderes políticos han atacado o suprimido las numerosas revelaciones sobre el asesinato desenterradas por investigadores independientes como Mark Lane, Peter Dale Scott, Carl Oglesby, Harold Weisberg, Anthony Summers, Philip Melanson, Jim Garrison, Cyril Wecht, Jim Marrs, Gaeton Fonzi, Sylvia Meagher, Michael Canfield, James DiEugenio y muchos otros.

Estos investigadores han sido descritos como "entusiastas del asesinato". El término "entusiastas" se utiliza aquí despectivamente para describir a alguien que tiene estúpidas manías. Pero por la misma razón que no decimos "entusiastas del Holocausto" no debemos referirnos a estos investigadores serios como "entusiastas del crimen". Sus esfuerzos revelan una conspiración para asesinar al presidente y una conspiración incluso más extensa para ocultar el crimen.

Mientras ignoraban estas revelaciones, los medios daban total publicidad y cobertura a las opiniones de Gerald Posner, autor de una teoría grotesca del asesinato. El libro de Posner no fue un trabajo descuidado y confuso, sino una estratagema deliberada que utilizó hechos inciertos para llegar a la conclusión de que Lee Harvey Oswald fue un izquierdista enfadado y solitario que mató a Kennedy. Posner pudo exponer sus tergiversaciones porque quienes criticaron su libro fueron ignorados o atacados por los medios propiedad de las corporaciones y sus editores.[13]

13. Para críticas a *Case Closed* de Posner, ver a Peter Dale Scott, "Gerald Posner and the False Quotation Syndrome", *Prevailing Winds*, primer número, 1995 (publicado por Prevai->

Una demostración final sobre la amnesia de los medios fue el tratamiento a la película de Oliver Stone *JFK*, un filme que tuvo millones de espectadores y que narraba los detalles específicos del asesinato. La película no pudo ser ignorada porque alcanzó audiencias masivas. Pero la prensa la atacó salvajemente. Hasta donde yo sé *JFK* es la única película en la historia del cine que fue atacada en casi todos los medios principales escritos o audiovisuales seis meses *antes* de ser estrenada. El *Washington Post*, por ejemplo, le dio a George Gardner Jr. la primera página completa de su sección dominical "Outlook" (19/5/91) para atacar a Stone por su "caza-ficción". Gardner fue una elección interesante para criticar esta película en concreto, porque era el reportero del *Post* que informaba sobre la CIA y que nunca había escrito ni una palabra dura contra la agencia.

Los guardianes ideológicos de los medios lanzaron al viento todas sus reservas contra el filme de Stone. El columnista conservador George Will, que no era conocido por hacer críticas de cine, despotricó contra *JFK*, llamándola "una historia de película de dibujos" y "una mentira de tres horas". Will describe a Stone como "un intelectual enfermizo que combina arrogancia moral con ignorancia histórica... un espécimen de los años sesenta que se ha detenido en su desarrollo... Intelectualmente Stone es parte de una larga tradición marginal... venal, imprudente y cruel" (*Washington Post*, 27/12/91). Centrado en sus invec-

>ling Winds Research, Santa Bárbara, California), 58-63; también la crítica de Scott sobre el libro de Posner en el mismo número; la crítica de George Costello en *Federal Bar News and Journal*, mayo 1994; Gary Aguilar, "Gerald Posner and the Evidence", *Open Secrets*, noviembre 1995; Dan Beckman y Wallace Milam, *Loss of Faith: A Critique of the Warren Report, Case Closed and the Single Assassin-Theory* (próximamente); Stewart Galanor, *Coverup* (próximamente); Harold Weisberg, *Case Open: The Omissions, Distorsions and Falsifications of Case Closed* (Nueva York, Carroll & Graff Publishers, 1994).

tivas, Will evita la tarea más difícil, que era la de rebatir los puntos expuestos en el filme de Stone.

Hombro con hombro junto a conservadores como Will se situaron centristas liberales como Daniel Schorr, el comentarista de radio de la NPR, que atacó a Stone tres veces en su emisora, siempre en términos sarcásticos y generales, sin entrar en la información que aporta la película.

Después estuvo Tom Wicker, un columnista sindicado que tampoco había hecho nunca críticas de cine, pero que cuando apareció *JFK* escribió una que cubría una página entera, completada con fotos (*New York Times*, 15/12/91). En ella Wicker decía algo revelador:

> Si las salvajes afirmaciones de la película de Oliver Stone tuvieran algún valor, los americanos tendrían que aceptar la idea de que la mayoría de las principales instituciones de la nación conspiraron juntas para asesinar a Kennedy. En una época en la que el recelo contra el gobierno y la pérdida de confianza en las instituciones –y la prensa no se queda atrás– son amplias y virulentas, tales sugerencias suponen un dudoso servicio público.

Con estas palabras Wicker estaba revelando la razón de los ataques tan inmisericordes lanzados contra la película de Stone. Una amplia exposición de la conspiración para el asesinato llevaría a un descrédito serio sobre la legitimidad de las instituciones dominantes del estado. Exhibida ante audiencias masivas, *JFK* no acusaba a un grupo de perpetradores malignos, sino que señalaba al propio estado de la seguridad nacional, invitando a millones de espectadores a cuestionarse la clase de sistema bajo el que vivían.

JFK es la única película que conozco que continúa siendo atacada cuatro años después de su estreno. Los críticos y comentaristas persisten

en hacer referencias gratuitas, describiendo a Oliver Stone como "el hombre que reinventó la historia con películas como *JFK*" (*Oakland Tribune*, 13/10/95), refiriéndose a "el jugueteo casi patológico de Oliver Stone con la historia" (*East Bay Express*, 14/12/95) y describiéndole como "un hombre fanfarrón y maníaco" y un "sujeto peligroso" (*San Francisco Examiner* 9/1/96). Pero si alguien fanfarronea, es la prensa.

El sociólogo David Simona compiló un estudio de los libros publicados sobre el asesinato de Kennedy, unos 600 títulos, y encontró que el 20% de ellos culpaban o bien a un asesino solitario, o bien a la mafia, o a los cubanos o a los rusos. El otro 80% achacaba el asesinato a una conspiración que estaba ligada a las agencias de inteligencia estadounidense; algunos de éstos también decían que hubo gángsters envueltos a nivel operacional. Ignorando ese 80%, publicaciones como el *New York Times* y el *Washington Post* hicieron una relación de las diversas teorías sobre el asesinato de JFK como sigue: (a) asesino aislado, (b) la mafia, (c) cubanos/soviéticos y (d) la "teoría de la película de Oliver Stone". En otras palabras, ignora la existencia de una vasta literatura de la cual se deriva la película y adjudica el tema crítico presentado en la película sólo a la imaginación del realizador del filme. La prensa nos quiere hacer creer que la idea de una conspiración planeada y encubierta por el estado sólo aparece en la película, cuando realmente la película está basada en una literatura de investigación numerosa y reveladora.

Como la Comisión Warren, la prensa asumió a priori que Oswald fue el asesino. La única pregunta era: ¿Oswald actuó solo? La respuesta fue un sonoro y unánime *sí*. Mientras tanto, casi todos los que investigaron en profundidad llegaron a una conclusión diferente: Oswald no actuó en ningún caso. No fue una de las personas que dispararon a

Kennedy, aunque estuvo involucrado de otra manera, según sus propias palabras, como "chivo expiatorio".

Los medios han sido incansables en sus esfuerzos por ocultar la verdad sobre el estado gángster. En 1978, cuando el Comité de la Cámara llegó a la conclusión de que hubo más de un asesino envuelto en los disparos a Kennedy, el *Washington Post* (6/1/79) publicó en un editorial:

> ¿Pudo haber sido algún otro descontento a quien Oswald conoció casualmente? ¿No podrían haber sido tres o cuatro parias sociales sin ninguna relación con otra organización los que hubieran adoptado la determinación común de expresar su descontento asesinando al presidente Kennedy? ¿Es posible que dos personas actuando de forma independiente intentaran disparar al presidente al mismo tiempo?

Es "posible", pero también a duras penas imaginable. En vez de una teoría de la conspiración el *Post* crea una "teoría de la coincidencia" de una entre mil millones, que es la más caprichosa de todas las explicaciones.

Evidencia ignorada, preguntas sin contestar

David Garrow, autor de una biografía de Martin Luther King, dice con grandilocuencia: "Una gran mayoría del pueblo americano cree en las conspiraciones para asesinar". Lo que permite que los acontecimientos se deban a causas misteriosas, en vez de a pequeñas causas idiosincrásicas. Pero a diferencia de lo que opina Garrow, la cuestión de si existe o no una conspiración tiene que decidirla la investigación de las evidencias, no las presunciones debidas a la mentalidad de la gente. Los investigadores que llegaron a la conclusión de que hubo conspiración en las muertes de Kennedy y King no lo hicieron atendiendo a "causas misteriosas", sino a través de pruebas laboriosas, discrepancias, menti-

ras obvias y encubrimientos descarados. No estuvieron impulsados por la necesidad de elaborar teorías, sino por el deseo de llegar a explicaciones y verdades convincentes.

Mucha gente habla de encontrar la clave secreta sobre este o aquel misterio, la evidencia única que resuelva totalmente el caso y deje de lado cualquier otra cuestión. Pero al contrario que en los misterios de ficción, en la vida real generalmente no hay una clave secreta. Los historiadores trabajan mediante un proceso de acercamiento colocando una pieza tras otra hasta que surge el cuadro completo. En el asesinato de Kennedy las piezas construyeron un cuadro realmente imponente, dejándole a uno con la sensación de que aunque no había una clave secreta había toda una serie de imposibilidades respecto a la dirección de las balas, la naturaleza de las heridas, el testimonio ignorado de testigos, la rápida y misteriosa muerte de éstos, la desaparición y destrucción deliberada de evidencias y los actos repetidos de encubrimiento oficial (los referidos a la clasificación de documentos continúan hoy en día).

Centrémonos sólo en una pequeña parte del inmenso informe que han reunido los investigadores. Consideremos los antecedentes de Lee Harvey Oswald. Durante la semana del treinta aniversario del asesinato de JFK hemos oído repetidamente en televisión que Oswald era un "solitario" incompetente y no muy brillante. Gerald Posner, transformándose en un experto psiquiatra, anunció que Oswald "no tuvo una infancia tranquila y que era un pasivo-agresivo". ¿Un asesino pasivo-agresivo? También fue etiquetado repetidamente de "izquierdista". Pero la verdad es algo más que eso.

Porque Lee Harvey Oswald pasó la mayor parte de su vida adulta no como un desarraigado solitario, sino directamente ligado a la comunidad de inteligencia de los Estados Unidos. Todas sus pruebas demos-

traron que tenía una inteligencia por encima de lo normal y que aprendía rápidamente. A los dieciocho años tenía en los marines un puesto en el servicio secreto y estaba trabajando en control de vuelos en la base de la Fuerza Aérea de Atsugi, en Japón, una base de alto secreto desde la que la CIA lanzó los vuelos de los U-2 y llevó a cabo otra serie de operaciones encubiertas en China. Al año siguiente se le destinó a la base aérea de El Toro, en California, en un puesto de seguridad en el radar.

Empezaron a ocurrir cosas extrañas. Mientras estaba en El Toro comenzó a mostrarse como un pro-ruso incipiente y un "comunista". Comenzó a escuchar discos en ruso a alto volumen en su barracón y a dirigirse a sus compañeros marines en ruso, llamándoles "camaradas". Leía libros en ruso y alababa el comunismo soviético como "el mejor sistema del mundo". Si Oswald era un espía soviético o cubano, como alguna gente proclama, ciertamente ésa era una extraña manera de permanecer encubierto.

Philip Melanson, autor de *Spy Saga*, un libro sobre la relación de Oswald con la inteligencia, nos recuerda que el cuerpo de marines de los Estados Unidos en 1958 no era precisamente un bastión de tolerancia liberal y librepensamiento. Pero en este caso, por alguna extraña razón, los jefes de Oswald no parecieron preocuparse por tener con ellos a alguien que alardeaba de ser un simpatizante comunista. Mantuvo su puesto en seguridad y su acceso a la información del radar y a documentos secretos.

Y ocurrieron más cosas extrañas. En febrero de 1959, suspendió en las pruebas de ruso del cuerpo de marines. Seis meses más tarde hablaba esta lengua con fluidez. En 1974, un documento clasificado por la Comisión Warren –y desclasificado gracias a los esfuerzos legales de Harold Weisberg– reveló que Oswald había asistido a la Escuela de

Idiomas del Ejército de Monterrey. Monterrey no está abierto para cualquiera que quiera aprender un idioma en el ejército. A uno le envía allí el gobierno para aprender un idioma específico y con un fin específico. Oswald aprendió ruso en Monterrey.

Otra cosa curiosa: Oswald se licenció de los marines antes de tiempo porque su madre se había herido en un pie, aunque el accidente había ocurrido un año antes. Obtuvo la licencia una semana después de solicitarla, una decisión que asombró a sus compañeros marines.

Entonces Oswald "desertó" a la Unión Soviética, pero ¿cómo lo hizo? Melanson señala que ese viaje costaría al menos 1.500 dólares en aquellos días, pero que la cuenta bancaria de Oswald mostraba un saldo de 203 dólares. ¿Cómo viajó desde Londres a Helsinki el 11 de octubre de 1959, cuando no había vuelo comercial disponible ese día? Debió de utilizar algún tipo de transporte privado para llegar a Helsinki.

Una vez en Rusia fue a la embajada de los Estados Unidos y renunció abiertamente a la ciudadanía estadounidense, declarando que iba a entregar secretos militares a los soviéticos. Los funcionarios de la embajada no hicieron esfuerzo alguno por detenerle. Como mostraron los archivos de la KGB abiertos en 1991, los soviéticos le mantuvieron bajo constante vigilancia. El desertor de la KGB Yuri Nosenko, que había sido responsable de investigar todos los contactos que Oswald tuviera en la URSS, informó que el joven nunca había estado relacionado con la inteligencia soviética y que la KGB sospechaba que estaba conectado con la inteligencia estadounidense.

Mientras estuvo en Rusia Oswald perteneció a un club de caza en la fábrica en la que trabajaba, aunque no mostró ningún interés por las armas. Se sabe que solía ir a cazar conejos, pero nunca pudo acertar un tiro. Alguien desde detrás suyo mataba el conejo mientras él disparaba.

Su puntería era objeto de broma entre sus compañeros. Y la que tenía en los marines no había sido mejor.

La inteligencia estadounidense se saltó misteriosamente el procedimiento normal y no hizo una valoración negativa de la "deserción" de Oswald, o así lo declararon. Otra cosa extraña: después de dos años y medio, la repentina petición de Oswald para volver a los Estados Unidos fue aceptada inmediatamente por los funcionarios estadounidenses, todo ello después de que él había amenazado con entregar secretos a los soviéticos. En vez de ser arrestado por traición, Oswald fue recibido con los brazos abiertos por las autoridades estadounidenses.

La CIA dijo que no tenía orden de detenerle y nunca le atosigó. Su explicación ante la Comisión Warren fue que había tantos turistas yendo y viniendo que no hubo nada particularmente inusual que llamara su atención sobre Oswald. Uno se pregunta qué es lo que hace falta para llamar la atención de la CIA.

Sin embargo los funcionarios de la CIA declararon que siempre sospecharon que era un espía soviético, lo que hace aún más curioso que no le interrogaran. En realidad le interrogaron en Holanda, pero estaban tan ansiosos por encubrir cualquier relación suya con Oswald que no se dieron cuenta de que en este caso la verdad hubiera sido menos sospechosa que la improbable mentira que contaron sobre su vuelta.

Los funcionarios del departamento de Estado también se comportaron extrañamente. Pagaron todos los gastos del viaje de vuelta de Oswald y su esposa a los Estados Unidos. Sin dudarlo un momento le devolvieron su pasaporte con todos los derechos a viajar a cualquier parte del mundo. Otra cosa curiosa: su esposa estuvo exenta de las cuotas de inmigración y se le autorizó la entrada inmediata. Años antes ella había pertenecido al Komsomol soviético, la organización comunista

juvenil, lo que automáticamente le hubiera prohibido la entrada en los Estados Unidos. Sin embargo, violando las leyes de inmigración, se le permitió el ingreso en el país.

En Dallas Lee Harvey Oswald estuvo bajo la tutela del emigrante de la Rusia Blanca y antiguo oficial de caballería George de Mohrenschildt, un socio de los millonarios del petróleo H.L. Hunt y Clint Murchinson y otras élites económicas de Dallas. En la agenda de teléfonos de Mohrenschildt se encontró el nombre de George "Pappy" Bush. Existía correspondencia entre Bush y Mohrenschildt que indicaba que tenían amistad personal.

Mohrenschildt y su esposa Jeanne fueron identificados por la Comisión Warren como las personas más cercanas a Oswald antes del asesinato. Un investigador del Comité de la Cámara, Gaeton Fonzi, señaló: "Dados sus antecedentes parecía extraño que Mohrenschildt diera espontáneamente su amistad a alguien con la apariencia de un desarraigado de clase obrera como Lee Harvey Oswald". Esa no fue la única cosa extraña sobre De Mohrenschildt. También era parte de una red de ex-nazis contratados por la CIA.

Un memorando de la CIA escrito no mucho después de la vuelta de Oswald de Rusia aconsejaba a De Mohrenschildt sobre cómo manejar al joven "desertor". De Mohrenschildt también tuvo una estrecha amistad con J. Walter Moore, que era agente de la CIA en la División de Contactos Internos. Como De Mohrenschildt le dijo a un investigador poco antes de su repentina muerte, fue Moore quien le animó a ver a Oswald. El investigador Jim Marrs observa en su libro *Croosfire*: "Los memorandos de la CIA, la amistad con Moore y el propio testimonio de Mohrenschildt confirman que existía cierta relación entre la CIA y el hombre más cercano a Oswald en 1963. Aunque esto no involucra nece-

sariamente a la Agencia en un complot para matar a Kennedy, hace surgir preguntas sobre si funcionarios de la Agencia pudieron haber sabido algo respecto a ese complot".

Oswald se embarcó en una serie de correrías públicas como "izquierdista". Inició un movimiento de Juego Limpio con Cuba en Nueva Orleans, sin molestarse en reclutar a más miembros. Nunca se reunió con un solo miembro del partido comunista o cualquier otra organización de izquierdas, aunque escribió cartas amistosas al partido comunista y al partido socialista de los trabajadores –dos grupos que incluso no se hablaban entre ellos– supuestamente pidiendo instrucciones. Una vez más, se trataba de una forma novelesca de comportarse para un agente soviético y posterior asesino.

Dejaba una estela muy visible como agitador "izquierdista": se las arregló para salir en la TV local en Nueva Orleans después de un altercado mientras repartía folletos. Uno de esos folletos mostraba que su organización estaba en Camp Street, en el mismo edificio en que un antiguo jefe de sección del FBI, Guy Banister, tenía su oficina. Banister tenía estrechas relaciones de trabajo con los grupos de emigrantes cubanos de derechas y con Lee Harvey Oswald.

Cuando no estaba jugando a agitador comunista Oswald pasaba la mayor parte de su tiempo con fanáticos anticomunistas, incluyendo emigrantes cubanos y agentes de la CIA. Además de Banister y De Mohrenschildt estaba David Ferrie. (En su libro *First Hand Knowledge*, Robert Morrow, un hombre de negocios conservador y agente de la CIA, cuenta cómo él sirvió como piloto junto a Ferrie en misiones de la CIA.) Oswald también conoció al hombre de negocios Clay Shaw, que era de la CIA, como más tarde confirmó el director de la Agencia Richard Helms. Éstos eran la clase de amigos que difícilmente se podrían espe-

rar de un "marxista revolucionario" que había regresado después de entregar secretos clasificados a la URSS.

El fiscal general de Texas, Waggoner Carr, dijo a la Comisión Warren que Oswald era un informante del FBI o un agente de contacto, que tenía asignado el número S-172 o S-179. Por sus servicios el FBI le pagaba a Oswald 200 dólares al mes.[14] Orest Pena, un emigrante cubano e informante del FBI, le dijo a Mark Lane que Oswald trabajaba para el FBI y se reunía con personal del FBI de vez en cuando.

Porque si no le pagaban las agencias de seguridad, ¿cómo se mantenía Oswald durante sus incursiones en Nueva Orleans y Dallas? En 1962 estuvo empleado durante un breve espacio de tiempo en una imprenta de Dallas especializada en trabajos altamente secretos para el gobierno, incluyendo mapas de la Unión Soviética para la Inteligencia Militar de los Estados Unidos, de nuevo un tipo de trabajo apenas imaginable para un agitador comunista pro-ruso abiertamente declarado. Todo el asunto de los empleos de Oswald y sus fuentes de ingresos sigue permaneciendo en el misterio. Hasta el día de hoy el gobierno se niega a mostrar sus declaraciones de impuestos, con la única explicación de que es un tema que afecta a la seguridad nacional.

Se nos pide que creamos que Oswald obtuvo precisamente un trabajo en el Depósito de Libros Escolares de Texas justo cinco semanas antes del asesinato, cuando todavía no se había hecho público que la

14. La Comisión Warren reaccionó con extrema alarma ante el testimonio de Carr. Su consejero general, J.Lee Rankin, dijo que la evidencia que ligaba a Oswald con el FBI "es muy dañina para las agencias envueltas en ella y debe ser aclarada cuanto antes sea posible por esta comisión". La "aclaración" consistió en una declaración de Hoover asegurando a la Comisión que Oswald nunca había trabajado para el FBI. En la edición del *New York Times* dedicada al informe de la Comisión Warren el testimonio de Waggoner Carr no apareció.

limusina de Kennedy iba a pasar enfrente de ese edificio. De hecho George de Mohrenschildt fue quien le consiguió ese trabajo.

Se nos pide que creamos que Oswald, que no podía acertarle ni a un pajar, eligiera un Mannlicher-Carcano para matar al presidente, un rifle italiano barato de escasas prestaciones (que los italianos decían que no podría matar a nadie ni queriendo y que les hizo perder la Segunda Guerra Mundial). El fiscal del distrito de Dallas, Henry Wade, declaró inicialmente que el arma homicida era un Mauser alemán. Más tarde, informado de que Oswald poseía un Mannlicher-Carcano, Wade declaró que el arma homicida era una "carabina italiana".

Se nos pide que creamos que Oswald renunció a disparar al presidente Kennedy cuando era un objetivo perfecto mientras rodaba por Houston Street directamente hacia el Depósito de Libros Escolares de Texas. En vez de eso supuestamente esperó hasta que el coche dobló por Elm Street y se alejó media manzana. Con la cabeza y los hombros del presidente apenas visibles a través de un árbol, Oswald supuestamente hizo fuego rápidamente disparando tres tiros en un tiempo record; uno que erró la limusina por veinticinco pies y otros dos que dieron en el blanco con devastadora seguridad, una hazaña que los mejores tiradores del país no podrían emular aún después de mucha práctica y aún habiendo ajustado adecuadamente el punto de mira de la Mannlicher-Carcano en un laboratorio.[15]

15. En sus memorias políticas el portavoz de la Cámara Tip O'Neil escribe que Kenneth O'Donnell, un alto ayudante de JFK, dijo que estaba seguro de que había oído dos tiros que venían desde detrás del montículo de hierba. "Le dije al FBI lo que había oído, pero ellos dijeron que eso no podía haber ocurrido así y que yo debía estar imaginando cosas. Así que testifiqué lo que ellos querían". O'Neil informa de que otro alto ayudante de Kennedy, Dave Powers, que estaba presente cuando O'Donnell hizo su declaración, dijo que él tenía la misma percepción de los tiros.

Se nos pide que creamos que Oswald dejó entonces su rifle en la ventana, con una huella completa de la palma de su mano y de –según dicen ahora–, sus huellas dactilares (pero sin huellas en el gatillo ni en los cartuchos), junto con tres casquillos colocados en fila en el suelo, una forma en la que no suelen caer los casquillos.

Se nos pide que creamos que una bala atravesó a John Kennedy, cambió de dirección en medio del aire, hirió al gobernador Connally en varios puntos (algo que Connally nunca aceptó) y que apareció perfectamente intacta en una camilla del Park Hospital, supuestamente caída del cuerpo de Connally (pero que obviamente había sido colocada allí).

Se nos pide que creamos que sólo se dispararon tres tiros cuando de hecho se observaron seis balazos: uno que entró por el cuello del presidente y sin orificio de salida; el segundo extraído del muslo del gobernador Connally; un tercero descubierto en la camilla; un cuarto encontrado como fragmentos en la limusina; un quinto que no acertó por mucho al coche del presidente, impactando en el suelo –según varios testigos– e hiriendo al espectador James Thomas Tague en la cara; y un sexto balazo encontrado en la hierba por la policía de Dallas en el recorrido por donde había pasado el coche del presidente.

El Servicio Secreto tomó posesión de la limusina del presidente, ignoró los informes del *St. Louis Post-Dispatch* (1/12/63) de que había un agujero de bala en el parabrisas y rechazó todas las peticiones de inspeccionar el vehículo. Se nos pide que creamos que el interior de la limusina –una evidencia física–, fuera rápidamente vaciado y reconstruido sin ánimo de encubrir nada.

Se nos pide que creamos que la autopsia de Kennedy fue una chapuza inocente y que su cerebro desapareció accidentalmente. La radiografía que ahora pretende ser la de la cabeza de Kennedy muestra un

orificio de entrada diferente al de salida que los patólogos vieron. Alguien cortó la mandíbula en la radiografía, de forma que no hay posibilidad de comprobar por la identificación dental si realmente pertenece al presidente.

Gente como Max Holland escribió en *Nation* pidiéndonos que creamos que la "foto infame de Oswald posando con un rifle en la mano" no es una falsificación. Realmente hay dos fotografías, ambas composiciones probadas, con cuerpos de diferentes tamaños pero con idéntica cabeza que no encaja ni con el cuerpo ni con las sombras, que van en direcciones incongruentes. ¿Quién fabricó estas fotografías?

Oswald, "el asesino izquierdista solitario" era amigo de Jack Ruby, un gángster con enlaces con los exiliados cubanos y con el FBI. Ruby trabajó una vez para el congresista Richard Nixon y el Comité de Actividades Antiamericanas de Chicago cuando su nombre era todavía Jack Rubenstein. También trabajó para el FBI en Dallas durante los años anteriores al asesinato de JFK. Ruby proclamó que sólo era un ciudadano corriente movido a matar a Oswald en venganza por el sufrimiento que Oswald había infligido a la familia Kennedy.[16]

Mientras estaba en prisión Ruby pidió a la Comisión Warren que le trasladaran a Washington, donde contaría toda la historia. Temía por su vida y dijo: "Aquí me matarán". Realmente murió en prisión, supuestamente por causas naturales.

16. En una conferencia en Washington D.C. en octubre de 1995, el investigador del asesinato John M. Williams informó sobre una entrevista que había tenido con Robert Morrow el 10 de marzo de 1994. Morrow dijo que un día después del asesinato de JFK, Marshall Diggs, el hombre que reclutó a Morrow para la CIA, le dio un aviso sobre el asesinato inminente de Oswald: "No estará para testificar en el tribunal".

Se nos pide que creamos que el hecho de que veinticuatro personas que tenían información relativa al caso hayan fallecido de muerte violenta no es más que una colosal coincidencia.[17] En 1978, después de que el Comité de la Cámara cesara sus actividades, Anthony Summers registraba otros dieciséis casos de muerte violenta de personas conectadas con el caso. Este último grupo incluye a George de Mohrenschildt, muerto de un tiro en la cabeza tres horas después de que un investigador del Comité de Asesinatos de la Cámara intentara contactar con él. A De Mohrenschildt le preocupaba la posibilidad de ser asesinado. Su hija Kressy Keardon cree "imposible" que se suicidara y la oficina del sheriff de Palm County, Florida, encontró el tiro "muy extraño". Pero fue declarado como suicidio. Aunque generalmente quien dice temer ser asesinado no va después y se mata.

William Sullivan, número tres del FBI, estaba secretamente en la nómina de la CIA, según el agente de la CIA Robert Morrow. Fue citado ante el Comité de la Cámara, pero antes de poder acudir fue disparado en su casa por un hombre que declaró haberle confundido con un ciervo. El causante fue acusado de un delito menor y salió bajo custodia de su padre, un policía del estado.

Estando bajo la protección del gobierno, el gángster Sam Giancana fue muerto de un tiro en la cabeza un día antes de tener que ir a testificar ante el Comité de la Cámara sobre las bandas y su conexión con la CIA. Una de las cosas que surge de toda esta historia son las amplias conexiones entre la CIA y el crimen organizado, entre el estado gángster y los propios gángsters.

17. Ver Penn Jones Jr., *Pardon My Grief*, vols. 1 y 2 para detalles sobre la muerte de esas veinticuatro personas.

Cuando el Comité de la Cámara estaba decidiendo sus componentes, recibió fuertes presiones para que escogiera personas aceptables para la CIA, la agencia que se suponía había que investigar. En su libro *Plausible Denial*, Mark Lane informa de que cuando a Bernard Fensterwald, un abogado independiente de Washington, se le ofreció el cargo de consejero general, un representante de la CIA le llamó y le dijo que la Agencia pondría "su cabeza sobre una fuente" si aceptaba el cargo. Fensterwald rechazó el puesto.

¿Es la conspiración para asesinar a Kennedy sólo un juguete para los "maniáticos de las conspiraciones"? La mayoría de los investigadores independientes que yo he conocido me han parecido personas cultas y serias políticamente. Su lucha por llegar a la verdad no está impulsada por un amor a las conspiraciones, sino por su preocupación por la importancia histórica y política del caso. Buscan la verdad sin importarles lo sucia que ésta pueda ser. Ese proceso de enfrentarse a los mecanismos del estado de la seguridad nacional no es una manía por las conspiraciones. Es una parte esencial de la lucha por la democracia.

EL ASESINATO DE JFK II: LA FOBIA DE LA CONSPIRACIÓN EN LA IZQUIERDA

Algunos individuos creen ciegamente que las conspiraciones sólo son fantasías locas o aberraciones sin importancia. Y realmente existen teorías absurdas sobre conspiraciones. Hay gente que cree que los Estados Unidos han sido invadidos por un ejército secreto de las Naciones Unidas equipado con helicópteros negros, o que el país está controlado secretamente por los judíos, los gays, las feministas, los nacionalistas negros, los comunistas o por alienígenas extraterrestres. Pero esto no quiere decir que todas las conspiraciones sean imaginarias.

La conspiración es un concepto claro según la ley: la confabulación de dos o más personas que por medios ilegales quieren conseguir un fin ilegal o inmoral. La gente va a la cárcel por cometer actos de conspiración. Las conspiraciones están registradas públicamente y algunas tienen una verdadera significación política. El Watergate fue una conspiración, como lo fue el encubrimiento del Watergate, que condujo a la caída de Nixon. El Irán-contra fue una conspiración de inmensas dimensiones, gran parte de la cual permanece encubierta. El escándalo de los ahorros y los préstamos fue descrito por el Departamento de Justicia como "mil conspiraciones de fraude, robo y saqueo", el delito financiero más grande de la historia.

¿Conspiración o coincidencia?

A menudo el término "conspiración" se aplica despreciativamente, como cuando uno sugiere que la gente que ocupa posiciones de poder político y económico se dedica a lograr sus intereses elitistas de forma consciente. Incluso cuando se declaran abiertamente esos deseos, hay gente que niega que sea así. En 1994 los funcionarios de la Reserva Federal anunciaron que llevarían a cabo políticas monetarias diseñadas para mantener un alto nivel de desempleo para salvaguardarse así del "sobrecalentamiento" de la economía. Como cualquier clase acreedora, preferían una línea deflacionaria. Cuando un conocido mío le mencionó esto a sus amigos fue interpelado de forma escéptica: "¿Tú crees que los banqueros federales están intentando deliberadamente mantener a la gente desempleada?". De hecho no solamente lo *creía* él, sino que se *anunció* en las páginas financieras de la prensa. Sin embargo sus amigos asumían que estaba imaginando una conspiración porque suponían que estaba interesado en que hubiera una confabulación de la gente poderosa.

En una reunión del Consejo de Asuntos Mundiales en San Francisco, le señalé a un participante que los líderes estadounidenses estaban luchando arduamente por instaurar el capitalismo en los antiguos países comunistas. Él dijo: "¿Usted cree que lo están intentando de forma consciente?" Le señalé que no era una conjetura mía. Habían anunciado repetidamente su deseo de introducir en Europa Oriental las "reformas del mercado libre", y su ayuda económica se canalizaba casi exclusivamente hacia el sector privado, siguiendo la misma política que los poderes económicos intentaban llevar a cabo en otros países. Así, a finales de 1995 "se retuvieron más de 4,5 millones de dólares de ayuda a

Haití porque el gobierno de Aristide no había progresado en su programa de privatizar las compañías propiedad del estado" (*New York Times*, 25/11/95).

Los que tienen fobia a las conspiraciones suelen decir: "¿Vosotros creéis realmente que hay un grupo de gente sentada alrededor de una mesa en una habitación planeando complots?" Por alguna razón esa imagen se supone tan absurda que sólo puede provocar rechazos. Pero, ¿en qué otro lugar se reúne la gente poderosa? ¿En los bancos del parque o en un tiovivo? Realmente se reúnen en habitaciones: salones del consejo, cuartos de mando del Pentágono, en el Bohemian Grove, en comedores privados de restaurantes selectos u hoteles, en las muchas salas de reuniones de la Casa Blanca, la NASA, la CIA y otros lugares. Y sí, se reúnen para maquinar complots de forma consciente –aunque ellos lo llamen "planificación" o "estrategia"– y lo hacen en gran secreto, a menudo evitando cualquier intento de revelación pública. Nadie confabula y planifica más que las élites políticas y corporativas y sus especialistas a sueldo. Los propietarios del mundo quieren un mundo seguro para ellos, y por eso los elementos políticamente activos de esa clase propietaria han creado un estado de seguridad nacional que gasta miles de millones de dólares y coordina los esfuerzos de gran número de personas.

Sin embargo hay individuos que preguntan con sonrisas incrédulas y protectoras si realmente creemos que la gente que se mueve en las alturas tiene planes secretos, si están al tanto de sus intereses y se hablan unos a otros sobre ellos. A lo cual yo respondo, ¿y por qué no? Esto no quiere decir que todas las élites políticas o corporativas se dediquen activamente a trabajar para los más altos círculos del poder y de la propiedad. Ni que sean infalibles o siempre correctos en sus ideas y tácticas, o que siem-

pre sepan cómo se verán afectados sus intereses por las nuevas situaciones. Pero están más sintonizados y son más capaces de avanzar de acuerdo a sus intereses que la mayoría de los demás grupos sociales.

La alternativa es creer que los poderosos y privilegiados son sonámbulos que se mueven de forma inconsciente ante las cuestiones del poder y el privilegio, que siempre nos dicen la verdad y que no tienen nada que esconder –aunque realmente escondan mucho–; que aunque la mayoría de nosotros, gente corriente, somos capaces de luchar por nuestros propios intereses, ellos no lo hacen, y que cuando los que están arriba emplean la fuerza y la violencia en todo el mundo es sólo por razones loables. Que cuando arman, entrenan y financian acciones encubiertas en numerosos países y después niegan su papel en tales hechos, es por descuido, olvido o quizá modestia, y que es una mera coincidencia que las políticas del estado de la seguridad nacional sirvan de forma tan consistente a los intereses de las corporaciones transnacionales y al sistema de acumulación de capital en todo el mundo.

Kennedy y los críticos de izquierdas

En el invierno de 1991/92 la película de Oliver Stone *JFK* reavivó el interés popular por las cuestiones sobre el asesinato del presidente John Kennedy. Como señalé en la parte I de este artículo, los medios de la corriente principal lanzaron una barrera protectora de invectivas contra la película. Conservadores y liberales cerraron filas para decirle al público que no hubo conspiración para asesinar al presidente porque esas cosas no ocurren en los Estados Unidos.

Desgraciadamente algunos escritores normalmente identificados con la izquierda han rechazado cualquier insinuación de que hubo una

conspiración. Mientras que los de derechas y de centro estaban preocupados por preservar la legitimidad de las instituciones existentes y alejar a la gente de la idea del estado-gángster, los de izquierdas tenían otras preocupaciones, aunque éstas no siempre estaban claras.

Noam Chomsky, Alexander Cockburn y otros rechazaron la idea de que Kennedy fue asesinado por intentar salir de Vietnam o por amenazar con disolver la CIA o terminar con la guerra fría. Estas cosas no pudieron llevarle a su caída, argumentan, porque Kennedy era un defensor de la guerra fría, pro-CIA y sólo quería salir de Vietnam con una victoria. Chomsky proclama que el cambio de administración que vino como consecuencia del asesinato de JFK no tuvo un efecto apreciable en la política. De hecho la guerra masiva terrestre ordenada por Johnson y la saturación de bombardeos sobre Vietnam, Camboya y Laos ordenada por Nixon representaron un alejamiento dramático de la política de Kennedy. En algunas ocasiones Chomsky dice que se niega a especular: "En cuanto a lo que Kennedy hubiera hecho [si hubiera vivido], no tengo nada que decir". Otras veces especula con que no hubiera "reaccionado de manera diferente a sus consejeros más cercanos ante las situaciones cambiantes" y "hubiera persistido en su compromiso de reforzar y mejorar la CIA" (*Z Magazine*, 10/92 y 1/93).

La evidencia que tenemos indica que Kennedy observó la neutralidad en Camboya, negoció el cese del fuego y una coalición de gobierno en Laos que la CIA se negó a apoyar. También sabemos que el Kennedy superviviente, Robert, rompió con la administración Johnson sobre Vietnam y afirmó públicamente que la administración de su hermano había cometido serios errores. Robert se movió con la corriente de opinión, desarrollando en el Senado una labor por la paz y siendo candidato tras de la paz a la presidencia, antes de ser asesinado. Los dos her-

manos trabajaron estrechamente juntos y generalmente eran de la misma opinión. Aunque ésta no sea razón suficiente para llegar a la conclusión de que John Kennedy hubiera llevado a cabo una transición semejante a la de su hermano, al menos nos da una pauta antes de afirmar que JFK hubiera seguido la dirección tomada por las administraciones de Johnson y Nixon.

En medio de esta controversia Chomsky escribió un libro argumentando que Kennedy no tenía intención de salir de Vietnam sin una victoria. Realmente Kennedy dijo cosas diferentes en momentos diferentes, a veces manteniendo que no podíamos abandonar simplemente Vietnam, otras veces que debíamos dejar que los vietnamitas pelearan en su propia guerra.[18]

Uno de los ayudantes más cercanos a Kennedy, Kenneth O'Donnell, escribió que el presidente planeaba salir de Vietnam después de las elecciones de 1964. Según el coronel L. Fletcher Prouty, que encabezó el apoyo militar para las operaciones clandestinas de la CIA, Kennedy redactó las "partes importantes" de la NASAM 263, pidiendo la retirada no sólo de las tropas de los Estados Unidos, sino de todos los estadounidenses, lo que quería decir funcionarios y agentes de la CIA. Prouty refleja que el presidente firmó de esa forma "su propia sentencia de

18. El intento de Kennedy de retirarse está documentado en la edición de Gravel de los *Pentagon Papers* ("Retirada faseada de las fuerzas americanas, 1962-1964", vol. 2, pp. 160-200). Se refiere al "modelo de plan acelerado... para una retirada rápida del personal militar de los Estados Unidos" y señala que la administración estaba "muy seria respecto a limitar el compromiso de los Estados Unidos y dejar la guerra a los propios survietnamitas". Pero "todo el plan de salida se ignoró y desechó con los nuevos criterios de enero a marzo de 1964" (p. 163); los nuevos criterios vinieron después de que Kennedy fuera asesinado y Johnson nombrado presidente.

muerte". El periódico del ejército *Stars and Strips* publicó en titulares: "El presidente dice: Todos los americanos fuera en 1965". De acuerdo con Prouty, "el Pentágono estaba rabioso, en los pasillos JFK era una palabra maldita".

Concentrándonos en la cuestión de la retirada, Chomsky no dice nada sobre la voluntad del presidente de no comenzar una guerra terrestre. Sobre ese punto crucial Chomsky ofrece una especulación achacada a Roger Hilsman: la de que Kennedy hubiera introducido tropas de tierra en Vietnam del Sur. De hecho el mismo Hilsman, que fue ayudante del Secretario de Estado para asuntos del lejano oriente, el funcionario responsable para Vietnam, señaló en una larga carta al *New York Times* (20/1/92) que en 1963 "el presidente Kennedy estaba determinado a que Vietnam no se convirtiera en una guerra americana, esto es, estaba determinado a no enviar tropas de combate (oponiéndose a sus consejeros) a luchar en Vietnam y a no bombardear Vietnam del Norte". Otros ayudantes de Kennedy como Arthur Schlesinger Jr. y el general Maxwell Taylor apuntaron lo mismo. Taylor dijo: "La última cosa que él quería era llevar nuestras fuerzas de tierra... no recuerdo a nadie que fuera más contrario a eso que el presidente". Kennedy se oponía a cualquier tipo de escalada, como en la que sí se embarcaría Johnson después de su muerte, quien incrementó las tropas estadounidenses de 17.000 a aproximadamente 250.000 hombres, involucrándoles en una guerra terrestre total.

Kennedy y la CIA

Chomsky argumenta que la CIA no tenía motivos para querer matar a JFK porque éste era un defensor de la guerra fría y la contrainsurgencia. Y llega a esta conclusión asumiendo que la CIA de 1963 hacía la

misma lectura de los acontecimientos que la que él hace hoy. Pero las élites del poder no ven el mundo de la misma forma en que lo hacen los analistas de izquierdas. Para aceptar las presunciones de Chomsky necesitaríamos una base de datos diferente de la que él y otros ofrecen, datos no enfocados en los intervencionismos y políticas de la administración Kennedy, sino en los sentimientos más privados que enconaban a los círculos de la inteligencia y sus afines en 1963.

Pongamos un caso paralelo: podríamos opinar que el Nuevo Pacto hizo relativamente poco por la gente trabajadora y que Franklin Roosevelt realmente era un instrumento en manos de unos intereses denunciados públicamente como "económicamente suntuosos". De aquí podríamos llegar a la conclusión de que los plutócratas tenían muchas razones para apoyar los intentos de Franklin D. Roosevelt por salvar a los grandes negocios de sí mismos. Sin embargo, la mayoría de los plutócratas condenaron a "ese hombre de la Casa Blanca" como traidor a su clase. Para determinar por qué, habría que echar una mirada a cómo percibían ellos el Nuevo Pacto en esa época, no a cómo pensamos nosotros que debería ser evaluado hoy.

El presidente Kennedy resultaba intolerable para la CIA, y el sentimiento era mutuo. JFK le dijo a uno de sus altos funcionarios que quería "deshacer la CIA en mil pedazos y esparcirlos al viento" (*New York Times*, 25/4/66). Cerró los campamentos armados de la CIA que estaban dispuestos para una segunda invasión de Bahía Cochinos y dio otra serie de pasos encaminados a mantener a la Agencia bajo control. Despidió a la mayoría de sus líderes más poderosos e insubordinados: al director Allen Dulles, al subdirector Charles Cabell y al subdirector de planificación Richard Bissell, e intentó reducir su poder y su jurisdicción poniendo límites estrictos a sus acciones futuras, además de nom-

brar un comité de alto nivel que investigara las fechorías de la CIA en el pasado.

En 1963 funcionarios de la CIA, espadones del Pentágono, emigrantes anti-castristas y otras gentes de derechas, incluyendo al jefe del FBI J.Edgar Hoover, odiaban a Kennedy, y no creían que se le pudiera confiar el futuro de la nación. Se referían a él como "ese delincuente de la Casa Blanca". Roger Craig registra los comentarios de numerosos funcionarios de la policía de Dallas que querían ver desaparecer a Kennedy. Hace varios años, en un coloquio en la emisora de radio de San Francisco KGO, oí a un oyente llamar y expresarse en estos términos: "Esta es la primera vez que digo esto. Yo trabajé para la inteligencia del ejército. En 1963 yo estaba en Japón y una idea aceptada por todo el mundo era que Kennedy sería asesinado porque estaba en contra de la comunidad de la inteligencia nacional. Cuando nos enteramos de su muerte pude oír comentarios tan deliciosos como: 'Ya hemos terminado con ese cabrón'".

En su libro *First Hand Knowledge*, el agente de la CIA Robert Morrow señala el odio que sentían los funcionarios de la CIA por la "traición" de Kennedy al no enviar al ejército estadounidense a la fracasada aventura de Bahía Cochinos. Un emigrante cubano con un alto nivel en la CIA, Eladio del Valle, le dijo a Morrow menos de dos semanas antes del asesinato: "Me he enterado la última noche. A Kennedy le va a ocurrir algo en Dallas".[19] Morrow también dice que el director de la

19. El nombre de del Valle surgió al día siguiente del asesinato de JFK, cuando el fiscal del distrito de Dallas Henry Wade anunció en una conferencia de prensa que Oswald era miembro de la organización anti-comunista de del Valle "Comité para una Cuba Libre". Wade fue contradicho rápidamente entre su audiencia por Jack Ruby, que proclamó que Oswald era miembro del izquierdista Comité para el Juego Limpio con Cuba. Del Valle, que Oswald >

CIA, Richard Helms, "sabía que alguien de la Agencia estaba involucrado" en el asesinato de Kennedy, "directa o indirectamente en el propio hecho, alguien que estaría en una elevada posición... Helms encubrió cualquier relación de la CIA con el asesinato presidencial".

Varios años después de la muerte de Kennedy, el presidente Johnson le dijo a su ayudante en la Casa Blanca Marvin Watson que "estaba convencido de que hubo un complot en relación al asesinato" y que la CIA tenía algo que ver con él (*Washington Post*, 13/12/77). Y Robert Kennedy hizo saber repetidamente sus sospechas de que la CIA había colaborado en el asesinato de su hermano.

Los enemigos de JFK en la CIA, en el Pentágono y en otras partes le recriminaban varias cosas: su negativa a suministrar cobertura aérea en Bahía Cochinos y a enviar masivamente tropas de tierra a Indochina; la garantía dada a Kruschev de que no invadiría Cuba; su apertura hacia una posible aproximación a Castro; su profesada voluntad de tolerar a países con diferentes sistemas económicos a los del hemisferio occidental; su tratado con Moscú sobre prohibición de pruebas en la atmósfera; su conferencia en la Universidad Americana pidiendo una revisión de las actitudes de los Estados Unidos respecto a la guerra fría con la Unión Soviética; su postura anti-monopolio contra General Electric; sus recortes en las concesiones petrolíferas; su lucha contra U.S. Steel debido al incremento de precios; su oposición al control monopolístico de miles de millones de dólares por parte del Consejo de la Reserva

>era miembro del izquierdista Comité para el Juego Limpio con Cuba. Del Valle, que era una de las diversas personas que el fiscal del distrito de Nueva Orleans Jim Garrison buscaba en conexión con el asesinato de JFK, fue asesinado el mismo día que Dave Feerie, otro sospechoso que encontró una muerte sospechosa. Cuando fue encontrado en Miami, el cuerpo de del Valle mostraba evidencias de haber sido torturado, golpeado y muerto de un tiro.

Federal;[20] su calurosa bienvenida a las convenciones de trabajadores y su llamada a la igualdad racial. Todas estas cosas podrían no haber sido suficientes para alguien de la izquierda, pero eran demasiado para muchos de derechas.

Las confusiones de la izquierda y la Comisión Warren

Edwin Knoll, antiguo editor de *Progressive*, fue otro crítico de izquierdas que expresó su hostilidad hacia la tesis de la conspiración y hacia la película de Oliver Stone en particular. Knorr admitió que no tenía ni idea de quién mató a Kennedy, pero eso no le impidió afirmar que la película *JFK* era "manipuladora" y daba falsas respuestas. Si Knoll no tenía ni idea de quién mató a Kennedy, ¿cómo podía decir que el filme era falso?

Knoll dijo que la película de Stone era "una mezcla de hechos y de ficción" (*Progressive*, 3/92). Para ser exactos, parte de la dramatización era ficticia, pero respecto a los hechos fundamentales referentes al perjurio de Clay Shaw, los informes de los testigos en la Plaza Dealy, el comportamiento de los funcionarios de la ley y otros hechos sospechosos, la película era fiel a lo descubierto por investigadores serios.

En una muestra de flexibilidad, Knoll admite que "la Comisión Warren hizo un trabajo de investigación precipitado y descuidado". Aquí también demuestra su ignorancia. De hecho la Comisión celebró

20. Los banqueros del Sistema de la Reserva Federal imprimen papel moneda y después lo prestan al gobierno a un interés. Kennedy firmó una orden ejecutiva liberando 4.000 millones de dólares en bonos a través del Tesoro de los Estados Unidos, saltándose a los banqueros federales y los cientos de millones de intereses que hubiera habido que pagarles. Estos "bonos de los Estados Unidos" fueron eliminados rápidamente después del asesinato de JFK.

cincuenta y una largas sesiones en un plazo de varios meses, mucho más que la mayoría de las investigaciones. Reunió veintiséis volúmenes de testimonios y evidencias. Tuvo los recursos del FBI y la CIA a su disposición, además de su propio equipo profesional. Lejos de ser precipitada y descuidada, elaboró concienzudamente teorías que llevaron a la conclusión prefijada. Desde el principio sólo realizó un número limitado de preguntas que asumían de antemano la culpabilidad de Oswald como único asesino.

La Comisión Warren siguió seis líneas de investigación para averiguar cosas como los antecedentes de Oswald, sus actividades en los años anteriores y el día del asesinato, los antecedentes de Jack Ruby y sus actividades el día que mató a Oswald. Como señala Mark Lane, existía la urgente necesidad de una séptima línea, la que llevara a descubrir quién mató al presidente. Pero la Comisión nunca vio esa necesidad porque ya tenía hecha su composición de lugar.

Aunque supuestamente dedicada a sacar la verdad a la luz, la Comisión Warren operó en secreto. Las actas de sus reuniones estaban consideradas de alto secreto y cientos de miles de documentos y otras evidencias permanecieron sellados durante setenta y cinco años. La Comisión no llamó a testigos que oyeron y *vieron* gente disparando tras la cerca del montículo de hierba. Registró falsamente el testimonio de ciertos testigos, como reconocieron más tarde, y reinterpretó el testimonio de otros. Todo esto supuso un cuidadoso esfuerzo. Una investigación "precipitada y descuidada" hubiera mostrado alguna aleatoriedad en sus errores. Pero las distorsiones de la Comisión se movieron consistentemente en la misma dirección, siguiendo una hipótesis prefijada.

Edwin Knoll habla en términos despreciativos de lo crédulo que es el pueblo americano y dice que "desprecia" a Oliver Stone por jugar con

esa credulidad. De hecho el público americano es todo menos crédulo. No se ha tragado la explicación oficial de la forma en que lo han hecho los críticos de izquierdas. Las encuestas muestran que el 78% de la gente dice que cree que hubo una conspiración. Tanto Cockburn en *Nation* como Chomsky en *Z Magazine* no dan importancia a este dato señalando que el 70% de la gente cree en milagros. Pero el hecho de que la gente esté equivocada en una cosa no significa que lo esté en todo. Chomsky y Cockburn son una evidencia de ello.

En cualquier caso esa comparación se hace entre dos cosas opuestas. Chomsky y Cockburn están comparando la credibilidad de la gente en los milagros con su poca inclinación a creerse la línea oficial con la que les han alimentado durante treinta años. Si alguien es crédulo ése es Alexander Cockburn, que dedicó una columna en *Nation* a apoyar la absurda teoría de la Comisión Warren sobre la bala mágica que pudo herir a Kennedy y a Connolly, después cambiar de dirección en medio del aire y después de todo eso, seguir en perfectas condiciones.

Chomsky dice que es "un hecho curioso que no aparezca ninguna señal de la amplia conspiración en los registros internos y que no se haya filtrado nada" y que "se carece de cualquier evidencia creíble" (*Z Magazine*, 1/93 y carta dirigida a mí, 15/12/92). Pero, ¿por qué los que participan en una conspiración de esta magnitud deberían arriesgarse a llevar un "registro interno" (sea lo que eso sea) sobre el asesinato? ¿Por qué iban a arriesgar sus vidas haciéndolo público? Muchos de los participantes sólo sabrían una pequeña parte del cuadro completo. Pero todos ellos estarían al tanto de las fuerzas inmensamente poderosas y siniestras que se volverían contra ellos si se volvían comunicativos. De hecho un buen número de los que se avinieron a cooperar con los inves-

tigadores encontraron una muerte prematura. Finalmente, ¿qué evidencia creíble se ha ofrecido para probar que Oswald era el asesino?

Chomsky es capaz de mantener su idea de que no ha salido a la luz ninguna evidencia creíble ignorando la montaña de evidencias que se han descubierto. Hay incluso una decisión de un tribunal de los Estados Unidos, Hunt vs. Liberty Lobby, en la que el jurado piensa que el Presidente Kennedy ha sido víctima de una conspiración, involucrando en parte a los agentes de la CIA E. Howard Hunt y Frank Sturgis y al informante del FBI Jack Ruby.[21]

El consejero de Nixon H.R. Haldeman admite en sus memorias: "Después de que Kennedy fuera asesinado la CIA lanzó una fantástica campaña de encubrimiento". Y "en un total paralelismo con el encubrimiento del Watergate, la CIA borró literalmente cualquier conexión entre el asesinato de Kennedy y la Agencia".

Realmente, si no había conspiración, ¿por qué tanto secreto y tanto encubrimiento? Si Oswald lo hizo, ¿qué había que esconder y por qué la CIA y el FBI todavía se resisten a la desclasificación de cientos de miles de documentos pertinentes? ¿No sería mejor revelarlo todo y eliminar las dudas sobre la culpabilidad de Oswald y las sospechas sobre su propia culpabilidad?

Lo notable sobre Edwin Knoll, Noam Chomsky, Alexander Cockburn y otros en la izquierda que atacan los hallazgos sobre la conspiración contra Kennedy es que siguen ignorando las investigaciones que se

21. Ver Mark Lane, *Plausible Denial; Was the CIA Envolved in the Assassination* of *JFK?* (Nueva York: Thunder's Mouth Press, 1991). Para el testimonio de otro participante, ver Robert Morrow, *First Hand Knowledge: How I Partipated in the CIA-Mafia Murder of President Kennedy* (Nueva York: S.P.I. Books, 1992).

han llevado a cabo. Repetidamente les he indicado esto en nuestros intercambios y ellos nunca lo han negado. No han leído ninguno de los muchos estudios de investigadores independientes que implican a la CIA en la conspiración para matar al presidente y en la aún más prolongada y extensa conspiración para encubrir el crimen. Pero esto no les impide rechazar la idea de la conspiración en los términos más generales e insostenibles.

Hablemos de estructuralismo

Cuando se ven presionados por el asunto, los críticos de izquierdas como Cockburn y Chomsky admiten que existen algunas conspiraciones, pero generalmente de menor importancia, una distracción de los verdaderos problemas del poder institucional y estructural. Un análisis estructural, como yo lo entiendo, mantiene que los acontecimientos están determinados por las grandes instancias del poder y el interés y no por los caprichos del azar o la connivencia de unos pocos actores políticos accidentales. Es innegable que las grandes tendencias estructurales imponen límites a la política y ejercen fuertes presiones sobre los líderes. Pero esto no significa que toda la política importante esté predeterminada. Lejos de traicionar sus intereses de clase fundamentales, diferentes líderes pueden seguir diferentes caminos, cuyos efectos no son inconsecuentes con la vida de millones de personas. Por eso no estaba fijado de antemano que los B-52 que bombardearon Camboya y Laos por orden de Nixon lo hubieran hecho si Kennedy, o incluso Johnson o Humphrey, hubieran sido presidentes. Si los críticos de izquierdas piensan que estas cosas no suponen diferencias a largo plazo, mejor sería no decírselo a los millones de indochinos que lloran por sus seres queridos y por sus vidas desechas.

Para los que en la izquierda mantienen su aversión a cualquier clase de investigación sobre una conspiración, este es un mundo de "o esto o aquello": o eres estructuralista en tu enfoque de la política o eres un "conspiracionista" que reduce los acontecimientos históricos a la maquinación de cábalas secretas, y por tanto nos haces perder la visión de fuerzas más importantes del sistema. Como señala Chomsky: "Aun con lo desagradable y difícil que pueda ser, no se puede escapar a la necesidad de confrontar la realidad de las instituciones y las políticas y acciones que éstas conforman" (*Z Magazine*, 10/92).

Sospecho que una de las instituciones en las que estaba pensando es la CIA. La CIA es, por definición, conspiradora, pues en la mayoría de sus operaciones realiza acciones de encubrimiento y utiliza planes secretos de lo más desagradables. ¿Qué son las acciones de encubrimiento sino conspiraciones? Al mismo tiempo, la CIA es una institución, una parte estructural del estado de la seguridad nacional. En suma, la Agencia es una conspiración institucionalizada.

Como señalé en mis intercambios de opiniones publicados con Cockburn y Chomsky (ninguno de los cuales contestó al argumento), conspiración y estructura no son dinámicas que se excluyan mutuamente. Un análisis estructural que a priori desecha la conspiración corre el riesgo de no contemplar el cuadro completo. Las conspiraciones son componentes del sistema político de la seguridad nacional, no desviaciones del mismo. Las élites dirigentes utilizan –en nuestro país y en el extranjero– tanto las acciones conspiradoras de encubrimiento como los procedimientos abiertamente legítimos. Lo financian todo, desde campañas electorales y editoriales hasta matones y escuadrones de la muerte. Utilizan todas las estratagemas imaginables, incluyendo el

matar a uno de los suyos si piensan que supone una barrera para sus planes de hacer un mundo seguro para aquellos que lo poseen.

Los hallazgos de conspiración respecto al asesinato de JFK, que la película *JFK* acercó a una audiencia masiva, hicieron que mucha gente se diera cuenta de la clase de estado gángster que tenemos en este país y de lo que hace en todo el mundo. Al investigar la conspiración contra JFK los investigadores no están buscando "escapar" de algo "desagradable y difícil", como diría Chomsky, sino que están sacando a la luz graves cuestiones sobre la naturaleza del poder del estado que se supone que es una democracia.

Una postura estructuralista no elimina el papel del comportamiento humano en la historia. Las instituciones no son fuerzas que se autogeneran y reconvierten. Las "grandes secuencias de los intereses corporativos y de clase" (frase de Cockburn) no son cosas incorpóreas que ocurren sólo por su propio impulso. Ni los imperios ni las instituciones de la seguridad nacional existen con una conveniente falta de intención. Se actualizan tanto por unas causas externas que las condicionan como por los esfuerzos conscientes de gente específica. La evidencia de ello podemos encontrarla en la propia existencia del estado de la seguridad nacional, cuya función consciente es recrear las condiciones para la hegemonía político-económica.

Habiendo pasado gran parte de mi vida escribiendo libros con un enfoque estructuralista, encuentro irónico oír hablar de la importancia del estructuralismo a los que hacen poco o ningún análisis estructural del sistema político estadounidense y muestran poca afición por ese tipo de enfoque. Aparte de unos pocos periódicos marxistas, uno encuentra poco análisis sistemático o estructural en las publicaciones de izquierdas, incluidas las que llevan Chomsky y Cockburn. La mayoría de estas

publicaciones se centran en temas y acontecimientos particulares, la mayor parte de los cuales son de mucha menor magnitud que el asesinato de Kennedy.

Las publicaciones de izquierdas han puesto mucha atención en conspiraciones tales como el Watergate, el Cointelpro del FBI, el Iran-contra, el Irak-gate, el comercio de drogas por armas de la CIA y los escándalos de los ahorros y préstamos. Y nunca se explica por qué estas conspiraciones son tan importantes y no lo es el asesinato de JFK. Chip Berlet denuncia repetidamente las investigaciones sobre conspiraciones mientras él mismo pasa una gran parte de su tiempo investigando los acuerdos financieros fraudulentos de Lyndon LaRouche, conspiración por la que LaRouche fue a prisión. Berlet nunca explica por qué La Rouche es un tema que merece la pena investigar y no lo es la conspiración contra JFK.

G. William Domhoff señala: "Si 'conspiración' significa que esa gente [la clase dirigente] cuida de sus intereses, se conoce personalmente, se reúne en privado y en secreto e intenta por todos los medios llegar a un acuerdo sobre cómo anticiparse y reaccionar ante temas y acontecimientos, entonces hay algo de conspiración en el Consejo de Relaciones Exteriores, por no mencionar el Comité de Desarrollo Económico, el Consejo de Negocios, el Consejo de Seguridad Nacional y la Agencia Central de Inteligencia". Después de ofrecer esta útil descripción de conspiraciones institucionales, Domhoff hace una caricatura que oscurece el asunto: "Todos tenemos una tendencia tremenda a creer que hay algún secreto maligno que causa todas las enfermedades del mundo". Las teorías de la conspiración "alimentan la creencia de que si eliminásramos a una poca gente mala, todo iría bien en el mundo".

A esta idea simplista Peter Dale Scout responde: "Creo que la verdad sobre el asesinato de Kennedy nos llevaría, no a una poca gente mala, sino a los apaños institucionales y parapolíticos que constituyen la forma en que somos gobernados sistemáticamente". En suma, las conspiraciones del estado de la seguridad nacional son componentes de nuestra estructura política, no desviaciones de la misma.

¿Por qué ocuparnos de JFK?

Los críticos de izquierdas argumentan que la gente que está preocupada por el asesinato de JFK tiene una idea romántica de Kennedy, derrochando en ello una energía muy valiosa. Chomsky proclama que los llamamientos casi nazis de los propagandistas de la derecha tienen una contrapartida en la izquierda: "Es el asunto de la conspiración. Por ejemplo en California, la izquierda se ha fragmentado por ver conspiraciones de la CIA... gobiernos secretos [tras] el asesinato de Kennedy. Esta clase de cosas son las que han borrado a parte de la izquierda" (*Against the Current,* 1993). Chomsky no ofrece ninguna evidencia que apoye esta extraña afirmación.

Los críticos de izquierdas temen que la gente se distraerá o confundirá pensando bien de Kennedy. Cockburn argumenta que Kennedy no fue más que un servidor de la clase corporativa, así que por qué preocuparse por cómo le mataron (*Nation*, 9/3/92 y 18/5/92). El odio de los críticos de izquierdas a Kennedy nubla su juicio sobre el significado político de su muerte. Confunden el bajo valor político de la víctima con la alta importancia política del asesinato, sus implicaciones para la democracia y la forma en que expone la naturaleza gángster del estado.

En 1894 el capitán Alfred Dreyfus era un militarista conservador. Clemenceau dijo una vez que si el nombre de ese hombre no hubiera sido Dreyfus él hubiera sido anti-dreyfusista. ¿Significa eso que la lucha política llevada a cabo con motivo de *l'affaire Dreyfus* fue una pérdida de tiempo? El asunto se hizo rápidamente más grande que el propio Dreyfus para pasar a ser algo entre la derecha y la izquierda, entre los que estaban con el ejército y eran anti-semitas y los que estaban con la república y la justicia.

Otro ejemplo es el de Benigno Aquino, miembro de la clase privilegiada de Filipinas. No prometió grandes cambios estructurales y era aún más conservador que Kennedy. ¿Significa eso que la gente debía haberse desentendido de la conspiración que condujo a su asesinato, como si fuera algo sin importancia, un asunto interno de la clase dirigente? No; en vez de eso fue utilizado como arma para demostrar cómo era el odiado régimen de Marcos.

El arzobispo Romero, de El Salvador, era miembro de la aristocracia salvadoreña. De otro modo no hubiera llegado a la cima de la jerarquía eclesiástica. Pero después de empezar a levantar su voz crítica contra la guerra y hacer comentarios preocupantes sobre los pobres fue asesinado. Si no le hubieran matado dudo que la historia salvadoreña hubiera sido muy diferente. ¿Significa eso que los grupos de solidaridad en nuestro país y en El Salvador no debían intentar hacer de su muerte un asunto que revelara la naturaleza gángster y homicida del estado salvadoreño? (Planteé estas cuestiones a Chomsky en nuestro intercambio de opiniones en *Z Magazine*, pero en su respuesta no se refirió a ellas.)

En vez de aprovechar la oportunidad, algunos escritores de izquierdas achacaron condescendientemente a necesidades emocionales de la gente la preocupación de ésta por el encubrimiento del asesinato de

JFK. De acuerdo con Max Holland, un escribano que parece tener una dedicación especial a repudiar la idea de la conspiración en el caso JFK, "la nación está atrapada por un mito... divorciada de la realidad", y "los americanos se niegan a aceptar su propia historia". En *Z Magazine* (10/92) Chomsky argumentó que "en tiempos de malestar general y de ruptura social es muy común que surjan movimientos milenaristas". Y como muestra de ello se refirió a dos movimientos acaecidos en 1992: la respuesta que tuvo Ross Perot[1], y lo que él llamó "resurgimiento de Kennedy" o "resurgimiento de Camelot". Aun reconociendo que las audiencias difieren, él los mezcla llamándolos "los entusiasmos por JFK-Perot". El interés público por el asesinato de JFK, dice, proviene de un "anhelo de Camelot", del "anhelo por el Mesías perdido".

Yo fui testigo del movimiento pro Perot –que involucró a millones de personas–, pero no vi ninguna evidencia del resurgimiento de Kennedy, y ciertamente ningún anhelo milenarista por Camelot o un "Mesías perdido". Sin embargo sí vi un interés renovado en el *asesinato* de Kennedy, lo cual es otra cosa. A través del debate, Chomsky asume repetidamente que los que se han preocupado por el asesinato de Kennedy deben ser admiradores suyos. De hecho algunos los son, pero muchos no. Kennedy fue asesinado en 1963; la gente que hoy tiene de diez a cincuenta años, la mayoría de los estadounidenses, no son lo bastante mayores como para haber desarrollado un apego político hacia él.

Los críticos de izquierdas hacen de psicólogos de nuestras ilusiones, de nuestros falsos sueños, de nuestras ansias por los Mesías y las figuras de los padres y nuestra debilidad para hacer frente a las realidades desagradables de la vida. Expresan sus ideas paternalistas sobre nuestra "cautivación por las conspiraciones" y nuestros "anhelos de Camelot".

1. Candidato independiente a la presidencia de los Estados Unidos en 1992. (N.del T.)

Nos urgen a que escapemos de la fantasía. Ellos son los conocedores que nos guían y nos alejan del asesinato de JFK, un tema que ellos saben que no significa nada y cuya importancia no han sido capaces de captar. Como no han leído la literatura de investigación, desprecian a los investigadores por irrelevantes o irracionales. Para cubrir su postura con respetabilidad intelectual, caen en un estructuralismo inexperto.

No es ni la "adoración a Kennedy" ni el "anhelo de Camelot" lo que motiva nuestras preguntas, sino el deseo de luchar contra las instituciones malignas y manipuladoras, para poder empezar a desarrollar un sistema que realmente merezca el nombre de democracia.

LA MARAVILLOSA VIDA Y EXTRAÑA MUERTE DE WALTER REUTHER[22]

(Coautora Peggy Norton)

En décadas recientes las organizaciones de trabajadores han sufrido serios embates por parte del gobierno y de las corporaciones. Cuando los progresistas de la AFL-CIO intentan reagrupar sus fuerzas, harían bien en recordar a aquellos líderes sindicales dotados de gran talento que entendieron las amplias dimensiones sociales y políticas de la lucha de los trabajadores. Entre esos líderes surge la gran figura de Walter Reuther.

Como punta de lanza en la creación de la Unión de Trabajadores del Automóvil (UAW), Reuther supuso en la escena política de los Estados Unidos una mezcla especial de eficacia y firme progresismo. Por eso fue el blanco de la ira de las poderosas corporaciones y de los políticos.

En la noche del 9 de mayo de 1970 Reuther, su esposa, dos estrechos colaboradores de la UAW y dos tripulantes murieron cuando su avión Lear jet se estrelló cerca del aeropuerto del condado de Emmet, al norte

22. Nuestro agradecimiento a William J. Gallagher, reportero de WJBK-TV, Detroit, por compartir su extenso archivo sobre Reuther.

de Michigan. El corto vuelo había salido de Detroit y estaba aterrizando a través de la niebla valiéndose de los instrumentos cuando rozó las copas de los árboles y cayó envuelto en llamas. No hubo supervivientes. Un año y medio antes, en octubre de 1968, Reuther y su hermano Victor habían escapado por los pelos de morir en un accidente muy similar mientras volaban hacia el aeropuerto Dulles, también en un pequeño avión privado. Esa noche el cielo estaba lo suficientemente claro como para que los pilotos pudieran darse cuenta de que su altímetro funcionaba mal, y en el último momento pudieron realizar un aterrizaje de emergencia, en el que se rompió un ala del aparato pero sin que nadie saliera seriamente dañado.

Años más tarde Victor Reuther nos dijo: "Otros miembros de la familia y yo estamos convencidos de que ese fatal accidente, y el casi fatal de 1968, no fueron fortuitos". Realmente, eran muchas las altas personalidades que podrían haber querido eliminar a Walter Reuther. Y como veremos, ciertamente hubo evidencias de juego sucio contra él durante toda su vida pública y evidencias de sabotaje en el accidente que acabó con su vida.

Las primeras luchas

Ocho meses antes de su muerte, Reuther había hablado claro sobre las grandes dimensiones que tenía la lucha de los trabajadores: "El movimiento de los trabajadores está a punto de cambiar la sociedad... ¿Qué tiene de bueno un dólar más por hora si tu vecindad está destruida? ¿Qué tiene de bueno otra semana de vacaciones si el lago donde solías ir, donde has comprado una casita, está polucionado y no puedes bañarte ni tus hijos jugar en él? ¿Qué tienen de bueno 100 dólares más de pensión si el mundo acaba envuelto en una nube atómica? Reuther

era de esa clase de líderes sindicales que inquietaba a los altos círculos: militante, incorruptible, y dedicado a los problemas del día a día y con un amplio programa de clase.

Hijo de un emigrante alemán que fue socialista durante toda su vida y organizador laboral, Reuther dedicó su vida a la lucha de los trabajadores. En 1932, después de ser despedido de su trabajo en una planta de la Ford por organizar a los trabajadores, partió junto con su hermano Victor a un viaje de tres años alrededor del mundo. El itinerario de ambos incluyó un largo periodo de trabajo en la planta de la Ford en la Unión Soviética. Cuando escribió a un amigo en los Estados Unidos, Victor describía en términos entusiastas la sociedad soviética. Esa carta, firmada por "Vic y Wal", sufriría adulteraciones tiempo después, por ejemplo cambiando su comentario final: "la lucha continúa" por "la lucha continúa por una América soviética". El FBI poseía el original en sus archivos internos, pero entre los líderes políticos, los jefes de las corporaciones y los sindicatos rivales hizo circular la carta alterada en un intento por demostrar que los Reuther eran instrumentos del comunismo.

Volviendo a Detroit a finales de 1935, Walter y Victor surgieron como líderes en la a menudo sangrienta lucha contra las empresas automovilísticas, consiguiendo algunas victorias significativas contra Chrysler, GM y Ford. En mayo de 1937, durante un reparto de folletos, Reuther y docenas de otros organizadores de la UAW fueron brutalmente atacados por matones de la Ford. Al testificar en una audiencia federal, Reuther describió cómo él y sus compañeros fueron golpeados repetidamente, pisoteados en el suelo y arrojados por las escaleras, mientras la policía lo contemplaba todo sin hacer nada.

Intentos de asesinato

En abril de 1938 dos hombres enmascarados forzaron la puerta de la casa de Reuther en Detroit durante una reunión e intentaron secuestrarle. Mientras estaban intentando reducir a Walter uno de los asistentes se las arregló para escapar y pedir ayuda. Los asaltantes fueron arrestados, pero el juicio resultó ser una farsa. Enfrentándose a un jurado de simpatizantes de Ford, la defensa argumentó que Walter había montado todo el asunto para hacerse publicidad. El acusador del estado omitió convenientemente la mención de que las actividades de Reuther le habían convertido en objetivo de Ford y que los acusados habían trabajado recientemente para el jefe de seguridad de Ford, Harry Bennett. El jurado los absolvió.

Tampoco cuando Reuther estuvo a punto de morir de un tiro que le dispararon a través de la ventana de su cocina diez años más tarde –en abril de 1948– se pudo probar que el ataque estaba arreglado. Sufrió heridas en el pecho y en un brazo y nunca recobró el uso completo de su mano y brazo derechos.

En 1949 se produjo un atentado contra la vida de Victor Reuther que parecía contar con la complicidad de los defensores de la ley. Victor empezó a recibir llamadas de la policía de Detroit diciéndole que algunos vecinos (la policía se negó a dar sus nombres) se quejaban de los ladridos de su perro. De hecho el perro había ladrado por la noche en alguna ocasión. Cuando Victor fue a comprobar el asunto se encontró con un coche aparcado en su puerta que arrancó a toda velocidad. Después de que la policía le diera un "aviso final" la familia decidió de mala gana regalar el perro a unos amigos. A la noche siguiente Victor recibió un disparo en la cabeza cuando estaba sentado en su casa leyendo. La

bala le rozó el ojo derecho y parte de la mandíbula. El vecino que voluntariamente describió a los asaltantes a la policía ya no fue luego llamado a declarar y empezó a recibir llamadas anónimas avisándole de que se callara.[23]

Dos días después de que Victor fuera tiroteado, el Senado de los Estados Unidos, en un acto sin precedentes, adoptó unánimemente una resolución pidiendo al FBI que investigara ambos ataques. El fiscal general de los Estados Unidos, Tom Clark, el gobernador de Michigan y la propia UAW también solicitaron una investigación. Aunque el fiscal general Clark –supuesto superior del jefe del FBI J. Edgar Hoover– señaló que existían posibles violaciones de varias leyes federales, Hoover se negó a mover un dedo, proclamando su carencia de jurisdicción porque no se había conculcado ninguna ley federal.[24]

Ni el FBI ni la policía de Detroit siguieron ninguna de las pistas descubiertas por los investigadores de la UAW. Ni tampoco cualquier otra. No se interrogó a ningún funcionario corporativo. El hombre fuerte de Ford, Harry Bennett, que había estado implicado en el atentado contra Walter en 1938, nunca fue interrogado. De hecho Bennett era compañero de golf de Hoover y estaba considerado un valioso aliado

23. En diciembre de 1957 el cuerpo de Ralph Winstead fue sacado del lago St. Clair. Winstead había estado investigando los disparos a Reuther para la UAW durante ocho años y era quien tenía la mejor información sobre el caso. Su muerte fue declarada "accidental" y no se hizo ninguna investigación.

24. Clark le dijo al abogado de la UAW Joseph Rauth: "Edgar dice no. Dice que no va a intervenir cada vez que una mujer negra es violada": Elizabeth Reuther Dickmeyer, Reuther: *A Daughter Strikes* (Southfield, Michigan: Spelman, 1989), 9; también Hoover a Tolson, Ladd y Harbo, memorando del 26 de mayo de 1949, archivos del FBI, 61-9556. Sobre las peticiones de investigación, ver archivos del FBI 61-9556, sección 4).

que daba acceso al FBI a sus archivos sobre actividades "comunistas", consistentes en su mayor parte en expedientes sobre activistas laborales.

A finales de 1949, el intento de hacer estallar una bomba en las oficinas centrales de la UAW en Detroit fue frustrado por una llamada a un periodista del *Detroit Times*. De acuerdo con el comunicante el explosivo "fue colocado cuando el gran chico [Walter] estaba en el edificio". Es innecesario decir que las investigaciones llevadas a cabo por el FBI y la policía no llegaron a ninguna parte.

En la escena nacional

En la década de 1950 Reuther y la UAW habían alcanzado un nada fácil *modus vivendi* con los jefes del automóvil. Según Victor Reuther la relación estaba marcada por una ausencia de rencor durante los últimos años de la vida de Walter. Bajo el liderazgo de Walter la UAW no sólo creció hasta convertirse en el sindicato más grande del mundo occidental, con 1,2 millones de miembros, sino que se convirtió en una poderosa organización política. En 1952, como presidente tanto de la UAW como del CIO entero, Reuther se había convertido, en opinión de muchos, en la figura laboral más influyente del país.

Reuther utilizaba su posición para promover acciones progresistas en una amplia gama de asuntos internos y externos. Los locales de la UAW en todo el país eran comités de acción política que ejercían presión legal y ayudaban a elegir candidatos que fueran favorables a las organizaciones laborales. Al mismo tiempo Walter y su hermano Roy construían alianzas entre los trabajadores, la iglesia, los grupos cívicos y las minorías étnicas.

En los años 1960 la UAW prestó apoyo moral y financiero al movimiento por los derechos civiles. Reuther trabajó estrechamente con Martin Luther King Jr., uniéndose a él en todas las grandes marchas por los derechos civiles y siendo miembro del consejo de dirección de la NAACP, cuyas reuniones interfería el FBI de forma rutinaria.

Reuther provocó la creación de un Consejo de los Ciudadanos sobre los Problemas del Hambre y la Malnutrición. Las conclusiones de este consejo de que había millones de americanos que no ganaban lo suficiente para poder comer estimularon al Congreso a efectuar reformas. El líder de la UAW patrocinó una gran variedad de programas innovadores, incluidos los fondos de los empleados para la sanidad, planes de pensiones, incrementos salariales según el coste de la vida y sueldos anuales garantizados. Luchó por los fondos federales para una vivienda asequible, la nacionalización del sistema de salud, la participación del gobierno en las industrias monopolísticas, la participación de los trabajadores en la planificación económica y otras propuestas para redistribuir el poder y la riqueza. Todas ellas fueron consideradas amenazas para los intereses de la clase dirigente, y realmente lo eran.

Bajo el liderazgo de Walter y Victor la UAW se convirtió en uno de los principales impulsores del Tratado de Prohibición de Pruebas Nucleares de 1963. Los miembros de la UAW marcharon en manifestaciones pacíficas y aportaron fondos para apoyar las campañas contra la guerra. En el exterior Reuther fue el más conocido y más querido de los líderes laborales estadounidenses en muchos países no alineados. En la India, y ante una gran audiencia, dijo que la política exterior estadounidense en Asia ponía un énfasis indebido en el poder militar buscando "aliados militares dudosos" y descuidando a los "verdaderos amigos democráticos".

En los años 1950, y debido a este tipo de actividades, Reuther se había ganado gran número de enemigos políticos dentro de la escena nacional. Durante la campaña presidencial de 1956 el vicepresidente Richard Nixon les dijo a sus partidarios republicanos que "el hombre a batir" no era el candidato presidencial Adlai Stevenson, sino el líder de la UAW, debido a su poder organizativo y su "gran dinero". En 1958, en una reunión del partido, el senador Barry Goldwater declaró que la UAW-CIO era una amenaza más peligrosa para América... que la que cualquier Rusia Soviética podía representar". Otros miembros del Congreso avisaron del "sueño de Reuther de establecer un gobierno socialista de los trabajadores en los Estados Unidos". Un anexo de dos páginas del *Wall Street Journal* (22/9/58) decía en un titular de una pulgada de alto: "¿VAMOS A DEJAR QUE REUTHER LO CONSIGA?" El artículo advertía: "Walter Reuther está listo para controlar el Congreso. El movimiento de los Trabajadores Americanos se ha convertido en un movimiento político cuyo objetivo es establecer un gobierno socialista de los trabajadores para controlar la economía y la vida social de esta nación". Como señalaría Victor, por sus actividades tanto dentro como fuera del país, "la derecha nunca perdió su violenta amargura contra Walter".

La venganza de Hoover

El jefe del FBI, J. Edgar Hoover, ciertamente nunca perdió esa violenta amargura, acechando a Walter durante cuarenta años, utilizando informantes anónimos y equipos de control ilegales. Reuther tuvo relaciones amistosas con varios presidentes demócratas que recomendaron su nombre para cargos en consejos y comisiones presidenciales. En todos los casos Hoover bloqueó con éxito los nombramientos haciendo

circular secretamente falsas informaciones a la Casa Blanca y a los miembros del Congreso, presentando la carta "Para una América Soviética" y el testimonio de individuos que acusaban falsamente a Reuther de afiliación comunista.

Tanto la CIA como el FBI vigilaban los viajes de Reuther al extranjero, tomando nota de sus comentarios públicos que "podían ser contrarios a la política exterior de los Estados Unidos". Durante la Segunda Guerra Mundial Hoover hizo preparativos para poner a los tres hermanos Reuther bajo custodia. Al final fue disuadido por John Bugas, jefe del FBI en Detroit.

En sus primeros días en Detroit, Walter había formado una alianza con los comunistas dentro del sindicato para combatir a las facciones laborales conservadoras y a los directivos de las compañías. Pero en 1938 anuló esta asociación y algunos años más tarde, después de obtener el control del consejo de la UAW, lanzó una purga contra los organizadores de la UAW que eran comunistas o estaban cercanos al partido. En 1949 jugó un papel clave en la expulsión de once organizaciones acusadas de estar dirigidas por los comunistas.

Durante años Reuther denunció al comunismo en cada oportunidad que se le presentaba, queriendo legitimar su propio estatus de leal americano. Como tantos en la izquierda, entonces y ahora, no se daba cuenta de que los que luchan por el cambio social a favor de los elementos menos privilegiados de la sociedad, sean o no comunistas siempre serán aborrecidos por las élites conservadoras. Para los industriales, financieros y líderes políticos no hay diferencia entre si sus intereses de riqueza y poder son amenazados por "comunistas subversivos" o por "americanos leales". La etiqueta de comunista se utilizó en los intentos de calumniar y deslegitimar a Reuther. Pero no fue la obsesión con el comu-

nismo la que les hacía odiar y temer a Reuther, sino la obsesión por mantener su lugar privilegiado en el estatus-quo político-económico.

Al mismo tiempo Reuther era crítico con el radicalismo de derechas. En 1961 el Fiscal General Robert Kennedy les pidió a él, a Victor y a Joseph Rauth, un abogado de la UAW, que investigaran a la ultraderecha (Reuther era amigo íntimo y consejero de los Kennedy). El informe resultante avisaba de elementos radicales de derechas dentro del ejército y urgía al presidente a pedir la dimisión de generales y almirantes que estaban envueltos en actividades políticas de derechas. El informe también acusaba a J. Edgar Hoover de exagerar "la amenaza interna comunista en cada ocasión", contribuyendo así "al lavado de cerebro del que se alimentaban los radicales de derechas".

Aunque inicialmente confidencial, el informe se hizo público más tarde. Podemos imaginar el impacto negativo que tuvo en Hoover y los altos mandos del Pentágono.

Ruptura final

Desde los primeros días de la fusión con AFL-CIO en 1955 existieron diferencias políticas irreconciliables entre Reuther y el presidente de AFL-CIO George Meany, un halcón de la guerra fría. Con Meany, AFL-CIO se alió con la CIA para reforzar los sindicatos conservadores y anticomunistas en otros países. Estos sindicatos, como los describe Victor, estaban dirigidos por gente "bien empapada de los jugos tanto de la CIA como de las corporaciones estadounidenses. Fue realmente un ejercicio de colonialismo sindical".

A principios de 1968 la UAW se separó de la AFL-CIO y unió sus fuerzas a los Camioneros y otros dos sindicatos más pequeños para for-

mar la Alianza por la Acción Laboral (ALA), con un número total de unos cuatro millones de miembros. Los Camioneros le dieron a Reuther manos libres en asuntos políticos y sociales. Con Nixon en la Casa Blanca y los bombardeos en Indochina alcanzando niveles sin precedentes, Reuther puso anuncios en los medios nacionales y apareció ante los comités del Congreso para denunciar la guerra y pedir un recorte drástico en los presupuestos militares. Mientras la AFL-CIO proclamaba su apoyo a la escalada de Nixon en la guerra y a su programa de misiles antibalísticos, el ALA ejercía presiones en contra de ambos.

La invasión de Camboya por parte de Nixon y la muerte de cuatro estudiantes en la Universidad del Estado de Kent movieron a Reuther –el día antes de su muerte– a enviar un telegrama a la Casa Blanca condenando la guerra, la invasión y "la bancarrota de nuestra política de fuerza y violencia en Vietnam". En 1970 Reuther era considerado más que nunca una amenaza para los políticos dominantes, colocándose en primer lugar en la lista de enemigos de Nixon.

El accidente fatal: Algunas evidencias inquietantes

Las luchas que Walter Reuther mantuvo durante su vida nos hacen prestar a las circunstancias de su muerte una atención que va más allá de la curiosidad superficial. He aquí algunas cosas a considerar:

Primero, como presidente del sindicato más grande del país Reuther tenía recursos para hacer prosperar sus causas en la escena nacional como pocos otros. Era un defensor extraordinariamente efectivo de la igualdad socioeconómica y un crítico declarado del complejo industrial-militar, la carrera armamentista, la CIA, el estado de la seguridad nacio-

nal y la guerra de Vietnam. Por todas estas cosas se había ganado la enemistad de las altas esferas.

Segundo, en los años anteriores al fatal accidente hubo intentos de asesinato contra Walter y Victor (Victor cree que el intento contra su vida fue realmente un mensaje para Walter). En cada uno de estos casos el estado y las agencias federales de la ley se mostraron descuidados en sus esfuerzos de investigación, algo que sugería la posibilidad de una connivencia oficial o al menos una tolerancia con los hechos criminales.

(En este contexto, se puede recordar que en enero de 1970, sólo tres meses antes del fatal accidente de avión, la Casa Blanca de Nixon pidió el expediente del FBI sobre Reuther. La llamada vino de Egil Krogh, un miembro del personal de Nixon que más tarde fue arrestado por ladrón en el caso Watergate. El expediente documentaba el papel primordial de Reuther en las organizaciones progresistas y anti-bélicas. En 1985, cuando el periodista William Gallagher le preguntó por qué había pedido Nixon ese expediente, Krogh fue evasivo, alegando carencia de memoria.)

Tercero, al igual que el sospechoso conato de accidente que había sufrido el año anterior, el accidente fatal tuvo que ver con un defecto del altímetro en el pequeño avión. Es una notable coincidencia que Reuther estuviera en dos aviones con la misma avería en ese breve espacio de tiempo.

Cuarto, la investigación llevada a cabo por el Consejo de Seguridad Nacional del Transporte (NTSB) sobre el fatal accidente de mayo de 1970 hizo surgir algunas evidencias preocupantes, por decirlo de una forma suave. Cuando los investigadores desarmaron el altímetro del capitán, encontraron no menos de siete anomalías.

Una de las más significativas fue la carencia de un tornillo en la caja del instrumento. El informe señala que con esa carencia "el altímetro hubiera leído una altura de 225 a 250 pies superior a la real". El tornillo "sujeta el brazo movible del calibre de aluminio cuando se calibra el instrumento. Las estrías dentro del agujero del tornillo estaban arrancadas y rotas y se observaron depósitos de partículas de aluminio sobre las estrías del tornillo... Los exámenes con rayos X revelaron que el tornillo de sujeción estaba en su lugar antes de ser desarmado el instrumento".[25] El informe no especulaba sobre quién o qué pudo aflojar el tornillo.

Haciendo pruebas para comprobar si el calor del choque pudo haber soltado el tornillo, los investigadores colocaron un mecanismo similar en un horno y lo calentaron durante dos horas a 1.100 grados Fahrenheit. "El tornillo estaba sujeto cuando lo examinamos". Cuando se le desenroscó, "se encontraron partículas de aluminio en sus estrías. El agujero mostraba estrías rotas similares a las del brazo calibrador del accidente", sugiriendo que la pérdida del tornillo del aparato de Reuther no había sido causada por el calor, sino que se había soltado por alguna manipulación humana.

El examen reveló otros seis defectos inusuales en el altímetro:

-Se había instalado un pivote incorrecto en el extremo de un eje.
-Un final de piedra había desaparecido del extremo opuesto del eje.
-Un anillo del mecanismo estaba colocado fuera del centro.

25. Consejo de Seguridad Nacional del Transporte, *Aircraft Accident Report, Executive Jet Aviation, Inc. Lear Jet L23A N434EJ Near the Emmet County Airport, Pellston, Michigan, May 9, 1970*. Adoptado: 22 de diciembre de 1970. Informe nº NTSB-AAR-71-3, Washington D.C. Todos los materiales y citas que se refieren directamente al accidente son de este informe, a menos que se indique lo contrario.

-Un segundo apoyo del eje posterior era incorrecto.
-Una sujeción de la cápsula neumática estaba instalada de forma errónea.
-Un final de piedra, que sujeta el eje dentro del mecanismo, estaba colocado fuera de su sitio.

Que este gran número de anormalidades pudieran coincidir accidentalmente en un solo altímetro es algo que parece casi imposible. Con notable falta de rigor, los investigadores llegaron a la conclusión de que "tales condiciones indudablemente causaron una fricción excesiva [en el mecanismo del altímetro]... El consejo cree que aunque las evidencias no sean concluyentes, al altímetro del capitán probablemente hizo lecturas incorrectas".

Hubo otros problemas. Los pilotos escogieron la pista 5, la única que estaba iluminada. Pero carecía de luces de identificación y de indicador de aproximación visual (VAPI). El VAPI les da a los pilotos el ángulo adecuado de vuelo y les ayuda a determinar si están demasiado altos o demasiado bajos. La pista principal, la 23, estaba equipada con VAPI, pero una de las luces de cabecera no funcionaba. Normalmente a los pilotos se les notifica si una luz está fuera de servicio en la pista principal. Esto no se hizo, lo que sugiere que quizá la luz se había roto en un momento cercano al aterrizaje. ¿Por qué la pista 5 carecía de luces de identificación y de VAPI? ¿Por qué esta pista deficiente era la única que estaba iluminada, invitando a los pilotos a elegirla? ¿Por qué la luz de la 23 no estaba operativa y no se advirtió de ello? El informe del NTSB ni pregunta ni responde a estas cuestiones.

En su resumen previo el informe del NTSB pone énfasis en la "carencia de indicadores visuales" como causa del accidente. El contenido del informe sin embargo pone más énfasis en el fallo del altímetro,

señalando que ante la ausencia de suficientes indicadores visuales "el uso del altímetro es una necesidad". Un "altímetro que lea demasiado alto" pudo haber causado el error del piloto al pensar que tenía suficiente altitud para hacer un aterrizaje seguro. "En vista de las condiciones del altímetro del capitán, tal situación es altamente posible".

Aparte del altímetro, el informe no encontró otros defectos en el avión. El jet Lear "estaba debidamente certificado y en condiciones para volar" y "no hubo en el avión ningún mal funcionamiento previo al accidente".

Tampoco hubo evidencias de incapacidad o error de la tripulación. Informes médicos previos y exámenes post mortem del piloto y del primer oficial no revelaron ninguna enfermedad o incapacidad física que hubiera podido afectar a su comportamiento. El capitán George Evans tenía más de 2.000 horas de vuelo en jets Lear y más de 140 horas en los tres meses previos. Y ambos pilotos habían volado al aeropuerto de Pellston muchas veces y en condiciones mucho peores.

Un artículo de Associated Press publicado en el *New York Times* (16/7/1970) bajo el titular "NO SE ENCONTRÓ SABOTAJE EN EL ACCIDENTE DE REUTHER", afirmaba que el NTSB "dijo hoy que no hay ninguna indicación de sabotaje que explique el accidente del taxi aéreo". El artículo del *Times* estaba muy equivocado. De hecho el informe final del NTSB no dice una palabra sobre si hubo o no sabotaje. Señala cómo numerosos defectos inusuales en el altímetro pudieron haber causado su mal funcionamiento, pero no dice nada sobre qué causó los propios defectos (excepto que desecha el calor como factor que pudiera haber soltado el tornillo). El informe no se cuestiona si el altímetro estaba manipulado, aunque suministra gran cantidad de evidencias que lo sugieren. En efecto, los investigadores ignoran sus propios

hallazgos dejando a la prensa que anuncie que no se encontró nada sospechoso.

A primeras horas del día del fatal accidente, el mismo maldito jet Lear llevó al popular cantante e indudable hombre de derechas Glen Campbell, que había volado a Detroit sin que se detectara ningún fallo en el altímetro. Victor Reuther señaló que hubo suficiente tiempo entre los dos vuelos para manipular el altímetro. También señaló que por tener tantos clientes y diferentes pilotos los aviones de alquiler se inspeccionan con una atención y frecuencia inusuales. Los pilotos lo demandan. En una entrevista del 27 de julio de 1995 un portavoz de la Asociación de Propietarios y Pilotos de Aerolíneas afirmó que la aviación civil utilizada para propósitos comerciales lleva a cabo rigurosos programas obligatorios de inspección. En suma, es inconcebible que un altímetro con siete defectos no se haya podido detectar en las inspecciones anteriores al vuelo.

¿Existieron tales inspecciones? Si fue así, ¿quién las hizo? Si no, ¿por qué no? El informe del NTSB nunca hace estas preguntas. No se cuestiona sobre cuándo fue inspeccionado el altímetro por última vez. Victor Reuther comentó: "Nunca estuve convencido de que hubiera una investigación completa por parte de las autoridades federales... Ha habido demasiados atentados directos contra la vida de Walter y demasiadas evidencias de manipulación en el avión de alquiler".[26]

En una entrevista posterior con nosotros Victor añadió:

> "La animosidad del gobierno ha estado presente durante mucho tiempo [antes del fatal accidente]. No fue sólo la postura de Walter ante Vietnam y Camboya lo que irritó a Nixon, sino también que yo había

26. Entrevista a Victor Reuther, 30 de enero de 1992.

descubierto algunos elementos de la CIA dentro del sindicato, y esto también lo asoció con Walter... Hay una línea muy fina entre la delincuencia y la CIA. Se entrecruzan mucho. Durante toda la vida de las relaciones laborales hay una historia sórdida de relaciones entre la industria, Hoover y la mafia... Se puede comprobar la relación entre los grupos corporativos de derechas y el sistema nacional de seguridad".

Indagar tales cosas no es tarea fácil. El FBI todavía se niega a liberar cerca de 200 páginas de documentos referidos a la muerte de Reuther, incluyendo la copiosa correspondencia entre Hoover y sus agentes de campo. Y muchos de los documentos desclasificados, algunos con cuarenta años de antigüedad, están totalmente borrosos. Es difícil saber en profundidad qué le preocupa a la seguridad nacional o por qué el FBI y la CIA todavía mantienen tanto secreto sobre la vida y la muerte de Walter Reuther.

La muerte de Reuther es una parte del truncamiento del liderazgo liberal y radical, que también incluye las muertes de cuatro figuras nacionales: el presidente John Kennedy, Malcom X, Martin Luther King y el senador Robert Kennedy, así como de docenas de líderes del partido de los Panteras Negras y de varias organizaciones comunitarias. Si la muerte de Reuther es parte de un amplio programa para decapitar y desmoralizar los movimientos de masas de nuestro tiempo, o si tal programa existe o no, son cuestiones que van más allá de lo que abarca nuestra investigación.

Es suficiente decir que la opinión de Victor, compartida por la hija de Walter, Elizabeth Reuther Dickmayer y otros miembros de la familia, de que la caída del avión no fue un accidente, suena a algo inquietantemente posible. A pesar de lo limitado de la investigación hay bastantes evidencias que sugieren que hubo juego sucio. La muerte prematura de este líder laboral progresista sugiere inquietantes preguntas

sobre la naturaleza criminal del poder del estado en lo que se supone que es una democracia.

4

TEORÍA POLÍTICA Y CONSCIENCIA

FALSA CONCIENCIA

Algunos observadores mantienen que todo lo que la gente considera de su interés en un momento cualquiera debe ser considerado como tal. Postular que hay individuos que a menudo pueden perseguir objetivos que realmente no sirven a sus intereses personales, de grupo o de clase, es presumir saber mejor que ellos lo que más les beneficia. Por eso, para evitar imponer las perspectivas o expectativas ideológicas de uno sobre los demás, el observador neutral debe considerar que lo que la gente identifica como de su interés es lo que realmente es de su interés, continúa el argumento.

La postura "neutral", sin embargo, descansa sobre un punto de vista irrealista y deliberadamente tosco sobre la forma en que la gente llega a sus propias creencias. Niega el hecho incontrovertible de que la opinión de la gente sobre temas y acontecimientos está sujeta a menudo a control social. Para juzgar lo que es de su interés están influidos por muchos fac-

tores, incluyendo el impacto de fuerzas sociales mayores que ellos mismos. En palabras de C. Wright Mill: "En lo que la gente está interesada no siempre es de su interés; las preocupaciones que tienen no siempre son las que realmente les acosan... No es que la gente pueda ser inconsciente de su situación; a menudo es falsamente consciente de ella".

Por ejemplo, si la gente en los Estados Unidos no manifiesta ninguna oposición al orden social existente o a alguno de sus aspectos principales, esto se considera la evidencia de un consenso nacional desarrollado libremente. Lo que se excluye a priori es la posibilidad de un consenso manipulado, un universo de las comunicaciones controlado, en el cual ciertas opiniones tienen una difusión generosa y otras –como muchas de las que se pueden encontrar en este libro– son ignoradas sistemáticamente, suprimidas o interpretadas falsamente.

Negar la posibilidad de una falsa conciencia es asumir que no hay adoctrinamiento, que no hay difusión de los valores conservadores ni control de la información y los comentarios, que no hay límites a los temas a ser considerados en el debate nacional, que no hay predeterminación de contenidos y que toda una gama de poderes no han ayudado a pre-estructurar cómo vemos y definimos nuestros propios intereses y opiniones.

De hecho, si no existe conflicto abierto entre dirigentes y dirigidos, puede ser por una de las siguientes causas:

Satisfacción por consenso: Los ciudadanos están contentos con las cosas porque sus intereses se están cumpliendo.

Apatía y carencia de percepción: La gente es indiferente a los asuntos políticos. Preocupados con otras cosas, no ven la relación entre los problemas de la política y su propio bienestar.

Desencanto y temor: La gente está insatisfecha pero se aviene de mala gana porque no ve la posibilidad de cambio o teme que el cambio empeorará las cosas, o teme a la represión que le caerá encima si se hace activista.

Falsa conciencia: La gente acepta el estatus quo sin darse cuenta de que existen alternativas válidas, ignorante de cómo sus dirigentes están violando sus intereses y de cómo están siendo perjudicados por lo que piensan que son esos intereses.

Los que están encantados con el orden de cosas existente nos querrían hacer creer que de las posibilidades anteriores solamente las tres primeras, relativas al consenso, la apatía y el temor, son condiciones de conciencia que se pueden estudiar empíricamente porque se supone que son las tres únicas que existen.

De hecho existen dos clases de falsa conciencia. Primero están los casos en los que la gente tiene preferencias políticas que realmente están reñidas con sus intereses, con lo que ellos mismos definen como sus intereses. Por ejemplo, hay ciudadanos con ingresos bajos que quieren incrementar su renta disponible pero que favorecen unos impuestos regresivos sobre las ventas en vez de unos impuestos progresivos sobre las rentas, porque entienden equivocadamente los efectos relativos de cada tipo de impuesto en sus bolsillos. El impuesto sobre las ventas realmente les cuesta más. Un nivel limitado de información o cierta cantidad de información errónea conduce a la gente a perseguir objetivos que van directamente contra sus propios intereses.[27]

27. El apoyo público a los límites en el cargo es un ejemplo de falsa conciencia. La gente percibe correctamente que muchos de sus líderes políticos no les sirven. Esta percepción la manipulan los conservadores, que no tienen interés en servirles, para inducir a la gente a querer eliminar a algunos de los que intentan representar sus intereses. Ver "El límite en el cargo: ¿truco o trato?", en páginas anteriores.

En el segundo caso de falsa conciencia, la forma en que la gente define sus propios intereses puede en sí misma trabajar contra su bienestar. Así ellos pueden pensar que apoyar las acciones de las tropas estadounidenses en Vietnam o Panamá o Irak puede cumplir con su interés de mantener a los Estados Unidos como superpoderoso líder del mundo. Pero la superpoderosa nación-estado, con sus enormes gastos en armas, sus pesados impuestos, su gigantesca deuda nacional, su olvido de los servicios sociales y su servicio militar obligatorio, puede estar disminuyendo, más que mejorando, la seguridad y calidad de sus vidas y la vitalidad de la nación.

Es posible demostrar que mucha gente apoya posturas o candidatos que violan sus intereses *declarados* y que mucha gente defiende intereses que van contra su propio bienestar.

Los que creemos que la falsa conciencia es una realidad argumentamos que las preferencias de la gente pueden ser en sí mismas un producto del sistema sociopolítico que trabaja contra sus intereses, y que sus intereses sólo se pueden definir legítimamente cuando la gente está completamente al tanto de sus elecciones vitales y su libertad y capacidad de escoger.

La negación de la falsa conciencia –por ser una imposición "ideológica" (léase "marxista")– lleva a los expertos en ciencias sociales de la corriente principal y otros fabricantes de la opinión a la conclusión de que no se debe hacer distinción entre las *percepciones* del interés y lo que podríamos llamar el interés *real* u *objetivo*.

Si aceptamos el punto de vista de que una preferencia expresada por cualquier individuo debe aceptarse como si fuera su interés verdadero, entonces no se puede hacer distinción entre los intereses que percibimos (que pueden deberse a desinformación o información deficiente) y

nuestros verdaderos intereses (que pueden ser difíciles de percibir por la carencia de una información segura, honesta y fácilmente asequible). El desarrollo de nuestros propios intereses y nuestra conciencia política en general puede estar atrofiado o distorsionado por la desinformación, la mala información y un estrecho pero altamente visible programa político que dirige las alternativas posibles. La reducción del interés a un estado subjetivo de la mente nos conduce, no a un empirismo más riguroso, sino a una tautología: "la gente actúa en su propio interés" se convierte en "la gente actúa según se la motiva a actuar". Todo lo que los individuos están motivados a hacer y creer, o no hacer y no creer, se considera en su propio interés porque, por definición, su interés es su condición motivadora.

El asunto entonces es que sin hacer juicios sobre las creencias de la gente podemos sin embargo preguntarnos sobre cómo llegan a esas preferencias más que tratarlas como algo dado irreducible e incambiable. Por ejemplo, los estadounidenses no están dotados de forma congénita de lealtad a un orden de competitividad, consumismo, militarismo, desigualdad económica y devastación medioambiental. La definición que dan a sus intereses está formada en gran medida por las fuerzas sociales que determinan sus posibilidades de vida. Y las posibilidades de su vida pueden estar limitadas por toda clase de fuerzas todavía más grandes que actúan más allá de su conciencia, especialmente cuando la llamada información imparcial que circula está en realidad profundamente sesgada y manipulada a favor de los poderes corporativos y los valores conservadores.

Se pueden ver ejemplos de falsa conciencia en todas partes. Hay gente con quejas legítimas como empleados, pagadores de impuestos y consumidores que dirigen su cólera contra las fuentes del bienestar pero

no contra la prosperidad de las corporaciones, contra los pobres de las ciudades pero no contra los ricos de fuera de ellas, contra los servicios sociales que la comunidad necesita pero no contra el sistema regresivo de impuestos que favorece a los ricos. Apoyan los presupuestos de defensa que engordan a los militaristas y a los contratistas corporativos y les desagradan más aquellos que protestan por la polución que los que realmente polucionan.

En su confusión son ayudados hábilmente por los comentaristas conservadores y traficantes de charlas odiosas que les suministran explicaciones a la carta para sus problemas reales, que atacan a las víctimas en vez de a los verdugos, que denuncian a las feministas y a las minorías más que a los sexistas y a los racistas, que denuncian a los pobres más que a las ricas corporaciones que con su rapacidad crean la pobreza. Así, a los pobres se les menciona como "el problema de la pobreza": a los efectos del problema se les considera como el problema mismo. A las víctimas del problema se las considera la causa, mientras los perpetradores son considerados inocentes o incluso benefactores.

¿Existe la falsa conciencia? Ciertamente sí, y en cantidades masivas. Es el sostén principal del conservadurismo reaccionario de los años 1980 y 1990. Sin ella, los que están en las alturas, quienes profesan una devoción por nuestros intereses mientras se sirven a sí mismos, se verían inmerosos en problemas realmente serios.

LOS DIVIDENDOS NO SON DERECHOS

Se ha señalado frecuentemente que las pruebas de inteligencia, que se supone son para medir la inteligencia innata, están plagadas de sesgos raciales, de género y de clase. Así, un joven urbano de renta baja que se enfrenta a una frase aparentemente inocua puede encontrarla insondable, sin darse cuenta de que es simplemente una forma que tiene la clase media de decir lo mismo.

Junto con los exámenes de inteligencia, las pruebas de Aptitud Escolar (SAT) también han sido criticadas. Me viene a la memoria una historia sacada hace años del *Washington Post* (28/4/89) señalando que el Centro de Estudios para las Mujeres Policías descubrió que el SAT tenía un sesgo en contra de la mujer. El centro informó de que una de cada siete preguntas favorecía a los hombres sobre las mujeres, especialmente en cuestiones sobre deportes, ciencias, la guerra y los negocios. Una historia más reciente del *New York Times* (26/5/93) reiteraba esa acusación de sesgo de género.

Una proclama del SAT es que está diseñado para predecir los resultados de un estudiante en el colegio. No es cierto. Los hombres obtienen mejores resultados en el SAT que las mujeres, aunque las mujeres alcanzan luego calificaciones más altas tanto en el colegio como en la escuela superior. Pero debido a las diferencias en los resultados del SAT,

las mujeres tienen menos posibilidades de entrar en programas de becas y otros programas escolares.

Estando de acuerdo en que en el SAT hay un sesgo de género, podemos también preguntarnos sobre el sesgo político-económico de dichas pruebas. Lo que captó mi atención fue un ejemplo ofrecido en el artículo del *Post* sobre las preguntas que favorecían a los hombres. Los hombres parecen más capacitados para contestar correctamente a la comparación: "Los dividendos son a la Bolsa como los derechos son al escritor". De acuerdo con el SAT la respuesta correcta es "cierto". Presumiblemente tanto los dividendos como los derechos se ven como una renta, mientras que el accionista y el escritor son los respectivos productores de renta.

Espera un minuto, pensé. ¿Qué es lo que hay de correcto en ese paralelismo? Una idea como esa es la que lleva a alguna gente a acusarme de ser un "capitalista" porque cobro derechos por mis libros. Pero la renta que proviene de la propiedad de acciones es algo aparte de los salarios o derechos ganados con el trabajo duro. ("Derechos" es algo análogo a dividendos sólo cuando se refiere a beneficios sobre las tierras, el petróleo y los minerales que van a los propietarios de esas tierras, algo muy diferente de los derechos que van a los escritores.)

Los dividendos de las acciones representan beneficios de la inversión del capital, dinero que consigues sin trabajar. El autor de un libro no obtiene beneficios de su libro. Ella o él ganan una renta por el trabajo de escribirlo, proporcionalmente mucho menos que las sumas que ganan los propietarios de la editorial y que no han participado en la escritura. De igual modo, los que hacen los otros trabajos necesarios, como editar, hacer las pruebas, imprimir y comercializar el libro tampoco reciben beneficios. Se les paga una parte del dinero que el libro

generará y, como al escritor, esa parte será menor que el valor añadido al libro por su trabajo.

La suma que va a los *propietarios* son beneficios, son los dividendos de las acciones que poseen de la casa editorial. Es una porción del valor añadido a la mercancía por el trabajo de otros. Es lo que los impresos federales de impuestos acostumbran a llamar "renta no ganada" y por una buena razón. De nuevo –esto no se puede decir demasiado a menudo– los beneficios son lo que uno obtiene cuando *no* trabaja. Esto explica por qué, en la mayoría de los casos, el secreto de hacerse rico no está en trabajar duro, sino en hacer que otros trabajen duro para ti.

Aunque a las corporaciones se las llama a menudo "productoras" la verdad es que no producen nada. Son aparatos organizativos para la expropiación del trabajo y la acumulación de capital. Los verdaderos productores son los que emplean su cerebro, su fuerza y su talento en la creación de mercancías y servicios. A los capitalistas les gusta decir que están "poniendo a trabajar su dinero", pero el dinero como tal no puede crear más riqueza. En sí mismo ni todo el dinero del mundo puede construir una casa o cosechar un campo. Incluso respecto a lo que se llama "capital productivo", las máquinas y otros mecanismos o tecnologías no pueden producir nada por sí mismas. Necesitan el trabajo humano para hacerlas productivas y son en sí mismas el resultado de otro trabajo humano previo.

Lo que los capitalistas quieren decir realmente cuando hablan de "poner su dinero a trabajar" es que están poniendo a trabajar a los seres humanos, pagando a los trabajadores menos salario que lo que realmente producen en valor, absorbiendo por tanto la plusvalía para sí mismos. La "plusvalía" no es sólo un concepto marxista sino una realidad de la vida, tanto que los propios capitalistas hablan de "valor añadido",

que tiene más o menos el mismo significado que la plusvalía: el valor que los trabajadores añaden al producto por encima del salario que se les paga y del resto de los costes de producción.

Esta expropiación del valor creado por el trabajo es el desgarro más grande que padece la clase trabajadora (incluidos los escritores). Mientras que es muy fácil para todos nosotros ver el dinero que se nos lleva el gobierno en forma de impuestos que se deducen de lo que nos pagan, es menos fácil ver la riqueza mucho mayor que se nos quita en la forma de valor creado por nuestros esfuerzos y que se embolsan aquellos que no trabajan.

Típicamente, en una jornada de trabajo de ocho horas, el valor de los productos que los trabajadores crean en las primeras dos horas de trabajo es igual a sus salarios. Durante las siguientes seis horas todo lo que crean es plusvalía de la que se beneficiarán los accionistas y otras personas que no trabajan. Es esta plusvalía (o valor añadido, como a la dirección le gusta decir) la que supone el beneficio de los capitalistas, después de pagar los costes adicionales, los intereses de créditos, la publicidad y los pocos impuestos que suelen pagar.

El *Censo de Fabricantes* elaborado por la Oficina del Censo de los Estados Unidos informó que en 1987 los trabajadores de veinte industrias manufactureras produjeron un promedio de valor de productos de 95.519 dólares por trabajador y año, o 1.837 dólares a la semana. Sin embargo el salario que se les pagó fue sólo de 394 dólares a la semana. Así que después de los 64 dólares descontados por los impuestos a los propios trabajadores queda una plusvalía de 1.443 dólares que se embolsaron los propietarios. Esta constante y masiva transferencia de riqueza de los que la producen a los que se la embolsan explica por qué los bienes de los cuatrocientos americanos más ricos son de 300.000

millones de dólares, mientras que los de los ciento cincuenta millones de estadounidenses más pobres son cero.

Este proceso de expropiación del valor explica por qué los propietarios de las grandes editoriales comerciales de libros, periódicos y otras publicaciones disfrutan de una riqueza tan inmensa, mientras que la mayoría de los escritores viven en un nivel de subsistencia. En 1975, cuando yo publiqué un artículo en el *New York Times*, me pagaron 150 dólares. Ocho años después publiqué otro artículo en el *Times* y, a pesar de la inflación, de nuevo me pagaron 150 dólares. Hoy, casi dos décadas después de mi primera aparición en esa ilustre publicación, la tarifa sigue siendo 150 dólares. Obtuve la misma suma por otro artículo publicado en *Los Angeles Times*. Lo que es más, ninguno de estos periódicos –ni la mayoría de las otras publicaciones– pagan a los autores por la reproducción de esos trabajos. Eso significa que un trabajo puede ser reproducido por otras publicaciones que sí pagan derechos al *Times*, pero el autor de eso no ve ni un penique. Algunas de las principales revistas, conocidas como las "grandes astutas", no sólo han congelado sus tarifas, sino que las han reducido con los años. Olvidémonos de intentar compensar la inflación; los escritores que van por libre no pueden ni mantener sus ganancias de los años 1970, ni siquiera sin contar la inflación.

Para tener una idea de lo pobremente pagados que están los escritores, consideremos lo siguiente. En una reunión en Washington D.C. de la Unión Nacional de Escritores, el presidente pidió que alzaran la mano aquellos que habían ganado más de 5.000 dólares con sus escritos en el año anterior. De unas treinta personas yo fui el único que alzó la mano, y eso porque tuve la suerte de tener un libro de texto que habían adoptado algunos colegios.

Los escritores podrían hablaros de sus muchos motivos de queja, sobre editores que mienten sobre las cifras de ventas, sobre manuscritos aceptados que nunca se publican, sobre fechas de publicación de libros que se posponen hasta tres o cuatro años, sobre libros que se publican sólo para luego retener deliberadamente su distribución –"privatizar", le llaman–, generalmente porque el editor decide que el libro es políticamente inaceptable. Los escritores os pueden hablar sobre pagos y derechos que nunca se reciben, sobre artículos completamente reescritos o corregidos por editores de torpe estilo. Y también sobre grandes revistas y grandes editoriales que se han hecho ricas con su trabajo.

Así que una analogía correcta sería: "Los dividendos son a las acciones como los beneficios al editor". Dejemos al escritor fuera de eso, a menos que queramos decir: "Los salarios son a los trabajadores como los derechos a los escritores". Repito: Los autores hacen dinero de su propio y duro trabajo, y generalmente no mucho. Al contrario que el editor, no invierten dinero en sus libros porque no tienen capital que invertir. Como los lectores de pruebas, impresores y vendedores, los escritores crean valor a través de la aplicación directa de su trabajo físico y mental. Una parte del valor que crean redunda en ellos. El resto va a los inversores.

Lo que el artículo del *Washington Post* y el estudio del que informaba omitieron fue el sesgo político y de clase de esa pregunta del SAT. La respuesta "correcta" es cierta sólo si aceptamos la presunción ideológica capitalista que considera lo que se embolsan los inversores como algo idéntico al valor de la creación de los escritores. Ambos, inversor y escritor, supuestamente están "trabajando" en asociación para crear "ganancias". Que se lo digan a Forbes, no a nosotros, escritores mal pagados.

El *Post* cita a un juez del estado de Nueva York: "Después de una cuidadosa revisión de las evidencias, este tribunal concluye que las calificaciones del SAT reflejan los resultados académicos del estudiante no más que el libro de fotos del año refleja su experiencia en la escuela superior". Bien dicho. Todo lo que me gustaría añadir es que al menos una de las preguntas del SAT refleja el sesgo ideológico y la desinformación del sistema capitalista, aunque éste nunca ha sido denunciado por las investigaciones al respecto.

CIENCIA FICCIÓN POLÍTICA

La ciencia es algo más (y algo menos) que la persecución desapasionada del conocimiento. La manera en que se elabora la información científica viene muchas veces predeterminada por el clima ideológico reinante. Durante siglos los científicos han pagado caro el mantener unos puntos de vista iconoclastas y a menudo sus opresores han sido otros científicos que trabajaban en connivencia con los poderes establecidos de la sociedad.

Respecto al estudio de la política y la sociedad, los puntos de vista establecidos predeterminan el campo de discusión, dejando al margen perspectivas alternativas y permitiendo por tanto que algunas importantes cuestiones científicas permanezcan sin examinar o que lo hagan por mandato más que por un intercambio libre de evidencias e ideas. A decir verdad, la ortodoxia ha permanecido incontestada. En el campo de la ciencia política, por ejemplo, hay muchas ventanas. Pero algunas de ellas son más fáciles de abrir que otras. Y los expertos en ciencias políticas disidentes que han buscado un *aggiornamento* han tenido que luchar duro.

Hoy existen más y más diversos campos de estudio en las ciencias políticas que nunca, lo cual no es decir mucho. Aunque la ortodoxia empiece a ser discutida, todavía rige. Lo que sigue a continuación es mi

opinión sobre las principales disputas que han surgido en las ciencias políticas. Mucho de lo que se dice aquí también es válido para la sociología, la economía, la psicología y otras ciencias sociales.

Mirando hacia atrás: Del Tradicionalismo al Comportamentismo

En el periodo anterior a la Segunda Guerra Mundial la orientación predominante en las ciencias políticas, y en menor extensión en otras ciencias sociales, podría ser descrita como no teórica y no sistemática. Los conceptos raras veces eran operacionales y los métodos y los datos se trataban desordenadamente. El objetivo de la investigación a menudo estaba poco claro. Generalmente la carga de la investigación era descriptiva e informativa más que abstracta y teórica. El enfoque se hacía usualmente sobre instituciones específicas más que sobre los procesos que las cruzaban. Por esta razón los practicantes de este sistema a veces eran descritos como "institucionalistas".

Los expertos en ciencias políticas estudiaban los acontecimientos, los temas, los líderes políticos y la política con poca idea de construir teorías de liderazgo, de toma de decisiones u otros asuntos generalizables. Igualmente, en la sociología y en la antropología –o en la primitiva etnología– generalmente se estudiaba a un grupo o a una tribu con la esperanza de informar de algo interesante sobre sus costumbres, pero poniendo poca atención en sus relaciones sociales o en su cultura en un sentido más amplio. En resumen, el principal enfoque era ideográfico, esto es, sobre algo concreto y particular, más que nomotético, sobre el fenómeno generalizable que se supone que la ciencia moderna debe descubrir para avanzar en nuestra comprensión y en nuestra habilidad para generalizar y predecir.

Para ser exactos, hace más de medio siglo había intelectuales, como los expertos en ciencias políticas Arthur Bentley y Charles Merriam y el sociólogo W.I. Thomas, que con palabras y ejemplos mostraban a sus colegas cómo ser empíricos en la aproximación y teóricos en el propósito. Pero eran excepciones. En la época anterior a la guerra, como proclamarían más tarde los críticos comportamentistas, los teóricos eran de sillón y su juego era "hilar teorías" más que construirlas.

La época de Eisenhower, en los años 1950, fue testigo de la aparición y rápido triunfo de lo que se ha llamado el enfoque "comportamentista" en la política y en las ciencias sociales. El énfasis se movía ahora desde lo ideográfico a lo nomotético, de la descripción al análisis sistemático y la construcción de la teoría. Los fenómenos políticos y sociales se estudiaban no principalmente por su poder intrínseco, sino con el propósito de extraer hipótesis científicas y teorías que pudieran ser útiles para futuras investigaciones o para la comprensión global de fenómenos políticos. Se estimularon los enfoques interdisciplinarios y los científicos políticos aprendieron a recurrir a otros campos y a poner gran énfasis en la cuantificación y en la prueba rigurosa de las hipótesis, de forma que se minimizaran las impresiones subjetivas.

Los comportamentistas iban a evitar hacer juicios de valor sobre sus temas. Su tarea no era juzgar o criticar el mundo, sino estudiarlo. Conocidos científicos políticos tradicionales como James McGregor y E.E. Schattschneider todavía podían escribir libros titulados, respectivamente, *El Congreso, a juicio* y *El pueblo semi-soberano*, pero los estudios comportamentistas del Congreso y los grupos de interés no serían lo que los títulos sugerían, y se concentraron en una delineación sistemática del proceso como tal. Las cuestiones sobre el valor normativo de los fenómenos estudiados se dejaban para los filósofos morales. Los científicos

del comportamiento podían desear hablar de estos temas, pero sólo podían hacerlo como ciudadanos privados y no en su faceta de científicos.

El impacto comportamentista desapareció pronto de la profesión. Las publicaciones académicas, laboriosas exégesis escritas con gran paciencia y casi con pluma de ave dieron paso a estudios esquemáticos, cuantificados, producidos por equipos de investigación computerizados. La misma tendencia podía observarse en la sociología. Si en los años 1940 el estudio de un grupo vecinal de una calle de Boston se titulaba –como el libro de William Foote Whyte– *La sociedad de la esquina*, ahora la investigación sobre estos grupos callejeros era más normal que se llamase: "Teoría simple, modelos interactivos, resolución del estatus y papel de los conflictos: El caso del grupo de la calle como pequeño grupo paradigmático".

A principios de los años 1960 los comportamentistas vinieron a ocupar los lugares más altos de la disciplina. En poco tiempo pareció que cada departamento de ciencias políticas tenía que tener un "cuantificador". Sería erróneo asumir que esta ascensión se consiguió simplemente por medios intelectuales. Muchos factores que no tenían nada que ver con lo intelectual ejercieron un efecto decisivo, principalmente el enorme apoyo financiero dado a los comportamentistas por fundaciones, gobierno, corporaciones, etc., que vieron las ciencias del comportamiento como algo útil para ellos.

A principios de los años 1960 sólo el Pentágono estaba gastando unos 25 millones de dólares al año en lo que denominaba "investigación de ciencias sociales". Unos 14 millones fueron a reductos de la defensa del pensamiento como la Rand Corporation, el Instituto de Análisis de la Defensa y la Corporación para el Análisis de la Investigación. Otros

diez millones fueron cada año a las universidades y sus departamentos de investigación. Y aproximadamente 50.000 dólares fueron a sectores de "ciencias sociales" mantenidos por firmas industriales. Además de éstos, estaban los millones dados por las fundaciones y las sumas menores pero sustanciales provenientes de los recursos universitarios, donaciones individuales y negocios privados.

Estimulados por esta esplendidez surgieron una vasta gama de "centros", "institutos", "proyectos", "consejos" y "programas", que ofrecieron una cantidad de dinero nunca vista hasta entonces. El dinero iba a equipos interdisciplinarios de comportamentistas que producían estudios elaborados sobre asuntos tales como el soldado americano, el comportamiento de voto en el país y en el extranjero, la toma de decisiones en común, los señuelos del comunismo, las desviaciones sociales, las protestas estudiantiles, los disturbios urbanos, los sistemas de dirección, las campañas de ahorro, las campañas de reclutamiento militar, las técnicas de presión, los sistemas culturales del sudeste asiático y la insurgencia y la contrainsurgencia en nuestro país y en el exterior.

Si de lo que se traba era de desarrollar nuevas técnicas para hacer la carga impositiva menos visible o a los consumidores más dispuestos, o hacer más sumisos a los trabajadores, a los estudiantes o a los latinoamericanos, allí estaban los equipos de científicos sociales –con los científicos políticos entre ellos–, con sus brillantes y a veces despiadadas ideas –y sin conculcar nunca las premisas ideológicas ni los intereses de sus patronos– sirviendo fielmente a los objetivos deseados por los que pagaban tan bien su talento. Su tarea no era cambiar el mundo, sino ayudar a los que estaban en el poder a controlarlo. Así, el Comité Asesor de Programas del Gobierno en las Ciencias del Comportamiento informaba orgullosamente en 1968: "Las ciencias del comportamiento

son una fuente de información, análisis y explicación importante sobre el comportamiento individual y de grupo, y por tanto un instrumento esencial y cada vez más relevante para el gobierno moderno".

En la primavera de 1983, Joseph LaPalombara, un doctor en ciencias políticas de Yale señalaba en *PS* (una de las publicaciones de la Asociación Americana de Ciencias Políticas-APSA-), que los intelectuales podían ser útiles a los bancos y a las corporaciones, ayudándoles a determinar cómo las condiciones políticas en el extranjero podían afectar a la seguridad y rentabilidad de sus inversiones. "Ha pasado el tiempo en el que los bancos y las corporaciones que operan en el exterior podían apelar a los gobiernos de los países y a sus diplomáticos y/o barcos de guerra para mantener a raya a los inquietos nativos", escribió. Ahora deben ocuparse de esos "inquietos nativos" sobre una "base bien informada", y de ahí el florecimiento del "análisis de riesgo político". Si los científicos políticos tenían que ser útiles a los que LaPalombara describe admirativamente como "banqueros inteligentes y directores corporativos", debían estar preparados para aplicar sus teorías sobre sacudidas políticas, estabilidad e implantación política, de forma que sirvieran a las necesidades de obtener beneficios de las transnacionales. Por tales servicios el gran negocio estaba dispuesto "a gastar un buen dinero". "Es un fuerte reto", anunció LaPalombara.

Las corporaciones y bancos no eran los únicos interesados en las técnicas de análisis del comportamiento. En la *Personnel Service Newsletter* de APSA de enero de 1983, la CIA avisaba que los "analistas que trabajan en áreas de cambio político en el Tercer Mundo... deben centrar su interés en los cambios sociales, las organizaciones revolucionarias y la capacidad de respuesta de los regímenes".

Aun no siendo mayoría en la profesión, los comportamentistas fueron los que, con sus investigaciones, fondos, puestos en los consejos y control sobre la formación y los funcionarios y publicaciones de APSA, definieron la dirección de la profesión, sus objetivos, sus límites ideológicos implícitos y sus niveles de éxito profesional.

El reto post-comportamentista

A finales de los años 1960, una época de agitación política, los científicos políticos disidentes empezaron a hacer notar que había importantes acontecimientos que estaban siendo ignorados por parte de la disciplina. Los más activos de los críticos "post-comportamentistas", como les llamó David Easton, se organizaron en el Grupo de la Nueva Ciencia Política. Algunos de ellos querían que las ciencias del comportamiento se utilizaran como instrumento de los pobres y desposeídos en vez de a favor de los ricos y poderosos. Otros eran simplemente *luditas* que querían terminar con la fantasía de las nuevas computadoras y la jerga estadística y volver al inglés llano. Algunos querían que la ciencia política prestara una atención más seria a las cuestiones de valor. Otros sentían que las ciencias del comportamiento estaban ya plagadas de valores escondidos y conservadores. Lo que sigue son las que yo considero algunas de las críticas más importantes del comportamentismo hechas por los post-comportamentistas.

Primero, en su búsqueda de la nomotética los comportamentistas tienden a poner un énfasis indebido sobre el proceso y a mostrar indiferencia por el contenido de los acontecimientos políticos y los sistemas. Los procesos, abstraídos de su contenido, tienden a tratarse de un modo reduccionista y a-histórico. Puede ser cierto que tanto Napoleón como su ayuda de cámara estuvieran ocupados en un proceso de toma de deci-

siones, uno respecto al imperio y el otro respecto a la casa. Ambos organizaban personal, decidían prioridades, gestionaban los recursos y comprobaban qué cosas se hacían. Quizá podría llegarse a un modelo que cubriera las actividades de ambos, pero al hacerlo así se ocultarían las diferencias de la sustancia histórica, que tiene un significado más grande que las pautas generalizables de un proceso. Una teoría de la toma de decisiones tratada de este modo sería algo que nos haría llegar a conclusiones sin sentido. Realmente existe la cuestión de si el proceso mismo está siendo entendido de forma apropiada cuando está tan completamente divorciado del contexto, del interés del poder y de sus propósitos.

Segundo, como las metodologías comportamentistas se hicieron cada vez más elaboradas y complejas, los problemas estudiados parecían ser cada vez más limitados e insignificantes. La propia demanda de precisión del método imponía límites a la clase de temas que se podían tratar. Así parecía que la montaña metodológica daba a luz un ratón intelectual, una proliferación de lo que en la escuela de grado solían llamarse estudios de "cuanto más grande es la concurrencia, mayor es el voto".

Tercero, habiendo adoptado los instrumentos de la ciencia, los comportamentistas dan la impresión de que su enfoque es más riguroso de lo que realmente es. Alguien que haya trabajado con modelos estadísticos y otros materiales parecidos debería apreciar lo ambiguo, elástico y poco concluyente de la mayoría de los "datos crudos". La precisión y objetividad del comportamentismo es más una apariencia que una realidad.

Cuarto, en su deseo de mantener la apariencia de neutralidad científica, los comportamentistas a menudo han seleccionado temas de estu-

dio neutrales y no controvertidos. Si la política, como dijo Marx, tiene que ver con "las furias del interés privado", nunca podríamos deducir esto de la clase de artículos aburridos publicados en lo que se supone que son los principales periódicos académicos. En vez de neutralizar al investigador los comportamentistas neutralizan sus propios temas. La jerga altamente abstracta deja la impresión de que el observador es independiente y neutral, cuando, de hecho, es el tema el que ha sido diluido, a menudo a costa de su propio significado.

Quinto, el énfasis sobre el proceso hace que los comportamentistas pasen por alto los efectos sociales de muchas políticas. Frecuentemente consideran los resultados como juicios de valor atrayentes del tipo de los que dicen no querer hacer. Sin embargo, la mayoría de sus críticos no les han preguntado por las evaluaciones, sino por las descripciones sistemáticas de las repercusiones políticas: ¿Quién se beneficia y quién paga? ¿Por qué y cómo? ¿Qué nos dice esto sobre la distribución del poder y el funcionamiento de la democracia? ¿Cuál es la relación entre el poder económico y el político, entre la democracia y el capitalismo? Y otras preguntas por el estilo. Hay, después de todo, una diferencia entre los juicios de valor sobre fenómenos empíricos y el estudio de actividades políticas cargadas de valor hecho de una forma empírica. El deseo de evitar lo primero no nos debe hacer olvidar lo segundo.

Sexto, hay de hecho toda clase de juicios de valor escondidos en la investigación comportamentista. Muchos de sus escritos asumen que todo el sistema político es benigno. Además se presume deseable un sistema de funcionamiento suave. El ansia de los comportamentistas por poner su ciencia al servicio del gobierno, los militares y los empresarios descansa sobre este hecho no reconocido. Algo que incrementa la habilidad del sistema para predecir y controlar el comportamiento social que

puede ser preocupante para los intereses de la clase dirigente se convierte en algo positivo.

La aceptación no reconocida de las cualidades presumiblemente benéficas de nuestro sistema político-económico permite a los comportamentistas desechar importantes modos de investigación empírica por considerarlos desviaciones ideológicas de la ciencia.

Radicales contra centristas

No mucho después de que se formara el Grupo para una Nueva Ciencia Política quedó claro que la crítica post-comportamentista era realmente radical, dirigida no tanto a un modo de investigación particular como a la ortodoxia ideológica compartida por muchos comportamentistas y tradicionalistas. No era la metodología sobre el comportamiento la que impedía a los científicos políticos estudiar los aspectos antidemocráticos y plutocráticos de la política de los Estados Unidos (aunque, como ya se ha señalado, ciertas técnicas comportamentistas alentaron un enfoque estrecho y conservador de la investigación). Más bien era la creencia política centrista de aquellos que aplicaban la metodología. Los métodos estadísticos no deben desacreditarse, pero ¿por qué se usaban sólo para cuestiones que entraban dentro de los confines de la ideología centrista? El estudio de casos era útil, pero ¿por qué se estudiaban sólo cierto tipo de casos? Un enfoque interdisciplinario era útil, pero ¿por qué centrarse tanto en la psicología mientras se ignoraba la economía? ¿Por qué dejar la política económica a los economistas centristas que circunscribían ese tema al ensalzamiento de los políticos? El efecto final era que las cuestiones esenciales, tanto de la política como de la economía –especialmente las relativas al poder de clase–, permanecían sin tocar.

Hoy día, las ideologías preconcebidas centristas siguen prefigurando el programa de las ciencias sociales. En los análisis de política exterior la presunción sobre el objetivo benevolente de las intervenciones americanas sigue sin ser cuestionado. Se asume que el "capitalismo democrático" tiene un referente empírico y no es algo ideológico o un término propagandístico. Las principales características del orden social político-económico se consideran algo neutral, que no tiene relación con el poder de clase.

Los radicales no se quejan de que los centristas estén evadiendo importantes cuestiones de valor, sino de que su trabajo está plagado de valores que no se examinan porque se consideran verdades empíricas, mientras que las hipótesis empíricas introducidas por los radicales y que incomodan a los centristas se desprecian por considerarlas polémicas o meros juicios de valor.

Los centristas proclaman ser no partidarios y apolíticos. Pero determinar lo que es ser no partidario es en sí mismo un asunto altamente partidario. Los radicales argumentan que los científicos políticos de la corriente principal son "no partidarios" sólo en cuanto que su compromiso ideológico con el capitalismo liberal y su posición interesada dentro de ese sistema se explica raras veces. Realmente sus intereses ideológicos van mejor servidos negando la existencia de tales intereses.

En cambio los centristas acusan a los de izquierdas de fracasar en su intento por mantener cierta distancia ante los asuntos políticos, así como de estar motivados por preocupaciones partidarias. Cuando en verdad, son los propios centristas quienes han estado metidos hasta las cejas en asuntos partidarios. Ya señalamos la invitación directa que hizo LaPalombara para que los científicos políticos ayudaran a los grandes inversores ante posibles situaciones problemáticas en el exterior. Duran-

te años, eminentes miembros de la profesión se jactaron de cómo los científicos políticos servían a los intereses de los ricos y poderosos. En las ceremonias de entrega de los premios Pi Sigma Alfa –a los científicos políticos que hacen contribuciones significativas "para reforzar la relación entre la ciencia política y el servicio público"– los oradores citan orgullosamente los nombres de los muchos colegas que ocupan cargos públicos, que trabajan en campañas políticas o desempeñan otros cargos de responsabilidad. Parece que no hay nada malo en el activismo político mientras sea dentro de la corriente principal y no sea crítico con ella.

Los centristas nunca se preocupan de justificar este doble rasero. Tampoco explican cómo hacen para evitar ellos mismos la injerencia política en su ciencia, cuando de forma asidua –e incluso orgullosa– están haciendo que su ciencia injiera en la política. Lo que no reconocen es que trabajar para mantener el estatus quo es una postura tan activista y partidista como trabajar para cambiarlo.

Los radicales no niegan que quieren cambiar el mundo. La investigación social de alguna importancia raramente es neutral en sus efectos. O va contra el estatus quo o lo apoya. Pero también quieren estudiar el mundo. Por eso se hacen docentes en vez de organizadores comunitarios. En cualquier caso se puede argumentar que el activismo suele dar la perspicacia y la experiencia que enriquecen el trabajo docente, y que la ideología en sí misma no es una mala cosa, tan sólo la ideología no reconocida. Es importante investigar con una gama ideológica más amplia para suscitar cuestiones que permanecen sin examinar y poner a prueba la ortodoxia centrista. Realmente los tiempos lo demandan. No hay que ser marxista para saber que hay algo que va muy mal en esta

sociedad. Ni los economistas de la corriente principal ni los científicos políticos obtendrán nuevas respuestas si no hacen nuevas preguntas.

Los intelectuales que tienen puntos de vista disidentes pueden tener sus puntos ciegos, pero también tienen razones para estar libres de los puntos ciegos convencionales. No es accidental el hecho de que sean los intelectuales marxistas los que nos estén ofreciendo estudios sobre la relación entre capitalismo y sistema político, un tema que siempre ha permanecido silenciado por parte de los centristas. No es accidental que los científicos sociales feministas estén descubriendo las contribuciones de la mujer a la cultura y a la historia y estén explorando los problemas relativos al género que otros nunca imaginaron como temas de estudio. Tampoco es accidental el hecho de que los intelectuales afroamericanos vean la historia, el poder y la realidad social definidos desde la perspectiva de los blancos, mientras que sus colegas blancos han preferido pensar en tales asuntos como carentes de color. En suma, una ideología crítica puede despertar cosas que ha pasado por alto la ortodoxia establecida.

Los intelectuales radicales, especialmente los marxistas, han estado muy interesados en cuestiones teóricas, principalmente las que tienen que ver con la opresión política y con la relación entre riqueza y poder y clase y democracia. Los marxistas están interesados tanto en los problemas políticos actuales como en las fuerzas subyacentes que dan coherencia a fenómenos aparentemente dispares. Ésta es ciertamente una dedicación científica genuina. Sin embargo la mayoría de los científicos políticos de la corriente principal juzgan al marxismo como algo más allá de la buena sociedad intelectual, y tanto es así que sienten poca obligación de parecer intelectuales cuando critican el marxismo. Nuestra literatura académica –libros, revistas y discusiones– está atestada de golpes fáciles a "marxistas" sin especificar, que supuestamente dicen cosas que

yo nunca he oído pronunciar a los marxistas. Tales incursiones suelen hacerse sin estar familiarizados en modo alguno con el tema denostado.

Al marxismo se le desprecia pero en ningún momento se le olvida. Declarado "simplista", "dogmático" e "irrelevante", sigue estando presente en las mentes de los centristas. Es el otro gran paradigma que aparece constantemente en el mundo intelectual burgués, como un espectro repetidamente reconocido por los que buscan liquidarlo sin haberlo confrontado.

La competencia de ideas entre centristas e izquierdistas, como ocurre con la mayoría de los conflictos ideológicos, está influenciada en gran medida por factores materiales subyacentes. Son los centristas quienes controlan la mayoría de las fundaciones, publicaciones profesionales, programas de graduación, nombramientos facultativos y promociones. El resultado es que sólo hay un puñado de universidades con más de uno o dos marxistas en sus facultades, si es que los hay. Y es muy común para los docentes de izquierdas tener serias dificultades para encontrar trabajo.[28] En las últimas dos décadas las exigencias financieras han supuesto una oportunidad excelente para purgar a los docentes más jóvenes y más heterodoxos, aunque no han sido ellos las únicas víctimas.

Hay muchos que prefieren la tranquilidad de la ortodoxia al estímulo de la heterodoxia. Mientras tanto, desde más allá de los confines de la torre de marfil, las realidades político-económicas amenazan con introducirse crudamente dentro de los paradigmas docentes. Fuerzas virulentas ponen a la democracia y a su propio entorno en riesgo. El tiempo se acaba. Los científicos tocan el violín mientras el planeta arde.

28. Ver "Luchas en el mundo académico" en páginas siguientes, donde se detalla mi propio caso.

5

MISCELÁNEA Y RECUERDOS

LUCHAS EN EL MUNDO ACADÉMICO: UNA HISTORIA PERSONAL

En medio de los campos de maíz del centro de Illinois se alza el conglomerado de ladrillos sin gracia alguna de los edificios de la Universidad de Illinois, Champaign-Urbana (UI). Esta historia empieza en la primavera de 1970, durante la guerra de Vietnam, cuando yo era profesor asociado en el campus de la UI.

Represión en Illinois

Salvo unas cuantas marchas por la paz, había poca actividad contra la guerra en la UI hasta que un día, a principios de marzo de 1970, unas doscientas personas se manifestaron contra un equipo de reclutamiento de General Electric que estaba haciendo entrevistas de trabajo en el campus. Varios de los manifestantes fueron golpeados y arrestados por

la policía mientras intentaban entrar a la fuerza en el edificio. Unas cuantas horas más tarde se anunció que el consejo de la universidad había votado en una sesión de emergencia impedir a William Kunstler, uno de los abogados defensores del juicio por la conspiración de Chicago 7, que hablara en el campus.

A los ojos de muchos estudiantes la universidad revelaba la verdadera naturaleza de sus compromisos. Una corporación como GE, involucrada tan extensamente en la maquinaria de guerra, tenía acceso privilegiado al campus con objeto de hacer un reclutamiento, mientras que a Kunstler y a su auditorio se les negaba el derecho a un foro abierto. Irritados por las acciones de la policía y del consejo de la universidad, una multitud de más de mil personas tomó las calles esa tarde, bloqueando el tráfico, apedreando las ventanas de varias de las tiendas más impopulares del campus, así como las ventanas del edificio de la administración y los edificios de la armería donde se albergaba el consejo. A esto le siguieron dos tardes más de manifestaciones, reuniones e incidentes menores.

Se dictó un toque de queda con muchos arrestos y una brutalidad policial innecesaria. Los estudiantes eran cazados y golpeados en las calles en lo que a veces parecía una primitiva cacería de conejos. Desde la ventana de un edificio del campus yo fui testigo de cómo una joven era golpeada en la cabeza y después arrastrada, aparentemente inconsciente, a un coche de la policía. En los días que siguieron, para algunos de nosotros fue causa de consternación que el rector Jack Peltason (más tarde servidor del poder como presidente de la Universidad de California) publicara escritos alabando a la policía sin una sola palabra crítica o de rechazo.

En los dos meses siguientes la administración expulsó a los estudiantes activistas, muchos de los cuales no habían sido arrestados en los incidentes de marzo pero que eran conocidos como radicales. Violando el propio procedimiento de la universidad, el rector pasó por encima del comité de estudiantes que había sido establecido para atender los casos disciplinarios e invitó a un prominente abogado de Illinois (cuya firma estaba ligada a la universidad) a que presidiera "desinteresadamente" el comité que decidiría la suspensión de unos cuarenta estudiantes.

Se tomaron otras medidas en nombre de la seguridad. La policía del campus, notoriamente inepta para proteger a los estudiantes de los muchos robos y asaltos que proliferaban en el campus, dedicó sus principales esfuerzos a proteger a la administración de la UI de sus propios estudiantes. Se elaboraron expedientes detallados de cientos de estudiantes y miembros de las facultades. La clase de cosas que se encontraban en los expedientes individuales de la seguridad del campus eran recortes de prensa en los que aparecía el nombre de alguien asociado a algún tema controvertido, declaraciones en reuniones públicas u organizativas recogidas por la policía, fotografías documentando la presencia de algún otro en una reunión o manifestación...

La policía del campus conocía los nombres y las caras de los "problemáticos" y de muchos otros que se habrían sorprendido de merecer tal atención. Después de los acontecimientos de marzo, la policía de la universidad estuvo ocupada durante semanas tomando fotos de la gente, suspendiendo garantías y recogiendo quejas. Gran cantidad de estudiantes fueron arrestados y soltados bajo fianza. En la mayoría de los casos las acusaciones se retiraron meses después por carencia de pruebas, lo que parecía indicar que el arresto era una intimidación. Después

de ser liberados algunos estudiantes volvieron a ser arrestados por segunda y tercera vez en sus casas y dormitorios bajo vagas acusaciones.

Una muerte y una paliza

No mucho después de que este reino de la represión pareciera haber remitido, el presidente Nixon invadió Camboya. La Guardia Nacional mató a cuatro estudiantes en Kent State. Y un día más tarde un policía local de Champaign mató a un afroamericano llamado Edgar Hoults. Por las evidencias, Hoults, empleado de una librería, era inocente de cualquier crimen excepto el de conducir sin licencia, y claro, el de DWB (*Driving While Black*-conducir siendo negro). Hoults cometió el error de huir cuando se aproximó el coche de la policía y ésta le disparó un tiro por la espalda sin previo aviso. El agente culpable fue acusado de homicidio involuntario, liberado con una fianza de 5.000 dólares y después declarado "no culpable" por un jurado compuesto por americanos blancos de clase media.

En la tarde posterior a la de la muerte de Hoults y las de Kent State una multitud de más de tres mil personas asistió a una reunión convocada por líderes estudiantiles. Varios estudiantes y miembros de las facultades, incluido yo mismo, hablaron para apoyar una huelga inmediata de protesta por Camboya, Kent State, la muerte de Hoults, la brutalidad de la policía y la presencia del supercomputador del Pentágono Illiac IV en el campus. Al día siguiente, 6 de mayo de 1970, la huelga se llevó a cabo. Aparecieron piquetes en los principales edificios y miles de estudiantes boicotearon las clases.

Ese mediodía yo me uní a un grupo de estudiantes y miembros de la universidad que discutían con la policía en una vía de servicio del cam-

pus. Parecía que la policía había ordenado que un camión de basura se atravesara en la vía para bloquear una manifestación de estudiantes en huelga. Afortunadamente nadie había resultado herido. El intercambio de palabras terminó cuando aproximadamente cincuenta agentes con porras cargaron contra la manifestación sin previo aviso. Varios estudiantes fueron derribados a golpes. Otros fueron empujados contra los arbustos. Uno tenía los dientes rotos debido a un porrazo de la policía. Yo fui golpeado en el ojo izquierdo y en la parte de atrás de la cabeza. Después de ser derribado agentes del estado me golpearon en las piernas, la espalda, el pecho y el cuello. Un colega e íntimo amigo mío, Philip Meranto, se interpuso entre mi cuerpo y los soldados gritándoles que me dejaran. El profesor Meranto me cubrió valientemente con su cuerpo en un intento de parar algunos de los golpes, pero lo único que consiguió fue ser derribado de bruces al suelo y que le golpearan. Mientras la multitud era rechazada por los agentes y por la policía de la universidad, Meranto y yo fuimos esposados y conducidos a la comisaría del campus junto con varios estudiantes arrestados en el mismo incidente.

Se me mantuvo sin atención médica durante aproximadamente una hora, con el rostro, la cabeza y el cuello empapados de mi propia sangre. Fuera de la comisaría una multitud de unos mil estudiantes furiosos hacía frente a un cordón policial armado con escopetas. En el despacho de al lado oí decir a un agente: "Si hubiera podido darle un golpe limpio, eso tío (yo) ahora sería hombre muerto". Tres hombres vestidos de paisano que estaban a mi vista empezaron a hablar en voz baja pero audible. Oí que uno decía excitado: "Ese es Parenti, el que dio la conferencia la otra noche. Ahora el rector se le echará encima".

Un momento más tarde entró un hombre en la habitación para examinar mis heridas. Empezó a hacerme preguntas mientras hacía el tea-

tro de su preocupación amistosa. Sus preguntas invitaron a las mías y él admitió que no era médico, sino un agente del FBI. En respuesta a mi negativa de suministrarle ningún detalle, me dijo: "Está bien, sabemos quién eres, Michael John". La utilización de mi segundo nombre sin duda era para intentar impresionarme con lo que sabía de mí.

Después me llevaron al hospital, donde recibí doce puntos de sutura en la cara y la cabeza y me miraron por rayos X para detectar posibles daños internos. Me trasladaron a una cárcel del estado, donde me ficharon, me tomaron las huellas digitales y me metieron en una celda durante unas treinta horas en las que no pude dormir, con la cabeza ardiendo y el cuerpo temblando y sin saber qué acusaciones había contra mí, negando mis repetidas peticiones de un médico. Me soltaron al día siguiente con 10.000 dólares de fianza, decidida por el mismo juez que había puesto una fianza de 5.000 dólares al policía que había matado a Edgar Hoults. Para mi gran sorpresa se me acusaba de cinco delitos, incluida violencia grave. Un agente del estado testificó durante la audiencia preliminar que le había golpeado en los dientes con mi "mano". Antes había declarado a los funcionarios de la universidad que yo le había golpeado con un "objeto duro". En otra ocasión posterior dijo que fue golpeado con un "puño". Cualesquiera que fueran sus declaraciones yo y otros testigos sabíamos que su historia o estaba inventada o era un caso de identificación errónea.

El profesor Meranto, que había sido detenido conmigo, fue arrestado de nuevo al día siguiente para asistir a su juicio. El mismo agente del estado le dijo al tribunal que la rodilla de Meranto había "golpeado contra" su pierna. También se le acusó de violencia grave y salió bajo fianza de otros 10.000 dólares decretada por el mismo juez.

No es necesario decir que el rector Jack Peltason no nos ofreció ninguna ayuda, a pesar de que habíamos sido golpeados, heridos, arrestados y acusados falsamente. No pidió ninguna investigación del incidente para asegurarse de si se había hecho justicia. No hizo ningún intento de averiguar si sus funcionarios de seguridad eran unos locos peligrosos al ordenar atravesar un camión de basura entre la multitud de estudiantes. De hecho, fueron sus funcionarios los que cumplimentaron las acusaciones contra Meranto y contra mí. El día que nos soltaron Peltason anunció a la prensa que el estatus de nuestros cargos en la universidad estaba bajo revisión. En términos encendidos expresó su confianza en el funcionario de seguridad que con tanta determinación había protegido los derechos de un camión de basura. Los estudiantes pedían que el funcionario fuera expulsado.

Reuniones y purgas

Las palizas y arrestos unieron más a los estudiantes. En Columbia, Harvard y otros lugares gran número de estudiantes parecieron dispuestos a dejar a un lado sus diferencias políticas y a cerrar filas cuando sus propios compañeros estaban siendo atacados por la policía. En respuesta a las palizas y arrestos unos diez mil estudiantes, profesores y miembros de la comunidad se reunieron al día siguiente. La mayoría parecía querer violar el toque de queda, a pesar de la presencia de un contingente de la Guardia Nacional, un acto de desafío que movió a las autoridades civiles a anular el toque de queda. La huelga, que ahora afectaba a la gran mayoría de los estudiantes, continuó durante la semana siguiente junto con piquetes, manifestaciones, "clases libres", unos cien arrestos más y numerosos porrazos de los agentes sin ley de la ley y el orden.

Durante la huelga quince doctores en ciencias políticas formaron una "Facultad para la Resistencia" e hicieron una declaración condenando al presidente Nixon, la invasión de Camboya, la guerra de Vietnam, las muertes de Kent State, el asesinato sistemático de militantes negros y la creciente represión contra los disidentes. Juraron dedicar su tiempo a enseñar a los estudiantes cómo "armarse intelectualmente" y protegerse de los "abusos de un régimen criminal".

Estos acontecimientos fueron seguidos de las habituales amenazas y castigos. Algunos estudiantes de graduación que habían sido activos durante la huelga se encontraron con la pérdida de su asistencia a la docencia. Al menos dos asistentes a la docencia fueron expulsados. A Philip Meranto, al que previamente se le había asegurado su continuidad y promoción debido a sus cualidades como docente y a sus publicaciones, y cuyos únicos crímenes habían sido ser crítico radical y proteger a un colega del daño físico, se le informó de que sería mejor que se buscara otro trabajo. También se informó a jóvenes instructores de varios departamentos de que cualquier "actividad de huelga" en el futuro supondría la cancelación de su contrato. El rector Peltason envió una carta pidiendo a los jefes de departamento que descontaran los sueldos de la semana de duración de la huelga.

En una carta dirigida a mí Peltason afirmaba que las "alegaciones" contra mí (que asumía como ciertas) eran causa de despido, pero que como mi contrato iba a terminar pronto había decidido que el informe del asunto fuera incluido en mi "expediente permanente" y estuviera disponible para cualquier universidad, organismo público o empresa que pidiera esa información sobre mí. También me informó de que mientras siguiera allí vería cómo hacer para que "se me reasignara a un puesto que eliminara cualquier interacción con estudiantes o actividad

docente". Como respuesta le informé de que no estaba de acuerdo en ser declarado culpable en un asunto que estaba pendiente de los tribunales, que la amenaza de hacer un dossier que estuviera disponible para cualquiera sonaba a lista negra y que el intento de interferir en mi relación con los estudiantes infringía mis libertades civiles.

En las semanas posteriores a la huelga me encontré con que estaba siendo juzgado por los periódicos y la radio. En un programa local se refirieron a "ese violento profesor Parenti" que "dio con un ladrillo en la cara a un policía" y que "incitó a manifestarse a los estudiantes". Meranto y yo fuimos informados por un periodista de que estábamos en una "lista de eliminación" confeccionada por la policía local y que sería mejor que tomáramos precauciones. Dos estudiantes también nos informaron por separado de haber escuchado conversaciones a la policía del campus que hablaban de su intento de "ir a por Parenti". Otro estudiante informó que un policía del campus le había dicho que "Parenti tiene una cuenta en un banco suizo" que contenía fondos secretos suministrados por los rusos y los chinos. Enfrentándose a un posible encarcelamiento por asuntos de marihuana un estudiante aceptó a la fuerza la oferta del FBI de controlar todas mis charlas en el campus a cambio de eliminar las acusaciones contra él. Preocupado por el asunto, le pidió a su compañero de cuarto que me lo dijera.

Durante las primeras dos semanas posteriores a la huelga siempre que Meranto y yo íbamos en coche o andábamos juntos notamos que éramos seguidos por la policía. Una tarde, durante la huelga, me siguió un coche patrulla hasta mi casa y permaneció frente a ella toda la noche. Yo la abandoné por la puerta trasera en la oscuridad de la noche y me fui varios días a vivir a casa de un amigo. La madre de una amiga mía recibió la visita de agentes del FBI en su residencia de Chicago, y la

dejaron muy inquieta con la información de que su hija estaba en compañía de un "peligroso revolucionario" que estaba "bajo vigilancia constante". Especularon con la clase de relación que su hija tenía conmigo.

Los doctores en ciencias políticas que firmaron la declaración de la "Facultad para la Resistencia" en la primavera de 1970 no lo pasaron muy bien. Un editorial del *Chicago Tribune* pidió su despido acusándoles de ser "víboras académicas", culpables de "conducta anti-profesional y anti-ética e incompetencia docente". Poco después un senador del estado alzó la voz y el consejo de la UI pidió que los quince retiraran sus declaraciones o tendrían que hacer frente a las consecuencias. Un miembro del consejo sugirió que sus clases fueran controladas. Dos de los firmantes de la declaración original escribieron una carta aduladora y conciliatoria que a los miembros del consejo les encantó aceptar.

Los otros trece enviaron una respuesta clarificadora pero sin comprometerse y el consejo votó unánimemente reprenderles por usar en su declaración original términos tales como "racismo oficial", "locura actual de la sociedad", "eliminación sistemática de militantes negros" y "régimen criminal". Un miembro del consejo lo llamó "lenguaje anarquista". Todos estuvieron de acuerdo en que los trece eran culpables de alusiones a este país que no reflejaban "los niveles de la docencia y la expresión profesional". Así que los hombres de negocios, abogados de empresa y especuladores inversores que componían el consejo de la UI se convirtieron en árbitros de lo que la universidad podía decir sobre las condiciones sociopolíticas de los Estados Unidos.

Las medidas represivas se extendieron más allá de las fronteras de la Universidad de Illinois. Uno de los trece firmantes, considerado demasiado "controvertido", fue despedido de su trabajo en la Universidad de Purdue. Un estudiante graduado en ciencias políticas que solicitaba un

puesto docente en un colegio del estado de Indiana fue informado de que la administración de la escuela ya había rechazado a dos solicitantes a causa de sus "propensiones radicales" y que no haría entrevistas a ese tipo de gente radical. Otro de los estudiantes graduados me hizo llegar por escrito sus experiencias. Cito de su carta:

> "Desde el primero al último de los temas prioritarios se trataba de las quejas que suscitaban y los problemas que causaron. De mucho menor importancia fueron mis calificaciones para el cargo. Como vi que estaba en contra de mis entrevistadores en la mayoría de los asuntos que se trataban, y como quería el trabajo, intenté balancear la diplomacia y la honestidad, pero con poco éxito. Fingiendo ignorancia de los hechos y poco interés por el problema cumplí parcialmente con la primera; intentando mostrar empatía (como oposición al acuerdo) con los estudiantes cumplí parcialmente con la segunda. Naturalmente el resultado de todo ello fue un sentimiento incómodo de que lo había vendido todo, pero no lo suficiente".

Otro de los que buscaba trabajo reflejó sus experiencias: "En una ocasión me hicieron toda una batería de preguntas sobre los desórdenes estudiantiles y los militantes negros. Quizás mis entrevistadores nunca se dieron cuenta de que me estaban haciendo una prueba de lealtad". Un colega de rango superior comentó: "[Un colegio] me rechazó porque pensaban que mi reciente participación en temas políticos mostraba una carencia de imparcialidad para la enseñanza, incluso admitiendo que mi trabajo anterior era puramente docente..." Las experiencias de la gente de Illinois son representativas de lo que les estaba ocurriendo a los profesores en colegios y universidades de todo el país.

Tribunal canguro

En septiembre de 1970 llegué a la Universidad de Vermont (UVM) para empezar un nuevo trabajo como docente y descubrí que los acontecimientos de Illinois ya se habían publicitado en forma sensacionalista por el periódico local de tendencia derechista, el *Burlington Free Press*, que me tachaba de "agitador violento" y publicaba cartas de los lectores que me llamaban anti-americano y "propagandista rojo".

El octubre siguiente volví a Illinois para el juicio "por violencia grave, conducta desordenada y resistencia al arresto". Dado el clima de opinión en el Condado de Champaign mi abogado me aconsejó que renunciara a mi derecho y pidiera un juicio sin jurado. Accedí de mala gana pensando que él conocía el asunto mejor que yo. El juez presidente, un reputado archiconservador llamado Birch Morgen, oyó el testimonio de los dos agentes del estado, que contaron historias enormemente contradictorias de lo que ocurrió. El agente con el diente astillado testificó que fue golpeado con una mano abierta. En un careo admitió que nunca vio el golpe, pero que estaba seguro de que yo se lo había dado mientras intentaba levantarme del suelo, una forma notable, si no imposible, de lanzar un golpe directo. El agente que me golpeó me describió como levantándome junto con el agente "herido" golpeándole con los puños mientras él estaba quieto e indefenso, con su casco de visera y la porra en la mano. (El agente del diente astillado era casi una cabeza más alto que yo.)

Mi abogado presentó seis testigos que describieron en detalle mis actos de ese día. Todos testificaron que yo no golpeé a nadie y que en ningún momento me resistí al arresto. Al cierre del juicio los amigos que lo presenciaron confiaban en que no habría caso.

Al día siguiente el juez Morgen desarrolló una tesis notable. Ignoró todas las contradicciones en las declaraciones de los agentes, así como la consistencia de los testimonios de los testigos de la defensa. Sin beneficio a la duda dio por hecho que yo había sido el instigador de todo el incidente del camión de basura. Observó que "yo no tenía por qué estar allí". Haciendo hincapié en algunas discrepancias menores entre los testimonios (tales como si el camión miraba al norte o al sur), Morgen llegó a la conclusión de que los testigos de la defensa estaban confundidos. Afirmó que el testimonio más creíble era el de los agentes: "No puedo creer que un agente del estado golpee sin ninguna razón". Pareció que el hecho de que me golperan era la prueba de mi culpabilidad. El juicio era una mera formalidad.

Habiendo proclamado la infalibilidad de los agentes de la ley, el juez me encontró "culpable, más allá de cualquier duda razonable", de los tres cargos. Muchos estudiantes y profesores que presenciaron el juicio fueron de la opinión de que me habían declarado culpable debido a mis actividades políticas. Dejé Illinois y me fui a la Universidad de Vermont a reanudar mis actividades docentes.

En junio de 1971 volví a Illinois para recibir la sentencia. Por estar ya empleado fuera del estado y debido a la gran cantidad de apelaciones en mi nombre llegadas desde todo el país me salvé de la cárcel. A cambio se me condenó a dos años de libertad vigilada, a una multa y al pago de las costas del juicio. Entretanto Meranto fue juzgado, declarado culpable de conducta desordenada y sentenciado a un año de libertad vigilada y al pago de las costas.

A principios de 1972 en la Universidad de Vermont mi departamento votó unánimemente la renovación de mi contrato, y también lo hizo el comité de profesores sobre empleo y promociones, el consejo de dea-

nes, el vicepresidente y el presidente de la universidad. Pero el consejo de la misma, compuesto por ricos y conservadores hombres de negocios –como casi todos los consejos de universidades y colegios– y unos cuantos legisladores igualmente conservadores, votó quince a cuatro contra mí, citando como evidencia de "conducta no profesional" mis continuas actividades contra la guerra, la acusación de Illinois y el hecho de que yo hubiera llevado una bandera del Vietcong en una marcha por la paz en Vermont. A pesar del fuerte apoyo de los estudiantes y profesores el consejo de Vermont se negó a renovar mi contrato.

Guardianes sin ley

Recordando los acontecimientos descritos más arriba, me vienen a la mente varias observaciones. Primero, que mientras las autoridades establecidas esperan que los demás consideren las reglas y procedimientos como algo inviolable, ellos son los primeros en no respetar esas reglas. Se toleran los actos ilegales y brutales cometidos por la policía con la complacencia de administradores como Peltason. Después está el acto de Peltason de saltarse al comité de disciplina de los estudiantes a favor de un funcionario nombrado a dedo, el tratamiento a Meranto, que, de acuerdo con las reglas, estaba cualificado para la promoción a causa de sus capacidades excepcionales como intelectual y docente, la suspensión de los contratos de profesores auxiliares y la descalificación a estudiantes cualificados pero políticamente molestos y los otros muchos despidos por motivos políticos que nos encontramos dentro de la profesión.

Pero hubo más cosas. No mucho después de que los estudiantes radicales de la UI se hicieran con el control del gobierno estudiantil en unas elecciones con una plataforma abiertamente radical, sus fondos y suministros se recortaron. Cuando algunos estudiantes intentaron esta-

blecer un diálogo con los trabajadores que se enfrentaban a la empresa Magnovox en la factoría de Urbana –recibiendo una respuesta sorprendentemente receptiva por parte de los trabajadores que atravesaban las puertas– fueron disueltos por la policía bajo amenaza de arresto por "conducta desordenada" y por "interrumpir el tráfico". Estas actividades ordenadas y pacíficas, así como las subversivas, fueron eliminadas.

Los estudiantes detuvieron camiones de reparto que se aproximaban al campus de la UI y, en la mejor tradición sindicalista, convencieron a los dos primeros conductores para que se unieran al piquete. Después fueron dispersados a la fuerza, aporreados y arrestados por la policía, que siguió sus propias tradiciones en tales materias. En ningún momento los estudiantes en huelga intentaron impedir la asistencia a clase de los otros estudiantes. Piquetes, "clases liberadas" y discusiones espontáneas fueron los medios que utilizaron los activistas radicales para llegar a sus compañeros, y con mucho éxito. La coerción vino de la otra parte: de la policía que constantemente recurrió a la fuerza innecesaria, del personal docente que estaba en contra y que deliberadamente convocó exámenes durante la huelga y amenazó a los estudiantes ausentes con el suspenso; y de los administradores, que expulsaron a todos los líderes huelguistas y le dieron a la policía carta blanca para ser brutal siempre que le viniera en gana.

El diálogo, la persuasión y la apelación a la comprensión de los demás, todo estuvo muy bien hasta que tales métodos empezaron a generar verdadero apoyo a los disidentes, lo que nos lleva a lo que yo llamo "ley de hierro de la política burguesa": cuando el cambio amenaza las reglas, entonces se cambian las reglas.

¿Cómo conseguimos que los guardianes cumplan la ley y el orden que dicen defender? En un libro ampliamente difundido que celebraba

la obediencia a la ley y que se ganó el aprecio de los críticos de la corriente principal, Abe Fortas escribió –en un descuidado pasaje– que los policías, como todo el mundo, "están sujetos a las reglas de la ley, y si se exceden de los límites autorizados de firmeza y autoprotección y asaltan de forma innecesaria a la gente, deben ser sometidos a medidas disciplinarias, juzgados y declarados culpables. Es una deplorable verdad el hecho de que por ser funcionarios del estado escapen a las penas por sus propios hechos ilegales".

Escapan al castigo porque las élites institucionales cuyas reglas defienden no sólo no son críticas con los abusos policiales, sino que aparentemente los apoyan. Realmente, como demostró Peltason, incluso pueden ser felicitados de forma manifiesta.

Los que permanecen inactivos y son conformistas respecto a sus puntos de vista y acciones políticas y temen sin embargo poder perder sus libertades debido a una represión reaccionaria, han perdido la noción de cómo trabaja la represión. Nunca les molestarán cuando emitan opiniones y teorías ideológicamente seguras y permanezcan inactivos. Al contrario que en *1984* de Orwell, un libro que ha disfrutado siempre de una inmerecida autoridad en esta cuestión, el estado no tiene interés en perseguir a los ciudadanos obedientes y de confianza. Si la aquiescencia con la injusticia es la libertad que algunos buscan, siempre serán libres.

No sufrirán represión porque ellos se reprimen a sí mismos, negándose a unirse a manifestaciones de protesta o a organizaciones controvertidas o a involucrarse de cualquier manera, excepto para aceptar lo que se les entrega. Ni en sueños piensan marchar en un piquete o en una manifestación, o participar en una sentada, o quemar sus tarjetas de reclutamiento, o negarse a pagar impuestos. Y se cuidan mucho de que

nadie pueda ponerles en dificultades frente a futuros empleadores o autoridades públicas.

No es una sorpresa –desde la época de Vietnam hasta el presente–, el hecho de que los intelectuales que más tímidamente anticipaban las reacciones "de mañana" hayan tendido a prestar una mucha menor atención a la represión de hoy. Aconsejan que la mejor forma de preservar nuestra libertad de movimientos es estarse quietos. Pero las libertades de expresión y de protesta están más salvaguardadas cuanto más se utilizan de forma vigorosa por parte de la gente. La libertad de estarse quieto no es libertad. Sin embargo, en periodos de luchas políticas siempre están aquellos que dicen que el autocontrol es la mejor manera de "permanecer libre". Desde luego es la mejor manera de mantener la profesión.

Consecuencias

En los años posteriores a Illinois y Vermont fui incapaz de conseguir un puesto estable como docente, excepto un trabajo de dos años en un programa experimental de tendencia izquierdista en la Universidad del Estado de Nueva York, Albany, que fue eliminado debido a "exigencias físicas". Se ha hecho mucho en el mundo académico respecto a investigación y erudición. "Publicar o perecer" es el eslogan académico. Para mí y para otros docentes disidentes habría que aplicar este otro: "Publicar *y* perecer". He publicado 10 libros y unos 150 artículos, algunos de ellos en publicaciones importantes de ciencia política. Tengo el doctorado por Yale, entusiastas recomendaciones de antiguos presidentes de la Asociación Americana de Ciencias Políticas y de otros prominentes miembros de la profesión y altas evaluaciones como profesor. Sin embargo, en los veinte años siguientes fui rechazado en puestos para

unos cien colegios y universidades, en muchos casos para dárselos a personas menos cualificadas pero políticamente seguras, candidatos inactivos, a menudo para departamentos cuyo personal en conjunto había publicado menos que yo.

En algún caso me enteré por amigos de cuáles eran los procedimientos de contratación en departamentos en los que fui rechazado a causa de mis ideas izquierdistas y mi activismo político. En varias ocasiones, cuando un departamento en particular manifestaba su interés en hacerme una oferta, mi candidatura era rechazada por los administradores. Hubo un ejemplo notable en la Universidad de Virginia Commonwealth, donde el departamento de ciencias políticas apoyaba unánimemente mi candidatura para una cátedra, pero que fue rechazada por una rectora recién nombrada, Elke Smith, que les informó de que tener un izquierdista como profesor ayudante era una cosa, pero tenerlo como titular de una cátedra era inaceptable. Ella no explicó a sus asombrados colegas el por qué de esta idea.

En 1985-86 fui invitado a impartir ciencias políticas durante un año en el Brooklyn College, CUNY. El jefe del departamento, Morton Berkowitz, y la mayoría del resto de los miembros del mismo, se mostraban entusiastas ante la idea de tenerme como miembro permanente dentro de él. Pero sus esfuerzos fueron en vano. La administración rechazó la renovación de mi contrato, incluso habiendo presupuesto para ello. Durante ese tiempo un íntimo amigo mío, el profesor John Lombardi, que enseñaba en el City College, CUNY, conoció a un rector del Brooklyn College en una fiesta. Cuando Lombardi le preguntó por qué su colegio había decidido no retenerme, el hombre respondió: "Estábamos informados sobre él". Como yo había pasado el año académico en el Brooklyn College manteniendo perfectas relaciones con colegas y estu-

diantes, presumo que de lo que "estaba informada" la administración era de mis ideas políticas.

El último puesto docente que llegué a pedir fue un asunto casi cómico en muchos aspectos. En junio de 1993, después de mudarme a Berkeley, California, un conocido socio del Instituto para el Estudio de Cambio Social en la Universidad de California me sugirió que solicitara afiliarme a él. En mi carta de solicitud señalaba que no estaba pidiendo un salario ni un despacho y que sólo quería tener contacto con los docentes, con quienes podría ocasionalmente intercambiar ideas e información. Como su propio nombre sugiere, este instituto tenía fama de ideas progresistas. Pero, ¿podían aceptar a alguien que estaba tan visiblemente involucrado en el combate ideológico contra el poder establecido? No fue hasta diez semanas más tarde cuando recibí una respuesta del director del instituto, Tony Duster. A causa de la continua crisis presupuestaria, escribió, no tenía "recursos" para afiliados adicionales. Soslayaba convenientemente el hecho de que yo había pedido la afiliación sin coste alguno para el instituto. Pedir casi nada y no obtenerlo... ese fue mi último intento por tener algún "puesto" en el mundo académico.

Las experiencias que he descrito más arriba son sólo personales. Hay muchos otros profesores e intelectuales que están altamente cualificados y que podrían escribir autobiografías semejantes de discriminación política y que son parte de un extenso apartado de purgas realizadas en el mundo académico "libre y abierto" por parte de personas que proclaman su dedicación a la democracia y a la libertad de enseñanza mientras practican la represión política.[29]

29. Para un análisis de otros ejemplos, ver mi *Against Empire* (San Francisco: City Lights Books, 1995), capítulo 10.

Al final me creé mi propia carrera, concentrándome en mis escritos y mis conferencias, alcanzando audiencias más grandes de las que hubiera tenido en el mundo de la docencia. Fue Virginia Wolf la que dijo que es terrible deshacerse de una tradición sagrada, pero aún más terrible estar inmerso en ella.

LA *FAMIGLIA*: UNA EXPERIENCIA DE ETNIA Y CLASE

Hace décadas en la esquina noreste de Manhattan, en lo que todavía se conoce como Harlem Este, existía un conglomerado de viviendas deslucidas de ladrillos oscuros donde residía una de las mayores concentraciones de población italiana de clase trabajadora fuera de la propia Italia. Los patios eran una selva de cercas y ropa tendida. Los sótanos, con sus escaleras desvencijadas de madera y sus barandillas de hierro, se abrían directamente a las calzadas. En los días cálidos las calles eran un foco de vida y actividad, con la gente yendo y viniendo o sentada en las escaleras de entrada charlando. Pequeños grupos de hombres se enzarzaban en animadas discusiones, mientras los niños jugaban a la pelota en la calle o corrían de forma salvaje.

Ciertos días los carros tirados por caballos ofrecían una variedad exuberante de frutas y verduras traídas de las granjas de Jersey y Long Island. Los gritos de los vendedores tenían un acento italiano del sur que no había desaparecido después de casi medio siglo en la nueva tierra. Las mujeres se sentaban en los alféizares de las ventanas con los codos apoyados en cojines, saludando de vez en cuando a conocidos o gritando a los niños. Siempre había algo de interés que ocurría en la calle, pero nada de especial importancia, excepto la vida misma.

Fue en este Harlem Este de 1933 donde yo hice mi caprichosa entrada en el mundo. Mi nacimiento fue con cesárea porque, como mi madre me explicaba años más tarde: "Tú no querías salir. Eras testarudo incluso entonces". Como ella sufría una enfermedad congénita llamada "corazón grande", hubo alguna cuestión sobre si ambos sobreviviríamos al bendito acontecimiento. En el último minuto el hospital le pidió a mi padre que diera su permiso por escrito para sacrificar mi vida si ello era necesario para salvar la de su esposa.

En aquellos días, durante un parto peligroso un doctor podía aplastar la cabeza de un niño para sacarlo del útero y evitar así la muerte de la madre, un procedimiento al que la iglesia católica se oponía totalmente. La postura de la iglesia era dejar que la naturaleza siguiera su curso y no sacrificar deliberadamente ninguna vida. Esto a veces significaba que el niño se salvaba pero la madre moría, o a veces perecían ambos. Obedeciendo a su corazón en vez de a la iglesia, mi padre les dio a los médicos manos libres. En este caso ellos decidieron una cesárea, una operación arriesgada en 1933 para una mujer con un problema de corazón. Felizmente ambos salimos adelante.

Al hablar de mi familia tengo que empezar por mis abuelos, que vinieron de las tierras pobres del sur de Italia (como la mayoría de los italianos que se fueron a América), trayendo con ellos todas las fuerzas y las limitaciones de su gente. Eran frugales, duros trabajadores, biológicamente fértiles, y recelosos de alguien que viviera unas puertas más allá de la suya.

Una abuela mía tuvo trece hijos de los que sólo sobrevivieron siete, y la otra catorce, también con sólo siete supervivientes. Ésta era la historia tradicional de alta natalidad y alta mortandad traída del viejo país. Dada la carga de los repetidos partos mis dos abuelas murieron antes

que mis abuelos. Sus hijos sin embargo adoptaron el estilo americano de familias pequeñas. La imagen de la gran familia italiana es un anacronismo que se consolidó como un estereotipo. Pues en los años 1930 y 1940 era raro que los italoamericanos, que habían descubierto el control de natalidad y la vida urbana, tuvieran más de dos o tres hijos.

La madre de mi padre, la abuela Marietta, era el vivo retrato de su generación: una mujer achaparrada que trabajaba sin fin dentro de la casa. Compartía la suerte común de las mujeres campesinas italianas: cocinar constantemente, limpiar, atender a la familia, con sentido fatalista de la vida. "*Che pu fare?*" (¿qué se puede hacer?) era la expresión común de las mujeres mayores. Dado su confinamiento doméstico no aprendían sino unas pocas palabras en inglés incluso después de décadas de vivir en Nueva York. Aceptaban el sufrimiento como una experiencia diaria más que como algo extraordinario. Sufrían mientras zurcían y lavaban la ropa en sus cocinas o permanecían cerca de la estufa; sufrían mientras subían las escaleras de la casa o cuando atendían a los niños o se sentaban en la ventana; y sufrían cuando rezaban a sus santos en la iglesia y enterraban a sus muertos. La mayoría de ellas pasaron su vida vestidas de negro en un estado de luto ininterrumpido por uno u otro allegado.

Marietta a menudo movía sus ojos hacia el techo de la cocina y murmuraba súplicas a San Antonio. Vivía bajo el temor de *u mal'occhio,* el mal de ojo. Cuando los miembros jóvenes de la familia caían enfermos, era porque alguien les había echado *u mal'occhio*. Como una gran sacerdotisa, ella se sentaba en mi cama de enfermo y expulsaba el mal de ojo haciendo señales de la cruz en mi frente, mezclando aceite con agua en un plato pequeño y haciendo encantamientos que eran una combinación de brujería y catolicismo. La brujería había sido una vez la religión

del pueblo, estando implantada en el sur de Italia siglos antes que el catolicismo y no habiéndose abandonado del todo. Los encantamientos parecían funcionar, porque más pronto o más tarde yo siempre me recuperaba.

Algunos de la primera generación de italianos eran muy exagerados con su preocupación con *u mal'occhio*. Recuerdo ya en la década de 1950 que algunos inmigrantes de la posguerra colocaban unas tijeras abiertas (con un filo roto) encima de la televisión para que nadie que apareciera en la pantalla les pudiera enviar *u mal'occhio* a su cuarto de estar. De esta forma la magia de los tiempos medievales les protegía de los males de la tecnología de la era moderna, aunque, como ahora sabemos, la contaminación de la televisión no se evita tan fácilmente.

La madre de mi madre, la abuela Concetta, era una excepción a este retrato de la mujer italiana. Dotada de una fuerte personalidad y una inteligencia vital, se dedicó a la única profesión respetable posible para las mujeres italianas a finales del siglo XIX: se hizo comadrona, un oficio que aprendió en Italia y que se trajo con ella a Nueva York. En aquellos días las comadronas hacían algo más que traer niños al mundo. Aconsejaban a las familias sobre la atención a los niños, diagnosticaban y trataban las enfermedades con hierbas, prescribían dietas, aplicaciones de calor y otros remedios naturales que se decía que funcionaban con mucha menos destrucción y a veces con más eficacia que los caros remedios químicos que recomiendan los médicos y las industrias farmacéuticas de hoy día.

Mi padre hablaba de Concetta, su suegra, con una reverencia que raras veces mostraba con sus propios padres. Murió a la edad de sesenta años, unos pocos años antes de que yo naciera. La conocí sólo a través del testimonio de otros y de unas cuantas fotografías descoloridas de

una mujer que miraba a la cámara con una fuerza amistosa y amable que me hizo echarla de menos aunque nunca la había conocido.

Los hombres de la generación de mis abuelos, como las mujeres, se sentían acosados por fuerzas más grandes que ellos mismos. En el viejo país habían trabajado como bestias de carga, atrapados en una pesada pobreza, víctimas de los amos, de los recolectores de impuestos y de la presión de las bandas. Habiendo escapado a los barrios superpoblados de Nueva York, se encontraron con que tenían un poco más para vivir pero a veces menos por lo que vivir. El padre de mi madre, Vincenzo, vino a los Estados Unidos desde Calabria en 1887. Pasó su vida laboral en Harlem Este llevando sacos de carbón de cien libras escaleras arriba por las casas, una profesión que le dejó encorvado para siempre. El padre de mi madre, Giuseppe, trabajó cavando zanjas arreglándoselas para sacar adelante a una familia enorme con salarios de mera subsistencia.

Estos trabajadores inmigrantes eran un ejemplo de frugalidad y humildad a los que alguna gente gusta señalar cuando hablan de cómo se sufre en silencio y se sobrevive con casi nada. En realidad no todos los inmigrantes eran sumisos, al menos no originalmente. De hecho habían tomado la decisión extraordinaria de desarraigarse de su tierra natal y escapar de la terrible opresión del Viejo Mundo. Más que sufrir en silencio, demostraban la marcha andando. Podemos pensar de ellos que eran pobres virtuosos (aunque en su tiempo se les tachó de hordas de morenos), pero ellos se veían a sí mismos como víctimas de toda la vida que lo eran un poco menos en la nueva tierra que en la vieja. Ahora sólo trabajaban doce horas diarias en vez de catorce y eran más capaces de alimentar a sus hijos.

En su interior, la mayoría de la primera generación de inmigrantes todavía tenía una atadura sentimental con Italia. Muchos de ellos, como el abuelo Giuseppe, nunca aceptaron completamente su exilio económico en la nueva tierra. Y cuando transcurrieron los años idealizaron el pasado y "el viejo país". Italia se convirtió en el paraíso perdido. No era raro oír a los viejos maldecir América. Para ellos la nueva tierra era inhumana, loca por el dinero y llena de esa clase de señuelos y corrupciones que hacían que los hijos se volvieran contra los padres. Sentían poca devoción patriótica. Lo que les mantenía en los Estados Unidos era el pan y los peces, no las barras y las estrellas.

Los inmigrantes bebían vino hecho en sus propios patios y fumaban esa picadura italiana deliciosamente dulce y fuerte (a la cual yo también fui adicto temporalmente en mi juventud). Se congregaban en clubs vecinales, barberías y en la trastienda de los comercios para jugar a las cartas, beber y conversar. Ejercían su presencia dominante en el hogar, aunque dejaban la mayoría de las tareas domésticas, incluido el trabajo con los niños, a las mujeres, que ejercían sobre los hijos y sobre la escena doméstica en general una influencia mayor.

La religión también se les dejaba a las mujeres. Los hombres inmigrantes podían sentir una especie de atracción por los santos y la iglesia, pero pocos iban a misa regularmente y a algunos les desagradaban abiertamente los curas. En el sentido literal de la palabra eran "anticlericales", sospechaban del cura que no trabajaba para vivir sino que vivía del trabajo de otros y que no se casaba pero pasaba todo su tiempo rodeado de mujeres y niños en la iglesia.

Los italianos que vinieron a los Estados Unidos durante las grandes emigraciones del cambio de siglo, como otros grupos antes y después, no fueron bienvenidos, sino tratados como extraños. Considerados inca-

paces de convertirse en verdaderos americanos, padecieron diversas formas de discriminación y hostigamiento. Amontonados al margen de la sociedad americana, a menudo miraban hacia Italia como un consuelo. Para muchos de ellos Mussolini apareció en la escena mundial en 1922 como un redentor. Éste era en cualquier caso el punto de vista que reflejó la prensa estadounidense durante los años 1920 y principios de los 1930. Debido a sus hazañas en África y su "preponderancia" sobre otros poderes europeos, Mussolini se ganó el "respeto" de Italia y de los italianos, o eso creían muchos de los inmigrantes.

"Cuando venga Mussolini", me dijo una vez un viejo italiano, "dejarán de llamarnos *wop*[1]". La afirmación era patéticamente inexacta. La admiración expresada por el *establishment* estadounidense hacia Mussolini no generó un nuevo respeto por los italianos en América. Si acaso supuso que se les mirara un poco. Los plutócratas estadounidenses no consideraban a los italianos corrientes mejor que a los propios trabajadores americanos. Para ellos el italiano era alguien que nunca hacía las cosas bien, un patán desordenado que carecía de las virtudes calvinistas, justo la clase de persona que más necesita la mano firme de un dictador.

Como muchos otros grupos étnicos que han padecido el aguijón de la discriminación, muchos de los inmigrantes desarrollaron un nacionalismo compensatorio tardío. Muchos se hicieron más nacionalistas respecto a Italia cuando estaban en el nuevo país que cuando vivían en Italia. Eso le ocurrió al abuelo Giussepe.

La segunda generación, esto es, los hijos de los inmigrantes nacidos en América, generalmente hablaban de Mussolini con desprecio y mofa, especialmente después de que los Estados Unidos entraran en la

1. De "guappo". Término despectivo para denominar a los italianos. (N. del T.)

Segunda Guerra Mundial. Yo recuerdo comentarios amargos en la casa de mi abuelo entre los hombres viejos y los jóvenes (las mujeres raras veces expresaban sus opiniones sobre esos asuntos). Cuando la guerra avanzó y Mussolini demostró no ser más que un acólito de Hitler, los viejos tendieron a permanecer en silencio respecto a él. Pero en sus corazones, creo yo, nunca hubo sentimientos contra Mussolini.

Los resultados de las legiones italianas en la guerra fueron un desencanto para los que habían predicho que Benito sería una versión de la venida del segundo imperio romano. Los reclutas normales del ejército italiano no deseaban luchar en las batallas del Duce. Más bien demostraron una decidida inclinación a desertar o rendirse en el momento en que se dieron cuenta de que en el otro lado utilizaban munición de verdad. Uno de mis tíos me contó con júbilo la historia de cómo un ejército italiano completo desembarcó una tarde en Brooklyn para invadir el Navy Yard sólo para ser rechazados y echados al mar por unos guardas del turno de noche. Al abuelo no le divertía esa historia. Cuando Italia cambió de bando y se unió a los aliados en medio de la guerra, hubo mucho alivio y satisfacción entre los nacidos en Estados Unidos y probablemente entre muchos de los inmigrantes.

Al contrario de lo que hemos oído, los inmigrantes italianos no eran particularmente cariñosos con sus hijos. Enviaban a trabajar a sus jóvenes a una edad muy temprana y se quedaban con sus ganancias. Para la mayoría de los adultos había pocas posibilidades de enfrentarse al mundo con facilidad y delicadeza. Por supuesto a los niños y bebés se les abrazaba, besaba y amaba con profusión, pero cuando el niño se hacía mayor eso hubiera sido embarazoso y en cualquier caso no era costumbre tratarles con afecto exagerado. Además había muchos niños, muchos vivían y muchos morían, y después de cada nuevo nacimiento

había una carga adicional o una tragedia, pero raras veces una alegría absoluta.

"*La famiglia, la famiglia*", era el conjuro de los viejos italianos. La familia, siempre la familia: sé leal a ella, obedécela, estate apegado a ella. Esta intensa atadura a la familia no era algo peculiar de los italianos, pero era, y todavía lo es, una característica común de casi cualquier gente rural –sea en Filipinas, Nigeria, India o los Apalaches– donde la familia tiene una importante función de supervivencia. Más que nada la familia era la defensa contra el hambre, el *padrone*, los magistrados, los extraños y las familias rivales. Como en cualquier unidad de supervivencia sus estructuras eran a menudo severas y sus lealtades intensas. Y las traiciones no se olvidaban fácilmente.

La familia italiana también podía ser un terrible campo de batalla. "Nadie puede odiar como los hermanos", reza el dicho, especialmente los hermanos (y hermanas) que han tenido una infancia dura regida por padres inmigrantes que veían la vida como una serie de catástrofes inminentes. Recuerdo los muchos rencores, disputas y sentimientos heridos que había entre mi padre, sus hermanos y hermanas y sus respectivos cónyuges. La serie de alianzas movedizas y realineaciones entre ellos se asemejaban a un anticipo de la política de los Balcanes. Años más tarde, cuando los hermanos dejaron atrás las privaciones e inseguridades de la familia inmigrante, entraron en una época de prosperidad y llegaron nuevos niños y nietos propios, tendieron a comportarse mucho mejor los unos con los otros.

Yo disfruté del calor de las grandes reuniones familiares, las excursiones a la playa, las meriendas campestres, las fiestas y las cenas de los días de fiesta. Las fiestas italianas eran una celebración de la abundancia, con sus platos de entremeses, pasta, variedad de carnes, la espesa y

sabrosa sopa, las ensaladas verdes aliñadas con ajo y aceite de oliva, el pan crujiente, la fruta fresca, los frutos secos, las pastas de ron y las botellas sin fin de vino hecho en casa. Me pregunto si aquellas fiestas eran una especie de ritual llevado a cabo por gente que había vivido mucho tiempo entre las sombras de la carencia y el hambre, una forma de decirse a sí mismos que al menos algunos días la buena vida era suya. Si tenían o no un significado más amplio, lo cierto es que todos las disfrutábamos.

Tengo un recuerdo especial de mi abuelo materno, Vincenzo, encorvado, sin dientes, un viejo poco imponente que fue mi aliado más estrecho al comienzo de mi vida. Durante sus últimos años, encontrándose relegado por los adultos, entró incondicionalmente en mi mundo, jugando conmigo a las cartas, llevándome de paseo alrededor del bloque, observándome con un deleite sin disimulo cuando yo jugaba a indios y vaqueros. Siempre estaba de mi lado y a pesar de su debilidad a veces era capaz de rescatarme de la disciplina de mis padres, que es la función que Dios les ha dado a los abuelos.

Años antes, cuando Vincenzo era todavía un joven de setenta y cinco años o así, y viudo, se descubrió que tenía una novia, una mujer de unos cincuenta y cinco años. Ella entraba sigilosamente en la casa cuando no había nadie y se metía en la cama con él. El descubrimiento de estas citas sumió a la familia en un estado de pánico y cólera. Mis parientes tacharon a la mujer de ramera de la peor especie, que intentaba llevar al abuelo a la tumba sobreexcitando su corazón (murió a los ochenta y siete años). Bajo la amenaza de toda la familia la mujer no se atrevió a volver a ver nunca más a Vincenzo. Y a mi pobre abuelo, después de ser reprendido como un niño, se le mantuvo en una especie de arresto domiciliario. En aquellos días la idea de que los padres viejos pudieran

tener deseos sexuales causaba un enfado furioso entre sus hijos mayores.

Los abuelos italianos frecuentemente eran cautivos de sus familias después de pasar cierta edad, cuando los hijos, hijas, sobrinos y sobrinas competían para poner al viejo bajo su custodia protectora. Si un coche pasaba demasiado cerca de él cuando cruzaba la calle, como le puede ocurrir a cualquier peatón, la familia intentaba que no saliera sin solo, convencida de que no se podía manejar con el tráfico. Si perdía su sombrero o su bufanda, como le puede ocurrir a cualquiera, se consideraba que ya no era capaz de cuidar de sus objetos personales. En la playa, si un abuelo italiano se metía en el agua hasta más allá de sus rodillas, uno u otro de sus autoproclamados guardianes se acercaba a la orilla del agua gesticulando frenéticamente y gritándole: "¡Papá, te vas a ahogar! ¡Que alguien le saque!" Leí en alguna parte que este fenómeno de cautividad de los abuelos todavía existe en algunas partes de Italia.

Yo vi ese juego de custodia protectora repetido con mi abuelo paterno, Giuseppe, que en sus últimos años presidía en silencio a la cabecera de la mesa durante las comidas de las fiestas, como patriarca titular cuyo poder había pasado a sus hijos y yernos, los que ahora ganaban el dinero y mandaban en sus propias casas. Aunque se le mantenía cierta deferencia a causa de su edad, lo más frecuente era que se viera, para su irritación, víctima de de la superprotección, lo que era una señal segura de pérdida de poder.

Años más tarde, en 1956, siendo ya adulto, tuve la ocasión de mantener unas cuantas charlas con él y descubrí que era un hombre inteligente y simpático, aunque tenía una serie de opiniones raras para ese tiempo, por ejemplo que el aire del campo era mejor para la salud que el de la ciudad, que las comidas empaquetadas o enlatadas tenían

menos valor nutritivo que los alimentos frescos y que el ejercicio físico era mejor que estar sentado sin hacer nada. Giuseppe también creía que los doctores y los hospitales podían ser peligrosos para la salud de uno, que los automóviles eran la ruina de las ciudades y que se ponía demasiado énfasis en el dinero y las cosas materiales. Considerábamos esos puntos de vista como singularmente pasados de moda sin tener ni idea de que el abuelo era simplemente un adelantado a su tiempo.

Después de mi nacimiento los médicos avisaron a mi madre de que otro embarazo podría ser fatal. Así que crecí como hijo único. Mi madre tendía a mimarme, por lo que era criticada por sus hermanas mayores. Más de una vez dijo lo que sentía que yo no tuviera hermanos o hermanas con quien jugar y animaba a mis amigos a que pasaran todo el tiempo que quisieran en nuestra casa. Pero yo no tuve ningún pesar por ser hijo único, porque ¿cómo iba a querer compartir el amor de mi madre con otro pequeño mocoso? Mi padre jugaba un papel más distante que el de mi madre, como era usual en las familias italianas de clase trabajadora, y en cualquier otra familia en la que la división del trabajo está delimitada por el género. Trabajaba muchas horas por sueldos mínimos, a veces desempeñando dos trabajos a la vez. Nacido en Italia, le trajeron a este país a la edad de cinco años. No tuvo buenas calificaciones escolares debido a la carga que la familia inmigrante imponía a su primer hijo. Cuando tenía diez años un día normal para él era algo como esto: levantarse a las 6 de la mañana, trabajar en el camión de reparto de hielo de su padre hasta las 8, después ir a la escuela, volver a trabajar desde las 3 de la tarde hasta las 6, completando así una jornada de trece horas. Los sábados trabajaba de 6 de la mañana a medianoche, una jornada de dieciocho horas. El domingo trabajaba ocho horas, de 6 de la mañana a 2 de la tarde, en lo que se suponía era sólo media jornada.

Mi padre comprensiblemente culpaba de sus pobres resultados académicos a su carga de trabajo. Como decía: "Estaba condenadamente cansado como para aprender a leer y escribir". Su fatiga a menudo le vencía y se quedaba dormido en clase. En una de esas ocasiones una maestra le echó agua encima. Él se vengó arrojándole un tintero del pupitre. Después de eso los profesores le tacharon de "mal chico". Expulsado de la escuela a la edad de catorce años, desde entonces sólo se dedicó al trabajar.

Casi sesenta años más tarde, poco antes de su muerte, me habló sobre sus días de juventud y de lo que recordaba de ellos. Lo que más recordaba era el trabajo, la humillación de no ser capaz de hablar inglés y el abuso de que era objeto por parte de sus maestros. Hubo un episodio curioso, tal y como él lo contaba:

"La única maestra que se preocupó de mí fue la señorita Booth, porque me vio unas cuantas veces cargar con el hielo en la calle 110 y me preguntó: "¿Cómo es que cargas con el hielo a tu edad?" Yo le dije: "Tengo que trabajar. Mi padre lo necesita. Somos siete a comer en casa". Así que ella se dio cuenta de que yo no era realmente un mal chico. Vio que si no era bueno en la escuela se debía a que tenía que trabajar. Esa señorita Booth me dijo que borrara la pizarra y yo lo hice porque demostró preocuparse por mí".

En su vida adulta los amigos de mi padre eran todos hombres. La amistad con el otro género no era corriente en aquellos días. Las mujeres en la vida de un hombre eran su madre, su esposa, sus hermanas y otros familiares femeninos. Podía conocer a otras mujeres en la vecindad y pararse a hablar con ellas brevemente, pero no había ocasión para otra relación social. Se hubiera considerado inapropiado.

Para ilustrar la mentalidad patriarcal del mundo de mi padre recuerdo la vez en que me informó con tono de preocupación que el tío Americo, una noche, estando bebido, había pegado a la tía Fanny (la hermana de mi madre). El hijo de Americo, mi primo Eddy, había intervenido y había derribado a su padre al suelo. Lo que chocaba a mi padre no era el comportamiento de Americo, sino el de Eddy. "No me importa lo que ocurrió", concluyó, "un hijo nunca debe alzar la mano contra su padre", una declaración que me dejó preguntándome lo que yo habría hecho si hubiera estado en el lugar de Eddy.

Flotando sobre nosotros estaba la Gran Depresión, un fenómeno misterioso pero palpable que explicaba por qué nunca había dinero suficiente, por qué mi padre estaba fuera trabajando todo el tiempo y por qué yo no podía tener este o aquel nuevo juguete. Recuerdo que durante un periodo inusualmente difícil mi madre trajo un pequeño filete y lo cocinó para mí como algo especial. Se sentó a observar cada bocado que yo me introducía en la boca. Cuando le ofrecí un pedazo ella lo rechazó diciendo que no tenía hambre. Sólo años más tarde me di cuenta con remordimiento de que le hubiera gustado probar ese pedazo.

Ninguno de mis parientes hablaba de "carreras"; la palabra no estaba en boga entre nosotros. Pero todo el mundo hablaba de trabajos, o del temor a quedarse sin ellos. Una educación en la escuela superior se consideraba un logro inusual, y el único tío que se había graduado en la escuela superior era considerado como una celebridad. El sueño de mi madre era que yo algún día obtuviera el diploma de la escuela superior, porque entonces todas las puertas se abrirían para mí. Como ella dijo, yo sería capaz de "vestir bien todos los días y no sólo los domingos" y

"trabajar en una oficina", un destino que sonaba más a la muerte que a la salvación para un chico vigoroso de la calle.

Hacia el final de la Segunda Guerra Mundial las cosas mejoraron para mi familia. Mi padre tenía un trabajo fijo conduciendo el camión de pan de su tío y mi madre encontró un trabajo en una tienda de ropa del barrio, sentada en una máquina todo el día cosiendo botones en ropa de niños. Le prometí que algún día ganaría cantidades de dinero para que ella no tuviera que estar todo el día trabajando, un deseo que la conmovió más por lo que expresaba de preocupación que porque creyera que iba a vivir para verlo hecho realidad. Como así fue. Cuando yo tenía diecisiete años ella murió, a la edad de cuarenta y tres años, todavía empleada en la misma tienda.

De vez en cuando durante mi niñez yo me preguntaba cómo sería el mundo fuera de Harlem Este, cómo serían los americanos extraños que habitaban las zonas de Manhattan por las que yo pasaba en raras ocasiones, esos protestantes altos y de caras sonrosadas que pronunciaban todas las erres, que frecuentaban el teatro en Broadway e iban a Europa con propósitos distintos a los de visitar parientes. Pensaba también en esas otras gentes igualmente extrañas de mundos inexplorados. Esta "intoxicación de experiencias todavía por llegar" me dejaba con el sentimiento de que Harlem Este no era el destino final de mi vida, un sentimiento que creció con el tiempo.

Cuando tenía doce o trece años cayó en mis manos un ejemplar de la revista *Life* que contenía un artículo describiendo a Harlem Este como "un barrio pobre habitado por negros pobres, puertorriqueños e italianos", una frase que me escoció lo bastante como para permanecer en mi memoria. Pobre o no, la mayoría de los italianos, incluyendo mis parientes, abandonaron Harlem Este a finales de los años 1950, mudán-

dose a lo que en sociología se llama "áreas de segundo asentamiento", dejando el viejo barrio para el número creciente de inmigrantes puertorriqueños recién llegados. El dinero que habían ahorrado durante los relativamente prósperos años de la guerra y la posguerra pagó el pasaje hacia las zonas de viviendas construidas en masa de Long Island, Staten Island y New Jersey, donde como orgullosos propietarios podían llevar una vida que se asemejaba más a la de las películas.

Los pocos inmigrantes viejos supervivientes fueron arrastrados, a menudo de mala gana, a esos barrios extremos más solitarios para añorar tanto la pérdida de Italia como la de Harlem Este. Para el abuelo Giuseppe, que pasó sus últimos años en Lindenhurst, Long Island, ni incluso el magnífico jardín que había en la parte de atrás de la casa de su hija pudo compensar la sensación de doble desarraigo que padeció.

La nueva prosperidad y el nuevo estilo de vida se cobraron su precio en la segunda generación. Uno de mis tíos, que solía dar grandes fiestas para los amigos y parientes en su casa de la Tercera Avenida acompañadas de mandolinas, acordeones y canciones populares y de ópera –que tocaban y cantaban nuevos talentos entre los propios invitados– descubrió que ahora nadie venía a visitarle en Queens. Una tía mía, que había vivido toda su vida a un tiro de piedra de al menos tres de sus hermanas, le dijo a mi madre con lágrimas en los ojos lo sola que ahora se sentía en Staten Island.

Llegado el momento, yo me fui a la escuela superior y me alejé de mi extensa familia, como hicieron ellos unos con otros. Años más tarde, en 1968, recibí una llamada de mi primo Anthony invitándome a una reunión familiar. Tuvo lugar en la casa de Anthony en Queens; hubo una multitud de primos, y sus hijos de la cuarta generación; a los más

jóvenes era la primera vez que los veía y para ellos Harlem Este no era más que un punto geográfico, si es que llegaba a eso.

El tiempo había cambiado algunas cosas. Las mujeres iban bien peinadas y vestidas con gran estilo y los hombres parecían más gruesos. Hubo muchas conversaciones sobre las últimas vacaciones y una exposición de diapositivas sobre los viajes de Anthony a Europa, y también un magnífico buffet de comidas italianas. Y un montón de invitaciones de "ven a visitarnos". Para mi desencanto muchos de los viejos tíos y tías supervivientes habían decidido no asistir porque esa era una fiesta para gente joven, un acto de segregación por la edad que hubiera sido impensable en los viejos tiempos. Con todo, pasamos una noche agradable bromeando y charlando de muchas cosas. Se decidió que deberíamos vernos más a menudo. Pero nunca se llevó a cabo otra reunión.

A finales de los años 1970 yo empecé a tener sueños recurrentes, uno cada dos meses y durante años. Al contrario que los sueños recurrentes que se ven en las películas (en los que la misma cosa se repite una y otra vez), las ideas de cada sueño en la vida real –o el sueño real– diferían, aunque el tema subyacente era el mismo. En cada sueño me encontraba viviendo en un bonito apartamento recién construido; algunas veces había una escalera de caracol y ladrillo visto y otras veces paneles de madera, pero siempre volvía a ser una renovación del 304 de la calle 118 Este, la vieja casa de piedra de Harlem Este en la que había pasado la primera parte de mi vida.

Podemos pensar en los sueños recurrentes como en una pesadilla, pero éstos estaban acompañados de sensaciones de alivio y añoranza. La vida pasada estaba siendo recapturada y renovada por la vida actual. El barrio pobre se había aburguesado. La juventud italiana de clase trabajadora y la clase intelectual y profesional americana vivían bajo el

mismo techo. Yo había venido a casa a dos mundos aparte. Nunca completamente a casa en uno, pero teniendo ahora lo mejor de ambos. Una vez que entendí el mensaje los sueños desaparecieron.

LAS BENDICIONES DE LA EMPRESA PRIVADA

Hace años mi padre conducía un camión para la panadería italiana propiedad de su tío Torino. Cuando Zi Torino volvió a Italia en 1956, mi padre se quedó con todo el negocio. El pan que hacía era el mismo que se había hecho en Gravina, Italia, durante generaciones. Después de pasado un día siempre seguía fresco, con la corteza dura y crujiente, mientras que dentro seguía siendo suave, sólido y fresco. La gente solía decir que nuestro pan era ya en sí mismo una comida.

El secreto del pan lo había traído Zi Torino desde el Mediterráneo a Manhattan, hasta el sótano donde había instalado sus utensilios y mesas. Los panaderos eran dos hombres cetrinos, *paisani* de Gravina, que amasaban la harina con movimientos sin fin, moldeando un pan lleno de fuerza y finura. Zi Torino, y mi padre después de él, ponían todo su tiempo y toda la atención en preparar su pan, dejando que se asentara y subiera de forma natural, dándole la vuelta dos veces por la noche, sin utilizar productos químicos sino sólo la mejor harina sin blanquear. El pan se horneaba lentamente y de forma perfecta en un horno de ladrillo construido en el sótano por Zi Torino en 1907, un horno que tenía secretos que sólo él conocía.

A menudo durante mis días de colegio yo ayudaba a cargar el camión de pan de mi padre a las cinco de la mañana de los domingos.

Repartíamos en el Bronx a las familias italianas cuyo aprecio por el pan era una de las satisfacciones de nuestro trabajo. El negocio de mi padre era pequeño pero estable. Los clientes, adquiridos lentamente por el boca a boca, permanecían con nosotros siempre. Él mantenía conversaciones amistosas con ellos a lo largo de su ruta, tardando nueve horas en hacer lo que podrían haber hecho en siete. Podía contar más de lo que uno quisiera saber sobre sus historias familiares.

En un momento dado algunas tiendas de alimentación, restaurantes y supermercados comenzaron a trabajar con nosotros, lo que hizo que se ampliara la producción. Mi padre parecía complacido por el crecimiento del negocio, pero yo sentía una vaga inquietud por el reparto comercial a lugares como el supermercado de Jerome Avenue. Empecé a preguntarme a dónde nos llevaría todo eso.

Algunos meses después de que mi padre empezara a hacerse con la nueva clientela, como confirmando mis peores presagios, el director del supermercado de Jerome Avenue le informó de que una gran compañía, Wonder Bread, había empezado una "línea especial" y estaba ofreciendo el suministro del pan italiano. Para convencer al supermercado, Wonder Bread estaba prometiendo una promoción gratuita de doscientas barras. Con esa clase peculiar de generosidad que a menudo encontramos en los comerciantes y jefes, el director del supermercado sólo se prestó a rechazar aquella oferta y mantener nuestra cuenta si podíamos igualar la de Wonder Bread, al menos en parte, digamos que cien barras.

"Su pan es papel comparado con el mío", protestó mi padre. Nuestra broma era: la razón por la que le llaman Wonder Bread es que después de probarlo uno se pregunta si realmente se trata de pan.[1] Pero su

1. Juego de palabras de imposible traducción, ya que *wonder* significa tanto "maravilloso" o "maravilla" como "preguntarse" (*wonder Bread*=pan maravilloso).

orgullo artesano fue vencido por las manipulaciones del comerciante y acordó servir cien barras gratis, veinticinco al día, para mantener la cuenta del supermercado. En el mundo de los negocios esto se llama "acuerdo". Para nosotros parecía más una extorsión.

En respuesta a "acuerdos" de esta clase mi padre desarrolló ciertos trucos. Manipulando astutamente la colocación de las barras en las cajas de reparto bajo las narices de los encargados de las tiendas contaba: "Cinco por cinco hacen veinticinco, Pete", cuando en realidad sólo había veintitrés. Servíamos 550 barras en el reparto de la mañana y vendíamos 575. Desde el Sermón de la Montaña no había habido un milagro igual.

"Papá", le dije después de una de sus osadas prácticas, "te estás convirtiendo en un ladrón".

"Chico", me dijo, "no es pecado robar a quien te roba". [*La competencia individual en persecución de la ganancia privada suscita nuestras mejores energías creativas y por tanto maximiza nuestra contribución productiva y nuestro avance en el bienestar de toda la sociedad.* Economics 101]

Dejé el asunto durante varios años para ir a la escuela de graduación y volví a casa en 1959 sin un penique en el bolsillo. Le pedí a mi padre que me ayudara durante un semestre para poder terminar mi tesis. A cambio le ofrecí trabajar unos cuantos días a la semana con el camión de pan. Mi padre estuvo de acuerdo pero preguntó cómo podría explicarles a los amigos y vecinos que su hijo, que ya tenía veinticinco años, todavía no tenía un empleo fijo.

"Chico, ¿cuánto tiempo has estado yendo a la escuela y para qué?", preguntó. "Todos esos libros", me dijo, "son malos para tus ojos y malos para tu mente".

"Bien", le dije, "voy a obtener el doctorado". Para eso no tuvo respuesta. Así que empecé a trabajar unos días a la semana en el camión de reparto. No se quejó. De hecho necesitaba ayuda y le gustaba tenerme cerca (como le dijo a mi madrastra, quien me lo dijo a mí).

Cuando los panaderos le preguntaron cómo es que no tenía trabajo a la edad de veinticinco años él les contestó: "Va a obtener el doctorado". Desde entonces me llamaban "profesor" con un tono de cierto sarcasmo. Era su forma de indicar que no estaban impresionados con mis esfuerzos intelectuales como podría estarlo otra gente.

El día que se aceptó mi tesis y yo sabía que iba a recibir el título de doctor informé de ello orgullosamente a mi padre. Él movió la cabeza y dijo: "eso está bien". Entonces me preguntó si quería hacerme socio a tiempo completo en el negocio del pan para trabajar con él todos los días. Con toda esa educación que tenía podía ser que ya estuviera dispuesto a hacer un verdadero trabajo.

Casi le dije que sí.

Un día llegaron los inspectores de sanidad e insistieron en que no podíamos dejar el pan en las estanterías o en las cajas abiertas de forma que estuviera expuesto a que cualquiera que quisiera pudiera tocarlo con sus dedos llenos de gérmenes, sin mencionar la clase de gente infectada que podía manipularlo en el supermercado. Así que se nos requirió que envolviéramos cada barra en una bolsa de plástico, lo que incrementaba nuestros costes de producción añadiendo horas a nuestro trabajo y hacía que tuviéramos que manipular el pan dos veces con nuestros dedos llenos de gérmenes. Pero ahora ya parecía y sabía como el pan moderno, porque las bolsas lo hacían más correoso y le restaban sabor y textura.

Entonces algunas de las grandes compañías empezaron a trabajar en serio las tiendas y restaurantes vendiendo "pan italiano" a bajo precio e inferior calidad. En ese tiempo el precio de la harina subió y el hijo del casero a quien Zi Torino había alquilado el local de la panadería medio siglo antes subió la renta de forma sustancial.

"Cuando llueve, diluvia", dijo mi padre. Así que intentó reducir costes dándole a la masa más aire y agua y gastando menos tiempo en la preparación. Los panaderos movieron la cabeza e hicieron un producto de imitación para las bolsas de plástico.

"Papá", le dije, "el pan ya no tiene el sabor tan bueno que solía tener. Se parece al pan americano".

"¿Cuál es la diferencia? Lo siguen comiendo, ¿no es así?" me contestó con el rostro impasible.

Pero no importaba lo que dijera, las cosas se fueron haciendo más difíciles. Algunos de los clientes antiguos se quejaban del cambio en la calidad del pan y empezaron a anular sus pedidos y un par de grandes tiendas decidieron que era más rentable irse a las marcas comerciales.

No mucho después mi padre cerró la panadería y se fue a trabajar conduciendo un taxi para una de las grandes compañías de taxis de Nueva York. En todos los años que siguieron nunca volvió a mencionar el negocio del pan.

DILE LA VERDAD AL PODER, AMOR MÍO

Dile la verdad al poder, amor mío,
y observa cómo desaparecen sus brillantes sonrisas.
El rostro de los guardianes se endurece
porque no están acostumbrados a eso
y esos que sólo deberían sentir vergüenza
pierden con razón el aliento.

Mientras tanto, los leales vasallos,
los acólitos intelectuales y los escribas
olfatean el viento y tantean el *Times,*
ajustan sus velas y se preparan.

Con elaborada falta de espontaneidad
muestran sus credenciales ideológicas.
Con gestos serios
te aconsejan la autocensura,
urgiéndote a que bajes la voz
para que no suba tu audiencia,
mientras aprietan su círculo
defendiendo su credibilidad.

Saben cómo mostrar valor
contra el enemigo fácil.

Esperan una mirada aprobadora
mientras piden conductas intachables
a los disidentes asediados.
Mantienen una distancia crítica
cuando las víctimas luchan y ganan.
Hacen imitaciones
de Críticos Responsables, de Pragmáticos Asociados
y exhiben su pose anti-amenazas
mientras quieren entrar por la puerta de recepción.

Pero tú, amor mío, quédate fuera
bajo la fría luz de los ojos humildes,
tú sólo dile la verdad al poder
y siente cómo tu poder sube.
Que tu vida sea un testimonio que no busca recompensa
luchando una y otra vez
contra su acero y su telaraña.

Moviéndose tranquilamente entre la dureza,
la marcha avanza,
hasta que un día los soldados
miran hacia otro lado o se mezclan con la multitud,
arrastrados por millones de pisadas.

Los Señores graznan órdenes urgentes
para detener el baile insolente.
Los Señores se sientan en sus templos de bayonetas,
llamando a las furias del interés privado,
lanzando sus conjuros.

Y tú,
tú sigue en pie como mil legiones
y di la verdad,
recordando que un solo hilo
puede derribar murallas.

LA GENTE JOVEN ES DIFERENTE

La gente joven es diferente.
Rehenes en sus propias casas,
se mantienen vivos por el teléfono,
sólo animados cuando alzan el vuelo
en ruda formación.

Se rebelan
para así someterse mejor
a su dignidad totalitaria.

Adorando a dioses estereofónicos
sus almas giran sin fin
desde Memphis a Moscú,
desde Tokio a Tanzania
moviéndose al unísono,
regimientos de jóvenes
atados al culto de sus magnetofones,
queriendo ir en todas direcciones.

Stacey, Tracey, Buffy y Tiffy,
Kevin, Brian, Ryan y Jamie,
Dione, Tyrone, Dafne y Fawne,
con su crisis de infelicidad

ríen tontamente ante cada adversidad,
con pasión por lo impertinente,
con su pelo verde y sus ojos evasivos.

Peor todavía,
poco dispuestos a beber de tu fuente,
sin lealtad por tus luchas,
sin aplaudir tus glorias pasadas,
sin impresionarse por tus palabras,
viéndote sólo en el presente,
los sacrificios de ayer suponen poco
contra las oportunidades de hoy.

No seamos muy severos con ellos
porque ellos tienen sus propias luchas
y sacrificios por el legado de nuestro planeta menguante.
Nuestra gente joven, dijo Yuri Andropov, no es mala,
sólo diferente.
¿Podríamos decir lo mismo del mundo que les dejamos?

A MI HIJO CUANDO CONTEMPLO MI MUERTE

Cuando me marche
no te aflijas mucho,
porque atravesando esa luz del espacio
como la órbita de Saturno confusa por la distancia,
esperando tocarte,
me habré transformado;
sólo eso.

Después de una vida contestando a la llamada,
andando sobre las sombras del muro
de vanas promesas no realmente deseadas,
pero con el sentido suficiente para poner un mediano talento

contra objetivos majestuosos,
un grano de arena por un mundo mejor.

Para encontrar más allá del oscuro pasaje
un mundo de maravillas luminosas y alegre comprensión
de las cosas que tú y yo meditamos
cuando apenas tenías diez años de edad,
asumiendo que la personalidad no puede capturar el alma,
pero que el alma alegre recuerda la personalidad.
No dudaré en volver a entrar,

pero me moveré en otro tiempo,
pidiendo a tus guardianes perfecta diligencia,
animándote a través de un silencioso universo.

Apénate un poco,
porque ¿quién sabe qué señal de amor
puede sobrevivir a esa distancia?
Cuando el prodigio de tu metafísica
y la ferocidad protectora del corazón de un padre
no puedan producir certidumbre,
cuando mi composición sea inmolada por el tiempo,
nunca se recompondrá,
nunca más aquellas manos, aquellos ojos,
la terrible certeza que crea el dolor de la duda.

Así que te pido, en tus últimos años,
en un momento tranquilo,
que recuerdes nuestra compañía y nuestras luchas,
y el infinito amor leal
del uno por el otro.

Ciao bambino.

En la marchita luz cósmica
dos muchachos se dan el abrazo de buenas noches.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN, 9

1. POLÍTICA Y ASUNTOS CONFLICTIVOS, 11
   EEUU, el holocausto escondido, 11
   Creando la pobreza, 29
   Fascismo en una tela a rayas, 45
   La caída, 58
   Construyendo un mundo seguro para la hipocresía, 69
   El concepto engañoso de terrorismo, 88
   Libertad de expresión... a un precio, 98
   El límite en el cargo: ¿truco o trato?, 108

2. MEDIOS Y CULTURA, 113
   El mito de los "medios liberales", 113
   Fabricando una "democracia cultural", 124
   Dando trabajo a los negocios, 135
   Los baños de sangre invisibles, 145
   El golpe de Yeltsin y la alquimia de los medios, 153
   Ahora por el tiempo, 162
   Algunos lo llaman censura, 167

3. CONSPIRACIÓN: FOBIA Y REALIDAD, 173
   El asesinato de JFK I: Defendiendo el estado gángster, 173
   El asesinato de JFK II: La fobia de la conspiración de la izquierda, 193

La maravillosa vida y extraña muerte de Walter Reuther (Co-autora Peggy Norton), 215

4. TEORÍA POLÍTICA Y CONSCIENCIA, 233
Falsa conciencia, 233
Los dividendos no son derechos, 239
Ciencia ficción política, 246

5. MISCELANEA Y RECUERDOS, 260
Luchas en el mundo académico: una narración personal, 260
La *famiglia*: Una experiencia de etnia y clase, 280
Las bendiciones de la empresa privada, 298
Dile la verdad al poder, amor mío (poema), 303
La gente joven es diferente (poema), 306
A mi hijo cuando contemplo mi muerte (poema), 308

COLECCIÓN "LAS OTRAS VOCES"

1. EL PROBLEMA ESPAÑOL, Alberto Arana
2. EL BURDEL DE LAS PEDRARIAS, Ricardo Pasos M.
3. LA OTRA HISTORIA DE LOS EE.UU., Howard Zinn
4. MUJERES EN KURDISTÁN, Gerd Schumann
5. EL JUEGO DE LA MENTIRA. LAS GRANDES POTENCIAS, YUGOSLAVIA, LA OTAN Y LAS PRÓXIMAS GUERRAS, Michel Collon
6. LA ESTÉTICA DE LA RESISTENCIA, Peter Weiss
7. NADIE ES NEUTRAL EN UN TREN EN MARCHA, Howard Zinn
8. LA CUARTA VÍA AL PODER: VENEZUELA, COLOMBIA, ECUADOR, Heinz Dieterich
9. EL MITO DE LA GUERRA LIMPIA, Jacques R. Pauwels
10. HAITI PARA QUÉ. USOS Y ABUSOS DE HAITÍ, Paul Farmer
11. LA HISTORIA COMO MISTERIO, Michael Parenti
12. EL ORDEN SIN EL PODER. Ayer y hoy del anarquismo, Normand Baillargeon
13. LOS NUEVOS CUBANOS, Eva Forest

14. PATOLOGÍAS DEL PODER, Paul Farmer

15. CUBA Y LA LUCHA POR LA DEMOCRACIA, Ricardo Alarcón

16. EL ASESINATO DE JULIO CÉSAR, Michael Parenti

17. CONTRA LOS ZARES ESPAÑOLES, Alberto Arana

18. MÁS PATRIOTAS QUE NADIE, Michael Parenti

19. LA AMENAZA INTERIOR. HISTORIA DE LA OPOSICIÓN JUDÍA AL SIONISMO, Yakov M. Rabkin

20. CHÁVEZ NUESTRO, Rosa Miriam Elizalde / Luis Báez

21. MODELOS DE TEORÍA LIBERADORA EN LA HISTORIA DE LA FILOSOFÍA EUROPEA, Raúl Fornet-Betancourt

22. EL FINAL DEL ESTADO DE DERECHO. La lucha antiterrorista. Del estado de excepción a la dictadura, Jean-Claude Paye

23. LA PRESENCIA DE LAS COSAS, Pablo Sastre

24. ENFRENTÁNDOSE A LA LOCURA. HÉROES ORDINARIOS EN TIEMPOS EXTRAORDINARIOS, Amy Goodman y David Goodman

25. LA TERCERA NOCHE DE WALPURGIS, Karl Kraus



Michael Parenti está considerado uno de los pensadores estadounidenses más progresistas de los últimos tiempos. Recibió su doctorado en ciencias políticas en la Yale University en 1962 y ha sido profesor en numerosos institutos y universidades. Sus escritos han sido muy difundidos en diarios y revistas –*CovertAction Quarterly, Z Magazine, New Political Science, Monthly Review, The Humanist, Dollars and Sense, The Nation, Los Angeles Times, New York Times*–. Algunos de sus libros más renombrados son: *La trampa del terrorismo*, *Democracia para unos pocos*, *Matar a una nación*, *Contra el Imperio, Inventar la realidad*, *Tierra de ídolos, La espada y el dólar, El asesinato de Julio César, La Historia como misterio y Más patriotas que nadie* (estos tres últimos publicados en esta misma colección).

"Llamo a estos escritos *Sucias verdades* porque tienen que ver con la información y las ideas que siempre se excluyen de nuestros medios –dominados por las corporaciones–, de nuestras escuelas y de la vida política oficial; puntos de vista que son ignorados de forma premeditada o denunciados enérgicamente para que parezcan algo impropio. No son simplemente disidentes, sino "sucios", pues carecen del análisis y de la aureola de respetabilidad que se otorgan a las opiniones más convencionales. Así prevenido, el lector debería proceder con precaución, aunque sin miedo a resultar ofendido, porque las verdades, no importa lo poco confortables que sean, son mejor que la sarta de mentiras que soportamos siempre que nuestros líderes y entendidos abren la boca. Una exposición a las ideas y la información que aquí se incluyen supondrá, eso espero, un alejamiento refrescante de la papilla ideológica predominante con la que se nos alimenta una y otra vez sobre asuntos como la pobreza y la riqueza, el fascismo y los mercados libres, los medios y la cultura o la conciencia y el poder de clase". (M. Parenti)

Una *sucia* verdad es una verdad que no se quiere oír y que se minimiza y desprecia para no concederle la categoría siquiera de ser tenida en cuenta. Una *sucia* verdad suele ser la verdad de los desfavorecidos y la de quienes denuncian las injusticias. En este libro, Parenti nos ofrece un recorrido político y personal para mostrarnos algunas de esas verdades manipuladas.

ISBN 978-84-96584-42-6